ANTONIO OROZCO GUERRERO

Por el autor de
La guarida del raposo

LA PERRA VIDA DE UN CANALLA

LA PERRA VIDA DE UN CANALLA

Antonio Orozco Guerrero

© Todos los derechos reservados.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, respaldas a los escritores y permites que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *La perra vida de un canalla.*

© Autor de la novela: Antonio Orozco Guerrero.

Diseño de la portada: Marcos Nieto Pallarés.

1ª Edición: julio de 2023.

NOTA PREVIA

Salvo las alusiones al marco histórico en el que se desarrolla esta novela, sobre todo en lo relativo al desastre de Annual y los comienzos de la Guerra Civil Española, tanto el relato como la mayor parte de los personajes que aparecen en él, son pura ficción.

Las conversaciones, ideas y opiniones que se vierten son parte de un escenario ficticio, e independientes de los criterios personales del autor.

«No voy a justificar los actos innobles que llevé a cabo a lo largo de mi vida. Es imposible. Pero voy a escribir este diario porque tal vez pueda encontrar una explicación».

Alberto de la Torre

ÍNDICE

Otoño de 1951
El cadete
Annual
Cambio de vida
Una propuesta
La llegada del nuevo patrón
El Lentiscal
Fernando, el vaquero
La boda que no fue
Una traición
La tragedia de Pedro
Silencio
El hijo legítimo
El canijo
Una oferta inaceptable
Una solución
El canónigo
Una decisión
Visita mortal
El poni
Encuentro con Salgado
El beneficiado Lebrón
Revoluciones
Una muerte más
Llamada a filas
El frente de Córdoba
Málaga
El cabo de Regulares
Villanueva del duque
Viejos conocidos
La visita de González
Vuelta al cortijo
Madre no hay más que una
Solo
Venganza fallida
Ya estaba muerto
Una carta inesperada
Regreso a España
El encuentro
Epílogo
Agradecimientos

Otoño de 1951

El automóvil era de los que no se veían muchos: un flamante Mercedes-Benz de color rojo. Dos hombres iban sentados en la parte delantera. Uno de ellos, el que conducía, era joven, con la tez y el pelo de color claro y los ojos grises. A su lado, un hombre algo mayor, de aspecto impecable, destacaba por su bien cuidado traje y su barba cana.

Ninguno de los dos parecía encajar en aquella carretera estrecha y medio abandonada de la provincia de Cádiz, con más baches de lo que podía resultar aceptable. A ambos flancos, se intercalaban colinas sembradas de trigo, aún verde, y campos donde las vacas pastaban entre matorrales de lentisco y rocas.

El mayor de los dos llevaba la ventanilla a medio abrir, y aspiraba con nostalgia el olor a romero y tomillo, que crecían cerca de la cuneta.

—Está todo como cuando me fui; nunca pensé que regresaría, y menos contigo —dijo.

—Pues aquí estamos.

—Sí —respondió el mayor con una sonrisa. Casi se sorprendió cuando vio la casa, grande e imponente, a la izquierda de la carretera, en lo alto de la loma—. Ahí es —dijo señalando con el dedo índice.

El joven asintió y giró el vehículo para encarar una cancela de hierro forjado, sujeta por dos pilares de buen material.

—Antes no había más que palos y alambre de espino —aclaró el hombre mayor—. Voy a ver si está sin candado y podemos entrar.

—Ya voy yo.

El conductor bajó del vehículo y descorrió el cerrojo, bien engrasado. Abrió las dos partes de la cancela y regresó a su asiento.

—Todavía estamos a tiempo de cambiar de opinión. Si quieres, nos damos media vuelta —dijo el mayor.

—Vamos allá —fue la respuesta del más joven.

El cadete

Décadas antes, en septiembre de 1916, Alberto de la Torre, un chico de dieciséis años, alto, flaco y de ademán altivo, fue admitido en la Academia militar de Toledo, con el fin de cursar estudios para oficial de infantería.

Como era habitual, los cadetes más antiguos miraron al recién llegado con curiosidad hostil, no exenta de cierta prevención: parecía un joven decidido y poco dado a aceptar novatadas, lo cual no eximía a los veteranos de su «obligación» de hacerle pasar por alguna situación apurada que sirviera como patente de aceptación en el grupo.

El primer desengaño se lo llevaron el día que comenzaron las clases de esgrima. Los demás se las apañaron para que el capitán profesor lo emparejara con el cadete más guasón y diestro con el florete de toda la Academia. Sin embargo, el intento de dejarlo en ridículo y echarse unas risas a su costa se volvió del revés cuando el jovenzuelo novato le dio una soberana paliza al «experto», que tuvo que salir de la clase con ciertos desgarros en zonas del pantalón próximas al trasero.

—Caballero, De la Torre, ¿dónde ha aprendido usted esgrima? Porque, por lo que hemos visto, debe de haber recibido clases en alguna academia bien acreditada, ¿no?

—Es la primera vez que cojo un chisme de estos, mi capitán, solo que no me gusta perder ni a las canicas.

—Pues se le da a usted más que bien. A este paso, sale de aquí hecho todo un maestro de esgrima.

Pocos día después, la primera puesta en contacto de aquel curso con los caballos de la Academia —que en su mayor parte eran partidarios decididos de lanzar por los aires a los más resueltos aspirantes a caballista—, terminó de convencer a los compañeros de que con el cadete De la Torre no había nada que hacer.

—Mi capitán, quisiera pedirle, si no le importa, que emparejara al cadete De la Torre con Vértigo —solicitó uno de los veteranos—. Es que hemos hecho una apuesta los compañeros.

Vértigo era el caballo más insufrible de todos los de las cuadras de la Academia. Solo algún profesor muy ducho en la materia se atrevía a montarlo.

—¡Vaya, cadete Pérez!, veo que siguen siendo ustedes unos grandes tunantes y quieren aprovechar la ocasión para echarse unas risas a costa de los novatos.

—Mi capitán, usted también ha sido cadete y habrá hecho de las suyas.

—Y también me las han hecho a mí. En fin, no me cuesta trabajo acceder a su solicitud. A cambio, le voy a pedir que en el próximo examen de táctica me demuestre que se ha aplicado como es debido.

—Eso está hecho, mi capitán —aceptó el cadete Pérez, que adoptó la posición de firmes y dio con ambas manos sendas sonoras palmadas en el exterior de los muslos.

—A ver, ¡cadete De la Torre!

—¡A la orden, mi capitán!

—Aquí tiene su caballo. Ya sabe: lo primero afianzar bien las piernas; lo segundo suavidad con las bridas. Cuerpo erguido y al paso. Dé una vuelta al picadero andando con el caballo para que se vayan conociendo y luego monte.

—¡A sus órdenes!

El cadete comenzó a andar con el caballo cogido de las riendas. Enseguida, el animal cabeceó y a punto estuvo de salir corriendo y arrastrar por los suelos al chico. Una risa contenida comenzó a retumbar en el picadero, pero se cortó de inmediato cuando De la Torre agarró con fuerza las riendas y se acercó a la cabeza del animal. Este se quedó parado, como indeciso sobre qué hacer a continuación. El joven lo miraba con fijeza y el animal no tuvo tiempo de reacción antes de recibir un puñetazo por debajo del labio inferior, seguido de otro más fuerte aún en la cara.

Luego, De la Torre, soltó las riendas y mientras acariciaba la parte frontal de la cabeza de Vértigo, le dijo en voz baja, si bien no tanto como para que los demás no lo oyeran:

—Semoviente de los cojones, pórtate bien o te muelo a puñetazos, pedazo de cabrón.

Se montó en el caballo y este, al paso, dio una vuelta al picadero con la cabeza gacha. Luego, el cadete hizo un gesto con las riendas y el animal inició un trotecillo moderado hasta que llegó a la altura del sorprendido grupo. El cadete se bajó y le tendió las riendas al profesor.

—Mi capitán, este bruto va como un guante. Eso sí, necesita mano dura y alguien que lo dome en condiciones, porque me parece que hasta ahora nadie ha sido capaz de hacerlo. No sé si algún

veterano querrá probar.

Los demás cadetes miraban al suelo, como distraídos. Nadie, incluido el profesor, salía de su asombro.

—Caballero, no me dirá que tampoco ha tomado clases de monta antes de ingresar en la academia —dijo el capitán profesor.

—Mi padre tiene un cortijo y creo que antes de andar ya iba yo a lomos de un caballo, mi capitán. Me los conozco bien.

Aquel día, el cadete Alberto de la Torre, pasó las pruebas necesarias para entrar en el grupo de los veteranos sin más necesidad de novatadas ni de patentes.

***

El padre de Alberto de la Torre era uno de aquellos hombres que labraron su fortuna en América; un indiano. Cuando regresó, se compró una gran finca cerca de su pueblo natal mientras mandaba hacer la mejor casa que nadie recordaba en el lugar.

Alberto nació en aquel cortijo y allí se crio entre braceros y caballos. En vista de su afición hacia todo lo que estaba relacionado con el campo, el padre lo tenía destinado a ser su sucesor como patrón, pues José, el hermano mayor, apuntaba a estudiar algo que lo alejara de los trigales y las vacas y lo aproximase a una gran ciudad.

Desde sus primeros años el niño era «más malo que un dolor», según opinión general de braceros y jornaleros, y «más travieso de lo normal», según su madre. Sin embargo, para su padre era tan solo «un niño travieso, pero avispado y con buen fondo», opinión, esta última, a todas luces parcial si se tenían en cuenta sus barrabasadas infantiles. Hasta las criadas huían de Albertito como perseguidas por el diablo y hubo alguna que se fue para siempre de la casa, si bien tampoco faltaban las que se ponían del lado del padre y se lo aguantaban todo con una sonrisa embobada. Perseguía a todo bicho viviente, desde los escarabajos peloteros hasta los abundantes gatos del cortijo, hasta el punto de que no había animal que tuviese asegurada su existencia ante los arrebatos persecutorios del pequeño.

A medida que fue creciendo, la cosa fue a peor: gustaba de dar paseos con su caballito y no dudaba en dar un buen par de bofetones o un latigazo a cualquier trabajador que, a su juicio, flaqueaba en sus tareas o no lo saludaba con el debido respeto. Su padre, de nombre Alberto como el chico, trataba de quitar importancia a tantas travesuras esgrimiendo el argumento de que se trababa de «cosas de críos» y que, con diez años que tenía, aún se estaba a tiempo de que

cambiase. Su madre no participaba de esa opinión, hasta tal punto que eran frecuentes las discusiones del matrimonio con motivo de las fechorías del menor. Adela mostraba cierto desdén hacia el niño mientras el padre se lo justificaba todo. O casi todo, porque a veces era poco menos que imposible encontrar un argumento en descargo de tan deficiente comportamiento.

El chico, si algo tenía de bueno, era una simpatía a raudales y una forma de hablar tan agradable, que hacía olvidarlo todo incluso a los que recibían sus golpes. «El señorito está muy mal criado, pero son cosas de niño y no pasa nada», decía más de uno después de recibir un sopapo del pequeño tirano.

Mientras su hermano mayor accedió con gusto a cursar bachiller en el instituto de la capital, para lo cual hubo que buscarle una pensión con cama y comida, Albertito se negaba a estudiar. «Para llevar el campo no hace falta saber tantas letras», solía decir el muchacho.

Los padres estaban resignados cuando el chico se encontró un día con algunos libros que tenía su padre en la enorme y bien surtida biblioteca, adquiridos más que nada para rellenar el espacio y dar buen tono cuando llegaban las visitas. Todo cambió para Albertito, que se volvió, en apariencia al menos, un chico sesudo e inclinado al estudio. Lo cierto es que dio con varios libros de carácter histórico-militar en los que se relataban grandes batallas ocurridas desde el antiguo Egipto hasta la guerra Franco-Prusiana. Albertito se vio luchando en alguna de aquellas contiendas y convertido en héroe, y no tardó en manifestar a sus padres su deseo de hacerse militar, convencido de que llegaría a ser un gran general, célebre por su valor y hazañas.

—Hijo, para ser militar es necesario que vayas al instituto y hacer el bachillerato.

—Lo haré, papá.

—Y tienes que estudiar de firme. Si no lo haces no te admitirán.

—Estudiaré lo que haga falta, papá.

—De acuerdo. Harás el bachillerato como tú hermano y, si cuando terminas, sigues con la misma idea, y apruebas las oposiciones para entrar en la Academia General, serás militar. Solo te pongo una condición.

—¿Cuál?

—Que, cuando yo fallezca, te harás cargo del cortijo y dejarás la milicia.

—Alberto, eso no es justo. Su hermano también cuenta. ¿O no?

—Mira, Adela, a José no le gusta esto. Él quiere ser médico y no veo a un doctor ejerciendo desde un cortijo.

—¡Te digo que no es justo!

—No te preocupes, a José ya le dejaré todo mi dinero y todas las casas que tengo fuera del cortijo. Saldrá ganando. Además, ¡qué cojones! Todo lo que poseemos es mío y hago lo que me da la gana.

Aquello costó un disgusto de muchos años entre los padres de Albertito, pero el progenitor no cedió.

Alberto aceptó la condición de su padre, pensando, como suele ocurrir en los jóvenes, que no moriría nunca o, en todo caso, para entonces ya sería poco menos que mariscal de campo.

Annual

1921

En enero de 1921, el teniente Alberto de la Torre se encontraba en la posición rifeña de Annual. El general Silvestre, comandante general de Melilla, había recibido la orden de ocupar el máximo de territorio de la zona correspondiente al protectorado español de Marruecos en dirección oeste, para contrarrestar los continuos ataques de las cabilas dirigidas por el líder rifeño Abd el-Krim.

En apariencia, todo estaba en calma. Nadie presagiaba la catástrofe militar que se avecinaba. El 12 de marzo, además del puesto avanzado de Annual, las fuerzas del general Silvestre estaban distribuidas en un total de ciento treinta y cinco puestos defendidos por unos catorce mil hombres. Para llegar a la bahía de Alhucemas, objetivo final del movimiento de tropas españolas, se hacía necesario que el Gobierno aprobase y enviase de inmediato una importante partida de material de guerra, cosa que no hizo. Esa circunstancia resultaría fundamental para echar la suerte en contra de las fuerzas españolas.

Aquel territorio estaba formado por una serie de elevaciones y barrancos que corrían de norte a sur, es decir, desde el mar hacia el interior. Esto dificultaba en gran medida el avance en dirección oeste o la retirada en sentido inverso.

El enclave de Annual, el más avanzado del despliegue, presentaba varios inconvenientes graves para su defensa, si bien el general Silvestre no tuvo la sagacidad militar suficiente para descubrirlo. El primero era que se encontraba situado en una hoya rodeada de alturas, lo cual facilitaba las emboscadas y ataques hacía casi imposible una defensa adecuada; el segundo problema, que resultaría fatal para las tropas en las que se encontraba el teniente Alberto de la Torre, era que para abastecerse de agua potable había que abandonar la posición, pues las fuentes disponibles se encontraban a cierta distancia.

No obstante, lo peor de todo lo que iba a suceder, venía de dos errores graves de carácter táctico. Por un lado, se subestimó por completo al enemigo; por otro, la falta de un planeamiento adecuado trajo consigo el desorden y descoordinación en las acciones, y estos a su vez dieron lugar al pánico más irracional y mortífero.

El teniente De la Torre tuvo la suerte de que le asignaran un

asistente que resultó ser el más fiel y bravo combatiente que se pudiera desear. El soldado Pedro García era un mocetón andaluz despierto y servicial que trataba al joven teniente no solo con la disciplina requerida, sino con una atención que rayaba en lo extraordinario. Tan solo tenía una tía, que trabajaba de sirvienta en Francia, y se tomó los cuidados al teniente como si se tratara del padre que ya no tenía o de un hermano al que se debiera el máximo respecto. El teniente no necesitaba más de una docena de palabras al día para que el soldado tuviera todo dispuesto de la mejor manera imaginable. La más leve mirada del superior era suficiente para que el soldado se apresurara a cumplir sus deseos con total puntualidad.

Pasaron varios días y todo parecía tranquilo. En junio, el general Silvestre ordenó fortificar una posición muy avanzada, próxima a Annual, en Igueriben. El teniente De la Torre, sabía que aquel era el lugar de mayor riesgo y peligro. Así que, deseoso como estaba de convertirse en héroe a la mayor brevedad posible, se presentó como voluntario para guarnecer el nuevo emplazamiento.

La decisión del mando de defender Igueriben iba a constituir, por diversas razones, un error fatal. Entre ellas, que el punto de agua potable más próximo se encontraba muy alejado, de modo semejante a Annual, aunque en este caso resultaba peor pues estaba a unos cuatro kilómetros de distancia; además, la fortificación estaba formada tan solo por sacos terreros apilados y dos hileras de alambre de espino, que resultarían insuficientes por completo.

En menos de un mes, comenzaron los ataques rifeños. Los trescientos cincuenta y cinco defensores, pertenecientes al Regimiento de Infantería Ceriñola número 42, bajo el mando del comandante Julio Benítez Benítez, se vieron incapaces de resistir con éxito ante la abrumadora desproporción con las fuerzas atacantes.

El día 17 de julio, en pleno recrudecimiento de los ataques rifeños, se agotó el agua. Los soldados empezaron a comer patatas crudas para aprovechar el líquido y terminaron por beber colonia, tinta e incluso orines mezclados con azúcar, según informó al mando el comandante Benítez[1]. El general Silvestre envió una columna de apoyo para levantar el cerco, que se quedó estancada ante los ataques enemigos a poca distancia de la fortificación y no pudo hacer nada.

—Caballeros, tenemos que evacuar el puesto —dijo el comandante Benítez en una reunión improvisada con los oficiales que quedaban, pues varios habían causado baja ante el enemigo.

—¿Escalonamos por Compañías? —preguntó un capitán.

—Correcto. Y dentro de cada Compañía por Secciones. Atentos a los toques de corneta. ¡Y a luchar hasta morir! ¡Qué Dios se apiade de

nosotros!

El capitán del teniente De la Torre se marchó con los suyos. La situación era angustiosa. Dio sucintas instrucciones. La sección del teniente de la Torre sería la última en salir del puesto.

Cuando tenían al enemigo a pocos metros, Alberto ordenó a los soldados que le quedaban, menos de dos tercios del total de la Sección.

—¡Por detrás! ¡Vámonos! Iba con el sable en una mano y la pistola en la otra. Detrás de él, guardándole las espaldas, el soldado Pedro García corría, se volvía de vez en cuando y disparaba. Los tenían a unos doscientos metros. Pero también recibían algunos disparos desde los flancos.

—¡Dese prisa, mi teniente, que estos cabrones con las babuchas no nos van a alcanzar!

—¡Los cojones, Perico! ¡Estos hijos de puta corren como la madre que los parió a todos!

—¡Pero tienen mala puntería, mi teniente! ¡No pare!

El teniente y su asistente avanzaban en el centro de la hilera de soldados de su sección. A más de uno se lo encontraron herido o muerto. Pero no podían atenderlos o ayudarlos en algo. Aquello era seguir o morir.

Llevaban más de media hora corriendo y estaban agotados por el tremendo esfuerzo, a lo que se unía el calor sofocante y una sed terrible.

—Mi teniente, parece que se están quedando atrás. Mire.

Se detuvieron detrás de una roca y Alberto, casi sin aliento, cogió sus prismáticos.

—Veo al menos a cuatro. Deben de estar a más de trescientos metros. Hay que seguir. Ya queda poco para llegar a Annual.

En ese momento oyeron disparos y, poco después, a alguien gritar:

—¡Eh, *espanioles, mira* lo que vamos a *aser* con *vusotros*!

De la Torre volvió a coger los prismáticos. Un rifeño tenía ambos brazos en alto y enseñaba la cabeza de un soldado. Se la habían arrancado para mostrársela a los dos huidos.

—Hijos de la gran puta. Han degollado a uno de los nuestros.

—Mi teniente, ¿por dónde están? ¿Me puede indicar?

—¿Ves aquella roca más oscura?

—Sí.

—A la derecha hay unos matorrales. Ahí están.

—Ah, sí, ahí están. Mi teniente, siga usted para Annual que yo le cubro. Esos cabrones no pasan de aquí.

—¿Estás seguro?

—Fíjese si estoy seguro —dijo apuntando con su mosquetón— que ahora mismo tengo a uno a tiro —disparó— y me lo acabo de cargar.

—¡Coño! ¡Buena puntería tienes, Perico! ¿Estás seguro de quedarte?

—Segurísimo, mi teniente. Usted lárguese y vaya preparándome un cubo de agua para *jartarme*.

Pedro García llegó a Annual, casi agotado por la sed, quince minutos después que el teniente De la Torre, no sin antes despachar a cuatro rifeños. En aquella huida solo se salvaron dos oficiales y once soldados, de los que cuatro fallecieron por beber demasiada cantidad de agua tras la sed extrema que habían padecido. Todos estaban exhaustos, pues lo que no lograron las balas y las gumías de los rifeños estuvo a punto de conseguirlo la tremenda sed que padecieron en los kilómetros que recorrieron, temiendo a cada momento que aparecieran más enemigos y acabasen con ellos.

La situación de Annual era también insostenible, a causa del desgaste físico producido por la falta de abastecimientos y la escasez de munición ante los constantes ataques enemigos. El general Silvestre comprendió, de forma tardía, que la evacuación era imprescindible. Cinco días después de haber llegado el teniente y su asistente, el 22 de julio a las cinco de la mañana, se recibió en el puesto un telegrama del general Silvestre ordenando el repliegue hacia la posición retrasada de Ben Tieb.

La retirada fue tan catastrófica como la de Igueriben, pues se produjo de forma precipitada y caótica. La cadena de mando quedó deshecha y muchos oficiales abandonaron a sus soldados a su suerte. Durante aquel caos, Pedro, el asistente del teniente De la Torre no se separó ni un momento de su superior y ambos lograron, tras innumerables enfrentamientos a vida o muerte, sobrevivir y llegar sin un rasguño a Ben Tieb.

—¡Cuidado, mi teniente! —gritaba el soldado mientras destripaba con su machete a un rifeño que apuntaba por la espalda al teniente—. ¡Vamos por ahí!

—¡Vamos, Perico, corre! —vociferaba el teniente al tiempo que daba un sablazo en el gaznate a un enemigo y disparaba a bocajarro con su pistola a otro.

Y así, a sablazo y bayonetazo limpio, fueron retrocediendo, corriendo unas veces y otras agazapándose en el terreno, esperando que los bereberes los sobrepasasen sin verlos o tomasen otra dirección. Aquello era una desbandada sin orden en la que los soldados españoles caían como moscas.

Para más desastre, cuando los defensores de Ben Tieb vieron llegar la avalancha de soldados despavoridos, en vez de apoyarlos con fuego y acogerlos en el interior del recinto para reforzarse allí, se sintieron arrastrados por el terror general y abandonaron sus puestos.

Se dirigieron todos, en retirada, hacia Sidi Dris, una fortificación junto al mar, situada en la cima de un cerro y separada del agua por un acantilado. Solo consiguieron llegar ochenta hombres, entre los que se encontraban, de nuevo, agotados pero imperturbables, el teniente y su asistente.

Aquella noche, Alberto de la Torre se terminó de convencer de la cruda diferencia entre la teoría de aquellas gloriosas batallas de los libros y la atroz realidad del hambre, la sed, el dolor y la sangre de tantos soldados. Los rifeños se comportaron con un rigor y una crueldad que no entendía de acuerdos ni capitulaciones. Tanto el teniente De la Torre como el soldado García habían sido testigos, con horror y rabia, de cómo los rifeños fusilaban o degollaban sin compasión a aquellos que se rendían con la esperanza de ser capturados como prisioneros y así evitar su muerte.

El puesto de Sidi Dris, bajo el mando del comandante Juan Velázquez y Gil de Arana, tampoco estaba asegurado[2]. El 25 de julio se decidió la evacuación hacia una zona de playa, donde esperaban los buques «Princesa de Asturias», «Laya» y «Lauria». A medida que los soldados salían de la fortificación, los rifeños los eliminaban uno a uno. Era imposible escapar de aquella ratonera: algunos, desesperados, intentaban descender por el acantilado con la esperanza, vana, de sobrevivir a la caída; los que bajaban hacía la playa por la pendiente más practicable, eran abatidos a tiros. Muy pocos soldados lograron llegar a la orilla y ser embarcados.

De la Torre y cuatro oficiales más se encontraban al lado del comandante Velázquez, con rostros fatigados y desesperados. Eran unos auténticos héroes, pues sabían que los rifeños, mientras mataban sin el menor escrúpulo a toda la tropa que caía en sus manos, incluso a los que se acercaban desarmados con el fin de ser capturados, solían respetar la vida de los oficiales con el fin de solicitar rescate posterior a las autoridades españolas. Alguno había aprovechado las tinieblas de la noche anterior para desaparecer y entregarse. Pero los que quedaban tenían el cumplimiento de su deber por encima de toda consideración, incluso la de salvar la vida.

—Mi comandante, es inútil, nos van a matar a todos. Esto es el fin —dijo De la Torre como el que describe con objetividad una situación inevitable.

—Voy a dar orden para que cesen las salidas —repuso el comandante Velázquez—. ¡Vamos a resistir dentro de la posición mientras sea posible! ¡Viva España!

Todos los oficiales respondieron con fervor al «viva» del comandante.

—Y después, ¿qué? —preguntó un capitán.

—Lo único que podemos hacer: luchar hasta morir. Pero antes, nos vamos a llevar por delante a todos los que podamos.

En pocas horas, se dio el asalto final y aquellos españoles, abandonados a su suerte y sin posibilidad de recibir refuerzos, fueron cayendo entre las más terribles escenas de horror. En plena refriega final, Pedro se dirigió a gritos a su teniente.

—¡Mi teniente, no hay nada que hacer. Tenemos que aprovechar la oscuridad y salir de aquí como sea o no lo contamos!

—¡Nos vamos, Perico!

Tras numerosos enfrentamientos, y de forma milagrosa, los dos hombres lograron abandonar el puesto y avanzaron a toda prisa hacia el este. Los rifeños estaban demasiado atareados degollando a los últimos supervivientes y no se percataron de que los dos hombres, seguidos por algo más de una docena de valientes, habían logrado salir de aquel infierno a base de sablazos y bayonetazos. Aquella fue una acción heroica y desesperada, digna de mayor enaltecimiento y encomio por parte del Gobierno español, pero las derrotas y sus protagonistas suelen ser olvidados, salvo que mueran en el intento.

Horas más tarde, los dieciocho hombres que lograron salir del infierno de Sidi Dris se unieron a una columna que, bajo el mando del general Navarro, segundo jefe de la Comandancia Militar de Melilla, se dirigía hacia el Monte Arruit. Aquella huida fue terrible. Sin víveres ni municiones, y con los fieros bereberes atacando por todos lados, se produjo una desbandada irrefrenable que rompió todos los lazos de la disciplina y el orden. Cuando estaban cerca de alcanzar el destino fijado, la inmensa mayoría salió corriendo y abandonó a los doscientos cincuenta heridos que acompañaban a la columna. El pavor que se apoderó de los que huían dio lugar a la muerte de casi todos aquellos desgraciados. Se calcula que de los casi setecientos hombres que evacuaba el general Navarro, solo alcanzaron ilesos el Monte Arruit poco más del diez por ciento, es decir, unos setenta.

El 6 de agosto, en Melilla, un Consejo de Guerra dirigido por el

general Berenguer manifestó por unanimidad que no era factible ninguna acción militar para socorrer a la columna del general Navarro, aunque ello constituyera para todos los reunidos el máximo sacrificio que podían rendir a su Patria.

***

Tras pactar la entrega de la plaza de Monte Arruit, una vez agotadas las provisiones y la munición, la guarnición española —unos tres mil hombres— fue masacrada sin piedad por los rifeños. Sobre los restos del campamento quedaron miles de cadáveres insepultos durante meses. A pesar de haberse rendido, fueron aniquilados sin piedad.

Solo sesenta y nueve hombres lograron huir hacia Melilla y salvar la vida. Entre ellos, una vez más, se encontraba el teniente Alberto de la Torre y el soldado Pedro García, que salvó a su jefe muchas veces de perder el cuello y salió de todo aquello con tan solo un rasguño, casi imperceptible, en un brazo.

Con el horror vivido aquellos días y el nulo rédito y reconocimiento obtenido, la vocación militar del teniente quedó tocada para siempre.

Cambio de vida

Septiembre de 1922

Meses después de la debacle de Annual, el teniente De la Torre pidió destino al cuartel de San Roque, en Cádiz. Cuando se presentó, se hizo cargo, con carácter accidental, de una Compañía, pues faltaba el capitán y la vacante estaba pendiente de ser cubierta.

Después de aquella desastrosa y cruenta campaña, no volvió a ser la misma persona. Los horrores de los que fue testigo y la lucha extrema por sobrevivir durante aquellos días lo convirtieron de por vida en un hombre desconfiado y egoísta hasta el extremo. Nunca superó del todo la visión pavorosa de las matanzas atroces por parte de los rifeños, que aceptaban condiciones de paz y a continuación masacraban a los soldados desarmados, la lucha desesperada rodeado por cabileños ansiosos de sangre, el abandono de algunos oficiales a sus soldados con el fin de preservar la vida o las disputas, a veces cruentas, por un trago de agua.

Aquel deseo de llegar a ser un héroe, así como su visión romántica del Ejército y de la guerra, se vinieron abajo y rodaron por los suelos con estrépito. Nada le volvió a importar en la vida salvo él mismo, se volvió un ser cruel e indiferente al dolor ajeno. Todo lo encubría con su simpatía externa habitual. Tal vez, lo único que le quedaba de afecto hacia otro ser humano —aparte del que sentía por su padre—, al menos por el momento, era el agradecimiento a su asistente y cierta complicidad con él.

Todo lo contrario le sucedió al soldado García, que se sentía orgulloso de haber salido con vida de aquello y de haber salvado al teniente de morir en más de una ocasión. A pesar de la ferocidad mostrada tantas veces durante aquellos aciagos días, su inocencia, y su carácter fiel y bonachón no cambiaron ni un ápice.

El teniente deseaba abandonar el Ejército y no sabía si pedir una excedencia o el retiro definitivo. De repente, un acontecimiento inesperado le dio la excusa perfecta.

***

Llevaba meses en el nuevo destino cuando, una mañana, recibió en su despacho una llamada telefónica que le cambiaría la vida.

—Mi teniente, tiene una llamada —le dijeron desde la central—. Dice que es su hermano José. ¿Le paso?

—Sí, pásamela. —Alberto se extrañó: su hermano nunca le había llamado al cuartel—. Dime, José. ¿Pasa algo?

—Padre ha muerto, Alberto.

—¿¡Cómo dices!? ¡No puede ser! Tampoco era tan viejo ¿Qué ha pasado?

—Creo que ha sido un infarto. Esta mañana no se levantaba, fue madre a despertarlo y ya estaba frío.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde la casa del pueblo. Lo hemos trasladado a aquí. Madre piensa que es mejor para el velatorio y para el entierro. A la gente le pilla todo más a mano.

—¿Cuándo será el entierro?

—Estoy arreglando los papeles. Pero casi seguro que mañana por la tarde.

—Vale. Hablo con mis jefes y voy para allá en mi coche. En nada estoy ahí.

—De acuerdo.

***

Alberto de la Torre llegó al pueblo conduciendo su vehículo, un Bugatti descapotable Type 13 modelo de 1920. Por entonces, no eran muy frecuentes en un pueblo como el suyo los automóviles, con lo que no es de extrañar que el teniente, vestido con su uniforme militar, llamase la atención entre los viandantes que circulaban por la aceras de aquellas calles empinadas y estrechas.

Aparcó el vehículo al lado de la casa de su padre, pegándolo lo más posible a la pared, y entró, decidido y con aire marcial, en el amplio patio porticado, todo de mármol y azulejos de la cartuja de Sevilla, con sus pasillos separados por columnas de estilo dórico y su brocal del aljibe en el centro.

Varios grupos de personas charlaban animadamente. Todos guardaron silencio al verlo entrar y se acercaron a él para darle el pésame. No eran demasiados, pero no faltaba nadie importante del pueblo: el alcalde y varios concejales, el juez de instrucción y su secretario, el jefe de puesto de la Guardia Civil, un par de médicos, el jefe de la Guardia Municipal y el farmacéutico, aparte de unos cuantos

terratenientes, casi todos con sus esposas y algunos con sus hijos. En una esquina del patio, separados del resto, se encontraban las sirvientas y trabajadores del cortijo, que se apiñaban en silencio.

Una criada se acercó corriendo y con lágrimas en los ojos. Conocía a Alberto desde pequeño y le tenía especial cariño, aunque este no fuera correspondido por el teniente. Se detuvo a un metro escaso; parecía que dudaba sobre si abrazarlo o no.

—¡Ay, don Alberto, qué desgracia! ¡Y usted, qué guapo está con ese uniforme!

—Juana, son cosas que pasan. Gracias. Perdona, pero tengo que saludar a los que han venido a acompañarnos.

—Claro, claro, don Alberto. Usted está bien, ¿no?

—Qué sí, mujer.

Ya se encontraban, con gesto condescendiente hacia la sirvienta, varios prohombres del pueblo haciendo fila para darle el pésame. Entre las personas que se acercaron para dar la mano al teniente, había varias chicas jóvenes, que, para ser objetivos, interesaron más al doliente que los rectos señores con sus trajes oscuros y rostros serios. De todas ellas, al parecer de Alberto, destacaba una, no por ser más hermosa o llamativa, sino por mostrar un toque más distinguido. Y también por la forma en que lo miró cuando se dirigió a él.

—Te acompaño en el sentimiento, Alberto.

—Gracias. —La miró a los ojos y creyó recordarla de haberse visto de niños en algunas fiestas de cumpleaños—. ¿Nos conocemos?

—Sí. Soy la hija menor de Gustavo González, el dueño del Tomillar. Ya sabes, justo al lado del cortijo de tu padre.

—¡Ah, claro! ¡Ya decía yo! Tú eres Jacinta. ¿Cómo no vienes con tus padres?

—Sí, soy Jacinta. Mis padres deben de estar al llegar. Mi madre es un poco lenta en arreglarse. ¡Menos mal que no me has olvidado, hombre! ¡Hacíamos buenas migas de pequeños!

—Es difícil olvidar una cara tan bonita. De todos modos, ¡Qué cambiada! Mucho más guapa que cuando eras una cría. Me parece que ahora también podríamos hacer buenas migas.

Jacinta se ruborizó un poco, pero no se amilanó.

—Pues a ti no te veo nada mal con ese uniforme. Supongo que tendrás novia o te estarán rifando las niñas de la capital.

—¡Qué va! Bueno, perdona, tengo que seguir cumplimentando a los amigos. A ver si nos vemos luego y recordamos los tiempos de la

niñez.

—Claro que sí. Cuando quieras hablamos.

Continuó recibiendo el saludo de los que se encontraban en el patio, entre ellos, casi al final, el de los padres de Jacinta, que se unieron a ella a continuación.

A Jacinta se le iban los ojos detrás del teniente mientras su madre observaba la escena con una sonrisa.

—Qué guapo se ha puesto Alberto, ¿eh?

—Pues sí, mamá, muy guapo.

—Ten cuidado que los militares solteros son todos unos picaflores. Hoy me toca una aquí, mañana otra allá…

—¡Mamá, por Dios, si solo he hablado un rato con él!

—Ya, ya, pero te lo comes con los ojos. A mí no me engañas. Oye, que no te digo que no sea un buen partido. Aquí, en este pueblo, no vas a encontrar un hombre como ese, de nuestra clase y bien acomodado.

Tras hablar durante bastante tiempo con unos y otros, Alberto subió la escalera y pasó a la habitación donde se encontraba el cuerpo sin vida de su padre. José, el hermano, se encontraba en la puerta fumando un cigarrillo.

Se dieron un abrazo más bien frío. Se notaba que ninguno de los dos era muy dado a efusiones sentimentales.

—¿Y mamá?

—Ahí dentro, al lado de padre. No se despega de él.

—Ya. Voy a pasar.

Entró en la habitación. Su padre se encontraba sobre la cama, con un traje oscuro y las manos entrelazadas. La visión, como en cualquier óbito, imponía, pero para Alberto, después de tanto soldado degollado y abandonado en medio del campo, aquello no le produjo la menor impresión. Y eso que él mismo pensaba que, si quería a alguien en el mundo, era a su padre.

—Hola, mamá.

Fue lo único que supo decir. La madre ni lo miró: parecía estar en otro sitio, concentrada, tal vez, en recuerdos de tiempos mejores con su marido.

Alberto, se quedó un rato de pie y en silencio. La madre parecía rezar o hablar algo para sí.

—Bueno, mamá, estaré ahí fuera, cumpliendo con la gente que ha venido.

De nuevo, la madre ni levantó la cabeza.

—Está muy afectada —comentó el hermano a modo de disculpa.

—Ya. Es natural. Padre no tenía edad para morir.

—Como médico te puedo asegurar que no hay edad para eso. Pero sí que es verdad que podía haber vivido muchos años. Parecía tan fuerte… ¿Quieres un cigarrillo?

—Venga, vamos a echarlo.

—Esto…, que mañana a las diez de la mañana lo llevan a la parroquia y de allí al cementerio.

—Visto. Me han dado seis días de permiso. Si hay algo que tenga que hacer, me lo dices. Alguna gestión o lo que sea.

—Está todo arreglado, Alberto. Ah, por cierto, el notario vendrá a casa a leer el testamento pasado mañana a las doce del mediodía.

—Vale.

—Una cosa, ¿te piensas quedar aquí a dormir o te vas al cortijo?

—En principio, supongo que mejor me quedo aquí, si no te importa.

—No sé qué dirá el testamento de papá, pero de momento esta casa es tan tuya como mía, así que lo que me importe es lo de menos. Pero, vamos, que me parece bien. Siempre te será más fácil dormir aquí que estar yendo y viniendo, ¿no?

—Claro. Bueno, voy a bajar a hablar con el personal. ¿Vienes?

—Me quedo un rato, mamá puede necesitar cualquier cosa.

—Si quieres, le digo a una de las criadas que le haga un caldito.

—Buena idea. No sé si lo tomará, pero si lo tiene delante…

Alberto bajó las escaleras; desde arriba oteó el patio durante unos instantes y vio a Jacinta. Le apetecía hablar con ella. «No está mal la mujer —pensó—: las he visto más guapas, pero tiene un cuerpo que marea».

Ella parecía atraerlo con una sonrisa, comedida pero cercana.

—¿Cómo estás? —le preguntó Jacinta—. Supongo que no muy bien.

—No. Quiero decir que sí, que no estoy muy bien. Mi padre era algo especial para mí.

—Claro. Se comprende. ¿Sabéis ya cuándo será el sepelio?

—Sí, mañana a las diez en la parroquia.

—Hablaré con mis padres. Me gustaría asistir.

—Y a mí que vinieras. ¿Sabes qué me sucede desde que te he visto?

—No…

—Que cuando veo esa cara parece que se me quita un poco el dolor. De hecho, me siento bien al estar a tu lado.

El flechazo dio de lleno en la pálida Jacinta, ahora más roja de lo normal.

—Qué cosas tienes, Alberto —musitó ella, entre tímida y satisfecha—. Eso se lo contarás a todas las niñas de Cádiz.

—¡Qué va! Soy muy soso y no me salen las palabras al ver a una mujer guapa —mintió—, pero contigo es diferente. Y no me preguntes el porqué.

Desde aquella conversación, Jacinta y Alberto se vieron a diario con cualquier excusa durante los días que duró el permiso del teniente. Cualquier motivo era bueno: tomar un café, dar un paseo con la madre de ella, aprovechando que habían venido a hacer una compras, o incluso asistir a la Santa Misa, cosa que Alberto no hacía casi nunca, salvo el día del sepelio y en alguna escasa ocasión cuando era un niño.

***

Una criada recibió al notario y lo acompañó al estudio del padre. Una sala que tenía que existir en una casa de aquella categoría aunque no se emplease para nada. Lo esperaban sentados ante una gran mesa de caoba con sillas de la misma madera.

Buenos días, señores —dijo el notario con tono profesional—. Con su permiso, me siento y procedo a leer las partes fundamentales del testamento del señor don Alberto de la Torre e Hinojosa. Les entrego sendas copias para que sigan mi lectura y luego quedarán en su poder para que las lean con tranquilidad.

—Cuando usted quiera —dijo José.

—Bien. —El notario se puso las gafas, repasó las páginas, carraspeo y miró de reojo a los tres—. Procedo:

> *A mi hijo menor, Alberto de la Torre Pérez, le cedo el cortijo del Lentiscal, con todos sus edificios, ganado y demás propiedades anejas, incluida la casa correspondiente.*
>
> *A mi hijo mayor, José de la Torre Pérez, le cedo las tres casas*

que poseo fuera del cortijo, a saber…

El notario interrumpió la lectura y se quitó las gafas.

—Aquí vienen especificadas las casas de que se trata, con sus direcciones correspondientes, que estimo no es necesario citar —explicó—. Prosigo:

> *Además, le cedo todos los bienes dinerarios depositados en diversos bancos, cuya relación y cuantificación se expresa al final en nota anexa. Y cualquier otra propiedad que no se encuentre dentro del cortijo denominado el Lentiscal.*

De nuevo se quitó las gafas y explicó:

—Bien, si pasan a la penúltima página, podrán ver cómo se distribuyen esas cantidades económicas entre diverso bancos y el monto total, que asciende en el momento de haberse firmado el testamento, muy reciente, a algo más de dieciocho millones de pesetas.

»Para abreviar, a usted, doña Carmen, le corresponde de por vida el usufructo de la casa donde nos encontramos ahora y de la del cortijo, quedando a su elección si vivir en una u otra o mudarse cuando le parezca oportuno tantas veces como lo desee. Además, le corresponde la cantidad de seis millones de pesetas, que don Alberto destinó en exclusividad para usted y cuya cuenta bancaria también está significada en el anexo, como podrán comprobar.

—¡No es justo! —exclamó, acalorada, la madre.

—Señora, no es mi cometido opinar, pero le puedo decir, a título informativo, que los testamentos se destinan a los descendientes. No es por llevarle la contraria, pero le ha correspondido una cantidad más que respetable y el usufructo de dos casas que, en mi opinión son verdaderos palacios.

—No es por eso. Creo que mi marido no ha sido ponderado en el reparto. A Alberto le corresponden unas tierras que tienen un valor incalculable; y sin embargo a José…

—Mamá, déjalo. Yo no lo veo mal. Además, desde siempre se ha sabido que a mí no me atrae el campo. ¿Qué iba a hacer con el cortijo?

—Pues lo hubieras vendido y te habrían dado más de lo que te ha ofrecido tu padre.

—Señora, yo ya he cumplido mi cometido. Sobre si es justo o no el testamento, solo le puedo decir que es la voluntad de su difunto esposo y hay que respetarla como tal. Al estar en su sano juicio, podía repartir sus bienes como le apeteciera. De todos modos, tengo que decirle, no como notario sino, fuera de este acto, como amigo de la familia, que la distribución que hizo su esposo me parece muy juiciosa.

—Y no es por llevarte la contraria, mamá, pero eso de que el cortijo vale más que lo que se lleva mi hermano no está tan claro —dijo Alberto—. Las tierras bajan o suben de precio según se cuiden y según como vaya la economía. Yo, como José, no veo mal el testamento. Ahora bien, si quiere él o lo convences tú, no tengo inconveniente en firmar un documento en el que le cambio mi herencia por la suya.

Carmen lanzó una mirada furiosa a Alberto.

—Sigo pensando que no es justo. Además, me parece una burla por parte de tu padre que me deje en usufructo la casa del Lentiscal. Él sabía que odiaba vivir en el campo y que siempre estuve allí porque lo quería más que a mi vida.

—Eso no es asunto mío, mamá —repuso Alberto—. También sabía que prefieres a José y te irías a vivir con él. Pero no creo que lo haya hecho por burlarse de ti ni de nadie.

—Señores, lamento oír esta conversación. Mi misión ha finalizado y solo me queda aclarar dudas legales. No tengo por qué oír conversaciones privadas ni opiniones particulares que no me conciernen. Por tanto, ¿alguna duda legal?

Los tres callaron. Carmen echaba chispas, José parecía tranquilo y Alberto sonreía. Ya tenía una buena excusa para abandonar el Ejército.

Una propuesta

Alberto de la Torre se encontraba sentado en su despacho. Nada del otro mundo: una mesa, tres sillas, un armario, un perchero, un cuadro del rey don Alfonso XIII y otros con temas militares colgados de las paredes, algo más blancas que las del dormitorio de la tropa, pero tampoco mucho más limpias.

Pedro García se asomó a la puerta, medio abierta, y la golpeó un par de veces con el puño. Venía con una sonrisa amplia y chorreando agua desde los pelos de la cabeza hasta las botas. Llovía a conciencia.

—¡A sus órdenes, mi teniente! ¿Da su permiso? Aquí tiene usted su paquete de tabaco.

—Pasa, Perico. Anda, que vienes más mojado que un gato en una alberca.

—No era cosa de hacerlo esperar, mi teniente. Cuando me da una orden, yo la cumplo, como dice usted: «Aquí la principal hazaña es obedecer a toda costa». Eso es lo que hay.

—Ya, hombre, pero si hubiera sabido la que está cayendo, te habría dicho que no corre prisa. Tampoco estamos batiéndonos con aquellos energúmenos bereberes. En fin, ya está hecho.

—Ojalá hubiera caído en aquella ocasión el agua que está cayendo ahora, mi teniente. No he pasado más sed en toda mi vida.

—Sí que es verdad. Anda, dame ese tabaco, que parece que te lo vas a quedar.

—Ay sí, claro. Aquí tiene. —Alberto cogió el paquete, lo abrió y sacó un cigarrillo, que encendió a continuación.

—¿Desea usted alguna otra cosa?

—Nada, hombre. Anda, vete a la cantina de tropa y tomate algo con los compañeros. Por ahora no te voy a necesitar más.

—Esos estarán con la instrucción, mi teniente.

—Es verdad. Y tú, con eso de ser mi asistente, te libras. ¡Qué bien vives, puñetero! No me digas que no.

—Hombre, yo… Vamos, que no me puedo quejar, mi teniente.

—¡Como para quejarte! Ni una guardia en todos los meses que llevamos desde lo de Annual. Y cuando te mando limpiar el sable o la

pistola, o irme a por tabaco es cuando más tarea te doy.

—Pues eso, mi teniente, que no me puedo quejar. Ni aunque pudiera tampoco lo haría, claro. Pero, vamos, que me lo tengo ganado, después de la pesadilla que vivimos allí, ¿no le parece? Y usted me perdone el atrevimiento.

—Ja, ja, ja. Lo que más me gusta de ti son tus salidas. Bueno, eso y tu buena disposición para todo. Aunque la verdad es que no estoy ahora para muchas risas después de lo de mi padre.

—Ya, mi teniente… Lo siento.

—Gracias, hombre. Espera, siéntate, que quiero hacerte una propuesta.

—¿Una protesta, mi teniente? *Ojú,* ya me está preocupando.

—No hombre, no es eso. Te he dicho una propuesta.

—¿Y eso qué es?

—Pues decirte algo para ver si te interesa. Que la verdad es que estoy seguro de que sí te va a interesar.

—Diga usted lo que sea, mi teniente, que no le voy a llevar la contraria. Eso seguro.

—Verás, después de la muerte de mi padre, he heredado un cortijo bien grande, con más terreno, más trigo y más ganado del que te puedes imaginar. Mi padre tiene, tenía quiero decir, buen número de empleados y por el momento los mantendré a todos.

—No se moleste por lo que le voy a decir, mi teniente, pero, como dice el refrán, «no hay mal que por bien no venga». Lo digo por lo que le ha tocado en el testamento de su padre. ¡Ahí es nada ser el dueño de un cortijo!

—Perico, a veces eres un poco burro.

—Hombre, mi teniente, usted sabe que yo soy *alfabeto* y no me sé expresar. Yo no quería molestar; solo quiero decir…

—No te preocupes, Periquillo. Sé que lo dices de buena fe. El asunto es que he pedido la excedencia y el lunes me marcho. He pensado en ti para algo especial.

—Lo que usted mande, mi teniente.

—Como tú mismo dices, eres *alfabeto*, que, para que lo sepas es «analfabeto» y no esa palabra que te has inventado. También me has dicho muchas veces que solo sabes cuidar viñas. Pero hay una cuestión en la que me consta eres muy bueno.

—Como no sea comiendo cocido o *poleás*…

—Ja, ja, ja. No hombre, no es eso. Sé que eres un tirador de

primera. De sobra lo has demostrado en Annual. Y también sé que eres un tipo fiel.

—Lo primero se lo admito, mi teniente —dijo Pedro, sonrojado—. Y lo segundo también, más que nada porque usted lo dice, aunque no lo entiendo muy bien.

—Si no fuera porque no estoy de humor después de los últimos acontecimientos me partiría de risa contigo, Perico.

—Usted perdone, pero estas cosas se me escapan. No es mi intención, ya me entiende usted.

—Mira voy al grano: he pedido una excedencia y si me va bien con el cortijo, no regresaré al cuartel. A ti te quedan tres meses de Servicio Militar. Si te vienes conmigo de guarda, te consigo un permiso indefinido y te llevo al cortijo. ¿Qué me dices?

—Mi teniente, yo no sé si valdré para eso. ¿Qué hay que hacer?

—Hay una casa a la entrada del cortijo. Allí puedes vivir. Es un lujo. Menos la casa principal, las únicas viviendas que hay son la del capataz y esa que te digo. Los demás asalariados viven en dos barracones grandes. Vamos, que si te vienes vas a ser un privilegiado.

—Otra vez me quedo a medias, mi teniente, porque eso de *primilegiado* como no sea algo de primos hermanos es que no lo cojo ni con tenazas. Pero le digo yo desde ahora que voy a donde usted me diga, porque se ha portado muy bien conmigo y porque me da a mí que eso es un trabajo que no lo conseguiría en toda mi vida si no fuera por usted.

—Estupendo, Periquillo. No te arrepentirás.

—Solo hay una pega, mi teniente.

—¿Cuál?

—Verá usted, es que yo tengo novia en el pueblo. Todo estaba pensado para casarnos en cuanto terminase la mili. Mi suegro tiene unas viñas y yo iba a ayudarle a llevarlas para adelante, ya me entiende usted.

—¿Y eso es una pega? Te traes a tu novia y te casas en el cortijo. Y si quieres, que vengan tus suegros y así comprueban lo bien colocado que vas a estar. Además, tu mujer te podrá ayudar en la ocupación de guarda.

—Vale, es usted muy listo y no hay manera de decirle que no. Pero es que ni sé lo que hace un guarda.

—Muy fácil: no dejar que entre en el cortijo nadie que no sea del servicio o los peones que vienen a faenar. Y dar vueltas con tu caballito por si hay algún cazador furtivo y darle para el pelo para que

no vuelva a entrar en mis tierras. Eso es, en resumen, lo que tienes que hacer. Tu mujer te podrá ayudar en la puerta.

—Tal como lo pinta, ya le digo yo que voy con usted hasta el fin del mundo si hace falta. Pero caballo no tengo. Ni escopeta tampoco.

—No te preocupes. Eso va por mi cuenta. Eso sí, no me falles nunca.

—Por eso puede estar tranquilo, mi teniente.

—Pues el lunes tienes recogidas tus cosas, que nos vamos —dijo el teniente mientras se levantaba de la silla en señal de que había terminado.

—¿¡Ordena alguna cosa más!? —preguntó Pedro mientras se ponía en posición de «firmes» con cara de júbilo.

—Nada, Perico. Espera…, toma esto para que lo celebres con los compañeros.

El teniente se levantó e inclinó el tronco hacia el soldado; le sacaba más de una cuarta de estatura. Le puso un billete delante de las narices y Pedro titubeó un momento antes de cogerlo sin mirarlo siquiera.

—¡Gracias, mi teniente!

—Aprovéchalo bien.

Una vez salió del despacho, el soldado comprobó que se trataba de cien pesetas.

—¡La madre que me parió! ¡Esto empieza bien!

La llegada del nuevo patrón

Cuando abrió la cancela y el automóvil entró en el cortijo, Pedro se sentía poco menos que el ayudante de campo de un famoso general: deseoso de atender a su teniente y orgulloso de ir junto a él en aquel vehículo descapotable.

—Mira, Periquillo, esa de ahí, arriba del cerro, es la casa del Lentiscal. Le solemos llamar la casa grande. Y esta de aquí, enfrente de la entrada, va a ser la tuya. No te quejarás…

—Es grande, mi teniente, pero desde afuera parece que está en mal estado… Quiero decir la mía. No es por quejarme, y lo siento si he hablado más de la cuenta.

—No pasa nada. Ya verás que vas a estar muy bien. Oye, que si te falta una litera o un armario, o unas sillas, me lo dices, ¿eh? Tu primero mira la casa y ya luego me cuentas.

—Sí, mi teniente.

La casa en la que iba a vivir Pedro tenía dos plantas y estaba rodeada por árboles; el asistente del teniente llevaba toda la razón en lo que respectaba a su mal estado. Él no lo había visto aún, pero el interior estaba peor de lo que aparentaba la fachada.

—Te diría que te quedases y te fueras acomodando, aunque mejor te subes conmigo y le echas un vistazo a todo esto. Además, antes de que regreses a la que va a ser tu vivienda, voy a mandar que te entreguen el caballo y la escopeta. Mañana te quiero ver hecho todo un guarda. Y ahora espabila y abre esa cancela, hombre.

—Sí, mi teniente. ¡Ahora mismito!

Pedro aprovechó cuando subían en dirección a la casa del nuevo dueño, para intentar despejar sus múltiples dudas.

—Una cosa le quería preguntar, mi teniente. En realidad son dos…

—Venga, dime. Pero date prisa que estamos llegando a la casa. Mañana no quiero más monsergas, ¿eh? Si tienes dudas, te buscas al capataz y él te dirá. ¿De acuerdo?

—Sí, mi teniente. Era que no sé qué ropa me tengo que poner. Vamos, que igual que un soldado tiene su ropa o un bombero la suya, digo yo que un guarda también tendrá su uniforme, ¿no?

—Ja, ja, ja. Pedro, eres más simple que un botijo. Aunque, en

parte, llevas razón… No puedes ir por ahí, con esos andrajos y pedir respeto a mis propiedades. Supongo que traes los uniformes de la mili, ¿no?

—Sí, mi teniente. Como usted me dijo. En el saco petate.

—Pues mira, de momento, te vistes de soldado. Bien uniformado, ¿eh? Las botas limpias y el cinturón reluciente. Al fin y al cabo, durante tres meses, sigues siendo soldado.

—Sí, mi teniente.

—Después ya veremos… Unos pantalones y una chaqueta de pana pueden valer. ¿Y la otra pregunta?

—Pues verá usted…, es que…, se me ha olvidado. De todos modos, como me ha dicho usted, si me acuerdo se lo digo al capataz.

—Bien pensado, Perico. Ya estamos llegando.

Cuando Pedro se bajó, se fue hacía el capó para coger las maletas de su hasta ahora teniente y desde este momento patrón. Pero antes de que llegase ya estaba un criado con dos maletas en la mano. Pedro cogió su petate y se quedó quieto, impresionado por el entorno, mirando hacia la fachada y hacia todos lados sin saber qué hacer. Alguien se acercó y subió al coche, llevándoselo del patio, una explanada amplia y bien adoquinada.

«Este patio debe tener más de dos aranzadas —pensó el soldado— ¡Qué desperdicio!, aquí cabría una viña para alimentar a una familia».

En efecto, la explanada era, más o menos, de la extensión que calculó Pedro. A todo lo ancho, se extendía la fachada de la casa, que le asombró aún más que la de su cuartel el primer día que llegó. El porche, con columnas de mármol y azulejos labrados de primera calidad, era digno de un palacio sevillano.

Ante la escalinata de entrada, se alineaba una docena mal contada de sirvientes de la casa, bien vestidos, ellas con cofia y ellos con camisas blancas impecables, almidonadas para la ocasión. En un lateral, se encontraban dos docenas de labriegos con sus pantalones y camisolas grises, y, en las manos, sus gorras de color indefinido, ajadas por la intemperie y el sudor.

Felipe Yáñez, el capataz, un solterón recalcitrante que pensaba que como la vida de soltero no había otra, con su calva, su gran bigote, sus zahones, sus botas relucientes y un buen sombrero de ala ancha en la mano, se adelantó a saludar al nuevo patrón.

—Don Alberto, es un placer recibirlo en su toma de posesión del Lentiscal —saludó.

El nuevo patrón dudó un momento hasta que levantó la mano para estrechársela con cierta estudiada frialdad y poca efusividad.

—Tú eres el capataz. ¿No es eso?

—Sí, señor. Felipe Yáñez.

—Aja. Felipe. Antes había otro. Buenas putadas le hice de pequeño al pobrete. Supongo que se habrá jubilado.

—Sí, señor. Yo ya llevo aquí cinco años.

—Pues espero que te dure el puesto.

—Eso espero yo también, don Alberto. Me tiene usted a su entera disposición para todo lo que se tercie —agregó el capataz, algo perturbado.

—Te tomo la palabra, Felipe. Me ha gustado eso de «a su entera disposición para todo lo que se tercie». Si señor: me ha gustado. No esperaba menos de ti. Supongo que has servido muy bien a mi padre y te lo agradezco. ¡Pero ojito conmigo: aquí nadie tiene un puesto seguro si no me demuestra su lealtad!

—Sí, señor —acertó a decir Felipe, algo nervioso.

—Por cierto, no recuerdo haberte visto en el entierro de mi padre. Supongo que habrá sido por haber tanto gentío.

El capataz se puso un tanto descompuesto, moviéndose hacia los lados.

—No estuve, don Alberto. Verá, es que todos los trabajadores se fueron en una camioneta al pueblo a velar a su padre. Y alguien se tenía que quedar al cuidado de todo esto.

—Ya, ya. Que me parece bien, ¿eh? No lo he dicho por nada en particular. Cuando decía lo de la lealtad no me refería a ti. Seguro que te desvelas por el Lentiscal.

El nuevo patrón hablaba en voz más alta y amenazante de lo que parecía necesario. Quería que todos lo oyeran.

—Yo le agradezco la confianza, don Alberto, y le prometo que no le defraudaré.

El capataz tenía cierta tendencia a hacer una especie de ligeras genuflexiones cuando hablaba con el padre de Alberto. Y esa costumbre anunciaba acentuarse ante las palabras del nuevo patrón, que sonreía con contenida afabilidad, pero miraba a Felipe de una manera que este interpretó como amenazadora.

Alberto carraspeó varias veces, se puso tieso como un palo y, con las manos atrás, se dirigió a todos como si se tratase de un discurso a su sección antes de entrar en combate contra una aguerrida harka

rifeña: con voz enérgica y bien alta:

—Como bien acaba de decir vuestro capataz, espero de vosotros que me sirváis en lo que se tercie y sin rechistar. No admito ni protestas ni vagos. Si este cortijo ha sido un ejemplo de trabajo con mi padre, ahora lo va a ser aún más. Y el que no esté dispuesto a obedecerme en el acto en todo lo que le ordene, que coja los bártulos y no vuelva aquí. ¿¡¡Entendido!!?

Si entendieron o no, es algo que nunca se sabrá con total seguridad, pues nadie contestó ni se movió de su sitio. Continuaron con lo que estaban haciendo, unos mirando al cielo por si llovía o no, otros rascándose de vez en cuando y los más con las cabezas gachas.

—¡Pues cada mochuelo a su olivo! —añadió Alberto—. Hoy ya no se trabaja. Mañana os quiero en el tajo al amanecer y sin escaqueos ni tonterías.

Los hombres se fueron para los barracones y Alberto abandonó su postura casi fiera, pasando a mostrar una amplia sonrisa, que no consiguió engañar al capataz. Era la típica simpatía que solía mostrar casi siempre para esconder su verdadero carácter.

—Felipe —comenzó a hablar el nuevo patrón mientras ponía una mano sobre el hombro del capataz—. Ya sabes que cuentas con todo mi apoyo. Hay que mantener las formas y estos zopencos solo entienden con palos. Lo digo en sentido figurado. Lo de antes…

—Claro, don Alberto, no se preocupe... Estos mastuerzos necesitan mano dura.

—Ahí, ahí. Veo que nos entendemos.

—Pues me alegro de eso —dijo Felipe al tiempo que doblaba un poco el tronco hacia adelante.

—Mira, tenemos muchas cosas de las que hablar y vengo muerto de hambre, así que lo mejor será que te quedes a comer en mi casa y así tenemos tiempo para charlar de la marcha del Lentiscal. Hay muchos detalles que desconozco y me tienes que poner al día, porque ya te adelanto que me voy a ocupar personalmente de la marcha del cortijo. Sin quitarte tus atribuciones, por supuesto.

—Me parece bien, don Alberto —dijo Felipe, que no pudo evitar una nueva genuflexión—. Su padre actuaba de igual modo.

Antes de entrar en su nueva casa, Alberto se percató de que Pedro se encontraba en medio del patio, mirando a un lado y a otro y rascándose la cabeza.

—¡Periquillo, me había olvidado de ti! ¿Qué haces ahí como un pasmarote?

—Yo…

—Felipe, este es Pedro, mi asistente. Va a hacer de guarda. Encárgate de que le entreguen un buen caballo y luego le das una escopeta de las que hay en la casa con varias cajas de cartuchos.

—Ahora mismo, don Alberto.

—Se va a vivir a la casa de la entrada. Si necesita un colchón o lo que sea, se lo suministras.

—Por supuesto, don Alberto, ahora mismo. —afirmó el capataz con una nueva genuflexión.

—Periquillo, nos vemos mañana. Y pórtate bien, tunante.

—¡Sí, mi teniente! ¡A sus órdenes, mi teniente!

—Hago las gestiones que me ha ordenado con el nuevo guarda y en diez minutos estoy aquí, dijo Felipe, que de repente se sintió como un sargento de semana recibiendo instrucciones de su oficial de servicio.

—De acuerdo, Felipe. Y mañana que alguien lo acompañe a echar un vistazo a todo esto. Conviene que conozca caminos y veredas, para saber qué es lo que tiene que defender de cazadores furtivos y demás.

***

Pedro se echó la escopeta a la espalda y se montó en el caballo que le habían entregado. «No parece malo el rucio —pensaba mientras bajaba hacia la entrada del cortijo—. Y la escopeta ya se verá. Habrá que probarla».

Cuando llegó a la casa de la entrada del cortijo, dio varios empujones a la desvencijada puerta hasta que consiguió abrirla, no sin cierta dificultad. Era una puerta grande, más apropiada para meter carros que personas. Lo que vio nada más entrar le hizo cambiar de ánimo en unos segundos: el abandono era completo.

La primera planta, que se podría llamar salón con mucha imaginación, se componía de una sola habitación de más de cuarenta metros cuadrados. Tenía levantadas las losas de tal manera que la hierba e incluso algunas matas de cierta altura crecían a sus anchas por todos lados. Las paredes habían perdido gran parte del enfoscado y dejaban ver los ladrillos. En el centro había una chimenea con indicios de no haberse usado en mucho tiempo, y, en una esquina, una cocina de carbón, con algunos cacharros renegridos colgados de la pared. Eso era todo. Ni un solo mueble.

Subió las escaleras que daban a la segunda planta. El techo apuntaba síntomas de que en caso de lluvia no serviría para resguardarse del agua. Algunas vigas de madera avisaban de que en cualquier momento se vendrían abajo en cualquier momento. En tres habitaciones que podían servir de alcobas, con sus desvencijadas ventanas, no había camas ni nada de nada.

—¡*Un primilegiado*! ¡Si esto es la casa de un *primilegiado* de esos, yo soy obispo de Roma! —exclamó Pedro, desolado—. ¡Me cago en mi estampa! Pero por mi madre, que en paz descanse, que esta casucha la pongo yo en condiciones y me traigo a mi Manuela para acá. Lo malo va a ser dormir esta noche. Si al menos hubiera un colchón de paja... En este suelo no hay quien duerma. Menos mal que uno no es tonto.

Abrió el apretado saco petate y sacó un par de mantas que se había traído en un descuido del furriel. Hizo gestos de negar con la cabeza y salió afuera.

«Aquí no hay otra que recoger retamas y hacer un lecho para esta noche —pensó—. Con las dos mantas me apaño, pero mañana hablo con el capataz. A ver si me puede agenciar un colchón de paja y al menos una mesa y una silla».

Comprobó que detrás de la casa había un pozo con su brocal y su polea. Esto lo alegró. «Al menos tengo para lavarme —pensó—. Y si el agua es buena, es una ventaja».

Vio con satisfacción que había tres olmos, viejos pero llenos de hojas. Algunas ramas crecían a poca altura y hacían como una especie de techo, más acogedor, según le pareció a Pedro, que el del interior de lo que no podría considerarse una vivienda si no se le daba un buen repaso.

«Buena sombra —pensó—. Y el suelo está bastante llano. Mientras no esté un poco adecentada la casa, creo que voy a dormir aquí. Espero que el teniente me deje algunos materiales de construcción aunque sea como adelanto de la paga. Porque, en estas condiciones no veo bien casarme y traerme a mi novia».

El Lentiscal

El cortijo que acababa de heredar Alberto de la Torre, ocupaba una extensión inmensa de terreno, formada por la acumulación de varias fincas adquiridas en distintos momentos.

El núcleo inicial lo compró el padre de Alberto cuando regresó de América y decidió invertir parte de su fortuna en el cultivo, sobre todo de cereales, y en la ganadería. Para ello, adquirió una finca enorme, situada a no muchos kilómetros del pueblo, a un precio que resultó casi irrisorio en comparación con la cantidad de dinero de la que disponía. En apariencia, aquella gran extensión de terreno, un rectángulo de algo más de un kilómetro de ancho por cuatro de profundidad, no servía para nada. Solo había algún que otro pino, algún alcornoque y, sobre todo, infinidad de lentiscos. De ahí el nombre con que bautizó a su nueva propiedad.

Luego vinieron las compras de dos fincas. Una contigua al núcleo inicial, y la segunda al otro lado de la carretera de acceso. Unos cuantos miles de pesetas y la edificación de un amplio vado bajo la carretera comunicó muy pronto a esta finca con el resto.

Durante más de quince años, el padre de Alberto se dedicó en cuerpo y alma a reformar aquellos terrenos. Al principio, no era imprescindible que el Lentiscal le resultara rentable, ya que si algo le sobraba era dinero. Por unos pocos reales diarios pagados a braceros del pueblo, que acudían como moscas a la finca arrastrados por la necesidad, arrancó lentiscos, allanó terrenos, sembró trigo y comenzó a comprar ganado y construir establos.

Al mismo tiempo, se hizo edificar una casa a la entrada de la finca —que era la casa ahora destinada al asistente de Alberto de la Torre— y comenzó la edificación de otras dos. Una de ellas en el pueblo, para que todos vieran quién era ahora el chico que salió años antes con poco más que unos billetes y la ropa puesta.

La otra casa, que tardó varios años en tener a su gusto, terminó por ser un auténtico palacio en una zona elevada del Lentiscal, con más mármoles que los que se habían visto jamás en el pueblo. Esa era la casa donde nació Alberto y que pasó a ocupar este cuando llegó al cortijo.

Como se veía venir desde que era pequeño, José, el hermano mayor del ahora patrón de la finca, realizó una carrera universitaria que le permitiera vivir en la ciudad, pues no se trataba de una persona

a la que le atrajese lo más mínimo la vida en el campo. Era médico y ejercía en el pueblo más cercano. La madre aguantó décadas al lado de su marido porque lo adoraba; pero no veía que tuviera sentido alguno seguir allí una vez falleció. Además, siempre tuvo una preferencia marcada por José y un desapego evidente hacia Alberto. Fue por eso que se fue a vivir al pueblo con su hijo mayor.

De hecho, cuando Alberto se hizo cargo del cortijo su madre llevaba tantos días viviendo con José como su esposo muerto. Y tanto ella como su hijo mayor tardaron muchos meses en volver por la casa familiar del cortijo.

Fernando, el vaquero

No había amanecido aún cuando Pedro ya se encontraba en el patio de la casa grande, con su caballo atado en la cuadra en el lugar que le indicaron la tarde anterior. Llevaba su uniforme de soldado, con sus botas de tres hebillas relucientes como si le fueran a pasar revista, y su gorro cuartelero.

Una vez llegó el capataz, ya estaban casi todos los braceros en el patio. Repartió las tareas y les indicó que esperasen antes de marchar a los lugares donde debían desempeñar sus quehaceres.

Fuera del grupo de los braceros, un tipo esperaba instrucciones. Era alto, enjuto y fibroso, con una gran barba que le cubría la cara y le llegaba hasta el pecho. Lo único que dejaba ver de sus facciones eran unos ojos negros y penetrantes.

—Pedro, este es Fernando, el vaquero. El solo y sin ayuda lleva adelante lo que se refiere a la comida y limpieza del ganado del cortijo. Se lo conoce muy bien. Quiero decir el cortijo. Te va a enseñar esto.

—Visto, señor capataz.

—Con que me llames don Felipe vamos sobrados. Fernando, ya sabes: antes que nada, le presentas a los braceros para que los conozca y se quede con sus caras, y así no tengamos problemas en la entrada; luego os dais una vuelta por la propiedad.

—De acuerdo, don Felipe. Así se hará —dijo el vaquero con una voz potente, grave y bronca.

—Anda, coge un caballo para que no tengas que compartir el de Pedro —dijo el capataz.

—Sí, don Felipe.

***

Después de presentar a Pedro a los braceros y de visitar los garajes, los barracones donde se guardaban los aperos y las cuadras de los caballos, Fernando se fue con este a hacer un recorrido por la enorme extensión de la finca.

Los caballos marchaban por un camino amplio y bastante bien acondicionado, flanqueado por trigales cuya vista se perdía a

izquierda y derecha.

—Así que eres el nuevo guarda —dijo Fernando, el vaquero, por iniciar una conversación.

—Sí, señor.

—Encantado de conocerte. —El vaquero le tendió la mano a Pedro—. Espero que te vaya bien por aquí. Si pones atención a lo que haces, no tendrás problemas.

—No creo que los tenga. El teniente, con todos los respetos, es como un hermano para mí. Hemos luchado codo con codo en África y me tiene mucho aprecio.

—No te fíes mucho de eso. Los dueños de los cortijos son como una clase aparte. El padre de don Alberto no era amigo de nadie que no fuera de los suyos. Yo conozco al nuevo patrón de antes de que se marchase a la Academia Militar. Se trataba de un déspota que no dudaba en maltratar a los peones por cualquier motivo insignificante.

—Yo conozco al teniente y conmigo se porta como un hermano. Eso es lo único que me interesa.

Pedro se sintió sorprendido por los ademanes y las palabras de Fernando.

—Pues usted habla igualito que los señoritos.

—Cómo hable o deje de hablar es irrelevante. Soy el que cuida las vacas y nada más.

—Estoy acostumbrado a oír hablar a la gente esa que está todo el día leyendo librotes y contando cosas de política y de guerras y usted habla igualito que ellos, se lo digo yo.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro García, para servir a Dios y a usted.

—Vale, vale, Pedro García, con tal de que sirvas al patrón y al capataz, ya vas sobrado, a mi déjame de tratamientos y monsergas.

—No sé qué es eso de las monsergas, pero lo demás ya lo cojo. Es que, como le digo, usted habla como los señoritos. A mí no me engaña: por muy vaquero que sea, no somos iguales. Yo soy *alfabeto*, pero no tonto.

—Aquí todos los que trabajamos para el patrón, menos el capataz, somos iguales. Así que háblame de tú.

—Vale. Y tú, ¿cómo te llamas?

—¿No lo has oído del capataz? Fernando. Fernando Roa. Aunque aquí todos me llaman «el Vaquero» y nada más.

—Vale. Pues te llamaré Fernando o Vaquero, según como me

salga.

—Mira, esa de ahí a la izquierda es la vivienda del capataz y la que está al lado es la de invitados. Un poco más abajo, está la mía, que es bastante más pequeña y pobre, pero me queda cerca de las cuadras. En calidad son un par de habitaciones y poco más. Me refiero a la mía, porque la de las visitas es una casa excelente y con muchas salas.

—¡Vaya por Dios!, hasta para invitados tienen una buena casa. Ya me podía haber dejado esa a mí.

—Pues casi no se usa. Es por si viene familia o algunos amigos a cazar. Pero, desengáñate, tu teniente no te va a dejar en la vida más que lo que tienes: la casa cochambrosa de la entrada.

—Ya… Una cosa es que sea mi amigo y otra cosa que seamos iguales. No, si yo lo comprendo.

—Oye, una pregunta: ¿por qué vas vestido de soldado, si se puede saber?

—Bueno, con los papeles en la mano, me quedan unos meses de *mili*. Soy el asistente del teniente De la Torre.

—Vamos, de don Alberto.

—Eso mismo. Como no estoy muy sobrado de ropa, pues me visto de soldado, que creo que da un respeto.

—Supongo que ya has sido guarda de algún cortijo y sabes cómo va esto, ¿no? Lo que tienes que hacer, vamos.

—Si te digo la verdad, estoy bastante acojonado, porque no tengo ni idea y no sé si voy a hacer bien el trabajo.

—Hombre, yo no entiendo mucho, pero está claro que se necesita mano dura con los que se dedican a la caza furtiva dentro de la finca. Con cara de mala leche y con decir más veces «no» que «sí» me parece que ya tienes medio trabajo hecho.

—¿Tantos cazadores furtivos hay como para necesitar un guarda?

—¡Qué va! Cosas de los señoritos. Una vez se acaban los trigales, hay una zona bastante extensa de monte. Hay muchas perdices y liebres. Pero, vamos, que los que entran a cazar no causan tanto daño como para necesitar un guardia. Al menos es lo que yo pienso.

—¿Entonces?

—Al padre de don Alberto le gustaba traer a los amigos de cacería y no le agradaba que antes vinieran unos cuantos a echarle la caza a otras fincas. Pero nunca quiso tener guarda. Estaba de acuerdo

con la Guardia Civil del pueblo y estos daban una batida de vez en cuando. Supongo que el hijo ha querido crear ese puesto para ti. A lo mejor es verdad que te tiene aprecio.

—Para mí es un hermano. O como un padre, vamos.

—Si tú lo dices…

—Una cosa: digo yo que cuando viene gente a cazar a la finca será porque necesitan algo que comer.

—Hay de todo. Algunos desgraciados muertos de hambre y sin trabajo se cuelan con trampas o con escopetas más viejas que mi abuela. Pegan cuatro tiros, recogen lo que han podido cazar y se largan a toda prisa. Ese día tienen para dar de comer a la familia. Esos sí que son necesitados. Pero hay otros que viven de la caza, digamos que son profesionales. Cogen todo lo que pueden para venderlo en bares y ventas. Esos son peligrosos. Si te enfrentas a ellos, te puedes llevar unos cuantos perdigonazos.

—O se los llevan ellos, porque no soy manco con un arma en la mano, ¿eh?

—Mejor para ti. Eso sí, con los que cazan por necesidad es más complicado enfrentarse. No porque sean tiradores diestros o tengan mala leche. Es verdad que el hambre no respeta nada: ni propiedades ni amenazas. Pero supongo que te puede resultar difícil ser duro con ellos, porque se trata de quitarle el pan a unos desgraciados y a sus hijos.

—Eso pienso yo. ¿Y tanto daño causan esos cazadores, sean por necesidad o por negocio, por llevarse unas perdices y unos conejos?

—Te repites con las preguntas.

—Es que se me olvidan.

—Ya te dije antes que no. Lo que pasa es que a los señores les gusta dejar claro que lo suyo es suyo y más aún amedrentar a los que no respetan su propiedad.

***

Llevaban como un kilómetro recorrido cuando dejaron atrás los campos de trigo. Unos cientos de metros más allá del límite en el que los trigales daban paso a un monte bajo, con pocos árboles y mucho matorral, se divisaba un par de naves grandes, situadas en una hondonada.

—Esos son mis dominios —dijo Fernando señalando al lugar—.

Hay unas cien vacas a las que tengo que alimentar a diario.

—¿Usted solo?

—¡Anda la leche! ¿Otra vez me vas a hablar de usted como si fuera un marqués o algo así?

—Bueno…, se me ha escapado. De todos modos, usted es mayor que yo y…

—Me parece que eres un poco lento de entendederas, Pedro. Vamos a empezar por el principio a ver si te queda claro de una puñetera vez: aquí no hay más «usted» que el patrón y el capataz, los demás con un «tú» a secas ya vamos más que sobrados. Ni viejos ni gaitas, ¿me entiendes? Además, tampoco soy tan viejo, ¡leñe!

—Es que con esas barbas… Vale, pues cambio la pregunta. ¿Tú solo te encargas de cien vacas? Es que me parece que eso es demasiado.

—De darles de comer sí. Por las frescas de la tarde vienen unos cuantos a ordeñarlas y se llevan la leche en un carro con depósito. Ahora bien, la paja y la hierba se las suministro yo a todas.

—Debe ser un no parar.

—Pues sí. Pero ¿sabes qué?: prefiero trabajar el doble y estar solo.

—Hombre, cada uno es muy suyo. Pero nunca viene mal una ayuda. Yo no podría estar sin alguien al lado con quien hablar un poco.

—Mira, muchacho. A mí me han dicho que te enseñe el cortijo, no que te dé explicaciones de mis cosas, ¿estamos? Así que deja de meterte en lo que no te concierne.

—Vale, perdona. Yo era por hablar un poco. Como antes me contaste lo que hace un guarda y lo de los cazadores…

—Para eso me han dicho que te acompañe: para contarte tus cometidos y enseñarte el cortijo. Pero no para hablarte de mi trabajo o si necesito compañía o no.

—Vale, hombre. Luego dices que no pareces un señorito.

La boda que no fue

Había transcurrido casi un año desde la llegada de Alberto de la Torre y Pedro al Lentiscal. Desde el principio, el capataz había accedido a que este último cogiera del barracón de los aperos algunas herramientas de albañil, así como varios sacos de cemento, yeso y losas sueltas, además de toda la cal que quisiera.

Con todo ello, Pedro había logrado adecentar la casa de la entrada, que si bien no dejaba de ser destartalada y vieja, al menos estaba limpia, encalada y sin goteras. También consiguió un camastrón, una mesa y cuatro sillas, así como una barra larga que le servía para colgar las pocas ropas que tenía.

Por la parte de la casa que daba al pozo, añadió una pequeña habitación que comunicó con la sala de la planta baja. Instaló en el techo un depósito viejo y oxidado, pero sin fugas. Con una manguera, un grifo y un desagüe, aquello se parecía bastante a una ducha.

Era más de lo que Pedro creía necesitar y ya se veía casado con su Manuela, compartiendo felicidad y risas. Así que vio llegado el momento de pedirle permiso al teniente.

—¡Hombre, Periquillo! ¿Cómo estás? Ya me ha dicho don Felipe que querías hablar conmigo y también que estás cumpliendo de maravilla.

—Se hace lo que se puede, mi teniente. Ya le he echado el guante a unos cuantos y les he quitado la caza y la escopeta, para que no vengan más a dar la lata.

—Lo sé. Y también que el capataz se ha encargado de entregar las escopetas a la Guardia Civil. Bueno, tú dirás qué quieres.

—Verá usted, mi teniente…

—Un momento, antes que nada, te comunico que ya has cumplido el Servicio Militar y me han mandado del cuartel la cartilla de reservista. Si quieres, me puedes llamar don Alberto a secas y te olvidas de la *mili*. Vamos, que ya no eres mi asistente, sino mi guarda.

—Yo prefiero seguir llamándolo de teniente. No sé…, lo que usted prefiera.

—Pues nada, por mí, sigue así. Eso te distingue de los demás. Pero, venga, ve al grano, que tengo cosas que hacer.

—Pues verá usted… —Pedro dudaba—, la casa de la entrada ya

está bien acondicionada. Le he dado un buen repaso y…

—¡Venga, hombre, que no tengo todo el día!

—No, que, como usted recordará, le dije lo de la novia y lo de casarme y usted me ofreció que me la trajera aquí para casarnos y eso. Y yo creo que ya es el momento.

—Pues claro que sí, Periquillo. —Alberto puso una mano sobre el hombro de Pedro y este, por alguna razón, intuyó que la cosa no iba a ir bien del todo—. Puedes traerte a la novia cuando te parezca.

—Pues se lo agradezco.

—Solo hay un pequeño inconveniente.

—Pues si no es conveniente…, no sé, mi teniente. Ya usted me dice.

—No, hombre. Ya te he dicho que te la traigas cuando quieras. Solo que lo de casarse aquí, por ahora no puede ser.

—Usted me dijo…

—¡Ya sé lo que te dije, joder, que no soy tonto! Lo que pasa es que yo también tengo novia y es probable que nos casemos en unos meses.

—Me alegro mucho, mi teniente. No lo sabía. Lo de la novia, quiero decir.

—Es de hace poco. La conozco desde que éramos unos críos y la vi el día del velatorio de mi padre. Desde entonces he aprovechado los fines de semana para verla. Sus padres tienen cerca unos terrenos y la boda me servirá para aumentar la fortuna de mis futuros hijos.

—Bueno, mi teniente, si usted se va a casar dentro de unos meses, por eso no se preocupe. Puedo traerme a la novia ya y casarme enseguida, antes de que usted lo haga. Poca cosa, una ceremonia ligerita y santas pascuas, mi teniente.

—No estaría bien visto que te casases tú en el cortijo antes que yo. Creo que eso lo entiende hasta el más lerdo, Periquillo.

—Ahora comprendo, mi teniente. Lo que me quiere decir es que espere a que usted se case y ya después…

—No, lo que te quiero decir es que no te puedes casar aquí.

—¿Y eso? Usted me dijo…

—Me lo he pensado mejor. Ya sabes que para mí eres como un amigo de los buenos, pero no está bien visto por la gente de mi clase que un patán se case en las tierras del señorito. Entiéndeme, que no es que te llame patán ni diga que lo seas, me refiero a lo que piensa la gente. Y, por desgracia, a veces nos debemos «al qué dirán».

—No se preocupe por lo de patán, que sé que lo dice de buenas. Además, ni siquiera sé lo que quiere decir, aunque me lo imagino. Usted se refiere a que un pobre *desgraciao sin parné* como yo no puede permitirse casarse en el mismo sitio que un señor como usted, dueño de sus tierras y con amigos y conocidos de su categoría. No, si yo lo entiendo. Lo que pasa es que, como usted me lo dijo, me hice ilusiones.

—De desgraciado nada, Periquillo. Y no te lo tomes así. Es que siempre ha habido clases. Yo te aprecio, lo sabes, pero no es posible.

—¿Y ahora qué hago, mi teniente?

—Es bien sencillo te vas al pueblo de tu novia, os casáis allí y te la traes.

—Es que yo se lo había dicho a mi novia y a mis suegros. Lo de casarnos en el cortijo, ya me entiende. Y ellos, con la alegría, lo han contado a todo el pueblo. Si me caso allí, van a ser el hazmerreír de todos los paisanos. Y yo igual. ¡Buenos son los de mi pueblo! Va a haber chanzas y burlas hasta el día del juicio, se lo digo yo.

—Hay una solución, Periquillo. Les dices a tus suegros que te vas a casar aquí, en el cortijo, pero que no puede venir nadie de invitado porque va a ser una ceremonia sencilla. Te traes a tu novia y ya está. No serás el primero que vive amancebado.

—No sé, mi teniente. Mis suegros no son tontos y lo mismo no se fían.

—No se negarán. Aunque, ahora que lo pienso, ¿qué edad tiene tu novia?

—A ver —Pedro puso los ojos en blanco como si tratase de encontrar una cifra en alguna parte del cielo—, yo tengo veintitrés cumplidos y le saco cuatro o cinco años, creo. Eche usted cuentas, mi teniente, que yo para eso de los números soy un negado.

—Pues, si es como dices, tiene dieciocho o diecinueve años. ¡Mal negocio, Perico!: es menor de edad. Pero todo tiene arreglo.

—No he entendido nada de lo que me quiere decir con el negocio.

Alberto estaba a punto de reventar de risa, pero se contuvo como pudo.

—Hombre, lo que te quiero decir es que vas a necesitar un documento escrito en el que tus suegros autoricen a tu novia a trasladarse contigo aquí, con la idea de que luego te casarás.

—Ahora me he liado más todavía. Vamos a ver, mi teniente, ¿cómo van mis suegros a escribir un *decumento* eso si no saben ni

hacer la «o» con un canuto?

—Por eso no hay problema. Yo te lo escribo, tú se lo llevas y que te lo firmen. Así no podrán alegar con posterioridad que te llevaste a su hija contra su voluntad. Te meterías en un buen follón.

—¡Vuelta la mula al trigo, mi teniente! Si no saben escribir, ¿cómo van a saber firmar? Y luego, ¿quién les va a leer el papelito ese?, porque yo…

—Que se lo lea alguien del pueblo que sepa. Y para firmar con que pongan una cruz ya vale.

—Pues eso haré, mi teniente. Menos mal que está aquí para echarme un capotazo. Lo único que me ha quedado un poco oscuro es que me ha dicho usted un no sé qué de la boda. Algo de que iba a haber una «mona sin silla» o como le llamen. Para decírselo a mis suegros y no equivocarme, quiero decir.

—Ja, ja, ja. Ya no me acordaba de lo gracioso que eres cuando te pones. Lo que te dije es que se trataría de una «ceremonia sencilla», vamos, una boda sin gente que venga al convite y demás.

—¿Pero entonces, habrá boda? Me estoy liando otra vez, mi teniente.

—No, hombre, no: es lo que le tienes que decir a tus suegros para que se conformen.

—Ahora lo he entendido mejor.

—Pues nada, márchate a tu pueblo y no tardes en regresar con tu novia.

—Tendré que coger un autobús en el pueblo de aquí cerca y desde allí no sé cuántos trasbordos harán falta.

—Claro, lo normal.

—Pero es que resulta que no tengo dinero.

—¿Y cómo es eso?

—El capataz me dijo que, de momento, no había jornal para mí; que con los gastos de los muebles viejos que me ha dado, del cemento y la cal, y con lo que cojo de caza cuando voy de ronda ya estoy más que pagado.

—Y llevaba razón. Pero mira, te voy a dar mi regalo de bodas por adelantado.

—Pero si no me voy a casar.

—Por el momento no, ya más adelante, cuando pase el tiempo y la cosa esté más propicia… Espera, que creo que tengo algo en la cartera.

Alberto metió mano al bolsillo y sacó una cartera grande de la que extrajo un billete.

—Me has cogido generoso. Aquí tienes: mil pesetas.

—¡Dios se lo premie, mi teniente! Con esto tengo para el viaje de ida y el de vuelta con mi Manuela.

—¡Y te sobrará, tunante!

Una traición

Noviembre de 1923

Pedro regresó al cortijo en compañía de su Manuela. Ella era una chica muy joven, pues no pasaba de los dieciocho años, despierta y con una envidiable inteligencia natural y facilidad para aprender, al mismo tiempo que sencilla e incluso inocente en demasía.

Meses después, el patrón se casó en el cortijo con Jacinta. Su mayor atractivo para Alberto era el número de hectáreas que heredaría de sus padres en un futuro, en un lugar muy próximo al Lentiscal.

El guarda ya se había hecho a las peculiaridades de su trabajo y Manuela le ayudaba en la puerta. Dinero había poco, pues Alberto le dejó muy claro que, por el momento, había que esperar antes de tener un jornal como el que correspondía a su responsabilidad:

—Mira, Perico, hasta que no se siegue y se venda el trigo, la cosa está bastante corta. Solo te puedo ofrecer cuatro pesetas al día.

—Hombre, mi teniente, yo lo comprendo, pero ya sabe usted: a las mujeres hay que atenderlas en condiciones. Mi Manuela no me pide casi nada, pero me gusta verla con unos buenos zapatos y un traje decente. Luego, ellas no son como nosotros: que si las sábanas, que si un mantel, que por qué no ponemos unas cortinas, que si la ducha podía estar mejor…

—¡Qué me vas a contar a mí! Desde que estoy casado parece que tengo un agujero en el bolsillo. Mira, si quieres, puedes coger la tierra que desees detrás de la casa y pones un huerto. Ya que tienes un pozo al lado, no te costará mucho mantenerlo en condiciones. Y si te apetece criar un par de cochinos, no te voy a decir que no. Eso sí, la cochiquera la tendrás que poner bien lejos de la entrada y donde no se vea. No quiero que las visitas huelan la pocilga y me vengan con quejas y las manos en las narices.

—Lo del huerto se lo tomo. Solo le pido que también me deje cazar algo cuando lo necesite.

—¡Que tunante eres, Perico!, eso ya lo haces desde que entraste aquí. En fin, trato hecho.

***

Jacinta no se hacía a la vida en el campo, cosa que empeoró cuando supo, pocos meses después de la boda, que estaba embarazada.

—Mira, Alberto, yo no puedo seguir aquí en estas condiciones.

—¿A qué te refieres, mujer?

—Con esta barriga y con las lluvias que están cayendo este año, esto es insoportable. No puedo salir ni a la puerta de la calle. Además, en mi casa estaría mejor, por si se tuerce el embarazo y necesito un médico.

—Te recuerdo que «tu casa» es esta.

—Ya lo sé. Quería decir en casa de mis padres.

—Estamos casados y este es tu sitio.

—Es solo algo cosa provisional. Piensa que es lo mejor para mí y sobre todo para que el embarazo vaya bien.

—Eres mi mujer y tienes que vivir conmigo.

—¡Que no es eso! El pueblo está cerca. Tampoco me voy a la otra parte del país. O es que quieres que el niño que va a venir desgracie.

Alberto accedió a regañadientes, si bien no tardó en arrepentirse. No se acostumbraba a pasar los días y las noches sin Jacinta al lado. Sobre todo lo segundo, es decir, las noches, pues todo lo que su mujer tenía de fría y distante en el trato diario, desaparecía cuando se acostaban.

Se puede decir que Jacinta y Manuela eran la antítesis la una de la otra. Manuela era una mujer poco cultivada y simple, pero también muy agradable y cálida. Tenía la educación de esas personas que respetan a los demás porque les resulta algo natural. Por otra parte, era una mujer infatigable, que no dudaba jamás en echar una mano a su marido en lo que fuera necesario. Si había que regar el huerto y Pedro tenía que salir a hacer un recorrido por la finca, allí estaba ella; si había que sacar agua del pozo y subir los cubos por la escalera que Pedro había adosado por el exterior del cuarto de baño, allí estaba Manuela; si había que ayudar un día especial en la cocina de la casa grande, allí estaba. Para todo.

A Alberto no se le escapaba que Pedro tenía una joya en su casa. Y tampoco perdía ocasión de observar con deleite el cuerpo, proporcionado y esbelto, de Manuela. Todo aquello, en especial las ojeadas libidinosas de Alberto, se acentuó al faltar la señora de la casa.

Un día se decidió. Se hizo el encontradizo con Pedro y se lo soltó.

—¡Hombre, Periquillo! Hace tiempo que no te veía. Ya sé que estás muy ocupado.

—Pues sí, mi teniente. Hay que cumplir y la finca es muy grande, como usted sabe mejor que nadie.

—Oye, que quería proponerte una cosa. Seguro que me puedes ayudar.

—Lo que usted diga, mi teniente. Ya sabe que sus deseos son órdenes para mí.

—Verás, como bien sabes, la señora Jacinta ha tenido que irse por un tiempo a casa de sus padres. Cosas del embarazo. La cuestión es que me haría falta alguien que llevase la casa. Los criados me tienen más que harto con sus cosas. En la cocina todo son pegas: que si no ha llegado la carne, que si hay que comprar en el pueblo... Vamos, un desastre. No tengo tiempo para estas cosas, ni ganas de discutir con las sirvientas, la verdad.

—No sé cómo puedo ayudarle en eso.

—Pues muy fácil, te propongo que Manuela venga a la casa como criada y eche una mano. Por lo que he visto en estos meses, me fío más de ella que de toda la servidumbre de la casa junta.

—No se lo tome a mal, mi teniente, pero me cuesta un poco decirle que sí. Lo digo porque bastante ocupada está ahora en ayudarme. Pero, vamos, lo que usted diga.

—Mira, de momento, solo sería hasta que regrese mi mujer, que será en pocos meses. Además, le pagaré un buen jornal. Cinco pesetas diarias. ¿Qué te parece?

—¿Y estará todo el tiempo en la casa grande?

—¡No, hombre! No es necesario. Con tal de que venga desde una hora antes del almuerzo hasta que la cena esté hecha, será más que suficiente.

—Si usted lo necesita…

—Mucho, Periquillo, lo necesito mucho. No lo sabes tú muy bien.

Cierto: Alberto estaba muy necesitado, si bien la necesidad no era tanto de apoyo en la casa como de otros asuntos más perentorios y menos confesables.

***

Desde que llegó al servicio de la casa, Manuela no paró de recibir atenciones y palabras cariñosas del patrón.

—¡Ay, hija mía! ¡Pero qué guapa estás!

—Don Alberto, no diga usted esas cosas, que me da vergüenza.

—¡Anda ya! Solo te digo la verdad. Además, debes estar acostumbrada. Me imagino que Pedro se pasará el día diciéndote piropos.

—No tanto. Pedro me quiere más que a su vida, pero no entiende mucho de hablar a las mujeres. Él no sabe decir cosas bonitas, pero me demuestra en cada momento cuánto me quiere.

—No me extraña. Es que a ti el que no te quiera será porque no tiene ojos en la cara.

—Ay, no le entiendo, pero mejor déjelo usted.

—Vale, vale, hija mía, lo dejo. No sabes cuánto me alegro de que Pedro tenga en su casa una joya como tú, aunque la verdad es que si tú quisieras podrías tener a cualquier hombre.

No habían pasado diez días desde que Manuela empezó a trabajar de criada cuando ocurrió lo que tenía que ocurrir. Aprovechó que estaban a solas y los demás criados no se encontraban presentes para espetarle:

—Manuela, hace tiempo que no se le da un buen repaso a la casa de invitados. Acércate por allí y mira a ver si está todo limpio. Y si está mal, ya mañana sigues.

—Don Alberto, no sé dónde está eso y yo sola...

—No te preocupes, está aquí cerca, al lado de la casa del capataz. De todos modos, yo te acompaño.

—Don Alberto, si usted lo manda, yo voy. ¿Pero hace falta ir a estas horas?

—Mucha falta, Manuela. Vamos a hacer una cosa: ve tú hacia la casa del capataz y yo voy detrás, no vaya alguien a vernos juntos y piense mal. Toma las llaves.

—De acuerdo, don Alberto.

Alberto consumó su deseo, si bien no sucedió con la anuencia total de Manuela. Ella hizo todo lo que pudo por evitarlo, pero no le acompañaron ni las fuerzas físicas ni el atrevimiento a contrariar al patrón. Una noche se vio regresando a la casa de la entrada con lágrimas en los ojos y vergüenza en el alma.

—Mujer, ¿qué te ha pasado? Te veo tristona —preguntó Pedro mientras la abrazaba con ternura y preocupación.

—Nada…

—Algo habrá sido.

—No, de verdad que no es nada. Una, que está cansada y ya está.

—Oye, si quieres le digo al teniente que no puedes seguir con lo de la casa grande.

—No, déjalo. A ver si se va a molestar y luego va a ser peor para nosotros.

—Mujer, el teniente es buena persona. No se va a enfadar por eso.

Desde aquella noche, fue muy frecuente que Alberto aprovechara la menor ocasión para desahogar sus instintos sexuales en Manuela y esto provocase que ella regresara con Pedro ensimismada y triste. Se sentía tan deshonrada y sucia que era incapaz de mantener relaciones amorosas con él. Sabía que estaba amancebada y no casada, pero lo amaba como si hubieran pasado por el altar.

Durante los meses siguientes, solo tres personas del cortijo fueron conscientes de lo que sucedía entre Alberto y Manuela. La primera que lo supo fue Juana, la criada que tenía más aprecio por Alberto y siempre estaba pendiente de él. Vio salir a Manuela y en dos minutos a Alberto y se extrañó. Los siguió a distancia y vio cómo entraban en la casa. El segundo fue el capataz, que pocos días después los vio desde su casa. Por último, el tercer testigo del desaguisado fue Fernando el vaquero, que también los vio uno de los pocos días que se fue a dormir a su cuchitril, pues era frecuente que se quedase en un cuarto en la zona de arriba de las cuadras, ya que solía terminar tarde.

Pedro veía que Manuela estaba cambiada pero no sospechaba nada. Su nobleza de carácter le impedía dudar del patrón. Juana y el capataz miraban a Pedro con cara de lástima cuando salía a hacer su recorrido diario, pero no se atrevían a decirle nada. Pero Fernando, a poco de enterarse, ya pasados dos meses del primer asalto amoroso de Alberto a Manuela, se lo soltó. Por las consecuencias posteriores, más le hubiera valido no hacerlo.

Se veían casi a diario, cuando Pedro iba a recorrer la zona de monte y pasaba por delante de las cuadras de las reses. Los primeros días posteriores a ver entrar en la casa de invitados a Alberto y Manuela, a Fernando se le iban y venían las ganas de aclararle a Pedro lo que estaba sucediendo, pero terminaba por decidir que era mejor callarse.

Pero ese día lo soltó.

—Pedro, hay una cosa que he dudado mucho si decirte o no. Pero creo que lo justo es que lo sepas.

—Pues dímela. Si viene de ti, seguro que no será nada malo.

—Es que es algo delicado.

—Me estas preocupando, Fernando. Dime lo que sea de una vez.

—A ver…, pues como tú sabes mejor que nadie, tu mujer va todos los días a trabajar a la casa de don Alberto.

A Pedro se le subió el color en la cara. De repente, se le hizo patente algo que tenía en su interior como escondido desde hacía semanas.

—Claro. ¿Cómo no lo voy a saber? Mira, Fernando, si son habladurías, mejor no sigas.

Fernando dudó. ¿Y si le decía que los había visto entrar en la casa de invitados y en realidad no había nada? En verdad no tenía pruebas, aunque parecía muy claro que entre Alberto y Manuela había algo.

—Solo te diré que estés pendiente con don Alberto y tengas cuidado. Te lo digo como amigo.

—¡Joder!, no me digas más porque no estoy dispuesto a escucharte. El teniente es una persona cabal y siempre me ha demostrado que se preocupa por mí. No estoy dispuesto a oírte ni una palabra de este tipo, ¿me oyes? ¡Ni una!

—Perdona si te he molestado. Yo solo quería…

—Déjalo ahí. El teniente y yo somos como hermanos. Le he salvado el pescuezo más de una vez. ¿Cómo iba él a traicionarme de esa manera?

A partir de aquella conversación, la semilla de la sospecha germinó en el alma de Pedro y ya no dejaría de crecer hasta el día de la tragedia.

Por otra parte, Fernando decidió vigilar la casa de invitados y asegurarse antes de volver a decir nada a Pedro.

***

A medida que pasaban los días, Manuela fue cambiando en lo referente a la forma en que veía lo que sucedía entre ella y Alberto. En una persona sencilla y con escasos recursos intelectuales, las palabras del patrón terminaron por hacer mella, hasta el punto de que cada día se sentía más atraída hacia él.

Alberto era un experto en temas relacionados con las mujeres. Todo lo contrario de Pedro. Y eso le resultó muy ventajoso. Cuatro

palabras cariñosas y vagas promesas, unidas a que Manuela se sentía cada vez más atrapada por la pasión que él, con su experiencia, sabía despertarle, terminaron por convencerla de que tampoco estaba tan mal lo que pasaba, ya que no podía hacer nada para impedirlo. El hombre no necesitó hacer regalos materiales a Manuela, que habrían confirmado al bueno de Pedro lo que pasaba.

Un día, Manuela se dio cuenta de algo que no había previsto: estaba embarazada. No sabía qué hacer. Llevaba varios meses sin acostarse con Pedro y cuando la cosa se hiciera más notoria, este lo descubriría todo. Pensó en hablar con Alberto. Él, tan amable y cariñoso lo entendería y pondría los medios para arreglarlo.

Le costó, pero terminó por decidirse.

—Don Alberto, tengo una cosa muy importante que decirle.

—Mira, Manuela, si es importante, tal vez no sea el mejor momento.

—Es que se lo tengo que decir lo antes posible.

—Claro, mujer. Esta noche, antes de irte, me lo cuentas.

Dos horas después, estaban en la cama como todos los días.

—Estas guapísima —comentó Alberto, mientras acariciaba el pelo de Manuela—. Qué lástima que no te pueda comprar un traje como se merece tu belleza. Lo haría sin dudarlo, pero no quiero que nadie deduzca que eres mi querida.

—Bueno, en realidad es lo que soy.

—¿Cómo puedes decir eso, mujer? Tú sabes que te quiero. Te adoro.

—A ver, usted tiene mujer. Si ella estuviera aquí, yo no sería nadie, don Alberto.

—Cuando tenga al niño vendrá. Pero ya verás cómo no dejaré de quererte de la misma forma. Lo arreglaremos. Le diré a Pedro que quiero que trabajes de forma permanente en la casa y te subiré el sueldo. Ya no puedo vivir sin ti.

—Pero si yo no soy más que una pobre mujer.

—¿Qué dices? Tú eres una diosa para mí. No te dejaré. Si pudiera, dejaba a mi mujer y me quedaba contigo para toda la vida. ¡Te lo juro!

—Lo que más siento es lo del pobre Pedro. Yo lo quiero. Pero no sé qué me pasa. Al principio no era capaz de acostarme con él por vergüenza; ahora no lo hago porque no lo deseo como…, como…, a usted.

—¿Me deseas? ¡Qué feliz me haces!

La colmó de besos y caricias y ella se dejó llevar.

Hasta que recordó que tenía que hablar con Alberto sobre el problema que tenía encima.

—Don Alberto…

—Dime, corazón.

—No le he dicho lo que tenía que decirle.

—Ah, sí. Se me había olvidado.

—Verá, se lo voy a decir del tirón. Estoy embarazada.

Alberto se quedó paralizado de momento, pero enseguida reaccionó.

—¡No me digas! ¡Qué alegría! Sobre todo para Pedro. ¡Vais a tener un hijo!

—Usted no lo entiende. El hijo no puede ser de Pedro.

—¡Pero qué dices, mujer! Claro que es de él. A mí no me metas; yo he tomado precauciones.

—Ya le he dicho que desde que ha pasado lo que ha pasado con usted, no tengo relaciones con Pedro. ¿Cómo va a ser de él?

—Pero ¿cómo se te ocurre dejar de acostarte con Pedro? ¿No dices que lo quieres?

—Sí, pero…

—¿Pero qué?

—Que me parece que a usted lo quiero más. Me gusta estar aquí y no con él. Me refiero a…, la cama.

—Te estás equivocando. ¿Qué vas a hacer? ¿Decirle «mira, Pedro, que voy a tener un hijo pero no es tuyo sino de don Alberto»? Yo soy un hombre casado.

—No sé lo que voy a hacer, pero no soy capaz de decirle eso; le rompería el corazón.

—Mira, cariño —Manuela se derritió por dentro cuando oyó por primera vez la palabra «cariño» de la boca de Alberto—, piensa un poco. La solución a tu problema es que te olvides de esa tontería de no acostarte con Pedro y lo hagas a partir de ahora. Así, cuando pasen unos meses le puedes decir que estás embarazada y él no sospechará nada. ¿No te parece lo mejor?

—Sí…

La tragedia de Pedro

Manuela siguió el consejo de Alberto y reanudó las relaciones sexuales con Pedro. Pero le costaba. Él no sabía decir cosas bonitas ni era un amante experto. Era demasiado joven para percatarse de que Pedro la amaba con todas sus fuerzas y que Alberto solo la deseaba para desahogar sus instintos. Lo importante era que Pedro no sospechase nada y se sintiese feliz al pensar que iba a ser padre.

No era así: después de la conversación con Fernando, Pedro recelaba y no entendía que Manuela se hubiera quedado embarazada repente y tuviera un vientre tan pronunciado cuando habían estado varios meses sin tener relaciones.

Casi siempre, la verdad termina por salir a flote en contra de los deseos de los mentirosos. Pedro veía a diario al vaquero y este, que se había cerciorado de que lo de Alberto y Manuela era un hecho, no fue capaz de decírselo cuando el guarda le comunicó que esperaba un hijo de Manuela.

—Me alegro, Pedro. Lo mismo lo que dije era un bulo.

—¿Un qué?

—Una mentira inventada por la gente. Hay muy malas ideas y mucha envidia.

—Eso es lo que hay: mucha envidia. Como Manuela trabaja en la casa de don Alberto, pues eso es lo que hay. No sé si me explico. Vamos, que eso es lo que hay.

—¿Y de cuánto tiempo está embarazada Manuela, si no es mucho preguntar?

—Eso no lo sé… De hace poco.

—Pues te felicito.

—Gracias…

—Vas a tener un hijo precioso, ya lo verás.

Él sabía casi a ciencia cierta que Alberto estaba liado con Manuela, pero, como no podía asegurar que el niño que iba a venir del guarda o del patrón, prefirió callarse.

«Esta le ha endilgado el niño al pobre chaval —pensó nada más se despidió el guarda para seguir su ronda—. No es asunto mío, pero me jode que lo engañen de esta manera. Es un buen tipo y no se lo merece. Pero nunca se sabe: ¿y si el niño es de Pedro? Lo mejor es no

meterse».

Pedro no las tenía todas consigo. Veía ilusión reflejada en la cara de Manuela cuando se iba a la casa grande por las tardes y le daba un vuelco el corazón. Después de darle vueltas y más vueltas durante varios días, decidió que tenía que saber la verdad o se iba a volver loco. Iría a la casa de invitados y esperaría toda la tarde por las inmediaciones. Si no pasaba nada, se quedaría tranquilo.

Era casi de noche cuando llegó cerca de la casa. Se notaba el corazón en las sienes. Igual se decía que lo que hacía era una tontería y lo mejor era regresar a su casa y esperar a Manuela, que pensaba que no aguantaría un día más sin despejar las dudas que lo atormentaban.

Cuando llegó frente a la fachada, decidió que lo mejor sería no dejarse ver. Se acercó con sigilo a la alta acera que rodeaba toda la casa. Respiraba con dificultad; se encontraba muy alterado. Miró alrededor: ya era de noche y no lo vería nadie. Se dirigió como un autómata hasta la pared de fachada. Se sentía como si no fuera él quien se encontraba allí; como si se observara a sí mismo desde algún punto lejano. Pasó al lado de una ventana cerrada y acercó el oído. No se oía nada.

Fue en el momento de alejarse de los cristales cuando oyó unos gemidos. No venían de allí, sino de algún punto más alejado. Al principio, su cerebro le transmitió que alguien se había hecho daño. Parecía una mujer. Volvió a oír los gemidos. Ahora más prolongados e insistentes. Se acercó a la siguiente ventana, con el corazón a punto de reventar.

La ventana estaba entreabierta. La imagen que llenó sus ojos, lo dejó anonadado. Se retiró y se quedó durante unos instantes pegado a la pared mirando a un punto indefinido del cielo. Volvió a mirar, con los ojos desorbitados y la boca abierta: Manuela, su Manuela, estaba desnuda, Alberto estaba también desnudo y pegado a ella en una postura que no comprendió.

—¿Te ha gustado, mi reina? —preguntó el patrón.

—Sí —dijo ella con una sonrisa—. ¿Sabes?: algún día me casaré con Pedro y no te podré ver como ahora. Esto no está bien.

Pedro casi pega un puñetazo en los cristales para que notaran su presencia.

—¿Por qué no va a estar bien? Si te casas con Pedro, tendrás tu marido y supongo que serás muy feliz con él, pero yo seré siempre el hombre que te doy lo que necesitas. Ya verás cómo no dejarás de venir.

Pedro salió corriendo. No podía soportar ni una palabra más. Lo inundó un completo estado de confusión; su cabeza le traía una y otra vez la imagen de los dos amantes desnudos y con una idea que se instaló de repente y se hizo fija: «Los tengo que matar a los dos».

Llegó a la casa y cogió la escopeta. Metió dos cartuchos y se echó unos cuantos al bolsillo. Subió sin darse prisa, rumiando las ideas que lo enloquecían: «¿Por qué me ha hecho esto el teniente?, yo nunca le he fallado; ¿por qué me ha quitado lo que más quiero? Puede tener todas las mujeres que quiera y se ha tenido que fijar en la mía. Es un hijo de puta que se merece que lo mate. ¿Y ella? ¿Por qué me ha engañado de esta forma? ¿No decía que me amaba más que a nadie? ¿Es que no soy bastante hombre para ella? ¡No valgo para nada! ¡No sé cómo tratar a las mujeres! ¡La culpa es de ella! ¡No, es mía! ¿¡Cómo he sido tan imbécil!?».

En ese momento, cuando casi llegaba al patio de la casa grande, vio venir a Manuela.

«Primero la mato a ella y luego voy a por el teniente», pensó mientras se paraba, encaraba la escopeta y apuntaba hacia la mujer. Estuvo así hasta que Manuela llegó a unos metros y lo vio.

—¿Qué pasa, Manuel? —preguntó ella extrañada e inquieta, sin sospechar que Pedro la había visto antes—. ¿Por qué llevas la escopeta? ¿Y por qué me apuntas?

—¡Pasan muchas cosas! —Manuel hablaba con voz templada y grave; en aquel momento solo sentía un odio y una resolución terrible—. Pasa que eres una puta, que me has engañado. Y pasa que el teniente es un canalla que me ha hecho lo peor que se le puede hacer a un hombre. Yo lo di todo por él; le ha salvado la vida muchas veces y él me lo paga así. ¡No tenéis perdón ninguno de los dos! ¡Os merecéis que os mate!

Manuela se echó a llorar mientras Pedro seguía apuntando hacia su pecho.

—No entiendo nada, Pedro ¿Por qué dices esas cosas? Yo te quiero.

—¡No me vengas con tonterías! ¿Cómo que me quieres? Te ha dejado preñada, ¿no? ¡¡Y ahora pretendes endilgarme un niño que no será otra cosa que un hijo de la gran puta!!

—No cometas una locura; don Alberto me obligó…

Fue entonces cuando se desató toda la cólera del guarda.

—¡¿Te obligó?! ¡¡Y una mierda!! Te he oído gemir de placer, pedazo de puta.

—Al principio me obligó. Te lo juro. Después no sé lo que sucedió. Me dejé llevar, pero te juro que a quien quiero es a ti.

El pobre hombre no podía soportar más la presión.

—¡¡¡Maldigo el día que nací y maldigo el día que te conocí!!! ¡¡¡A la mierda todo!!!

Cuando Manuela estaba encogida, esperando recibir un disparo, se sorprendió al ver que Pedro dejaba de apuntarle.

—No puedo hacerlo —dijo él—. A ti te quiero más que a mi vida; y al teniente le he salvado la vida varias veces y no sería capaz de matarlo por mucho que se lo merezca.

—Manuel, yo te prometo...

—No digas nada. Aquí el que sobra soy yo. No puedo seguir así ni un segundo más. Ojalá pudiera perdonarte.

Giró la escopeta y se puso el cañón debajo de la barbilla.

—¡¡No lo hagas!! —gritó Manuela.

El disparo retumbó en los montes del fondo de la finca y Pedro García, el buen hombre que hasta poco antes había sido el orgulloso asistente del teniente Alberto de la Torre, cayó al suelo como un monigote.

Manuela se acercó, despacio, temblorosa, con las manos en la cara y los ojos aterrorizados. Cuando vio la cara de Pedro, convertida en un amasijo de carne, lanzó un grito desgarrador.

Silencio

Aquella fue una larga noche. Muy pocos pudieron dormir en el Lentiscal.

Uno de los primeros en acudir al lugar de la tragedia, tras oír el disparo de la escopeta de Pedro, fue Felipe Yáñez, el capataz. En poco tiempo, apareció Alberto y pocos minutos después estaban todos los braceros y el servicio de la casa presenciando la horrorosa escena y oyendo los gritos desolados de Manuela, poseída de un ataque de ansiedad. Fernando, el vaquero, fue el último en llegar a causa de la distancia que había entre el lugar del hecho y las cuadras de las vacas.

Alberto, a pesar de mostrarse muy impresionado, se hizo cargo de inmediato de la situación. Lo primero que decidió fue ordenar a una criada que se llevaran a Manuela a la casa grande y que le dieran tila bien cargada. Luego habló con Felipe, el capataz.

—Felipe, vamos a dejar el cadáver tal como está. Que se turnen dos braceros para estar a su lado.

—Sí, don Alberto. Habrá que dar parte a la Guardia Civil, ¿no?

—Claro que sí. Aunque, con lo tarde que es, mejor esperar a mañana. A primera hora te vas al cuartelillo. Con ir a estas horas no adelantamos nada.

—Entendido, don Alberto. Me preocupa una cosa…

—¿Qué te preocupa?

—No, que creo que si la Guardia Civil hace indagaciones y Manuela habla de ciertas cosas respecto a ella y a usted, podrían pensar algo que no le conviene.

—¿Qué no le conviene a quién?

—A usted.

—No te entiendo.

—A ver, don Alberto, yo sé que usted y Manuela llevan meses viéndose en la casa de visitantes. Está demasiado cerca de la mía como para no haberlo visto más de una vez. Se nota que Manuela está embarazada. Si alguien más de los trabajadores sospecha algo y se lo dice a la Guardia Civil, podrían pensar que el hijo es suyo y que se ha suicidado por culpa de eso. O lo que es peor: que usted ha matado a Manuel para quitarse a un rival de encima.

—Eso es una tontería, Felipe.

—¿El qué? ¿Qué usted está liado con Manuela o que la Guardia Civil puede sospechar que por ese motivo ha matado a Manuel? Porque lo primero no es más que un hecho que yo tengo más que seguro.

—¿Pero no me dijiste hace un tiempo que solo eran rumores?

—Bueno, tal vez he exagerado, don Alberto.

—Sea como sea, tú no vas a hablar nada de eso, Felipe. ¿O es que piensas traicionarme?

—¿Yo? ¿Cómo se le ocurre pensar eso? Si fuera así, no se lo iba a estar avisando.

—Vale, te creo. ¿Y qué propones?

—Hablaré con los braceros. Es importante que digan que no saben nada.

—Te lo agradezco. Y habla también con el vaquero, por si acaso. Yo me encargo de dar instrucciones al servicio de la casa y de hablar con Manuela. Aunque no está en condiciones en estos momentos, creo que debo decirle algunas cosas para que no se le ocurra declarar nada inconveniente.

El capataz se fue con los braceros y el vaquero a los barracones, no sin antes hacer su especie de genuflexión ante el patrón y dejar a dos de guardia junto al cadáver. Era viernes y más de la mitad se había marchado a sus casas hasta el lunes. Era lo habitual.

—A ver, escuchadme un momento lo que os tengo que decir. Ahora mismo vamos a hacer un turno de dos horas para vigilar el cadáver. Mañana se avisará a la Guardia Civil. Si os hacen alguna pregunta, aquí nadie sabe nada de nada, ¿entendido? —todos contestaron con un murmullo aprobatorio—. Oísteis un disparo, fuisteis corriendo y visteis al guarda muerto. Nada más. Si os preguntan por qué se pudo suicidar, no tenéis ni idea.

—Pues yo sí creo saber por qué lo hizo —dijo el vaquero.

—Pues te la callas, ¿entendido? Aquí nadie sabe nada de nada. ¿Me habéis entendido? —Se oyó un «sí» casi unánime; el único que no contestó fue el vaquero—. Bien, pues poneos vosotros de acuerdo con esos turnos y a dormir. No lo voy a hacer yo todo. Tú, Fernando, quédate, que quiero hablar contigo.

—Lo que usted diga, don Felipe.

Cuando todos se fueron, Felipe habló con Fernando.

—A ver, ¿Qué era eso de que te imaginas o tienes una idea de por qué se mató Pedro?

—Sé que don Alberto se estaba acostando con Manuela. Supongo que Pedro se enteró y, ante la desesperación, se pegó un tiro.

—Eso es absurdo. Si fuera como tú dices, ¿por qué iba a hacerlo fuera de su casa? Tuvo que ser otra cosa. Igual vio a un cazador furtivo y este le disparó antes de que él le quitase la escopeta. O un accidente. A saber. La cuestión es que nosotros no sabemos nada y eso es lo que hay que decir a la Guardia Civil.

—¿De noche y tan cerca de la casa grande? Eso no se lo cree ni usted. Le digo que yo sí sé que don Alberto y Manuela tenían relaciones.

—Voy a ser muy claro, Fernando: si tú hablas de eso, yo diré que es una mentira que te has inventado ningún motivo ni pruebas. Porque, digo yo, ¿tú has visto al patrón en la cama con la mujer del guarda?

—Bueno, en la cama no los he visto. Pero los he visto entrar en la casa de invitados varias veces.

—Pues si no los has visto en la cama, todo lo que digas es una mentira. Y aquí los mentirosos nos sobran. Te juro por Dios que si dices algo de esa patraña no vuelves a trabajar ni aquí ni en ninguna parte. ¡Que te quede bien claro! —El capataz no dijo nada más. Se dio media vuelta y se fue para la casa grande para decir al patrón que ya estaba todo arreglado y despedirse de él.

***

Cuando Alberto entró en la casa, preguntó por Manuela. Estaba en la cocina con Juana, la cual la atendía lo mejor que podía. Manuela no paraba de llorar y de decir en voz baja que todo había sido culpa suya.

—Lleva así todo el rato —comentó Juana tras apartarse un poco de Manuela para que no la oyera—. Le he dado valeriana y está un poco más calmada.

—No sé lo que ha pasado, Juana. Ha sido una desgracia.

—¿De verdad no lo entiende, don Alberto? —En la pregunta de Juana había un tono claro de reproche.

—Pues claro que no. ¿Qué voy a entender?

—Don Alberto, esto no habría pasado si usted no hubiera hecho ciertas cosas —dijo la mujer.

—¿Qué insinúas, si se puede saber?

—Nada, don Alberto. Usted sabe bien a qué me refiero.

—No. No lo sé. Aquí nadie sabe nada, ¿entendido? El guarda se disparó y ni se sospecha el porqué.

—Don Alberto, yo haré lo que diga. Todos lo haremos, pero usted tiene que cambiar.

—Mira, Juana, no me vengas a decirme a mí lo que tengo o no tengo que hacer. ¿Qué te has creído? Te tomas demasiadas confianzas.

—Usted sabe que yo…, le tengo mucho cariño, don Alberto. Lo conozco desde pequeñito y…

—¡Basta ya! Que no está la cosa para hablar ahora de tonterías. ¿Me quieres decir algo?

—No, nada.

—Pues ya está.

—En todo caso, la única que puede saber algo de verdad es Manuela. Solo le pido una cosa: que usted tiene que portarse bien con ella.

—Claro que sí, Juana. Ahora me gustaría que nos dejases solos.

—Lo que usted mande.

Manuela parecía más serena. Alberto pensó que lo más adecuado para ese momento era usar bonitas palabras y falsa promesas. En definitiva, su táctica habitual para conseguir de los demás lo que deseaba. Así que le habló con cariño más bien fingido mientras le cogía las manos.

—No te puedes imaginar cuánto siento esta desgracia. No entiendo por qué el pobre Pedro ha cometido esa barbaridad.

—¿De verdad no lo entiende?

—No… El parecía muy contento con tu embarazo.

Manuela empezó a llorar y a agitarse de nuevo.

—Nos vio esta noche.

—¿¡Cómo!?

—Nos vio. ¡Qué vergüenza! Venía con la escopeta para matarlo a usted y a mí. A los dos. No sé lo que pasó, iba a dispararme y al final se mató él. Era incapaz de hacer daño a nadie. No como usted y yo, que somos unos desalmados.

—No llores, mujer. Eso no es así. Yo te quiero y tú no fuiste capaz de decirme que no me deseabas. Son cosas que pasan. Nadie quería hacerle daño a Pedro.

—Usted tiene a su mujer y yo no tengo a nadie. Me he quedado sola en el mundo.

—No digas eso. Estás embarazada y pronto tendrás a tu hijo.

—Querrá decir nuestro hijo.

—Mira, cariño, no le des vueltas, es el hijo de Pedro y tuyo. No puede ser mío. Estoy esperando un hijo legítimo de mi mujer. No la quiero; te quiero a ti. Pero es mi esposa. Y aceptar a tu niño sería un gran escándalo.

—¿Y qué quiere usted? ¿Cómo voy a sacar adelante a mi niño si soy una madre soltera?

—Vamos a hacer un trato.

—¿Va a reconocer al niño?

—Eso no puedo hacerlo, ya te lo he dicho. Pero puedo prometerte que nunca os faltará de nada ni al niño ni a ti. Lo normal en otro hombre sería echarte de aquí y no volver a saber nada de ti. Te buscas la vida y allá tú con tu niño. Pero yo soy un hombre de bien, una buena persona, te lo aseguro. Demasiado bueno. Mira, cariño, te quedas de guardesa en la casa de la entrada y cuando tengas a tu hijo no os faltará de nada. Si quieres, te lo juro ahora mismo delante de ese crucifijo que está en la pared. ¿Qué me dices?

—¿No le faltará de nada?

—Ni a él ni a ti.

—¿Como si fuera su hijo y yo su mujer, aunque no sea con papeles?

—De acuerdo, serás como mi mujer y él como mi hijo, pero en secreto. Nadie más que tú y yo lo sabremos. Alberto dio un largo beso a Manuela y está pareció dudar cuando él despegó los labios de su boca.

—Entonces, estoy de acuerdo dijo Manuela.

—Solo te pongo una condición.

—¿Cuál?

—Hemos quedado que todo será nuestro secreto. Así que hoy mismo comienza el trato. Si los guardias civiles te preguntan cuando vengan, les dices que Pedro no estaba bien, o que discutisteis. Cualquier cosa. Pero no puedes hablar de nuestra relación ni con ellos ni con nadie. ¿De acuerdo?

—Sí. Nunca hablaré de eso. Pero si me abandona, lo diré todo.

—Me parece justo. Pero también te hago una advertencia: si alguna vez admites ante alguien que somos marido y mujer en secreto, te echo de aquí y no os vuelvo a ver ni al niño ni a ti.

—Me parece justo —dijo Manuela.

—Y ahora descansa, cariño mío —pidió Alberto al tiempo que le daba un largo beso en la frente; un beso que la llenó de felicidad. Como el abrazo más largo y más amoroso que hubiera recibido jamás.

El hijo legítimo

Antes de que amaneciera, Felipe, el capataz, cogió el coche de Alberto y se fue al pueblo para avisar a la Guardia Civil, que acudió de inmediato. En pocas horas lo hizo también un representante del juez comarcal, para el levantamiento del cadáver, y un forense certificó que la muerte por disparo de escopeta se la había causado el mismo guarda. Nadie sabía nada de lo sucedido ni había detectado tan siquiera un ligero cambio de humor en Pedro. El único que rompió en cierto modo el silencio fue Fernando, el vaquero, que declaró, en presencia de Alberto y del capataz, que durante las últimas semanas había notado al guarda como preocupado por algo. No obstante, ante la mirada fija del capataz, agregó que era todo lo que sabía.

Alberto corrió con los gastos del traslado del cadáver de Pedro a su pueblo e incluso asistió al funeral, en el que aprovechó para asegurar a los padres del desgraciado que le tenía un gran cariño y que había sido una gran pérdida, tanto para él como para el cortijo, ya que como guarda había demostrado una gran valía. Los padres de Pedro no pudieron quedar más agradecidos por las palabras de un patrón tan amable y generoso.

En pocos días, la rutina se volvió a apoderar del Cortijo. Manuela regresó a la casa de la entrada y el patrón se pasaba casi a diario para consolarla tanto en el aspecto relacionado con la pérdida de Pedro como en otros más prosaicos y pegados a ras de suelo.

El patrón hacía como que lamentaba de corazón la muerte de su antiguo asistente, aunque no podía evitar mostrarse alegre ante Manuela, pues ahora podía disponer de su cuerpo sin ningún impedimento y con más intimidad que antes.

Ella se sentía culpable de todo lo ocurrido y cuando se encontraba entre los brazos del dueño del Lentiscal luchaba por cumplir con el trato y comportarse como su mujer en secreto. Pero lo hacía solo porque pensaba que era lo mejor para su hijo. Cada vez le resultaba más difícil entregarse al patrón y era más inmune a sus palabras cariñosas.

***

La esposa de Alberto, Jacinta, tuvo su hijo, al que pusieron el mismo

nombre que a su padre. Pero, en contra de lo que lo que aseguró al marcharse con sus padres, le dijo a Alberto que no deseaba regresar, al menos de momento, pues mientras el bebé fuera pequeño veía mejor continuar en el pueblo para que el pequeño estuviera mejor atendido. Alberto no lo consintió, con la excusa de que era necesario celebrar el bautizo por todo lo alto.

Jacinta regresó al Lentiscal. Antes de su llegada, Alberto pensaba que había llegado la hora de compartir sus días entre sus dos mujeres, la madre de su hijo legítimo, a la que quería lo justo, y la mujer que le volvía loco en la cama, por alguna razón que no entendía, y con la que nunca deseó tener algo más que sexo. Querer, lo que se dice querer, no quería a ninguna de las dos. Él era de esas personas que solo se quieren a sí mismos. Pero, puestos a elegir, se sentía muy a gusto con las dos, cada una con su papel.

Sin embargo, en contra de los planes de Alberto, fue llegar Jacinta y se olvidó por completo de ir a ver a Manuela. Se pasaba las horas embobado mientras miraba al pequeño, y el único detalle que tuvo con Manuela fue encargar a una criada de la casa que le llevase comida todos los días. Solo pensaba en estar al lado de su hijo. De su «verdadero» hijo. El niño se parecía mucho más a su madre que a su padre, aunque en cuestión de guapura aventajaba a los dos. Jacinta se volcó en cuidar al pequeño y ya no se paraba a pensar si le gustaba o no vivir en el cortijo.

Manuela tenía sentimientos dispares respecto a Alberto, pues se repartía el tiempo entre los celos por no ser la mujer legítima de Alberto y pensar que, en el fondo, prefería no verlo y así no verse en la tesitura de acostarse con él. A veces lo deseaba, pero a continuación se veía incapaz de dejar de lado el creciente cargo de conciencia por la muerte de Pedro. Igual se veía en unos momentos como la mujer más agraciada de la tierra, adorada por un hombre guapo que haría que nunca le faltase de nada, que se sentía una mala persona, culpable de la muerte de un hombre bueno.

El canijo

Aparte de Juana, la criada que le llevaba comida a diario, Fernando fue el único que visitó en su casa a Manuela después de la muerte de Pedro. Cosa extraña si se tiene en cuenta que el vaquero no salía casi nunca del entorno de las cuadras, salvo para ir a cobrar el jornal semanal o por haber sido llamado por el patrón o el capataz por algún asunto del trabajo.

Le había cogido aprecio a Pedro y al principio mostró cierto resquemor hacia Manuela por lo que había sucedido, a pesar de no conocerla en persona. Pero cuando el capataz le comentó que desde la llegada de Jacinta, el patrón había dejado de ver a Manuela, sintió una profunda lástima por ella. Al fin y al cabo, no era más que un juguete en manos de don Alberto.

Lo que más le impelió a visitarla fue pensar que estaba embarazada y muy próxima a parir y debía encontrarse abandonada. A pesar de su tendencia a estar solo y su aparente desapego hacia los demás humanos, Fernando era un hombre pacífico y generoso.

—Buenos días —saludó a Manuela.

—Buenos días. ¿Usted quién es?

—Soy Fernando, el vaquero. Pedro, su…, novio, y yo nos llevábamos bastante bien. He sentido mucho su pérdida. Pero mucho.

—Gracias.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Aquí, más sola que la una y sin fuerzas para hacer las faenas.

—Solo quería decirle que si necesita algo, cuente conmigo. En fin, estoy un poco alejado, pero, si no le importa, la puedo visitar de vez en cuando. Por si necesita algo, más que nada.

—Muchas gracias. Todos los días me trae comida Juana. Es la única que aparece por aquí. La pobre trata de darme ánimos, pero no levanto cabeza. Me siento muy mal por lo de Pedro.

—Y yo. Pero ahora la que está aquí es usted, por eso le repito que quiero ayudarla en lo que necesite, si no le importa.

—La verdad es que no estoy fuerte como para llevar el huerto. El pobre Pedro lo tenía que parecía un jardín, pero, hasta que no nazca el niño…

—Si le parece, puedo venir todos los días a regar y le traigo algo de leche.

—La verdad es que no me falta de nada, pero si usted quiere…

—No se hable más. Así lo haré.

Fernando era una persona seria y reservada. Sin embargo, Manuela despertó su simpatía desde el momento en que la vio. Igual le sucedió a ella. Aquel hombre largo como un día sin pan y barbudo como no había visto a ninguno, inspiraba confianza. Al menos a ella.

—Bueno, ¿y cómo va ese embarazo?

—Bien…

La cara de Manuela mostraba una preocupación que no pasó inadvertida al vaquero.

—¿Seguro?

—Sí…

—Veo que le preocupa algo.

—No, es que tengo miedo de que a mi niño…

—A su niño, ¿qué?

—No sé…, no tiene padre y eso puede ser un problema para él.

—Todos los niños tienen padre. Aunque es verdad que Pedro…

—Sí, claro. Pedro. Por eso. Sin padre…

—Seamos claros, Manuela. No se moleste. Pedro me confesó que sospechaba que usted y el patrón, ya me entiende a qué me refiero.

—¡¿Cómo?! ¿De verdad? —Manuela no se olvidaba de su trato con Alberto: no debía decir nada a nadie sobre su relación con él—. Pues se equivocaba.

—Claro, claro. Perdone por haberlo dicho. He metido la pata.

—No pasa nada. Mi preocupación es sobre que será del pequeño si yo falto. Sin un padre…

—Manuela, tú no le vas a faltar —dijo Fernando, cambiándole el tratamiento—. Eso seguro.

—Ya…, pero sin un hombre todo es más difícil.

—Si alguna vez necesitas ayuda con el niño y no hay quien te la preste, cuenta conmigo. ¿De acuerdo?

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Supongo que, aparte de muchas cosas que he tenido que pasar en esta vida, porque nací como quien dice huérfano. Vamos, que me crie en una casa de expósitos. Y porque me caía bien Pedro y me caes

bien tú.

***

Fernando comenzó a ir todas las tardes a casa de Manuela. Regaba el huerto, cogía tomates o pimientos y le traía leche. Además, siempre se quedaba un rato a hablar con ella.

Uno de aquellos días, de regreso para la vaquería, se encontró con el patrón. No fue casualidad: este se había hecho el encontradizo.

—¿Qué pasa, Fernando? ¿Tú por aquí?

—Pues sí don Alberto. Vengo de casa de Manuela.

—¿Y eso? ¿Qué se te ha perdido allí? Cuando vivía el difunto Pedro, que Dios tenga en su gloria, si no me equivoco, nunca fuiste a esa casa.

—Entonces Manuela no estaba sola ni a punto de parir, don Alberto. Lo hago solo por ayudar.

—Eso de ayudar me parece muy bien. Pero creo que ya tienes bastante trabajo en la vaquería. Además, ya he encargado yo a una criada que esté pendiente de Manuela mientras termina su embarazo.

—Mire, don Alberto, el trabajo de las vacas lo llevo como siempre. Y si duda de eso, mande al capataz y lo comprobará. No se pierde nada porque eche una mano al huerto del pobre Pedro.

—Ah, es eso. No sabía que Pedro tuviera un huerto, aunque, ahora que lo dices, lo autoricé para que lo hiciera. No tengo inconveniente en que ayudes a Manuela si se trata solo de eso. Pero ten cuidado no vayas a tocar lo que no debes.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Pues si no lo entiendes, piénsalo, a ver si se te ocurre algo.

—Lo pensaré. Pero puede estar tranquilo que no tocaré nada que no me corresponda ni lo he pensado.

—¿Qué insinúas, Fernando?

—¿Yo? Nada. Es usted el que me ha dicho que no toque lo que no debo y yo le he asegurado que no tengo la menor intención.

—Bueno, pues con Dios te quedes, Fernando. Y no olvides lo que te he dicho.

—Lo mismo le deseo, señor. Quede con Dios.

Cuando se separaron, Fernando pensó: «¡Será hijo de puta! Ahora que tiene a su hijo en el Lentiscal, deja sola a Manuela después de

hacerle una barriga y encima me viene con insinuaciones y amenazas encubiertas».

***

Manuela tuvo a su hijo. Cuando rompió aguas, Fernando estaba en la casa y se apresuró a correr hacia la casa en busca de las criadas. Como siempre, acudió Juana.

Todo salió bien. El bebé era canijo, pero largo, y parecía espabilado. El único hombre que estuvo en la casa durante el parto y los días posteriores fue Fernando; Alberto no apareció. Juana tampoco se apartaba de Manuela en cuanto las tareas de la casa grande se lo permitían. No dejaba pasar cualquier oportunidad para dar esperanzas a Manuela respecto a Alberto.

—No te preocupes, Manuela. Ya verás cómo cualquier día de estos viene el patrón a ver al niño y, cuando se dé cuenta de lo que se parece a él, no te dejara de lado. Él es bueno y no te dejará abandonada.

—¿Y quién ha dicho que el niño sea del patrón?

—Hija, lo sabemos todos.

«Y yo que le había prometido no hablar nunca de eso», pensó Manuela.

El vaquero intensificó sus visitas a la casa de la entrada. Por las mañanas le resultaba imposible acudir a ver a Manuela y su niño, pero las tardes se las pasaba al completo a su lado.

Pasaron varios días y Alberto no aparecía. Manuela no sabía qué hacer y decidió hablar con Fernando.

—Hay una cosa que te quiero contar, pero me tienes que guardar el secreto.

—No te preocupes. Cuéntame lo que quieras, Manuela.

—Júrame que no contarás nada a nadie sobre esto.

—Claro que sí. Te lo juro.

—Pedro no es el padre de mi niño.

—¿Es eso? Ya lo sabía. Es de don Alberto.

—Sí. Todos parecen saberlo, pero él me hizo prometer que no se lo contaría a nadie y a cambio me cuidaría. No entiendo por qué no viene a verme desde que llegó la señora.

—Lo que te voy a decir no te va a gustar. Yo sí que lo entiendo.

Mientras le faltó su esposa, se aprovechó de ti. Ahora solo eres un problema para él.

—Me prometió que yo sería como su mujer en secreto y que nos seguiríamos viendo igual que antes.

—Supongo que lo hizo para que tú estuvieses callada y no dijeses nada. Hay hombres así. Prometen y juran lo que sea con tal de salirse con la suya.

—La verdad es que ya no quiero eso. Bueno, no lo sé. Siempre pensé que quería a Pedro, pero él ha sido tan cariñoso conmigo y me ha dicho cosas tan bonitas…

—Mira, Manuela, tú tienes a tu hijo y eso es lo que importa. Olvídate del patrón. Esos hombres no traen nada bueno.

—Estoy hecha un lío. Pero no puedo dejar de pensar en él. Me dijo que cumpliría su promesa a cambio de que yo le prometiera que jamás diría que el hijo es suyo.

—Pues bien mirado, puede que él te haya fallado, pero tú también has incumplido tu promesa. Me lo acabas de contar a mí.

—Tú eres diferente. Contigo no cuenta.

—Yo soy un hombre como otro cualquiera. No te creas.

—No. No lo eres. Me has ayudado y no te has aprovechado de mí.

—¿Cómo me iba a aprovechar de una mujer embarazada y ahora de una mamá con un bebé tan precioso como el que tienes? Además, casi podría ser tu padre.

—No digas eso. Lo que pasa que con esas barbas pareces más viejo. ¿Cuántos años tienes?

—Más de cuarenta. Y tú no creo que tengas muchos más de veinte.

—Diecinueve.

—¿Lo ves? Tu padre.

Manuela rio por primera vez en mucho tiempo.

—Hay parejas que se llevan más tiempo. No me convences.

—Hay algo que me parece que no has hecho y deberías.

—¿Qué cosa?

—Apuntarlo en el registro civil.

—Es que yo no sé cómo se hacen esas cosas.

—Yo podría ir al pueblo y traer los papeles. Te los rellenos y tu firmas.

—No sé firmar.

—Con que pongas una equis será suficiente.

—¿Pero se puede poner que el padre es Alberto?

—Para eso tendría que ser él quien firmara los papeles contigo. Y no creo que esté dispuesto, por lo que me has contado.

—Pues entonces prefiero no registrarlo.

—Mujer, eso sería complicarlo todo. Sería como un huérfano y si se enteran se lo podrían ingresar en una inclusa.

—No me digas eso, por Dios. Antes me matan que quitarme a mi hijo.

—No te preocupes. Igual el patrón cambia de opinión. Aunque me temo que no lo hará. En cualquier caso, podemos esperar a ver qué pasa.

—Eso, esperaré un poco.

—Yo te ayudaré en todo lo que desees hacer con el niño.

—Muchas gracias.

—Mujer, no es nada.

—Fernando, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro. ¿Para qué estoy aquí si no?

—¿Podrías ir a ver a don Alberto y preguntarle por qué no viene a verme?

—Mujer, eso es algo muy delicado. No puedo decirle que quieres estar con él y cosas así. Sería como confesar que sé vuestro secreto. Ese secreto que tú prometiste guardar. Podría empeorarlo todo.

—Pero puedes decírselo de manera que él piense que no sabes nada.

—A ver, lo intentaré. Aunque yo creo que lo mejor sería olvidarte de él.

—Tengo que saber si piensa cumplir su promesa o no —dijo Manuela con lágrimas en los ojos. No aguanto más.

—De acuerdo, lo haré. Lo plantearé como si fuese cosa mía y, si me pregunta, le diré que no me has contado nada.

***

El vaquero no necesitó ir a la casa del patrón; fue Alberto quien se cruzó con él en el camino a la casa de la entrada y le preguntó por

Manuela.

—Está bien. Todavía necesita ayuda y por eso voy allá todos los días.

—Sí, ya me han dicho que te pasas las tardes allí. Oye, ¿tú no estarás encaprichado con Manuela, ¿no?

—¿Qué quiere decir. Ella necesita ayuda y yo se la presto, eso es todo.

—A mí no me engañas, tunante. Nadie se esfuerza por los demás a cambio de nada. Entiéndeme, no digo que no tenga mérito lo tuyo, pero todos buscamos una compensación.

—Mire usted, don Alberto, yo tuve una novia hace años. Se quedó embarazada y nos casamos. La quería más que a nada en este mundo. Murió en el parto y el niño nació muerto. Me juré que jamás estaría con una mujer. La amaba tanto que hasta ahora he cumplido mi juramento. Algunos se meten a ermitaños; yo preferí venirme aquí de vaquero. Prefiero estar ocupado a contemplar el paisaje en solitario.

—Vaya, lo siento, no lo sabía. De todos modos, tú sabes que cuando una mujer se cruza en nuestro camino, no hay promesas ni juramentos que valgan.

—Si usted lo dice… Yo le aseguro que desde que fallecieron mi mujer y mi hijo no he vuelto a estar con una mujer.

Fernando solo le contó a Alberto una parte de la historia. Estuvo a punto de ser sacerdote tras pasar pasado unos años en un convento de capuchinos. Cuando llegó el momento de consagrarse pidió continuar en la orden como hermano lego. No tenía madera de cura, por más que fuera el deseo del joven beneficiado de la catedral que lo había sacado del hospicio. Lo encargaron de las compras y del refectorio y, sin saber cómo, se enamoró de una vendedora de frutas.

Rompió su voto de castidad y se casaron. Vivieron un solo año de felicidad. Cuando murió ella, junto con el niño que esperaban, su vocación se había esfumado por completo. Solo le quedaba una convicción firme: aquella desgracia debía de ser un castigo de Dios por haber roto el voto de castidad. Nunca se arrepintió de nada, pero se juró a sí mismo que mantendría ese voto durante toda la vida.

—La cuestión es que, según me dices, Manuela está bien, ¿no?

Fernando se decidió.

—Sí. A veces me pregunta por usted.

—¿Por mí? ¿Y eso?

Alberto enrojeció. No se esperaba que el vaquero le hablara de

esa manera.

—No sé, me ha dicho varias veces que le gustaría hablar con usted. Le voy a ser franco, don Alberto: me lo ha encargado.

—A ver, no me parece adecuado ir a ver a una mujer sola. Alguien podría pensar que voy a conocer a mi hijo. Supongo que no eres ajeno a los rumores que corren desde hace unos meses.

—No se lo voy a negar. Pero los rumores no son nada. Lo que importa es la verdad.

—¿Qué me quieres decir con eso? —preguntó Alberto algo amoscado.

—Que usted sabe la verdad y no le deben importar los rumores.

—Ya… Pero lo mismo alguien le está contando a Jacinta cosas que no son. Y no quiero que se sospeche de lo que no es cierto.

—Solo se lo he dicho porque ella me ha insistido.

—¿Pero te ha dicho algo más?

—No, nada. Solo que le gustaría hablar con usted, ya le digo.

En el fondo, Alberto estaba deseoso de encontrarse con Manuela y de acostarse con ella. Su obstáculo insalvable era que no quería ver al niño. Era superior a sus fuerzas enfrentarse a la visión de aquel pequeño al que en su interior más profundo se negaba a reconocer. ¿Cómo iba a aceptar que tenía un hijo de una analfabeta de la clase más ínfima?

—Si no estuviera el niño presente y todos lo supieran, nadie podría decir que he ido a verlo.

—Entonces, se encontraría con ella si no estuviera el niño, ¿no?

—Eso mismo.

—Se lo pregunto a ella, si me autoriza.

—De acuerdo, Fernando.

***

A Manuela le costó aceptar que Alberto fuese a verla sin que estuviera el niño, pero terminó por acceder. Tenía la necesidad de hablar con él y saber qué iba a suceder. Él le había prometido que no les faltaría nada y no lo dudaba; pero quería asegurarse de que sus demás promesas seguían en pie.

El día que quedó Alberto en visitar a Manuela, el vaquero no tuvo inconveniente en hacer un ato con un pañolón grande y sacar al

pequeño a tomar un poco el aire.

Una oferta inaceptable

Al encontrarse de frente con Manuela, Alberto se desvivió en arrumacos, caricias y palabras bonitas. Hasta que la desnudó y la poseyó.

Manuela no se sintió bien al recibir los abrazos de Alberto. El hecho de ser madre y de que el hombre al que creía amar no hubiese preguntado, ni tan siquiera, por su hijo, influyeron en ese cambio, si bien ella no sabía nada sobre la razón por la que se sentía incómoda. Menos aún ayudaron los remordimientos de Manuela respecto a la muerte de Pedro. La convicción de que se había matado por su culpa, latía cada día con mayor fuerza en su interior.

Tras aliviar sus instintos, Alberto se quedó tirado en aquel jergón de mala muerte que hacía las veces de cama, fumando un cigarrillo. Cuando se levantó, mostró cierta inquietud y prisa por marcharse.

—Bueno, Manuela, tengo que irme. El capataz me espera para resolver unos asuntos. Si tú quieres, esto se puede repetir. Porque supongo que te ha gustado. Vamos, como antes.

—Yo lo que quería era hablar contigo.

—Claro que sí. Dime qué deseas. Si necesitas ropa o más comida…

—No es eso, quería hablarte del niño y de mí. De qué vamos a hacer, ahora que tu hijo está en el mundo.

No hacía falta ser muy avispado para cerciorarse de que Alberto, una vez consumado su deseo, se encontraba muy incómodo.

—Ya te prometí que no os faltaría de nada. Y tú me prometiste que lo del niño y nuestros encuentros sería un secreto. Por cierto, veo al vaquero muy involucrado en lo nuestro. Y no me gusta nada.

—El vaquero es una buena persona que me ha ayudado. Nada más. ¿Por qué no has venido hasta ahora?

—Mujer, tienes que entender que ahora soy padre de familia. Tengo a mi mujer y a mi hijo en la casa.

—Tienes dos hijos. Y ni siquiera has preguntado por el que he tenido yo.

—Ya te dije que eso no podía ser, que ese niño no es mío, sino de Pedro.

—Tú sabes que eso no es cierto.

—¿Y eso por qué? ¿Es que tengo que creérmelo porque tú lo digas? ¡No, y mil veces no!

—Debes darle un apellido.

—¡Tú estás loca y quieres volverme loco a mí! Yo no tengo por qué hacer eso. Le pones el apellido de Pedro y ya está. A mí no me líes.

—Pues entonces, si no vas a reconocer a nuestro hijo, no quiero volver a verte en mi vida. No me volverás a tocar nunca más. Nunca debí dejar que lo hicieras.

Hasta Manuela se sorprendió de sus palabras, surgidas de lo más hondo de su corazón.

—¿Cómo? ¿Tú me vas a poner a mí condiciones? ¿Al dueño de este cortijo que ha sido tan generoso de darte una casa y prometerte que no te faltaría de nada? ¡Una pobre que no tiene donde caerse muerta y me dice a mí qué tengo que hacer!

—No te reconozco. Me dijiste mil veces que me querías.

—Y te quiero. Lo uno no tiene nada que ver con lo otro. Mira, tú eres mi diosa, la persona que me hace sentir más allá de todo lo imaginable. Serás mi mujer. Sin papeles, solo con el corazón.

—¿De verdad?

—¡Claro que sí! Pero solo te he puesto una condición para que tú y yo seamos felices. Bueno, bien pensado, son dos: la primera es que lo mantengamos en secreto.

—Eso ya lo acordamos. Aunque creo que ya todo el mundo lo sabe en el cortijo y no sirve de nada mantener el secreto.

—Lo sospechan, que no es lo mismo. Y, además, si lo saben me da igual. Mientras Jacinta no lo sepa o al menos haga como que no sabe nada…

—¿Cuál es la otra condición?

—Que registres al niño a nombre de Pedro. Con su apellido. Es lo más razonable. Compréndelo, yo no puedo reconocerlo. ¿Qué dirían las personas de mi clase? Y ¿qué diría la familia de mi mujer?

—Así que no hay manera de que reconozcas la verdad. Pues ¿sabes qué te digo?: no quiero volver a verte.

—Me obligas a decir lo que no deseaba. Si no aceptas, ya te puedes marchar del cortijo. No voy a tener una mantenida que me quiere endilgar un hijo a toda costa.

—Eres un canalla. Pues me iré y no volverás a saber de mí.

—¿Quién te crees que eres para decirme eso de canalla? Estoy

casado, a ver si te enteras. Y yo no te obligué a que te acostaras conmigo. Bien que te gusta.

—De acuerdo, soy culpable de no haberte dicho que no, pero la culpa de que Pedro se pegara un tiro es tanto tuya como mía.

—Pedro era un imbécil que no supo cuidarte. Que hubiera estado más atento y te hubiera dado lo que te gusta y no habría pasado esto.

—¿Cómo puedes hablar así de Pedro, después de que se ha matado?

—Lo que tenías que haber hecho es tomar medidas para no quedarte embarazada. A saber si no lo hiciste a propósito para cargarme un niño y vivir a mi costa.

—¡Vete!

—No te gusta oír la verdad. —De pronto, Alberto cambio de tono en un último intento—. Piénsalo, mujer: si te olvidas de ese niño, serás más libre y te daré todo lo que me pidas. Mira, si no quieres ponerle el apellido de Pedro, lo entregas en una casa de niños expósitos o lo dejas en la puerta de un convento de monjas y ya está. Conmigo serás feliz y no te faltará de nada. Es mi última oferta

—¡¡Vete!!

—De acuerdo. Tú verás lo que haces. Si cambias de opinión, no tienes más que mandarme aviso a través del vaquero. Si no es así, te doy hasta que se acabe esta semana para que recojas tus cosas. Y que sepas que mujeres como tú las puedo tener cuando quiera.

Manuela lloraba con amargura mientras el patrón salía de la casa sin volver la vista atrás.

Una solución

El vaquero regresó a la casa y se encontró a Manuela llorando con desconsuelo.

—Venga mujer, no llores. Con un niño tan guapo no hay motivo para que te sientas mal.

—No lo quiere. Don Alberto no quiere saber nada del niño. Le he dicho que me voy y no ha cedido. Solo me quería para pasar el rato conmigo.

—¡Ese tío es un desalmado! Quien no quiere a su hijo no quiere a nadie.

—Tarde lo he sabido. No sé cómo me he dejado engañar.

—¿Y qué vas a hacer? Yo no me iría. Su obligación es hacerse cargo. Lo mismo cambia de opinión cuando menos se espere. Aunque, si te digo la verdad, lo veo difícil.

—Si me voy, no tendré para vivir ni para criar a mi niño. ¡Pero esto se terminó!

—Si no desea reconocer al niño, él se lo pierde.

—Ahora me doy más cuenta que nunca de que soy la culpable de la muerte de Pedro. Era un buen hombre. Lo traicioné.

—El culpable ha sido don Alberto. Tú eres una mujer sencilla y no has sabido reaccionar y oponerte a sus deseos. Te ha utilizado para pasar el rato y ahora no quiere asumir su responsabilidad.

—Sí, él también es responsable de la muerte de Pedro, pero eso no me quita mi parte de culpa.

—Anda, coge al niño, que pesa más de lo que parece y me tiene arriñonado.

Cuando Manuela tuvo de nuevo al niño en sus brazos, su sonrisa pareció despejar todo el dolor que se reflejaba en el brillo de sus ojos. A Fernando se le iluminó la mirada.

—Manuela, se me ha ocurrido una idea —dijo él—. Si estás de acuerdo, mañana mismo hablo con el patrón.

***

El vaquero se plantó al día siguiente en la puerta de la casa grande y

llamó. Salió una criada.

—¿Qué quieres?

—Hablar con el señor Alberto.

—¿Te ha llamado él?

—No, pero tengo que hablarle de algo importante.

La criada dudó. No era habitual en absoluto que un trabajador fuera a ver al dueño del cortijo a su casa.

—¿Y no puedes ir a ver a don Felipe?

—No es un asunto entre el capataz y yo. Tengo que hablar con el patrón.

En ese momento, Alberto se asomó a la puerta y eso resolvió el dilema de la criada.

—¡Hombre, Fernando! ¿Qué te trae por aquí? Tú sabes que no recibo visitas de mis empleados en mi casa. Para tratar sobre el trabajo ya está el capataz.

—No vengo a cosas del trabajo, don Alberto.

Alberto entendió que era algo relacionado con Manuela y cogió a Fernando con un brazo sobre el hombro mientras se alejaba de la casa a través del porche. Una vez se distanciaron lo suficiente para que no los oyeran, miró alrededor y vio que no había nadie cerca.

—¿Qué pasa, Fernando? ¿Algún problema con las vacas?

—Ya le he dicho que no es eso, don Alberto. Quiero hablarle de Manuela.

Alberto volvió a mirar hacia todos lados con inquietud.

—No sé por qué, pero me temía que era eso. Parece que te has convertido en el defensor de Manuela. No es necesario que te esfuerces en hablar conmigo, hombre. A ella no le va a faltar de nada.

—Si acepta sus condiciones.

—Veo que estás al día. ¿Qué te ha contado?

—Lo justo. Que su hijo es de usted y que no lo quiere reconocer. Y que para quedarse aquí debe olvidarse de insistir en eso de que el niño es suyo.

—Estaría bueno que lo hiciera. Tengo mujer, si no lo has notado. Y una reputación. A mí me da igual, pero las habladurías no acabarían y mi mujer podría largarse con el niño que sí es mío.

—Veo que usted piensa que puede hacer lo que le venga en gana y no asumir las consecuencias.

—¡Hombre, normal! Para eso soy el dueño del cortijo.

—Eso no le da derecho a todo.

—No te creas, con dinero se puede pasar por encima de muchos impedimentos. Sin ir más lejos, y ya que estamos hablando de Manuela y el niño, te voy a hacer una oferta que no creo que puedas rechazar.

—Usted dirá.

—He visto que Manuela confía en ti. Por ejemplo, tengo entendido que cuando fui a verla te quedaste con el niño, ¿no es cierto?

—Así fue.

—Bien, pues te ofrezco una buena cantidad de pesetas si coges al pequeño con cualquier pretexto y te lo llevas a una inclusa.

—¿Y qué dirá Manuela cuando vea que me he llevado a su hijo y no se lo devuelvo?

—¿Qué más te da? Con el dinero que te ofrezco eso carecerá de importancia.

—Ella sabrá que todo ha partido de usted y lo odiará, por lo que se marchará de aquí para siempre. ¿Qué ganará usted con eso?

—Es una posibilidad. Pero también puede ser que, aunque al principio estalle de ira, luego comprenda que no tiene dónde caerse muerta y termine por quedarse aquí y admitir que se puede pasar una buena vida conmigo a su lado. De vez en cuando, claro. Porque tengo que cuidar de mi familia, como es natural. ¿Sabes?, esa mujer es un volcán y en el fondo me gustaría seguir con ella a mi lado. Al menos por ahora.

—Ya veo. ¿Y cuánto sería lo que me pagaría por el encarguito, si se puede saber?

—¿Qué te parecen cincuenta mil pesetas? Ese dinero no lo ganas aquí ni en cinco años.

—O sea, quiere que me comporte como un auténtico malnacido por cincuenta mil pesetas. Ese es el precio que le pone a una canallada de ese calibre.

—Está bien. Si eso, te puedo subir a sesenta.

—Permítame que le diga, ahora que nos escucha nadie, que usted es un hijo de la gran puta.

—¡Cómo te atreves a insultarme de esa manera! ¡Retira eso de inmediato o te vas a arrepentir toda tu perra vida!

—Tal vez no debí decirlo. No me debo manchar la boca ante un tipo como usted. Lo voy a cambiar por otra afirmación. Es usted una

mala persona y un desalmado egoísta. ¿Le gusta más así?

—Mira, Fernando. Recapacita un poco, que me parece que estás perdiendo los papeles.

—Hacerle un niño a una mujer con una pareja, provocar por ello que esa pareja se pegue un tiro y no tener los huevos de reconocer a ese niño: eso no lo puede hacer más que una mala persona. No lo insulto, solo le digo la verdad.

Alberto alzó la mano para pegar a Fernando, pero se quedó a medio camino ante las palabras del vaquero.

—¡Si me toca, le juró que lo mato! —Se lo dijo con tanta tranquilidad que Alberto se quedó dudando por unos instantes—. ¿Sabe qué le digo? No me inspira usted el menor respeto. No le llega a su padre ni a la suela de los zapatos.

—Mira, Fernando, más te vale pedirme perdón de inmediato y tal vez me olvide de todas esas barbaridades.

—No quiero que se olvide de nada. Me largo de aquí. Y, si Manuela quiere, me la llevo conmigo. Pero recuerde que, al final, las malas acciones se pagan. Y usted pagará algún día por todo lo que le ha hecho a Manuela.

—¿Te la llevas? Pues es toda tuya. Ya sabía yo que andabas encoñado con ella.

—Además de lo que le he dicho antes, añado que es usted un cretino. Entre Manuela y yo no hay nada, lo que pasa es que no pienso dejarla en manos de un desalmado como usted.

—¡Hay que ver cómo es la vida! Te esfuerzas por la gente y te responden como las víboras: mordiendo la mano que les da de comer. Esto me pasa por ser buena persona.

—Usted no es bueno ni cuando duerme. Ah, y sepa que antes de marcharme le voy a decir a su querida esposa todo lo que ha hecho con la pobre Manuela.

—¡De eso nada! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Si te acercas a ella, te mato! ¿Te enteras? ¡Te juro que te mato!

—No tienes huevos. Eres un cobarde. En todo caso, mandarías a otro a que hiciera tu trabajo. Pero tú…

—¿Ahora me tuteas? ¡Intenta hablar con mi mujer y verás si soy capaz o no!

—Me traen sin cuidado tus amenazas.

Caminaban en dirección a la vaquería y no se percataron de que el capataz venía detrás. Había ido a la casa grande para recibir

instrucciones del patrón y le dijeron que se había marchado con el vaquero. Se temió que fuera algo relacionado con Manuela y el niño y cogió una escopeta de la misma casa. Cuando estaba a pocos metros, oyó las amenazas de ambos.

—¿Qué pasa aquí, don Alberto?

El capataz tenía la escopeta cogida por la empuñadura y el guardamanos, sin apuntar a nadie.

—Este majadero, que me quiere decir qué tengo que hacer y qué no tengo que hacer con las cosas que son de mi incumbencia y no de la suya.

—Ya veo.

—Acompáñalo hasta la salida del cortijo y convéncelo como tú sabes de que lo mejor es que no regrese por aquí en su vida.

—No hace falta que me acompañe el capataz. Me sé el camino. Solo me paro a recoger mis cosas y me voy.

—Te doy una hora para que te largues.

El vaquero comenzó a andar hacia las cuadras, que ya estaban a corta distancia. El capataz lo seguía a pocos pasos cuando Fernando se volvió y dirigió sus últimas palabras, al menos durante muchos años, a Alberto.

—Antes de irme, le voy a dar una última oportunidad: usted reconoce al niño y yo me largo sin decirle nada a su mujer ni a Manuela.

—¿Tú me vas a dar a mí oportunidades? Pues mira, soy yo el que te doy una de verdad. Tira y márchate en el plazo que te he dado o el capataz se encarga de ti y de enterrarte junto a tus vacas.

—Me iré, pero sepa que voy a reconocer como hijo mío al que debería haber aceptado como suyo.

—Al canijo ese te lo puedes quedar para los restos. No es mi hijo. Así que…

—Le advierto una cosa: pase lo que pase, no se le ocurra jamás buscarlo ni cambiar de opinión.

—¿Buscar yo a ese bastardo que lo mismo es tuyo o de cualquier bracero de aquí?

Fernando no contestó; se dio media vuelta, llegó a la vaquería y preparó sus escasos bienes en una maleta roída por el tiempo y la humedad. Salió en dirección a la puerta de salida del cortijo, siempre con el capataz a unos pasos de distancia y llamó a Manuela.

En quince minutos, la mujer con el pequeño en brazos y el

hombre con dos maletas, a cual más vieja, se encaminaron en dirección a la carretera.

El canónigo

Félix Lesmes era un hombre de edad madura, carirredondo, pequeño, regordete y más blanco que las paredes de su casa, vieja, algo desvencijada y muy grande para él solo y para diez que vivieran en ella.

Se trataba de una buena persona en toda la extensión de la palabra. Años atrás, cuando era un joven beneficiado de la catedral y capellán del hospicio provincial, sintió lástima de aquel chico que aparecía triste y solitario siempre que visitaba el establecimiento. El pequeño se mostraba muy inteligente y cariñoso y el beneficiado se las ingenió para llevarlo a vivir a su casa.

En cualquier otro sacerdote, aquello hubiera sido algo bastante problemático y, tal vez, habría suscitado reticencias de la autoridad eclesiástica y murmuraciones de los demás presbíteros. Pero todos conocían al padre Félix y resultaba imposible que alguien dudase de que solo le guiaba su más que probada bondad.

Fernando, que quería a aquel hombre como si se tratase de un auténtico padre, aunque no fuese su hijo ni siquiera como adoptado, pues no lo era según la ley, se fue con Manuela a la capital, a la casa del que era ahora canónigo de la catedral. No se le ocurrió otro sitio mejor a donde ir e hizo bien en tomar esa decisión.

El canónigo lo recibió con todo el cariño que siempre le había tenido.

—Hijo mío, no sabes qué alegría me da verte y poderte abrazar —dijo el bueno de Lesmes cuando vio entrar a Fernando junto con Manuela y el pequeño—. No me digas que te has vuelto a casar. Pensaba que María era la única mujer a la que amarías en tu vida. Al menos eso me jurabas cuando te saliste del convento.

—Ya sabes lo que pasó, padre. —La palabra «padre» tenía para Fernando más sentido que el de dirigirse a un eclesiástico cualquiera. Y el canónigo lo sabía—. No la busqué: me la encontré. Me enamoré y…

—Ya lo sé, hijo mío. No te molestes por mis palabras, pero esta chica y su pequeño…

—No, padre, no es eso. No es mi mujer ni el niño mi hijo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el canónigo a ella.

—Manuela.

—Es una historia que tengo que contarte, padre.

—Lo primero es que comamos. Seguro que no habéis tomado nada desde hace horas y estáis muertos de hambre.

—No te diré que no, padre. Pero no queremos molestar. A esta hora, no tendrás más que lo tuyo para comer tú.

—¡Qué va! Una chica viene los lunes, me limpia la casa y me hace comida para toda la semana. Justo vino ayer y me ha dejado una olla de cocido. Y encima me ha guisado un par de pollos. Vamos, una barbaridad.

—Pues en ese caso, vamos a disfrutar de ese cocido. No te has equivocado en lo de que venimos con hambre. Mañana compraré lo sea necesario para hacer más comida.

—No hace falta, hijo. Seguro que no estás muy desahogado y no te sobra el dinero. Tengo más que suficiente para vivir y me sobra. Así que, mientras estéis aquí, yo me encargaré de que la chica compre lo que necesitemos. Por cierto, podéis quedaros todo el tiempo que queráis, por supuesto.

—Yo puedo cocinar y ayudar en la limpieza de la casa si le parece bien —dijo con timidez Manuela—. No quiero quitarle el puesto a esa chica que dice usted, pero quiero echar una mano.

Después de comer, Fernando contó al canónigo todo lo sucedido en el Lentiscal. El canónigo le escuchaba con atención y torcía el gesto de vez en cuando.

—Así que esta chica está sola y con su hijo sin registrar ni bautizar —fue lo primero que dijo nada más terminó Fernando su relato.

—Eso es, padre. Si se hubiera quedado allí, el patrón habría terminado por quitarle el pequeño y entregarlo a una casa-cuna. Y eso no lo puedo consentir.

—Y tú no has hecho más que sacarla de allí para ayudarla, ¿no es eso?

—Sí.

—Y no es tu novia ni nada de eso.

—Eso mismo.

—Pues está claro que lo primero que tenemos que hacer es bautizar al pequeño y hacer las gestiones en el registro civil, ¿no os parece?

—Esa es mi intención, padre.

—Manuela, ¿quieres bautizar a tu pequeño?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues yo mismo lo haré. Luego hay que ir al registro civil. Con la partida de bautismo será más rápido y sencillo.

—Yo seré el padrino —se ofreció Fernando.

—A ver, hijo mío, tú me has dicho que esta chica no tiene nada que ver contigo y yo te creo después de lo que has contado. Te conozco y sé que no es tu forma de hacer las cosas y que a mí no me engañarías. Al menos nunca lo has hecho hasta ahora. Pero quiero estar seguro. Las personas cambian a veces.

—No te he mentido en nada.

—Me alegro. Hay una cosa… A ver, puesto que este chico no ha sido aceptado por su padre, ¿de qué va a vivir Manuela? Quiero decir que no sé cómo va a mantener al pequeño.

—No sé… —musitó Manuela.

—Yo me encargo —dijo Fernando—. Trabajaré en lo que sea y la ayudaré.

—Entonces, ¿no sería mejor que os casaseis? De esta manera en el registro figurarías como padre y ella como madre. Pero, antes que nada, tendríais que contraer matrimonio. ¿Qué opinas tú, Manuela? Es lo mejor para todos.

—No sé…, yo le estoy agradecida a Fernando, pero casarse…

—Yo pienso igual. Mi deseo es ayudarte, Manuela, pero no veo claro lo de casarnos.

—No, si ya hace usted demasiado con haberme sacado de allí y ayudarme con el niño. Yo ahora mismo con eso estoy más que contenta.

—A ver, hijo, tú al convento no vas a volver. ¿Qué más te da casarte con ella? Si lo haces, Manuela será una mujer honorable ante los ojos de los demás. En caso contrario, siempre estará señalada por todos. Es injusto, pero las cosas son así, por desgracia. Míralo de esta manera: a tu mujer y a tu hijo nadie te los va a devolver. Al menos hasta que os veáis en el seno del Señor. Ahora tienes la oportunidad de ayudar a esta mujer y ser padre de este pequeño.

—Das por sentado que no quiero volver a ser capuchino —dijo Fernando—. Y yo, aunque no estoy seguro, no lo he descartado del todo.

—Yo te quise inculcar la vocación religiosa. Fui egoísta: te imaginaba dando misas y me parecía que era lo mejor que te podía pasar. Después de que te casaste y todo lo que sucedió, sé que ser religioso no es tu destino.

—Tal vez necesite explicaros a ti y a Manuela cómo me siento. Rompí el voto de castidad porque me enamoré de una mujer. Cuando ella falleció con el niño me fui al cortijo y allí pasé años en los que no hacía más que pensar en todo lo que me había sucedido. Fijaos en un detalle: mis barbas.

—Hijo, ¿eso qué tiene que ver?

—No me las corté porque, para mí, representan un vínculo que me retiene unido de algún modo a mi orden. El voto de castidad lo rompí, es cierto, pero desde que falleció ella lo he mantenido de nuevo. Ha habido ocasiones en que he estado tentado de dejar el cortijo y reincorporarme a la orden.

—Pero no lo has hecho. ¿De verdad quieres regresar? Yo respetaré tu decisión. Pero ahora tienes una ocasión de volver a vivir la paternidad. ¿No será más fuerte en ti la pasión por criar un hijo que la vocación religiosa?

—Podría ser. No niego que tu propuesta me ha dejado indeciso. Creo que lo mejor es que tanto Manuela como yo nos lo pensemos y, mientras tanto, acepto que mi apellido sea el del pequeño. Con una condición sola, si está de acuerdo Manuela: Que se llame como tú: Félix.

El canónigo bautizó al niño, al que se le puso el nombre de Félix, y los apellidos Roa, por Fernando, y Gutiérrez, por Manuela.

Una decisión

Entrado el año 1926

El pequeño Félix tenía ya tres años el día que Fernando tomó una importante decisión. Por entonces, trabajaba como ayudante en una tienda de comestibles y con ello, más la ayuda constante del canónigo, iban tirando. Además, se ahorraban el dinero de una casa pues se quedaron a vivir en la planta alta de la vivienda del canónigo. Manuela y Fernando no eran marido y mujer y no ejercían en absoluto como tales. Ni Manuela quería a Fernando como hombre ni este pensó jamás en romper su renovado voto de castidad, que no era obligado por ninguna regla monacal, sino por su deseo interior de compensar lo que él pensaba había sido un error fatal que le había costado la vida a su mujer y a su hijo.

Esto no quiere decir que él no se sintiera, poco a poco, atraído hacia ella. Su sencillez y gracia natural, así como la madurez que trajo consigo el cuidado de su hijo, la cambiaron para mejor. También ella sentía una creciente admiración hacia Fernando. El hecho de que aquel hombre ejerciera de padre con tanto tesón y cariño, sin que ello le reportase nada en apariencia, provocaba algo indefinido hacia él.

Y aquellos sentimientos crecían en ambos de manera casi inadvertida, como la luz se apodera con lentitud inexorable de una habitación sombría cuando amanece.

Comían los cuatro, cuando Fernando soltó lo que llevaba rumiando desde unos meses antes.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó el canónigo; era algo que solía decir sin pensar mucho en ello: una costumbre para empezar a hablar.

—Como siempre —era la respuesta que solía venir a continuación de la pregunta; pero en esta ocasión hubo más—. La verdad es que llevo tiempo pensando que quiero cambiar las cosas. Aquí no voy a progresar. Tengo una idea que me gustaría contaros.

—Dime. ¿Qué idea es esa?

—Si hay algo que me gusta, es criar ganado. Creo que lo puedo constatar después de los años que pasé en el Lentiscal.

—¿Y qué vas a hacer?

—A veces me parece algo descabellado, pero me gustaría emigrar a Argentina. Dicen que allí hay más ganado que personas y

muchas tierras para cuidar vacas.

—Me sorprende lo que dices. Es arriesgado. Vas a un país desconocido y con poco dinero no tendrás para adquirir ganado o tierras.

—Ya… Eso es lo que me frena. Pero he oído hablar de personas que han emigrado a América sin un real y han regresado al cabo de unos años con un gran capital.

—Ya, hijo. Pero serán más los que no vuelven jamás porque no consiguen ni el dinero necesario para el viaje de vuelta.

—¿Y nosotros? —preguntó Manuela—. ¿Iríamos contigo? Félix es pequeño todavía y no sé si sería bueno para él.

—Pues la verdad es que eso no lo tengo decidido. Si tú quieres, nos vamos los tres. No quiero dejar al niño. Legalmente es mi hijo, y lo quiero más que a mi vida.

—Lo sé. Me gustaría que nos fuésemos los tres. Mejor dicho, prefería que nos quedásemos aquí, pero si te vas, quiero ir yo también con nuestro hijo.

—Estoy de acuerdo. No le vamos a quitar ahora a su padre durante unos años. Pero será duro sobre todo al principio.

—No me importa. Si hace falta, yo también trabajaré.

—Solo me resta una duda —dijo Fernando al canónigo—: no me apetece dejarlo a usted solo una vez más. Sé que nos echará de menos y se sentirá mal por nuestra ausencia.

—Yo ya estoy viejo y no sé cuánto duraré. Para mí lo más importante es que vosotros tengáis lo mejor. No te voy a impedir que cumplas tus sueños e intentes mejorar en la vida. Solo le pediré a Dios que regreséis antes de que me vaya a la otra vida.

—Pues, en ese caso, lo haremos. He ahorrado dinero para el viaje y algo sobrará.

—Tengo unas pesetillas guardadas —dijo el canónigo con una sonrisa—. Siempre pensé que serían para ti, así que este es buen momento para entregártelas. No son tantas como yo quisiera en esta ocasión, pero espero que sean suficientes para manteneros durante los primeros meses.

El canónigo rebuscó en un cajón de una mesa grande y oscura y sacó una abultada billetera.

—No puedo aceptar eso. Lo podrías necesitar.

—¿Qué voy a necesitar yo? Con mi sueldo de canónigo me sobra. Además, lo he guardado durante años para ti. Tengo más dinero; ya te

lo entregaré más adelante. ¿Para qué lo necesito sino para que te sirva a ti? Cógelo, que buena falta te hará.

***

Antes de partir en un buque de pasajeros rumbo a Buenos Aires, Fernando y Manuela se casaron, con el regocijo del canónigo, que dispuso un banquete en el que no faltó de nada.

—Un día es un día. Y el señor me perdonará este derroche. Esta boda lo justifica con creces.

Una vez solo, el canónigo Félix Lesmes lloró al pensar que tal vez no volvería a ver a Fernando Roa, aquel chico que conoció en el hospicio y quiso como a un hijo durante el resto de su vida.

Desconocía lo acertados que eran sus pensamientos.

Visita mortal

Año 1929

Habían pasado tres años desde que Fernando y Manuela se fueron a Argentina. El canónigo recibía cartas al menos una vez al mes. Por ellas sabía que los emigrados habían luchado y trabajado de firme para sostenerse en aquel país. Y también que cada vez les iba mejor. Fernando era dueño de una finca en la que criaba reses. Su instinto comercial, más que sus conocimientos al respecto, le sirvió para hacer acopio de gran cantidad de ganado, obteniendo cada vez mayores ganancias en su compra y venta. El pequeño Félix tenía ya seis años y era un niño feliz, buen estudiante y despierto para todo.

Un día, de modo inesperado, se presentó un desconocido en la casa del canónigo. Al oír que llamaban, se encontró con un hombre joven, de unos treinta años, aunque aparentaba algunos más. Era alto y rubio, con los ojos grises. Tenía los pómulos algo hinchados y cierta expresión en la cara que mostraba dolores recientes o disgustos profundos.

—Buenas tardes —saludó el recién llegado—. ¿Es usted el canónigo don Félix Lesmes?

—Sí, lo soy. ¿Qué desea?

—Hablar con usted.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó el canónigo; tenía la sensación de que había visto aquel rostro antes en alguna parte.

—No. Pero usted conoce a personas a las que conozco yo. Si me deja pasar, le explicaré.

—Claro, claro. Pase.

Se sentaron en dos butacones viejos, si bien en buen estado.

—¿Le importa que fume? —preguntó el visitante.

—No, no. Perdone que no le ofrezca nada, aunque, si no le importa esperar, puedo hacer unos cafés.

—No pasa nada. ¿Fuma usted? —preguntó el visitante mientras ofrecía una pitillera dorada al canónigo.

—No. Si le digo la verdad, me repugna el olor del tabaco.

—Pues se va a tener que aguantar, porque necesito fumarme un pitillo.

—Usted dirá que desea.

—Voy al grano —dijo Alberto mientras encendía su cigarrillo tras dejar la pitillera sobre el reposabrazos del butacón—. Mi nombre es Alberto de la Torre. No sé si le suena.

El canónigo tenía por costumbre no mentir jamás, salvo en los casos en los que al decir la verdad pudiera perjudicar a alguien, circunstancia ante la cual no es que mintiera sino que prefería callar. Al oír el nombre, cayó en la cuenta de por qué aquella cara le sonaba: era la imagen duplicada del pequeño Félix.

—Sí, señor. He oído hablar de usted.

—Como le acabo de decir, voy al grano y no me andaré por las ramas. Estoy buscando a mi hijo. Hace unos meses contraté a un detective. La única pista que le pude dar es que se lo llevó un tal Fernando Roa, que trabajaba de vaquero en mi cortijo. Lo conoce, ¿verdad?

—Es como un hijo para mí.

—Ya lo sabía. Bien, pues las pesquisas llevaron al detective hasta esta casa y supo que ese malnacido había estado aquí y luego había viajado a algún lugar de América. Al parecer a Argentina. Supongo que para huir lo más lejos posible de mí, si se tienen cuenta el hecho de que me ha quitado a mi hijo.

El canónigo comenzó a preocuparse.

—Perdone que lo interrumpa —dijo con un gesto de la mano—. ¿Qué quiere decir con eso de que Fernando se llevó al niño y se lo ha quitado? Esa afirmación me parece grave.

—Pues quiero decir, ni más ni menos, que Fernando se enamoró de la madre de mi hijo y se las apañó para irse del cortijo y llevarse a mi hijo antes de que yo tuviera ocasión de registrarlo como tal. Por supuesto, sin mi consentimiento.

—Eso que me cuenta vendría a ser un secuestro en toda regla.

—Lo es. Me quitó el derecho que tengo a reconocer a mi hijo.

—Permítame que tenga mis dudas acerca de que lo que me cuenta se ajuste a la verdad. Conozco a Fernando desde niño y sé que es incapaz de cometer un acto como ese.

—No me voy a poner ahora a discutir sobre esto. Fernando se llevó a mi hijo y lo voy a recuperar sea como sea. Usted debe saber la dirección en la que puedo encontrarlo, puesto que es, según me ha informado el detective y usted me acaba de confirmar, como un padre para él.

—No tendría inconveniente en darle la dirección si no dudara

mucho acerca de que Fernando haya secuestrado a ese niño. Él me dijo que usted lo repudió y yo lo creo así.

—Mire, don Félix, en el fondo me da igual lo que piense o deje de pensar al respecto. El secuestro está denunciado y Fernando el vaquero está pendiente de presentarse ante la justicia. Podríamos decir que es un prófugo ante la ley. Tanto el capataz de mis tierras como varios de mis trabajadores han declarado que fue así como ocurrió. Recuperaré a mi hijo.

—Me da la impresión de que lo que afirmen sus trabajadores tiene poca validez para averiguar la verdad. Doy por seguro que están pagados por usted.

—Eso es una afirmación muy difícil de probar. Mire, no voy a esperar más: o me da la dirección por las buenas o me las da por las malas. Preferiría lo primero, pero en realidad me da lo mismo.

Alberto se dirigió hacia la puerta de salida, la abrió y avisó a alguien, que entró con él. Era un tipo siniestro con una cicatriz en la cara y unos ojos crueles. Su boca se retorcía en una mueca chulesca.

—Le presento a Joaquín Salgado, el detective del que le he hablado. No le voy a decir que sea de los que se preocupan por dar una paliza de más o de menos. Va a buscar las cartas que con toda seguridad tendrá por ahí guardadas. Así su conciencia quedará tranquila. Usted no habrá dicho nada. Nosotros nos encargamos de encontrar esa dirección. Eso sí, si se resiste o pone oposición de alguna manera, no respondo de lo que este señor pueda hacer con usted.

—Ya veo que es usted un canalla. Amenazar a un pobre viejo de esa manera lo demuestra. Hagan lo que deseen, no puedo oponerme.

En cinco minutos, Salgado tenía en sus manos un fajo de cartas.

—Aquí está la dirección, don Alberto.

—Bueno, don Félix. Solo me resta decirle que ha sido un placer conocerlo.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Muy sencillo: buscar a Fernando y pedirle que me entregue al niño. Por supuesto, le mostraré la denuncia por su secuestro acompañada por los testimonios de mis empleados.

—¿Y si se niega?

—Aunque la justicia está de mi parte, estoy dispuesto a ofrecerle una buena cantidad de dinero. Más que nada porque, al estar en el extranjero, la resolución de la justicia española será difícil que cumplir, por no decir imposible.

—¿Y si no acepta esa cantidad ni está dispuesto a entregarle al

pequeño?

—No me quedará más remedio usar la fuerza. Si es necesario, acabaré con él.

—Espero que fracase.

—No lo creo. Todo está a mi favor, incluso la justicia.

—Don Alberto, tenemos un pequeño problema —dijo Salgado.

—¿A qué te refieres?

—Verá, si yo fuera el cura, avisaría de inmediato al vaquero de lo que ha sucedido aquí. Un telegrama no tarda nada en cruzar el Atlántico. Y, en tal caso, el pájaro habría escapado antes de llegar.

—¿Haría eso, don Félix? —preguntó Alberto.

—No se lo puedo negar. Pienso ponerme en ello en cuanto salgan por la puerta.

—Pues ahí está el problema —dijo Salgado—. El cura es lo que se llama un cabo que no se puede dejar suelto.

Alberto se quedó unos instantes pensativo; evaluaba la situación.

—La verdad, me cae bien, don Félix —dijo Alberto—. Me cuesta ordenar a Salgado que acabe con su vida, pero tiene toda la razón: no dejaré que el vaquero se escape porque usted lo haya avisado. Sería muy problemático en tal caso recuperar a mi hijo.

—Don Alberto, no le dé usted más vueltas —dijo Salgado con una sonrisa inquietante—. Lo seguro es lo seguro. Fíese de mí, que para eso soy un profesional. Despídase del cura que yo me encargo de todo.

—No hay nada como pagar bien a tus hombres. De acuerdo, Joaquín, lo dejo en tus manos. Don Félix, siento los inconvenientes. No puedo permitirme ni un solo error para recuperar a mi hijo.

Lo cierto es que Alberto no sentía nada: ni odio ni lástima. El canónigo, sintió una irritación profunda hacia aquel hombre, pero pensó que debía desecharla de inmediato y encomendarse a Dios antes de lo que ya era inevitable. El único sentimiento que apartaba de sí era la pena de no poder hacer nada por sus seres más queridos.

—Es usted un canalla.

—Eso ya me lo ha dicho antes. Pero ¿sabe?, no estoy de acuerdo. Quiero a mi hijo a costa de lo que sea y lo tendré. Eso es todo.

—Lo que no logro comprender es por qué después de estos años viene ahora a recuperar a su hijo. Podía haberlo intentado antes. A usted ese niño le importaba muy poco. Con franqueza, no lo entiendo.

—Todo tiene su explicación. Yo me despido ya. Joaquín se lo

explicará antes de mandarlo al cielo de su Dios. Espero que nos lo agradezca.

—Un canalla y un cínico.

—Lo segundo no se lo niego. Quédese con tanta paz como la que yo tengo después de darme cuenta de que decido lo mejor en estas circunstancias. Lo mejor para mí, claro está.

El poni

Tres meses antes de la visita de Alberto de la Torre al canónigo Lesmes

Desde que Fernando y Manuela abandonaron el Lentiscal, todo le había ido bien a Alberto de la Torre. El cortijo iba cada vez mejor y Jacinta no pensaba más que en criar y mimar al pequeño Alberto. No se querían, pero el deseo de dar lo mejor al niño los mantenía unidos. Porque, si algo de sentimientos había en el antiguo teniente, aunque fueran más de protección que de verdadero amor, estos eran los que tenía hacia el niño. De este modo, cualquier deseo del pequeño era satisfecho por la madre o el padre de inmediato.

Se acercaba su sexto aniversario y a Alberto se le ocurrió un regalo de lo más especial.

—Albertito, ¿qué te gustaría de regalo para tu cumpleaños? —preguntó el padre al pequeño en presencia de la madre.

—Quiero todos los juguetes, papi. Una pelota muy grande y un camión y un caballito.

—Claro que sí, mi niño —dijo la madre—. Tendrás eso y más cosas. Y una tarta muy grande. Hay unos caballitos preciosos que parecen de verdad.

—¡No, mami! Yo quiero un caballito de verdad.

—Algún día lo tendrás, hijo, pero todavía eres muy pequeño para eso.

—¡Yo lo quiero, mami! Papi tiene muchos caballos y yo quiero uno para mí solo. Iré con papá por el cortijo.

—Hijo, eso no puede ser. Eres muy pequeño. Ya tendrás tiempo más adelante.

—¡Lo quiero ahora! —El pequeño empezó a llorar—. ¡Ahora!

—No llores, Albertito —dijo Jacinta, mientras intentaba, en vano de darle un abrazo y consolarlo.

—¡Ahora!

—Vamos a ver: ¿te gustaría un caballito pequeño, para que puedas montarlo e ir conmigo? —preguntó Alberto.

—¡Eso, papi! Uno pequeñito, para mí solo.

Jacinta negaba con la cabeza y miraba a Alberto.

—De acuerdo, te compraremos un poni. ¿Vale?

—¡No! ¡Eso no! ¡Quiero un caballo!

—Un poni es un caballo pequeñito. Te gustará.

—¿De verdad?

—¡Claro!

—No sé…, Albertito es demasiado pequeño —dudó Jacinta.

—Se le enseña poco a poco y ya está. En el fondo me gusta que sea resuelto y sepa lo que quiere. Está claro que mi niño tiene madera de cortijero.

—Como tú veas. Pero no sé…

***

El cumpleaños se presentó como una gran ocasión para reunir a dos familias que, de hecho, no eran un ejemplo de buena relación. Gloria, la madre de Alberto, y su hermano José, el médico, asistieron más que nada por su deseo de ver al pequeño, ya que las visitas al Lentiscal eran casi nulas.

Por su parte, los padres de Jacinta no le perdonaban a Alberto el asunto con Manuela, que por mucho que se quiso mantener en secreto, formaba parte de los comentarios habituales de las familias pudientes de la zona. Ni ellos ni su hija habían hecho el menor comentario sobre aquello, pero, si bien actuaban como si nada hubiera sucedido, no tenían la menor duda de que tantos rumores como les habían llegado no podían ser infundados. Las miradas y gestos de tantos conocidos eran elocuentes. Además, Alberto, a estas alturas, tenía una bien ganada fama de mujeriego, pues nunca faltaba en el pueblo, e incluso en la capital, alguna mujer cuya relación con el dueño del Lentiscal no fuese del dominio público.

Durante la celebración del cumpleaños, gracias al vino que corrió de manera abundante, los hombres parecían gozar de una camaradería y confianza que estaba muy lejos de ser real. Alberto relataba, por enésima vez, su campaña de África, cuando lo de Annual, y su hermano y el padre de Jacinta hacían como que estaban muy interesados en oír aquellos horrores; las dos consuegras, hablaban con Jacinta de los típicos chismes repetidos mil veces, de ropa para el pequeño y cosas así.

—Bueno, Jacinta. ¿Para cuándo otro chico? —preguntó su madre—. Albertito está ya mayorcito y no le vendría mal un hermanito.

—Pues no lo hemos pensado. La verdad es que este niño nos tiene locos a los dos y también muy ocupados.

—Ya, hija —aceptó la madre—. Pero qué menos que una parejita.

Llegó el momento de los regalos y Albertito solo hacía caso al poni. Cuando lo vio, dio un respingo y tiró lo que tenía en las manos.

—Venga, mi niño, vamos a dar una vueltecita —dijo Alberto; su hijo saltaba de gozo.

—Sí, papi. ¡Vamos! Tenemos que pensar qué nombre le ponemos.

—Claro. Venga, ¡arriba!

Subir a Albertito en lomos del animal y correr este a todo galope fue todo uno. Al padre se le escaparon las riendas de las manos y no pudo hacer nada. Todos se miraban la escena espantados y sin saber qué hacer. Alberto fue el único que corrió como un poseso detrás del caballo mientras daba gritos inútiles.

El animal iba a toda velocidad cuesta abajo, en dirección a la salida del cortijo hasta que, más o menos a la misma altura del camino donde Pedro se pegó el tiro, el caballo frenó de golpe. El niño cayó y dio con la cabeza en el suelo. Alberto llegó a su altura en unos segundos.

—¡¡Hijo mío!!

Cogió al pequeño en brazos. Tenía los ojos entreabiertos y una gran herida en la cabeza, pero respiraba.

El segundo en llegar fue José, el hermano de Alberto, que se puso enseguida a explorar al niño. Lo primero que hizo fue mirarle las pupilas y poner cara de preocupación.

Luego llegaron el capataz, el suegro de Alberto y varios peones. Y poco después Jacinta y su madre, que proferían gritos terroríficos. La madre de Alberto se quedó en segundo plano, tranquila en apariencia para lo que acababa de suceder.

—¿Cómo está? —preguntó, con el rostro angustiado, Alberto a su hermano.

—No lo sé. Una conmoción cerebral siempre es peligrosa. Hay que llevarlo de inmediato al hospital.

Jacinta se acercó al niño.

—¡Te lo dije, maldito imbécil! ¡No tenías que haber comprado ese animal! —dijo entre llantos.

Alberto miró a Felipe, el capataz.

—Trae una escopeta y mata a esa bestia. No quiero verlo vivo ni

un segundo.

—Ahora mismo, don Alberto —dijo Felipe con su característica genuflexión, tras la que se fue a paso rápido en dirección a la casa grande para coger un arma.

—Me llevo al niño al hospital provincial —dijo Alberto.

—Te acompaño —propuso José, el hermano de Alberto—. No podemos perder tiempo. Si hay una hemorragia cerebral…

—Yo voy con las mujeres en mi coche —dijo el padre de Jacinta.

***

El niño falleció tras dos semanas de lucha entre la vida y la muerte y aquel acontecimiento se llevó por delante para siempre el matrimonio de Alberto y Jacinta.

Durante el tiempo que permaneció Albertito en el hospital, la mujer no habló casi nada con su marido. Solo tenía tiempo para llorar y rezar; después del sepelio, soltó todo lo que callaba desde hacía años. Sacó fuerzas de donde no parecían quedarle y se lo dijo:

—No quiero verte nunca más. He aguantado tus infidelidades e incluso he pasado por alto los rumores de que tenías un hijo con aquella criada, pero se acabó. Me voy a casa de mis padres y está vez será para siempre.

—Haz lo que te venga en gana. En estos momentos todo me da igual.

—Ya lo he hablado con mis padres. Pediré la anulación de nuestro matrimonio. Nunca quise casarme contigo; fue cosa de ellos y lo declararán así. Pensaban que unirme a un rico heredero aumentaría la fortuna de la familia cuando se unieran las fincas que serán mías algún día con las tuyas.

—Eso será si no tengo otros hijos, porque, para que lo sepas, no te necesito para tener hijos que me hereden.

—Eres un desgraciado. De sobra sé que no necesitas de mí para hacer niños. Mira, me has hecho cambiar de opinión.

—¿Te quedas? Ya te digo que me da igual. Te puedes largar cuando quieras.

—No es eso. Solo que no voy a pedir la anulación matrimonial. Vamos a seguir casados y así no podrás tener hijos legales con nadie. Puedes tener todos los hijos que quieras con esas putas que tanto te gustan, pero siempre serán unos bastardos.

—¡Mira que eres necia! ¿Qué más dará? Si tengo un hijo, bastardo o no, lo reconoceré y todo esto será suyo. ¡Anda, lárgate de una vez!

—Todos sabrán que he sido yo la que he decidido abandonarte. Y que me has sido infiel cuantas veces te ha dado la gana.

—También habrá que considerar que tal vez te fui infiel porque te habías ido a casa de tus padres cuando tu obligación de esposa era estar a mi lado.

Jacinta le dio una sonora bofetada a Alberto. Fue la última vez que lo tocó.

—¿Y durante estos años? ¿Acaso te he dejado o me he ido con mis padres un solo día?

—No te doy una paliza porque soy muy hombre y respeto a las mujeres. ¿Sabes qué te digo?: me has abierto los ojos. El hijo que tuve con Manuela es tan mío como el pobre Albertito. Y Manuela era mil veces más mujer que tú. En todo, ¿me oyes? ¡En todo!

—¡Vete a la mierda! ¡Te haré la vida imposible! ¡Te prometo que te voy a difamar ante tus amigos y toda la gente que piensa que eres una persona decente!

Jacinta se dio media vuelta y no dio lugar a que Alberto le respondiera. Nunca se volverían a ver. No cumplió sus promesas y no hizo nada en contra de Alberto: las personas de espíritu bondadoso no son como los malvados: estos se inyectan la sangre con resentimientos y se infectan de odio de por vida; al contrario, las almas nobles pasan con facilidad del rencor a la indiferencia y de esta al olvido.

***

Desde aquel día, Alberto se dio a beber más de la cuenta. Cuando regresó al cortijo, dejó en manos del capataz el trabajo y se aisló de todo. No le importaba Jacinta como para llevarlo a ese estado; lo que le dolía era haber sido rechazado por una mujer, su mujer. A él que, entre sus encantos personales y su abultada cartera, no había «bicho viviente» que se le resistiera, según sus palabras. La ausencia del niño no la llevaba tan bien, pero el alcohol ayudaba a paliar la sensación de soledad por su falta.

Entre la somnolencia que le dejaba la bebida, crecía en su cerebro, día a día, la idea de que no debía haber dejado ir al «canijo», como solía llamarlo las pocas veces que se acordaba de él. Lo cierto es que ni siquiera lo había visto, pero el capataz le había dicho en su momento que se parecía a él.

Meses después de lo acaecido con Albertito, el capataz se armó de valor y llamó a la casa. Una criada fue a preguntar al patrón y este, que se encontraba entre una borrachera y la siguiente, y por tanto medio lúcido, dejó que entrara.

—Buenas tardes, don Alberto.

—A ver, ¿qué quieres, Felipe?

—Don Alberto, no se moleste, pero creo que debería reaccionar. Desde que regresó del hospital no ha salido de la casa.

—Déjate de pamplinas. Tú eres el capataz y te vales solo para llevar todo esto.

—Pero usted sabe cómo tratar a los braceros y cómo llevar el cortijo. Yo solo soy su brazo derecho, si me lo permite.

—Anda, tomate un copazo de coñac y déjate de tonterías.

—De acuerdo, se lo acepto si me promete pensar en lo que le estoy diciendo.

Alberto llenó una copa de coñac y se la puso al capataz en la mesa baja ante la que estaba sentado.

—¿Qué quieres que haga? Mi hijo ha muerto y Jacinta se ha largado. Esa zorra me ha dejado a mí, a Alberto de la Torre.

—Tiene que haber algo que le haga levantarse y reaccionar.

—Yo qué sé. Últimamente le doy vueltas a todo.

—Don Alberto, solo le digo que si puedo hacer algo por usted, cuente conmigo.

—¿Sabes de qué me arrepiento, Felipe?

—No…

—De haber dejado ir al canijo. Al hijo de Manuela. Si lo hubiera reconocido como hijo, la herencia de todo esto estaría asegurada.

—¿Pero qué más da eso, don Alberto? Usted morirá dentro de muchos años. No debería pensar ahora en esas cosas. La vida da muchas vueltas.

—Lo tengo decidido: quiero recuperar a mi otro hijo. Por cierto, no sé ni cómo se llama. En realidad no sé nada de nada. Desde que se lo llevó el vaquero me importó poco el chico, pero ahora veo que me equivoqué.

—Pues sería cuestión de buscarlo. Estoy seguro de que con dinero, el vaquero, si es quien tiene al chico, cederá gustoso. Al fin y al cabo, usted es su padre.

—Es cierto que el dinero lo puede todo. Pero el vaquero era un

tipo diferente. Además, ¿dónde busco al niño? No sé ni por dónde empezar.

—Don Alberto, conozco a un tipo que se dedica a investigaciones. Un detective de esos. He oído que es muy bueno.

—Vamos a intentarlo, Felipe. Búscame a ese detective y a ver si llegamos a un acuerdo y conseguimos algo.

Felipe no lo sabía, pero el detective resultaría ser más un sicario que un investigador al uso. Por dinero era capaz de realizar cualquier trabajo que se le pidiera. Incluso matar.

Encuentro con Salgado

Tres años largos después de haber llegado a Argentina, Fernando estaba camino de lograr con creces su propósito de prosperar. El dinero que le había entregado el canónigo antes de partir le había servido para comprar un buen trozo de tierra en la Pampa, más en concreto al sur de la provincia de Santa Fe y no muy lejos de la ciudad de Rosario.

Manuela estaba muy cambiada. Todas sus cuitas parecían haber quedado en el olvido. A veces, hablaba con Fernando sobre Pedro y también sobre Alberto. Lo único que le faltaba para ser feliz era sacudirse el cargo de conciencia respecto al suicidio de Pedro. Fernando la escuchaba, siempre con atención, y le repetía una y otra vez que cuando sucedió aquello era casi una niña y no podía responsabilizarse por haberse dejado engañar con un hombre sin escrúpulos como Alberto. Ella sonreía, sacudía la cabeza y daba por terminada la conversación. Pero, tarde o temprano, volvía a hablar del mismo asunto con Fernando. Era la última asignatura de su pasado que le quedaba pendiente.

Respecto al pequeño Félix, un trabajador de la hacienda lo llevaba a diario a una escuela de la pequeña localidad de Las Parejas. Era un niño alto para su edad y blanco de piel. Sus ojos grises recordaban a su padre biológico, pero su nobleza de carácter se la había transmitido Fernando. Se podría decir que el chico demostraba en su físico ser hijo de Alberto y en su carácter no podía ser más hijo de Fernando.

***

El año 1929 daba casi sus últimos pasos el día que apareció Salgado por la hacienda. Félix ya había regresado de la escuela.

—Patrón, un señor quiere hablar con usted y con la señora. Dice que viene de España y que es un asunto importante.

El que hablaba era Juanito, un empleado de las oficinas de la hacienda. Era italiano, de nombre Giovanni, pero todos lo llamaban así.

—¿De España? ¿No te ha dado su nombre?

—Me ha dicho que usted no lo conoce. Se llama Joaquín

Salgado.

—Pues sí: no me suena de nada el nombre.

—Mire, Fernando —El patrón no consentía a sus empleados que se le antepusiera el «don» a su nombre, cosa que al principio costó lo suyo—, no quiero meterme, pero ese tipo tiene mala catadura. No me fío de él. Igual meto la pata con lo que voy a decir, pero tiene algo que no me gusta.

—¿No tendrá que ver con don Alberto? —preguntó Manuela con preocupación.

—Mujer, no te obsesiones. ¿Qué va a tener que ver? De todos modos, no estará de más tomar alguna precaución. Es una visita un tanto extraña y nunca se sabe.

—Fernando, si me lo permite, me quedaré por aquí escondido en donde me diga. Por si acaso.

—Mira, Juanito, ve a por ese hombre y tráelo. Luego te marchas, pero te quedas al tanto de lo que sea.

—¡Visto!

En unos minutos apareció Salgado en la entrada de la casa. En efecto, su catadura daba lugar a estar cuando menos prevenidos.

—Buenas tardes. Me presento: soy Joaquín Salgado, detective privado.

—Encantado de conocerlo. Me han dicho que viene usted desde España a hablar conmigo. Algo importante debe de ser.

—Lo es. Si me permite la entrada en su casa, se lo explicaré.

—Pase. Juanito, puedes retirarte.

—A la orden, patrón —respondió el empleado con una sonrisa cómplice.

Fernando indicó al recién llegado que se sentara en uno de los butacones que había en un salón espacioso y bien amueblado. El recién llegado se sentó y echó una ojeada al salón mientras se rascaba la cicatriz de la cara, con un gesto que era costumbre en él cuando observaba algo.

Manuela se sentó al lado de Fernando con el niño en su falda. No tuvieron la precaución de entregárselo a Juanito porque no se pudieron imaginar cuáles eran las aviesas intenciones del recién llegado.

—Buena casa tienen ustedes. Sí señor, muy buena. Se nota que les va bien por estas tierras.

—No está mal, pero la hacienda es en parte arrendada y la casa

también. Con derecho a compra, eso sí, y espero que no tarde en ser todo mío.

—Y por lo que he visto cuando venía para acá, tiene mucho ganado.

—Eso sí. Más de quinientas cabezas y todas de mi propiedad.

—Para llevar poco más de tres años aquí, veo que han prosperado.

—¿Nos conocemos? —preguntó, lacónico, Fernando.

—No. Le puedo decir que conozco muchas cosas de ustedes, aunque no nos hemos visto en persona hasta hoy.

—Bien, pues usted dirá lo que desea.

—Lo primero que quiero decirles es que soy detective privado. ¿O ya se lo he dicho? Bueno, es para que entiendan que tal vez por la curiosidad típica de mi profesión sea por lo que sé tantas cosas de ustedes.

—Déjese de rodeos.

—Las cosas requieren su explicación. —Los gestos de Salgado no contribuían a tranquilizar a Manuela y a Fernando; el niño se mostraba inquieto—. No sea usted impaciente, que terminaré pronto. Lo primero que tengo que decirles es que don Alberto perdió hace unos meses a su otro hijo en un desgraciado accidente. Esto le sirvió para decidirse a buscar a su pequeño. Vamos, el que tienen ustedes. Y ahí entro yo. Indagué sobre su paradero y, después de un tiempo, pude informar a don Alberto del lugar donde se encuentran.

—Me temía que era algo relacionado con ese hombre. Solo le puedo decir que me parece que todas las indagaciones y su visita no van a servir para nada.

—No esté tan seguro de eso. Don Alberto denunció el secuestro del chico y la denuncia ha prosperado.

—¡¿Qué demonios dice?!

Félix empezó a llorar. Intuía que algo malo podía pasarle. Manuela se levantó con el niño para salir de allí. Salgado se metió la mano en el interior de la chaqueta y sacó una pistola.

—¡Ni se le ocurra moverse de donde está!

—Oiga, el niño no tiene por qué escuchar todo esto —dijo Fernando sin perder de vista la pistola—. Deje que la madre lo aleje de la conversación. El salón es grande.

—De acuerdo. Manuela, separe un poco al niño y entreténgalo, pero dentro de esta sala y sin apartarse de mi vista ni un instante.

Una vez se alejaron unos metros, Salgado continuó hablando, siempre con la pistola en la mano.

—En realidad no es necesario que les explique nada, pero quiero hacer las cosas bien. No obstante, si me obligan, iré por la vía violenta. Eso ya lo deciden ustedes.

—Diga lo que tenga que decir. Pero le adelanto que para llevarse al chico tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Lo haré si es necesario, no lo dude. Como le decía, don Alberto denunció que usted había secuestrado al chico y había suplantado su condición de padre.

—Pero eso no lleva a ningún lado. Tengo un libro de familia en el que figura el niño como mi hijo, ya que lo adopté en su momento.

—Lo adoptó tras secuestrarlo, es un matiz importante, ¿no cree?

—Yo no secuestré al chico. Ese canalla no lo quiso reconocer y Manuela se fue del cortijo. Yo la acompañé. Esa es la verdad.

—Seguro que sí. Pero la verdad legal es otra. Se la resumo: don Alberto, como le he dicho, lo ha denunciado por secuestrador. Ante los testimonios del capataz y varios braceros del Lentiscal que confirmaron el secuestro, un juez ha dictaminado que el chico debe ser reintegrado a su padre y que usted debe entregarse a la justicia o ser declarado prófugo en su defecto.

—¡Todo eso es una superchería!

—Le confesaré algo que debería saber: con dinero y con jueces amigos, las supercherías a las que se refiere se convierten en grandes verdades.

—Verdad solo hay una.

—¡Qué va! Se equivoca. La verdad depende de muchas cosas. En todo caso, no me negará que don Alberto, y no usted, es el padre de este chico. Y menos con la copia de la sentencia que le voy a mostrar. Lea, lea.

Fernando leyó el documento al tiempo que negaba con la cabeza y se rascaba la barba. Mientras tanto, Manuela y el niño escuchaban desde lejos. Ella temblaba y trataba de protegerlo con abrazos, procurando taparle la cara con el busto.

—Esto aquí, en Argentina, no vale nada. Supongo que lo sabe.

—Hay varias maneras de terminar con este asunto. La primera es que me deje al niño y yo me lo llevo con toda tranquilidad. Incluso, si quieren que el chico no pase un mal rato, podríamos ir juntos a la estación, coger el tren y marchar a Buenos Aires para zarpar rumbo a España. Nos despedimos en el puerto y ahí acaba todo.

—Esa opción la puede descartar ya.

—Desde luego que sí. Yo también la he descartado. A ver si me explico: llevo varios días en los que observo sus movimientos, tanto de ustedes como del chico. He visto que apenas salen. Deben estar muy ocupados con la hacienda. Sin embargo, un trabajador de aquí lleva y trae todos los días al colegio al chico. Como comprenderán, si lo que quería era llevármelo sin más, solo hubiera tenido que quitarle el niño al que lo trae y lleva al pueblo, después de dejarlo sin conocimiento.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Porque, además de llevarme al chico, tengo un encargo muy especial: quitarlo a usted de en medio. A ver, esto solo lo tenía que hacer si lo consideraba necesario. Y en vista de su actitud, estoy seguro de que será lo mejor.

—La cuestión es que ese canalla ha mandado que me mate, ¿no?

—Ya le digo. Él no me lo ha dicho de modo expreso; es un hombre que da margen. Me dijo que no quiere riesgos innecesarios. Y yo entiendo que con usted muerto todo queda zanjado de modo definitivo. Por eso tenía que venir aquí y no me conviene la primera opción.

—¿Y Manuela?

—Ni fu ni fa. Don Alberto me dijo que si hacía falta matarla no lo dudase. Que le daba igual. No creo que ella sola sea capaz de intentar recuperar al chico. Pero si lo mato solo a usted, ella empezará a gritar y todo se pondrá venir abajo. Así que lo mismo la mato también.

—O sea, nos va a matar a los dos y luego se lleva al chico. ¿No es eso? ¿Y cómo saldrá de aquí? Mis trabajadores oirán el disparo.

Fernando habló lo más alto que pudo con la esperanza de que Juanito se hubiera quedado cerca y estuviera oyéndolo todo.

—No va a haber ningún disparo. Salvo que no haya más remedio. Esa sería la segunda opción: pegarles un tiro y largarme con el pequeño. Si le apuntase a la cabeza, nadie se atrevería a detenerme. Pero hay una pega.

—¿Cuál?

—Don Alberto no quiere que los mate delante del niño. Sería algo que se le quedaría en la memoria para siempre.

—¡Valiente hijo de puta! Aunque no tanto como usted. ¡Detective, dice! ¡Ahora los asesinos se llaman detectives a sí mismos!

—No grite tanto, hombre, que nos van a oír. Acabemos con esto de una vez. Así que vamos a la tercera opción, que es la buena: tengo

aquí un frasco con un veneno que tarda unos minutos en hacer efecto. Ustedes se lo toman, como quien se bebe un vaso de agua. Se esperan sentaditos en esos butacones y yo salgo con el niño sin que este tenga que sufrir las consecuencias de ver cómo los mato a los dos. —Salgado sacó un frasco de la chaqueta y lo puso sobre la mesa que estaba más próxima—. Señora, traiga dos vasos de esa estantería, nos van a venir muy bien.

Una vez estuvieron los dos vasos en la mesa, Salgado repartió entre ambos el contenido del frasco.

—Bien, ahora voy a contar hasta diez.

En ese momento, Salgado cayó en la cuenta de que se le había olvidado decir a Fernando y Manuela que había matado al canónigo. No quiso privarse de la satisfacción de ver el dolor aumentado en ambos ante la noticia. Eso sí, se lo soltaría sin más explicaciones: ya había perdido bastante tiempo.

—Si no se toman el contenido de los vasos, le pego un tiro a cada uno delante del niño. Pero antes les tengo que decir que el…

Lo que pasó a continuación no se lo esperaba nadie. Antes de que Salgado terminara la frase, se abrió la puerta del salón con un fuerte golpe y apareció Juanito con un rifle en la mano.

—¡Quieto ahí; suelte la pistola! —gritó.

Salgado se giró hacia el recién llegado y tuvo tiempo de disparar antes de que una bala le atravesara el pecho. Todavía respiraba cuando se acercó Juanito con el rifle apuntando a su cabeza.

—¡Suelte la pistola, he dicho!

Salgado no lo hizo. Tenía el arma agarrada con fuerza y ya no coordinaba como para soltarla o levantar el brazo para disparar. Sus labios se movían en un vano intento de terminar de decir que había estrangulado con sus propias manos al canónigo. En unos segundos, se quedó con la boca abierta y los ojos fijos. Había muerto.

Un hilo de sangre salía del hombro de Juanito, por el agujero que le había producido la bala de la pistola de Salgado.

—Nos has salvado la vida, Juanito. Nunca te lo agradeceremos lo suficiente.

—No es nada, patrón, para eso estamos, aunque me temo que me tendrán que llevar al hospital para extraerme la bala. De esta salgo, no se preocupe.

—Claro que sí. Ahora mismo nos vamos al hospital de Rosario. Solo una cosa, Juanito: ¿de dónde diantres has sacado ese arma?

—La tenía guardada en un armario de las oficinas. Usted me

perdonará que no le haya dicho nada, pero nunca se sabe.

—Y tanto que te lo perdono. ¡Nos has salvado la vida!

Manuela y el niño lloraban. El susto tardaría bastante tiempo en quitárseles del cuerpo.

El beneficiado Lebrón

Juanito solo estuvo unos días en el hospital. Fernando denunció el acontecimiento ante la Policía y todo quedó arreglado. La versión oficial fue que un desconocido había ido a la casa de la hacienda a robar y se encontró con el matrimonio y el niño dentro. Antes que entrara en el domicilio, un escribiente lo vio y lo siguió. Cuando entró para defender al matrimonio, el ladrón le disparó y él respondió con un certero disparo del rifle que llevaba.

Dos semanas después de la visita de Salgado, Fernando pensó en un detalle que se le había pasado por alto con todo lo que había sucedido. Cenaba con Manuela cuando se le vino a la cabeza.

—Manuela, ¿Cuánto hace que no recibimos carta? Creo que ha pasado demasiado tiempo desde la última.

—Espera. Las tengo en el cajón del mueble-bar. —Manuela lo abrió y cogió las cartas—. Pues hace casi dos meses . Sí que es raro.

—Lo mismo se ha perdido la última nuestra en el camino y ese santo está a la espera de que le llegue para contestarnos. Ahora, cuando terminemos de comer, le escribimos y mañana la echamos al buzón de correos.

***

Había pasado más de mes y medio cuando recibieron noticias de España. Se extrañaron al ver que no procedían del canónigo sino de un beneficiado de la catedral.

—Qué raro, Manuela. Nunca nos ha escrito nadie que no sea el canónigo. Me da mala espina. A ver qué dice.

Fernando rasgó el sobre y comenzó a leer en voz alta:

> Estimados señores Fernando y Manuela:
>
> Soy el beneficiado de la catedral José Lebrón. Durante estos últimos años he ejercido como secretario del canónigo don Félix Lesmes.
>
> En primer lugar, espero que se encuentren bien de salud y todo les vaya estupendamente por esas tierras lejanas.
>
> No quiero ni debo demorar más el darles una mala noticia: el canónigo ha fallecido hace cerca de dos meses.

Manuela dio un grito de sorpresa y Fernando soltó la carta sobre la mesa. Su cara reflejaba el dolor de un hijo cuando se entera de la muerte de su padre.

—¡Dios, no es posible! Estaba un poco mayor, pero gozaba de buena salud. ¡Qué desgracia no haber estado a su lado! Era el hombre más noble que se puede encontrar uno en este mundo.

Fernando se puso a llorar como un niño y se abrazó a Manuela. El chico se fue para ellos y también los abrazó por las piernas.

—¿Qué pasa, mami?

—Nada, hijo. Papi también tenía un papá. ¿Te acuerdas? Era muy bueno. Ya estaba un poco viejito y se ha ido al cielo.

—¡El pobre! Algún día lo veremos, ¿no? Quiero decir, en el cielo.

—Claro, mi vida. Dentro de muchos años.

Fernando se secó las lágrimas, cogió de nuevo el papel y continuó leyendo:

> Con toda seguridad, don Félix se encuentra gozando la gloria de Nuestro Señor en un lugar preferente, pues todos los que tuvimos el honor de conocerlo sabíamos que era un santo de la cabeza a los pies.
>
> Tengo que decirles algo muy grave, y es que, en mi opinión, el canónigo fue asesinado, si bien, de modo oficial, ha fallecido a causa de un infarto. Lo digo porque fui yo quien lo encontró en su casa y pude comprobar que había marcas en el cuello que no daban lugar a dudas acerca de que había sido estrangulado. Siento decirles esto de modo tan crudo, pero no encuentro otra manera más adecuada. Yo informé de mi opinión a la Policía pero cuando los forenses hicieron la autopsia las marcas no debían de ser tan claras, motivo por el cual se descartó el asesinato.
>
> No obstante, por mi parte, voy a investigar cuanto me sea posible acerca de este fallecimiento, pues creo que es mi deber asegurarme de que me equivoco o, si no es así, poner en poder de la justicia al responsable. Ya les informaré de mis progresos, en su caso.
>
> Hay otra razón que me induce a pensar de este modo. La Policía no vio desorden en la habitación y la criada que solía ir a casa del canónigo no echó nada en falta. Sin embargo, yo sí lo hice. Y esto está relacionado con mi retraso en comunicarles la desgraciada noticia.
>
> Me explico: cuando falleció el canónigo me acordé de que su familia se encontraba en Argentina. Él me lo había contado muchas veces. Además, tenía la vista cada vez más débil debido a unas cataratas, razón por la que a menudo me traía las cartas de ustedes a mi despacho para que se las leyera. Luego se las llevaba a su casa, como es natural. Pensé en comunicarles la noticia y, como tenía llaves de la

casa por motivos que luego les contaré, fui y rebusqué para ver dónde tenía las cartas y así dar con su dirección. No hubo manera: no había ni una sola. Yo sabía que el canónigo las guardaba todas y me resultó muy extraña la desaparición. Se me ocurrió ir a correos y pedirles que si llegaba alguna carta dirigida al canónigo me la enviasen a mí a la catedral. Así fue como, al recibir su última carta, y con ella su dirección de ustedes, he podido, por fin comunicarles la luctuosa noticia.

Otra cosa que les tengo que decir es que el sepelio fue sufragado por la diócesis y tuvo lugar mediante una ceremonia religiosa acorde con la calidad personal y el puesto ocupado por el canónigo en la catedral. Hace pocos días un notario, a falta de familiares, leyó ante el cabildo catedral la última voluntad de don Félix. Todos los canónigos y dignidades, así como el deán y el ilustrísimo señor obispo, conocen de sobra las circunstancias personales que les unen a usted y al canónigo don Félix. Por ese motivo, se aceptó por unanimidad su petición acerca de que, de modo excepcional, se pase a usted, don Fernando, una cantidad de dinero que tenía depositada don Félix en el banco, que suma algo más de veinte mil pesetas.

La casa pasa a ser propiedad de la Iglesia, si bien se me ha concedido el usufructo en vida, como era el deseo del canónigo. Yo puedo residir en ella con la única condición de que, si regresa usted a España sin medios, pasen a ejercer el usufructo de la segunda planta, quedándome yo con la planta baja.

Si me autoriza y me envía el correspondiente permiso por escrito, me encargaré de hacerle llegar la cantidad de dinero que le cede el cabildo o depositarla en el banco que me indique.

Solo me resta darles mi más sentido pésame. Yo quería mucho al canónigo y cualquier cosa que pueda hacer por ustedes no duden en comunicármela. Como les dije más arriba, mis sospechas acerca de que fue asesinado me llevan a intentar indagar sobre los posibles motivos. Les informaré de cualquier novedad.

Quedo a su disposición y reciban un atento saludo.

Después de leer la carta, Fernando y Manuela permanecieron largo tiempo en silencio. Les costaba encajar todo lo que contenía la misiva.

—Qué suerte tuve el día que se cruzó ese buen hombre en mi camino —dijo Fernando—. No pude tener mejor padre, por más que no lo fuera ante la ley. Me parece que está claro que el asesino que vino a llevarse el niño es el responsable de su muerte. El criminal fue a la casa y encontró las cartas. Así averiguó nuestra dirección. Después mató al canónigo para que no pudiera avisarnos.

—Alberto es el culpable de todo. ¡Seguro!

—Siempre actúa igual: manda a otros a hacer el trabajo sucio. Lo peor es que esto puede repetirse. Tenemos que estar preparados por si acaso. Ya no nos cogerán por sorpresa.

—¿Qué hacemos ahora? Si Alberto envió a ese criminal, al ver que no ha cumplido su objetivo, no dudará en mandar a otro.

—Por eso le he dado a Juanito el encargo de proteger a Félix allá donde vaya.

—¿Y si le enviamos una carta a Alberto para que sepa que ha fracasado en su intento? —preguntó Manuela—. A lo mejor con eso evitamos que intente repetirlo.

—Puede ser. Lo tenemos que pensar bien. También es posible que al ver que ha fracasado envíe a gente más preparada y dispuesta a actuar sin darnos tiempo a reaccionar. Conociéndolo, no me extrañaría.

—Hay algo que no termino de entender, Fernando. Si hay una sentencia que dice que el niño es suyo, ¿qué necesidad tenía de enviar a un matón?

—Está claro que quiere algo más que recuperar a Félix.

—¿Y qué es?

—Acabar con nosotros, Manuela. O, al menos, conmigo.

—Pero ¿qué motivos puede tener para eso?

—Habría que estar dentro de la mente de ese hombre para saberlo. Supongo que se trata de venganza por haberle plantado cara. O una forma de evitar que recuperásemos a Félix en caso de que se lo hubiera llevado el sicario que nos envió.

—¿Vamos a estar toda la vida temiendo que mande a alguien para llevarse al niño y asesinarnos? ¿No sería mejor emigrar a otro lugar para que nos perdiera la pista?

—No nos iremos de aquí, Manuela. Nos ha costado mucho trabajo levantar la hacienda y ahora es cuando todo que va a mejor día a día. Le mandaremos una carta y le diremos que estamos preparados.

—¡Dios nos ayude, Fernando! Eso es como retarlo.

—Llevas toda la razón. Vamos a hacer una cosa. Buscaremos una casa en Las Parejas. Yo vendré todos los días a la hacienda, que para eso tenemos coche. Juanito se encargará de acompañar a Félix al colegio y a todos los sitios a donde vaya, con nosotros o solo. Me compraré un revólver y lo voy a llevar siempre encima. Y a los trabajadores de la hacienda le diremos que jamás hablen con nadie sobre dónde vivimos. Creo que es lo mejor que podemos hacer.

—Sí. Eso y rezar para que ese canalla no insista.

Revoluciones

El 6 de septiembre de 1930 tuvo lugar en Argentina un golpe de Estado mediante el cual se derrocó al presidente constitucional Hipólito Yrigoyen, al Congreso Nacional y a doce de los catorce gobiernos provinciales —no fueron derrocados los gobiernos de San Luis y Entre Ríos—, acontecimiento que dio inicio al periodo conocido como Década Infame», si bien duró más de diez años, pues se prolongó desde 1930 hasta 1943.

Los miembros de la Corte Suprema el procurador general permanecieron en sus cargos y avalaron el levantamiento, con lo que aceptaban los hechos consumados. El autor principal del golpe de Estado fue el teniente general José Félix Uriburu, apoyado por un grupo de militares y civiles. Como consecuencia del triunfo de Uriburu, se estableció una dictadura, con apoyo de influyentes grupos políticos, empresariales y mediáticos[3]. Aquellos hechos, que dieron lugar a un giro conservador en extremo, eran reflejo de la célebre crisis financiera de 1929.

***

La nueva situación política de Argentina no afectó de modo negativo a la hacienda de Fernando Roa. Todo iba mejor que bien en la hacienda.

El beneficiado Lebrón continuó con el intercambio de correspondencia con Fernando y Manuela, hasta el punto de que, aun sin conocerse en persona, se hicieron buenos amigos, pues los unía el afecto hacia el canónigo.

Por las cartas del beneficiado supieron que, en efecto, la paternidad de Alberto respecto a Félix había sido reconocida por la Justicia española y Fernando había sido condenado a cinco años de prisión por secuestro del menor. La pena se había atenuado por el hecho de que el acto lo cometió en compañía de la madre y no había constancia de que esta hubiera sido forzada a efectuarlo. No obstante, el beneficiado había indagado sobre el juez que instruyó el caso y era amigo de Alberto. Su impresión era que todo había sido amañado.

—Parece que Alberto no se conformó con la condena y luego pagó al sicario para que, de paso que se llevaba a Félix, me matase —dijo Fernando.

—Me cuesta creer que Alberto mandase a ese hombre para matarte —dijo Manuela—. ¿Para qué iba a inventarse una condena por secuestro si de todos modos te quería muerto?

—Supongo que debió de cambiar de idea después. Si estuvo implicado en la muerte del hombre que me crio, igual pensó que si yo lo descubría sería peligroso para él. Lo que está claro es que por ahora no podemos regresar a España. Pero eso es lo de menos

***

Pocos meses después, ya en la primavera de 1931, el beneficiado les contó a Fernando y Manuela que en España el rey don Alfonso XIII había abandonado el país y se había instaurado una república, bajo la tutela, de momento, de un Gobierno provisional, presidido por Niceto Alcalá Zamora, encargado de dirigir la promulgación de una nueva Constitución.

Fernando no era un hombre conservador, aunque tampoco era partidario de revoluciones, fuesen de un signo u otro. A él le pareció que lo de España podía ser bueno para mejorar algunas cosas en el país. Había vivido y presenciado a menudo las precarias condiciones en que vivían tantos asalariados del campo. De hecho, él se esforzaba en su hacienda en que los trabajadores estuvieran lo mejor pagados posible y en darles un trato cercano y cariñoso, sin que ello fuera óbice para exigirles que cumplieran sus obligaciones.

En definitiva, no se preocupó demasiado por la cuestión de la república española o la nueva dictadura argentina. Mientas la hacienda prosperase y su familia se mantuviera a salvo de las maldades de Alberto, lo demás no le importaba.

***

En el Lentiscal, la vida de Alberto transcurría monótona y solitaria. Cuando comprendió que no iba a recibir noticias de Salgado, pues hacía meses que debía haber regresado con el niño y con noticias de Fernando y Manuela, se encerró en sí mismo y se hizo más violento hacia los braceros e incluso con Felipe, el capataz. Cada vez bebía más y salía menos del cortijo.

El estallido de la república no le sentó nada bien. Eran frecuentes los rumores acerca de que el Gobierno de la república pretendía arreglar la «cuestión agraria» y repartir las tierras de los terratenientes entre los que las trabajaban. Y eso preocupaba a Alberto.

—Felipe, cualquier día vienen los jornaleros a exigirme que les entregue el cortijo y me los tengo que cargar a todos a tiros —le dijo un día al capataz.

—Hombre, don Alberto, no creo. Pero, si le digo la verdad, debería ser un poco más tolerante con ellos. Son buena gente y llevan muchos años aquí.

—¿Tolerante? ¿Qué quieres, que les dé caramelitos por lo bien que se portan?

—Yo no he dicho eso.

—¡Pues entonces te callas, joder! Si tuvieras más mano dura con ellos, ya me habrías evitado más de un bofetón que he tenido que repartir entre esos zopencos.

—Creo que es un poco injusto conmigo. Parece que se le ha olvidado que juré en falso para que usted ganase el pleito por su hijo y que varios braceros lo hicieron también.

—¿Y de qué me ha servido? El tipo que me recomendaste cobró su anticipo y no ha vuelto. Valiente pieza. Yo sin mi hijo y esos dos tan tranquilos en Argentina. Pero esto no quedara así.

—Yo que usted me olvidaba de eso. Sabe que nunca quiso a ese niño y yo sé que si lo quiere recuperar no es porque le haya nacido el cariño hacia él de repente.

—¿Qué pasa? ¿También te vas a poner en mi contra? ¿Y todo lo que he hecho por ti?

—¿Por mí? ¿Qué ha hecho usted por mí si se puede saber?

—¡Coño!, pues darte de comer todos estos años, ¿te parece poco?

Una muerte más

Año 1933

Un día, a primeras horas de la tarde, apareció por el Lentiscal un hombre desconocido para Alberto. Venía en un coche viejo y maltratado. Quería hablar con el dueño del de un asunto importante.

Alberto lo invitó a pasar a la casa. Todo se mantenía en buen orden gracias a que todavía quedaban dos criadas, Juana y Petra, que se esforzaban más de lo que se merecía el patrón. Las demás se habían ido, hartas de aguantar broncas e insultos.

El visitante comprobó nada más ver a Alberto que aquel día llevaba una buena dosis de alcohol en el cuerpo.

—Soy José Lebrón, beneficiado de la catedral de Cádiz.

—Encantado de conocerlo, páter. ¿Desea tomar algo? A estas horas no hay nada como una copita. El mejor carminativo, ya sabe.

—¿Páter? Nunca me habían llamado así. Gracias por el ofrecimiento. Un café me vendría bien, y tal vez a usted también.

—Pues sí. —Alberto tocó una campanilla y al instante apareció una criada. Debía estar detrás de la puerta, pues no tardó nada—. Juana, anda, trae dos cafés bien cargaditos y una jarrita de leche.

—Ahora mismo, don Alberto.

—Lo de «páter» es una costumbre de la milicia que me ha quedado.

—Entiendo.

—¿Y a qué se debe su visita? Con franqueza, por aquí no aparecen muchos curas que digamos. Para ser exactos, desde que me casé no ha aparecido ninguno. Y de eso hace unos años.

—Verá usted, le voy a hablar sin rodeos. Yo era secretario del canónigo de la catedral don Félix Lesmes.

—Me parece muy bien, aunque si le digo la verdad no me suena ese canónigo. —A pesar de su aparente temple, Alberto palideció; se preguntaba dónde había metido las narices el beneficiado para presentarse y soltar de repente el nombre del canónigo que había dejado que Salgado matase—. En realidad, no me suena ninguno. No me relaciono mucho con el clero. Ni poco.

—Pues es raro que no le suene.

—¿Raro? ¿Por qué iba a serlo?

—Porque hace unos días me ocurrió algo que me pareció asombroso.

—Me intrigan sus palabras, páter.

—Le cuento: el canónigo don Félix Lesmes falleció hace un tiempo. Su casa pasó a mi poder en usufructo y al de un señor que usted seguro conoce. En eso no hay duda.

—¡Vaya! ¿Se puede saber de quién se trata?

—De Fernando Roa, que trabajó en su cortijo.

—¿Fernando Roa? —A ver si recuerdo… ¡Ah, sí! Se fue de muy mala manera, ¿sabe usted? Con decirle que se llevó a mi hijo…

—De eso podemos hablar más tarde. La cuestión es que, como le he dicho, he heredado el uso de la casa, junto con Fernando Roa, si bien solo la visito de vez en cuando, por el momento, porque tengo la mía propia, más humilde, pero suficiente para mí. Pues bien, hace unos días, mandé hacer limpieza y la señora que la efectuó me entregó una pitillera dorada, que, según me dijo, se encontró en un hueco entre un cojín y su butacón.

Alberto se revolvió nervioso.

—¿Y?

—Pues resulta que esa pitillera, lleva grabado un nombre: Alberto de la Torre.

—¿Y eso qué significa, según usted?

—Significa que usted estuvo en la casa del canónigo, en algún momento antes de que este falleciera. Para visitarlo, porque después no es posible, al estar la casa vacía. Y eso me hace pensar que acaba de mentir cuando ha afirmado que no lo conocía.

Alberto supo reaccionar con rapidez.

—Echo de menos esa pitillera desde que el vaquero se llevó a mi hijo. Ahora caigo en la cuenta de que debió ser quien me la robó.

—¿Y qué tiene que ver que él se la robara con que apareciese en casa del canónigo?

—A ver…, yo contraté un investigador para averiguar a dónde se había ido el vaquero. Me dijo que se había ido a vivir a casa de un canónigo. Ahora caigo en la cuenta de que debe ser el que usted dice.

—No había pensado en eso. Pero de todos modos, ¿no decía que no le sonaba el nombre del canónigo ni conocía a ninguno?

—Así es, pero al recordarme lo del vaquero me he acordado. Aparte de que el detective nunca me dijo el nombre del canónigo, o al

menos no lo recuerdo.

—Ya veo.

—¿Qué sospecha, si se puede saber?

—Le voy a ser sincero. Siempre he pensado que el canónigo no murió de muerte natural. Yo fui quien descubrió el cadáver. Tenía unas marcas en el cuello o eso me pareció a mí. En mi opinión, lo asesinaron.

—Y usted ha llegado a pensar que, al estar mi pitillera en su casa, yo tengo algo que ver con ese supuesto crimen, ¿no es eso?

—Ahora me doy cuenta de mi error. Yo creía que Fernando era una persona honrada e incapaz de robar.

—¿Lo conocía en persona?

—Lo cierto es que no.

—Entonces, no entiendo por qué iba ser él un hombre honrado y yo algo así como un asesino.

—Bueno, al tratarse de alguien tan allegado al canónigo don Félix, no se me ocurrió que pudiera tratarse de un ladrón.

—Mire, páter, si ese hombre ha sido capaz de secuestrar a mi hijo, no veo por qué no iba a robarme una pitillera. Supongo que cuando se fue a la Argentina se la olvidó en casa del canónigo.

—Eso de que haya secuestrado a su hijo es su versión.

—Es la versión de la ley. El vaquero está condenado a cinco años de cárcel por el secuestro. Hay una sentencia firme.

—Me deja de piedra. Veo que he cometido un grave error y le pido disculpas.

—No se preocupe. Supongo que trataba de hacer lo mejor. Por cierto, ya que ha aparecido la pitillera, me gustaría recuperarla. Me la regaló mi padre cuando ingresé en la Academia General.

—Claro. Es suya. El problema es que no la tengo aquí. Entiéndame: pensaba que era una prueba y me la dejé en mi casa. Quiero decir en la del canónigo.

—No pasa nada. Cuando vaya a Cádiz me paso por allí y la recojo, si no le importa.

—De acuerdo. Aprovecharé para invitarle a un buen café y a unas tortitas de almendras de las monjas agustinas de Chiclana.

—¿Le parece bien que me pase este domingo por la mañana?

—A las ocho doy una misa de difuntos en la catedral. Ya sabe, como indulgencia para un fallecido y que Dios lo tenga el menor

tiempo posible en el purgatorio. A partir de las nueve y media, me vendría bien cualquier hora.

—Me paso sobre las doce del mediodía. ¿Le parece bien?

—De acuerdo. Me despido ya, don Alberto. Siento mucho las molestias.

—No se preocupe. Ha hecho bien en tratar de averiguar la verdad. Solo que esa verdad no era la que usted pensaba.

—Así es. —El beneficiado se levantó de la butaca y le tendió la mano a Alberto—. Ha sido un placer conocerlo.

—Lo mismo le digo.

—Y gracias por ese café.

El beneficiado se quedó un momento con la mano de Alberto cogida entre las suyas.

—Me ha surgido una duda. Aunque estoy seguro de que todo tiene una explicación. ¿Puedo abusar de su amabilidad una vez más antes de marcharme?

—Por supuesto —Alberto se inquietó ante la mirada inquisitiva del beneficiado.

—Hemos quedado en vernos en la casa del canónigo y no me ha preguntado la dirección. Me resulta extraño.

Una vez más, Alberto supo reaccionar de inmediato.

—Ah, es eso. La tengo por ahí apuntada en el informe que me entregó el detective.

—Ahora lo entiendo. Aunque es de suponer que en el informe también le dio el nombre del canónigo. Como me ha dicho que no le sonaba de nada…

—Bueno, que yo recuerde, el informe del detective dice que Fernando vivía en casa de un canónigo y pone el domicilio. Pero creo que no viene el nombre. En todo caso, cuando usted me preguntó, no lo recordaba.

—Aclarado. Por un momento se me pasó por la cabeza la idea de que no me había preguntado por la dirección porque, en efecto, confirmando mis sospechas iniciales, ya había estado allí y fue usted mismo quien perdió la pitillera. Tengo que excusarme de nuevo por ser tan mal pensado.

—No se preocupe, lo entiendo.

—Sé que esto es ya un abuso, pero ¿sería tan amable de mostrarme ese informe?

Seguía sujetándolo de la mano; el beneficiado Lebrón no era de

los que soltaban su presa con facilidad.

—Hombre, páter, ahora mismo tendría que rebuscar entre mis papeles y tardaría un buen rato.

—Claro, lo comprendo. Igual si me trae ese informe cuando nos veamos, acallo mi conciencia. Verá usted, es que soy una persona muy escrupulosa. En exceso, lo sé. Tal vez me estoy propasando, pero, al ser usted tan amable y no tener nada que temer, estoy convencido de que accederá a mi petición y me traerá el domingo ese informe.

—Por supuesto. Allí estaré con el informe del detective.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Que tenga una buena tarde, don Alberto. Yo me marcho ya, que celebro una misa a las ocho. Esto de las misas por indulgencias es un no parar.

***

El beneficiado se marchó del Lentiscal casi convencido de que había cometido un error con Alberto. El hecho de que Fernando estuviese condenado por secuestro le llevó a creer que era muy probable que Alberto fuese una víctima y no un verdugo.

La reacción de Alberto fue muy distinta. Se pasó toda la semana sin poder evitar rememorar y repasar la conversación con el beneficiado; y cada vez estaba más convencido de que el sacerdote tenía motivos para sospechar de él y podía llegar a descubrirlo, pues era un tipo al que no se le escapaba ningún detalle.

El domingo, mientras iba a la antigua casa del canónigo, tenía casi tomada una decisión: si le entregaba la pitillera, no habría problema, pues esa era la única prueba tangible de la que disponía el sacerdote; pero, si durante la conversación le quedaba la más mínima duda de que Lebrón podía buscarle las cosquillas, lo eliminaría. Y esta vez tendría que hacerlo por sí mismo.

Aparcó el coche en el Campo del Sur, cerca de una calle que bajaba hacia la plaza de la catedral. La vivienda se encontraba en la misma plaza que la catedral, a la izquierda de su fachada. Miró su reloj: eran las diez y cuarto. Demasiado temprano. Enfrente de la catedral había varias tabernas y el cuerpo le pedía su dosis de alcohol. Se dirigió hacia ellas, pero cambió de opinión. Si alguien del bar lo identificaba sería una buena metedura de pata. Así que salió de la plaza por una calle estrecha y avanzó hasta encontrarse con una plazoleta llena de bares y con alguna freiduría de pescado. Entró en el más amplio y concurrido y pidió un «Sol y Sombra» con más brandy que anís dulce. Se lo bebió casi de un trago.

—Jefe, ponga otro igual y me cobra.

—¡Marchando!

Salió a la calle y se dirigió de nuevo a la plaza de la catedral. «Joder, tenía que haber quedado de noche, como cuando visitamos al canónigo. Me pueden ver entrar en la casa», pensó. Pasó por el lado de una tienda en la que vendían prendas de cabeza de todo tipo y entró. En unos minutos, salió con una gorra de visera y con la chaqueta bajo el brazo. Llegó ante la puerta y llamó con la aldaba. Eran las doce menos veinte. El beneficiado no tardó en abrir.

—Buenos días, don Alberto.

—Buenos días.

—Pase, pase. Estoy haciendo café.

—Siéntese en ese butacón. Justo ahí fue donde la limpiadora encontró su pitillera.

—Bonita casa.

—No está mal —contestó el beneficiado desde la cocina; en unos minutos regresó con una bandeja en la que reposaban dos tazas y dos jarras, una con café y otra con leche, además de un plato con porciones de torta de almendra.

Alberto se echó café, solo y sin azúcar, en una de las dos tazas y cogió un trozo de torta. Saboreó ambas cosas con fruición.

—Buen café, sí señor. Y la torta está de muerte. Se nota que ustedes, los del clero, se cuidan.

—Es uno de los pocos placeres que me permito, don Alberto. Ni fumo ni bebo, ni nada de nada, ya me entiende. Así que no creo que Dios me castigue por tomarme un buen café de vez en cuando.

—No, si a mí me parece estupendo que disfrute usted de sus cosas. Bueno, a todo esto, ¿tiene por ahí la pitillera?

—No se la voy a devolver.

—¿Cómo es eso?

—Ya le dije que soy muy escrupuloso. Esta conciencia mía que no me deja un respiro. Estos días no he parado de pensar en todo el asunto. Y me he preguntado: ¿es posible que don Alberto me haya mentido? Y la respuesta, en conciencia es que sí.

—Ya veo. ¿Por qué no se pregunta si es posible que le haya dicho la verdad? Porque yo le aseguro que no he mentido.

—Le doy toda la razón: puede que me haya mentido o puede que no. Pero hay indicios que no me permiten darle la pitillera sin más y me aconsejan ir a la Policía para que ellos decidan. Ellos son los que

entienden de estas cosas.

—¿Qué indicios son esos?

—Por ejemplo, me ha dicho que el que trabajó para usted de vaquero le robó la pitillera. Pues resulta que el canónigo un día me comentó que Fernando jamás ha fumado. Además, me consta que el canónigo odiaba el olor del tabaco. ¿No resulta extraño que justo le robase a usted una pitillera? La he llevado a un tasador y es buena, no cabe duda, pero no es para tanto. De hecho el dorado es solo un chapado. Quiero decir que su precio no justifica un robo por parte de alguien que ni siquiera fuma.

—Todo eso no son más que divagaciones, páter.

—No se lo niego. Luego está otro hecho que me hace dudar. Vamos a suponer que Fernando le robase la pitillera. No veo lógico que la llevase por la casa de un lado para otro. Quiero decir que, al tener grabadas unas iniciales de alguien que no era él, lo normal es que no la dejase ver, pues el canónigo le preguntaría. No sé, me parece más normal que la tuviese escondida. Y en ese caso, me resulta muy extraño que apareciese en ese mismo butacón en el que usted se encuentra sentado.

—Más divagaciones, si me permite. Son comeduras de cabeza que no le van a llevar a ningún lado.

—Y de nuevo le doy la razón. Esta conciencia estrecha me trae por la calle de la amargura, don Alberto. Otra cosa, ¿trae ese informe que me dijo donde consta el domicilio en el que nos encontramos, razón por la que no me preguntó antes de venir aquí?

Alberto empezó a inquietarse. Eso le hizo responder en falso.

—Pues no se lo creerá, pero no lo he encontrado.

—¡Vaya! ¡Sí que es mala suerte! Y entonces, ¿cómo ha dado con la casa?

—Preguntando.

—¿A quién?

Alberto estaba perdiendo la paciencia a toda velocidad.

—Antes de contestarle, voy a hacerle una pregunta: ¿Ha hablado con alguien de todo esto?

—Por supuesto que no. Tengo serias dudas, pero eso no me concede la libertad de comentarlas con nadie. Sería hacerlo sospechoso ante otras personas y tal vez con ello cometería una injusticia. Mañana iré a la Policía con la pitillera y que ellos decidan. Y si me he equivocado, le pido disculpas de antemano.

—Me parece muy bien que no lo haya comentado con nadie. Me ahorra muchas preocupaciones. Mire, páter, le voy a confesar algo: usted me ha asegurado que tiene la conciencia muy escrupulosa y yo puedo jurarlo después de haberme dado tantas explicaciones y hacerme tantas preguntas que no llegan a ningún lado. Le voy a preguntar si tiene a mano la pitillera y le voy a pedir por las buenas que me la entregue ahora mismo. Con la pitillera en mi poder, dará igual todo lo que piense o deje de pensar con esa retorcida conciencia que tiene. Yo me la llevo y, a falta de esa supuesta prueba, todo serán conjeturas que la Policía no se creerá.

—Como comprenderá, no la tengo aquí. Está en mi despacho de la catedral. Ya había pensado en la contingencia de que se la quisiera llevar a la fuerza.

—Vaya, pues sí que es mala suerte, páter. Mala suerte para usted, quiero decir. Ahora no me va a quedar más remedio que tomar una medida que nunca hubiera deseado.

—Yo no le he dicho que sea culpable de nada —dijo Lebrón, con el terror dibujado en el rostro—. Solo que hay posibilidades y lo mejor es que decidan los expertos. Es decir, la Policía.

—Al igual que usted es muy celoso y puntual en averiguar dónde está el bien y el mal, digamos en general y en abstracto, yo también lo soy, respecto al bien y al mal en particular para mí. Quiero decir con eso que el menor indicio de que algo puede causarme algún daño o perjuicio, no dudo en actuar y cortar por lo sano. Y en esa situación me encuentro en estos momentos.

El beneficiado se sintió invadido por el pánico. Era consciente de que, si no lograba convencer de inmediato a Alberto, iba a morir.

—¡Por Dios, le ruego que recapacite y no cometa una locura! Piense que alguien puede encontrar la pitillera en mi despacho y entonces…

—No podrá relacionarla con esta casa ni con mi visita a ella antes de que ordenase matar a su querido canónigo.

—Entonces, usted…

—Yo no maté al canónigo, pero ordené que lo hicieran, que viene a ser lo mismo. Las posibilidades de que se demostrase lo anterior eran nulas. Pero, con la pitillera en su poder, y su intención de entregarla a la Policía, me busca usted un problema serio. Bueno, en realidad el problema es suyo.

—¡Por favor, tenga piedad de mí! Yo solo quería que se supiese la verdad.

—¡¿Qué cojones quiere que haga?! Es usted muy persistente y ya

me tiene harto con tanta insistencia. Usted solito se lo ha buscado.

Cinco minutos después, Alberto salía de la casa con la visera bajada y la cabeza gacha. El corazón le latía a toda velocidad. Llevaba en el bolsillo una navaja ensangrentada, envuelta en un pañuelo. Miró a ambos lados de la calle. No había nadie a la vista.

En el interior de la casa, el beneficiado Lebrón agotaba los últimos instantes de su vida agarrándose en vano la garganta.

Llamada a filas

Agosto de 1936

Alberto de la Torre no volvió a intentar recuperar al hijo de Manuela. Esperó en vano que regresara Salgado y nunca supo la razón por la que no lo hizo. Al principio, pensó enviar a alguien más a Argentina, pero en poco tiempo sus ansias por recobrar al pequeño desaparecieron.

La principal causa de su desinterés fue que su reacción inicial se debió sobre todo a la necesidad de sustituir al pequeño Alberto, con la esperanza de que ello viniera a «resucitarlo», y no al afecto hacia el hijo de Manuela o a su instinto paternal, pues el primero era nulo y el segundo bastante escaso.

Eso sí, le hubiera gustado dar a Jacinta con su hijo en las narices, para que se lamentara de haberlo abandonado, a él, que podía tener todas las mujeres que se le antojase. Que hubiera sabido que él sí tenía un hijo y que no la necesitaba para nada.

A veces, en medio de sus borracheras, se imaginaba en el cortijo con el pequeño hijo de Manuela y trataba de convencerse de que habría sido feliz con él. Pero eran sentimientos que se disipaban igual que el alcohol que ingería.

Se sentía solo, más que nada, porque, aparte de los trabajadores del cortijo, no tenía a nadie a quien manejar. Y también porque, a falta de una capacidad verdadera para querer a alguien, echaba en falta a alguien que lo adorase sin condiciones. Eso sí que le resultaba duro y era el principal motivo de que bebiese más de la cuenta.

Se pasó aquellos años de «república y libertinaje» —según sus palabras— bebiendo, maltratando a los trabajadores y temiendo que algún día viniesen con la «injusta reforma agraria» —según su opinión— a quitarle lo que era suyo.

***

Hacía un calor sofocante cuando un vehículo negro con matrícula del Ejército aparcó frente a la casa grande del Lentiscal. El soldado que conducía bajó a la carrera y abrió la puerta trasera derecha, de la que salió un militar. Llevaba la faja azul y los emblemas del Estado Mayor del Ejército.

Llamó a la puerta y salió Petra, una de las dos criadas que quedaban al servicio de la casa.

—Soy el comandante Moreno, del Estado Mayor del general Queipo de Llano[4]. Vengo de su parte a hablar con don Alberto de la Torre —dijo el militar sin esperar a que la criada le preguntase.

—Pase al recibidor y siéntese, que enseguida llamo a don Alberto.

La mujer entró y poco tiempo después apareció Alberto. Su aspecto era un tanto descuidado y con una barba de varios días.

El comandante se levantó y tendió la mano al dueño de la casa.

—Don Alberto de la Torre, supongo.

—Así es. Me resulta muy grato recibir a un militar en casa, mi comandante. —Las palabras de Alberto eran desmentidas por su talante, entre inquieto y curioso—. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Se sentaron uno frente al otro. Alberto se mostraba intrigado, por más que tratara de disimularlo.

—¿Le apetece tomar algo? Yo me voy a pedir un «carajillo».

—Me apunto a lo mismo.

Juana, la otra criada, estaba cerca y solo necesitó que Alberto la mirase y levantara la mano para salir a preparar los cafés con una buena carga de brandy, como le gustaban al señor.

—Bien, comandante…, perdone, se me ha olvidado el apellido.

—Moreno.

—Eso, Moreno. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Como le he dicho a su criada al abrir, soy oficial del Estado Mayor del general Queipo de Llano. Del área de Operaciones, en concreto. Supongo que habrá oído hablar del general.

—¿Cómo no? Aquí estoy un tanto aislado, pero después de lo sucedido no hace ni un mes, suelo comprar la prensa y seguir los acontecimientos.

—«Lo sucedido» se llama Glorioso Alzamiento Nacional, amigo mío. No lo olvide. ¿O quizás no está usted de acuerdo?

—¡Cómo no voy a estarlo? ¡La duda ofende!

—Claro, claro. ¿Sabe que el general Queipo de Llano participó, como usted, en la guerra del Rif?

—No lo sabía. Como es de Caballería y yo de Infantería, es más difícil que hayamos coincidido. Aunque el Regimiento de Caballería

Alcántara nos protegió en nuestra retirada hacia las posiciones del Monte Arruit. Si no hubiera sido por ellos, tal vez no hubiéramos quedado ni uno vivo.

—El general ha oído hablar de usted a varios compañeros suyos de entonces. Todos son de la opinión de que es un héroe y no se le hizo la justicia que se merecía cuando lo de Annual.

—Son cosas que pasan. Luego me vi obligado a abandonar el Ejército. Mi padre falleció y tuve que encargarme de mis propiedades.

—Se entiende y nadie se lo puede reprochar. Pero ahora es el momento de darlo todo por la patria. Una vez más.

—No lo dudo. Sin embargo, estoy retirado y, la verdad, no tengo a nadie que se haga cargo de todo esto. Del cortijo, el ganado y demás, ya me entiende.

—Este es muy mal momento para excusas y vacilaciones, amigo mío. El general Queipo de Llano le pide que se reintegre al Ejército. —En ese momento entró Juana con los carajillos—. Rectifico: no se lo pide, se lo ordena. Y la patria se lo demanda.

—Lo entiendo. No obstante, tiene que comprender que esto me resulta algo inesperado.

—¡Coño! ¡Y para todos! Pero es lo que hay. Tenemos que acabar con esos desalmados ateos, comunistas y anarquistas de mierda y crear un Estado cristiano y de orden en el que la familia, el trabajo y la religión regresen al lugar que les corresponde. ¿O no?

—Sí, sí. Claro que sí… ¡Qué duda cabe! ¡Si yo le contara las malas caras que me han puesto durante estos años de libertinaje los cretinos de los jornaleros! ¡Ni que el cortijo les perteneciera! Hay que dar gracias a Dios porque la República, con su actuación, se ha topado con gente de bien que se le enfrente.

—Lo que me extraña es que usted, un terrateniente de pro y, para mayor abundamiento, oficial del Ejército, y de los buenos, no se haya presentado el mismo dieciocho de julio ante las autoridades militares que lideraron el alzamiento.

—Pensaba hacerlo, se lo aseguro. Lo que pasa es que no me pareció que mi aportación tuviese importancia.

—¡Diantres! Esa modestia podía haberle costado un disgusto, don Alberto. Entre nosotros —El comandante acercó el rostro al de Alberto con aire de confidencialidad amistosa, que no conseguía borrar una mirada amenazadora—, no sería usted el primero al que se tiene que fusilar por andarse con dudas y zarandajas. De hecho, le confieso que en la ronda de visitas que estoy practicando de parte del general, llevo ya un par de individuos a los que he tenido que represaliar por la vía

rápida, ya me entiende.

—Hay gente para todo. Yo no puedo estar más a favor del alzamiento, mi comandante. Ya le digo que no pensé…

—Bueno, bueno, todo tiene arreglo y, por las buenas, todo se puede entender. Por cierto, este carajillo está cojonudo.

—Con buen brandy y buen café…

—¡Nos ha jodido! Es lo que yo digo: ¡Con buena picha bien se jode! Bueno, don Alberto, tiene que darme una respuesta. Ya sé cuál será, pero es necesario que me lo confirme. Esto es como lo que dijo el de Nazaret: «El que no está conmigo está contra mí». ¿Usted con quien está?

—Eso ni se pregunta, mi comandante. Con Franco, con la Patria y con el glorioso alzamiento nacional.

—¡Así me gusta! ¡Con dos cojones! ¡Arriba España, joder!

—¡Arriba!

—Bien, una vez aclarado el asunto, vamos al grano: el general Queipo de Llano le concede el honor de ascenderlo al empleo de capitán y ponerlo al mando de una Compañía en el frente de Córdoba.

—No hay más que decir. Por supuesto, me reintegraré al lugar donde se me ordene. Solo tengo una pequeña duda.

—Dígala sin ningún problema, capitán De la Torre.

—Si dejo el cortijo, esto se va a venir abajo. No sé si me explico: necesito a los braceros aquí. En realidad, no esa gente me importa un carajo. En la época en que la república campaba a sus anchas algunos se ponían muy gallitos, como le he dicho. Pero el cortijo necesita hombres.

—¡Bah, eso no es problema! Su aportación vale mucho más que la de todos esos palurdos juntos. Cuente con que se quedarán todos aquí.

—Y necesito aquí a mi capataz también.

—¡Sin problema, coño, sin problema! Créame si le aseguro que es todo un honor para el Ejército readmitirlo en su seno.

—Y para mí participar en la cruzada nacional.

—¡Bien dicho! Y ahora vamos a dejarnos de mariconadas de carajillos y vamos a celebrarlo con un buen copazo de ese brandy tan cojonudo que tiene.

—Por supuesto, mi comandante. ¡Juana, trae el brandy y dos copas!

El frente de Córdoba

Agosto-octubre de 1936

El lunes siguiente, 17 de agosto, el flamante capitán De la Torre estaba en Sevilla, presentándose al General Queipo de Llano. A sus treinta y siete años sin cumplir, aún mantenía el porte gallardo de su época de teniente en África. Algunas arruguillas más y un poco de tripa eran las más notorias diferencias. Poca cosa en verdad.

—Soy el capitán Alberto de la Torre. Vengo a presentarme al general.

—Un momento —respondió el ayudante de Queipo de Llano al tiempo que le tendía la mano con fuerza. Se encaminó al despacho del general y regresó enseguida—. Pasa.

—¿Da vuecencia su permiso, mi general?

—Pasa, pasa. Adelante, Alberto

—¡A la orden de vuecencia, mi general! Se presenta el capitán Alberto de la Torre, reincorporado al servicio activo.

—Siéntate, hombre. Que sepas que he oído hablar muy bien de ti. Algunos de tus compañeros de la guerra del Rif, que por cierto son en su mayoría comandantes e incluso tenemos a un par de tenientes coroneles, opinan que fuiste un héroe en la retirada al Monte Arruit.

—Mi general, se trataba de luchar o morir. Matar o que te matasen. Y salí bien de aquello. Eso fue todo.

—En buena parte gracias al apoyo de la caballería…

—Por supuesto, mi general. Si no llega a ser por el Regimiento Alcántara, hubiésemos quedado muy pocos.

—Muy pocos quedasteis de todos modos. Eso sí, los que quedasteis os merecisteis un mayor reconocimiento.

—Ya… Cosas que suceden, mi general.

—Lo que es la vida. Allí te fajaste con los moros y ahora los tendrás a tu lado.

—Eso tengo entendido. Lo importante es servir a España.

—¡Bien dicho! En Córdoba la situación está complicada. El general traidor Miaja, gran lameculos de la república, se está apoderando de algunas localidades del norte de la provincia y hay que mandarlo a hacer puñetas. Así que ahí te quiero ver, echándole huevos

como hiciste en África en el año veintiuno.

—Puede estar seguro de ello, mi general.

—Pasado mañana te presentas al coronel Cascajo[5] en el cuartel general de Córdoba y allí te asignarán el mando de una Compañía. Mucha suerte y todo sea por España. Como le gusta decir a nuestro caudillo, ¡Arriba España!

Alberto se levantó como si tuviera un resorte en el trasero y gritó:

—¡Arriba España! Con su permiso, me retiro.

—Claro, claro. Ah, mi capitán. Te aviso de que, a poco que te portes como se espera de ti, tienes bordada la estrella de comandante; al igual que te advierto que si no cumples como es el deber de un oficial del Ejército Nacional, tendrás muchos problemas. Dicen que tengo mano dura, y lo confirmo. No me tiembla el pulso para premiar a los buenos como tampoco para eliminar por igual a los indecisos y a los traidores a la patria.

—No defraudaré a mis jefes, mi general.

Dio un taconazo, hizo media vuelta y salió del despacho.

***

En Córdoba capital, el golpe de Estado del dieciocho de julio de 1936 triunfó desde el principio gracias al coronel Ciriaco Cascajo, jefe del Regimiento de Artillería Pesada nº 1 y a la colaboración de la Guardia Civil, que se impuso en gran parte de los pueblos de la provincia.

No obstante, las recientes elecciones generales, en las que venció el conocido como «Frente Popular» —unión de todas las izquierdas— dieron lugar en muchas localidades a la reacción de milicias ciudadanas que formaron Comités de Defensa de la República y recuperaron el control en localidades como El Carpio, Fuente Palmera, Villanueva de Córdoba, el 24 de julio, Torrecampo el 25, y Pedroche el 26. Tras estas recuperaciones, ya en agosto, el general Miaja entró en la provincia con una columna dispuesta a recobrar Córdoba capital. Si bien no lo consiguió, pues a lo más que se acercó fue a siete kilómetros, recuperó gran parte de los pueblos de la sierra norte de Córdoba: Añora el 5 de agosto, Adamuz el 10, Belalcázar el 14, y, por último, Alcaracejos, Villanueva del Duque, Hinojosa del Duque y Pozoblanco, todos el 15 de agosto.

Poco después, de esas últimas acciones, el 17 de agosto, se presentaba el capitán De la Torre al coronel Cascajo.

—Bienvenido, capitán —dijo el coronel—. Voy a ponerle al día sobre la situación. Tenemos a las tropas del general Miaja cerca de Córdoba con la intención de tomarla.

—Mi coronel, no sabía que la cosa estuviera tan apurada por aquí.

—El que dirige la operación es Miaja, pero el que da la cara es el teniente coronel Pérez Salas[6]. El muy imbécil se ha atrevido a enviarme un comunicado en el que me ofrece que rinda Córdoba sin condiciones. Dice que, a cambio, no tendrá en cuenta los crímenes cometidos. A la justicia del alzamiento le llama «crímenes»[7]. No voy a negarle que aquí, tanto en la capital como en los pueblos de la provincia, se ha tenido que represaliar a muchos anarquistas y comunistas, así como algunas personas que no estaban dispuestas a aceptar el nuevo orden que, sin duda, triunfará en España en breve.

—Sin duda, mi coronel.

—Bien. En estos momentos lo más apropiado es que se quede usted aquí, en la capital. Le voy a poner al mando de una Compañía de Infantería del Regimiento de Pavía, que se ocupará de la defensa de la ciudad, llegado el caso. Cuando la columna de Miaja se retire, que será pronto, irá usted con su unidad al norte de la provincia, pues así se lo tengo encomendado al coronel de dicho Regimiento. Preséntese allí de inmediato.

—A sus órdenes, mi coronel.

—El jefe de su Batallón es el comandante Bernardo Quílez.

—Creo que lo conozco, mi coronel. Si no me equivoco, es de mi promoción.

El 6 de septiembre, tras la retirada de las proximidades de Córdoba del teniente coronel Pérez Salas, a causa del constante hostigamiento de la aviación sublevada, el Batallón de Alberto participó en varias refriegas en Cerro Muriano y el Vacar. Al día siguiente, los sublevados recuperaron Hornachuelos y entraron en batalla en Espejo durante tres días, tras los cuales consiguieron ocupar la población tras provocar cientos de bajas y obligar al teniente coronel Pérez Salas, que había quedado al mando de la columna gubernamental, a evacuar la población.

El frente norte de la provincia de Córdoba se estabilizó. Ya en octubre, se sucedieron varias ofensivas franquistas encaminadas a consolidar el dominio sobre el centro sur de la provincia de Córdoba. El día 13 se conquistó Peñarroya-Pueblonuevo con las fuerzas procedentes de Córdoba a las que se unieron otras de Badajoz. Se consolidó una línea formada por la carretera que unía Peñarroya,

Bélmez, Espiel y Villarta. Se produjo un compás de espera en el que tan solo se daban algunas refriegas e intercambios de disparos.

El Batallón de Quílez se encontraba en Peñarroya. Después de dos meses de actividad frenética, ahora sobraba tiempo para tomar copas de amontillado acompañadas con banderillas picantes.

Una tarde, Alberto se encontraba en un bar situado en una plaza rectangular, bajo la sombra de una parra, con el comandante Quílez y con González, el teniente más antiguo de su Compañía. El comandante daba la estampa de soldado profesional y bien educado; González, por el contrario, aparentaba ser más rudo y grosero de lo necesario.

—Esto va para largo —comentaba el comandante—. No tenemos fuerzas suficientes y los republicanos no paran de recibir refuerzos desde Madrid.

—Lo que hay que hacer es echarle un par de cojones y sorprenderlos por la noche —dijo el teniente.

—El teniente coronel Pérez Salas se ha atrincherado en Pozoblanco y tiene muy bien montada la defensa de los pueblos de toda la comarca de Los Pedroches. Esto no es cosa de echarle huevos, sino de recibir refuerzos, González.

—Mi comandante, usted sabe más que yo.

—¿Y tú qué opinas, Alberto?

—Mi comandante, si te digo la verdad, ahora mismo lo que más me preocupa es el problema de la jodienda. Ese sí que está difícil: a las mujeres de los del pueblo hay que respetarlas, puesto que son de los nuestros y no estaría bien visto, y a las putas mejor ni acercarse si no quieres coger un sifilazo o la gonorrea.

—Mi capitán, sin querer entrar a mayores, para algo están los condones, vamos digo yo, si no contradigo la superior opinión del mando, en este caso mi comandante, aquí presente.

—Me sorprendéis, queridos subordinados. En estos momentos no hay tiempo para pensar en ciertas cosas. Eso de la casa de trato del pueblo, queda para la tropa. De hecho, bien prohibido lo tienen y poco dinero pueden usar, pero está claro que el día de la paga, no les duran las pesetillas ni una hora en el bolsillo.

—Mi comandante, yo propongo con toda formalidad que se incluya en lista de revista a las putas del pueblo y se les pague directamente a ellas en vez de a la tropa.

—Qué cachondo eres González —rio el comandante—. ¡Pero qué cachondo!

—¿Pedimos otra ronda? —preguntó Alberto.

—¡Eh, camarero! —gritó el comandante— ¡Otras tres copas de amontillado y unas banderillas picantes.

—¡A la orden! —respondió el camarero. —Tardó unos segundos en regresar con la bandeja y el pedido—. Esta va por cuenta de la casa, mi comandante.

—Se agradece, hombre, se agradece. También así se hace patria.

—Mi comandante, ¿cómo ves la guerra? —preguntó Alberto—. ¿Tendremos victoria pronto?

—Tras el avance victorioso por Extremadura, el generalísimo está empeñado en la toma de Madrid. Si esto tuviera lugar, con el gobierno de procomunistas aniquilado, la cosa se acaba en un par de meses. A ver qué pasa.

—Y mientras tanto, nosotros cruzados de brazos, ¿no, mi comandante? —preguntó González.

—Hombre, no se está mal del todo aquí, tomando amontillado fresquito. Que nos ordenan movernos hacia el norte, pues nos movemos; que nos ordenan quedarnos aquí y pasar el invierno con toda tranquilidad, pues no nos vamos a quejar. Vamos, digo yo.

—Tienes más razón que un santo, mi comandante —opinó Alberto—. Desde luego, esto es una balsa de aceite, después de haber pasado por las armas a los elementos radicales.

—Pues sí. A veces me repele un tanto llegar a un pueblo y tener que ordenar el fusilamiento de los líderes políticos de los partidos republicanos. Pero los rojos también hacen lo mismo con los nuestros que caen en su zona. No es plato de gusto, pero son las órdenes y se cumplen.

—Yo pienso que no es más que justicia, mi comandante —expresó González—. Esos tipejos sin Dios quieren hundir España. No creen más que en su internacional y en la madre Rusia. ¡Que se jodan todos!

—González, mala gente hay en todas partes. Y buena también. Aquí no se trata más que de cumplir lo que se nos ordena. En todo caso, los que toman las decisiones responderán ante Dios y ante la historia, y ante nadie más, como dice el Caudillo.

—Señores, ¿les apetecen unos filetes de ternera con patatas? —preguntó el camarero, que se acababa de acercar a los tres oficiales.

—¡Vengan esos filetes! —aceptó el comandante Quílez—. Y que no falte el vino, que con este clima se secan las gargantas que da gusto.

—Lo que da gusto es mojarlas con amontillado para quitarse la

carraspera —dijo González.

—¡Ahí lo has clavado! —exclamó Alberto.

Málaga

Enero-febrero de 1937

El resto del otoño y parte del invierno lo pasaron las tropas nacionales de Córdoba sin moverse de sus posiciones. Salvo algunos intercambios de disparos o escasas incursiones mutuas de las respectivas aviaciones, se podría afirmar que aquello no parecía una guerra.

Los soldados del Batallón que mandaba Quílez se pasaban las horas a base de paseos por el pueblo e intentos, casi siempre vanos, de relacionarse con la población femenina. Las chicas y sus padres eran conscientes de que algún día las tropas se moverían y no querían que, como resultado de la confraternización, las hijas tuvieran que pechar con hijos indeseados.

Al llegar el mes de enero del año 1937, todo cambió. El día 10, domingo, el comandante convocó una reunión para el día siguiente a las ocho de la mañana, con todos los oficiales del Batallón, desde el alférez provisional más moderno hasta el capitán más antiguo, que no era otro que Alberto de la Torre.

—Señores, el zafarrancho va a comenzar. Los reyes magos nos han traído un buen regalo. Vamos a barrer a unos cuantos rojos del mapa. No va a ser aquí, sino en Málaga. Los italianos del Cuerpo de Tropas Voluntarias ya vienen desde Cádiz. Por otra parte, los Regulares y Requetés que controla el general Queipo de Llano ya están en marcha en dirección a Málaga. Mañana a primera hora, viene una Unidad de Transportes con camiones para desplazar hacia Málaga a nuestro Batallón y otras fuerzas de las que estamos en el frente de Pozoblanco. Va a ser una gran victoria y nosotros estaremos allí. ¿Alguna pregunta?

—¿Se sabe qué fuerzas rojas hay en Málaga, mi comandante? —preguntó un capitán.

Parece que hay muchas milicias pero muy pocas fuerzas regulares. Además, contamos con diversos buques que se aproximan a la ciudad y la van a bombardear a conciencia. A nosotros nos da igual. Como si tienen un cuerpo de Ejército. Vamos a conquistar Málaga y a beber todo el moscatel de la ciudad. ¡Viva España!

Todos contestaron alborozados, aunque en su fuero interno siempre había un espacio a la incertidumbre y el temor.

***

El día 13 de enero comenzó la ofensiva en la zona de Málaga, dirigida por Queipo de Llano como jefe del Ejército del Sur sublevado, aunque el coronel Francisco Borbón y de la Torre, duque de Sevilla, ostentaba el mando directo de las tropas.

El mismo día 13 de enero, la aviación franquista bombardeó la ciudad de Málaga, en combinación con fuego de artillería desde los cruceros pesados «Canarias» y «Baleares». Hubo unos trescientos muertos y más de mil heridos entre los republicanos, con ulteriores incendios en el puerto y la ciudad. El 14 de enero, prosiguieron los bombardeos sobre Málaga y las tropas franquistas ocuparon Estepona casi sin resistencia. El día 15 se tomó San Pedro de Alcántara y en la noche del 16 las tropas sublevadas llegaron a Marbella. El día 22, la prensa del bando franquista informó de que un escuadrón de Caballería había alcanzado las primeras trincheras de defensa de Málaga.

Desde Granada, se organizó una expedición simultánea hacia Málaga, bajo el mando del coronel Antonio Muñoz Jiménez, que tomó Alhama el día 22, así como diversas localidades del norte de la provincia.

El mando republicano no disponía de hombres y artillería suficientes como para poder reforzar las pobres defensas de la zona.

El 3 de febrero comenzó el ataque definitivo contra Málaga: tres batallones, dirigidos por el duque de Sevilla, avanzaron desde el sector de Ronda y se encontraron por primera vez con una fuerte resistencia. Por su parte, la mañana del 5 de febrero, los camisas negras italianos comenzaron su avance desde el norte de la ciudad con sus unidades mecanizadas.

El coronel José Villalba Rubio[8], jefe del Sector del Sur del Ejército Republicano comprendió enseguida que con los milicianos de los que disponía no podía organizar una resistencia a ultranza. Ante la gravedad de la situación, ordenó la evacuación, ya que dio por perdida la ciudad. Los italianos llegaron a los suburbios de Málaga el 7 de febrero por la tarde. Al día siguiente, con los españoles a las órdenes del Duque de Sevilla, entraron en la ciudad desolada. El centro urbano había sido bombardeado a conciencia y durante los primeros días de la guerra los grupos radicales y anarquistas habían arrasado el barrio de la alta burguesía malagueña, La Caleta, por lo que la ciudad presentaba un aspecto dantesco.

Se produjo un gran movimiento de personas que huían por la carretera de Málaga a Almería y sufrieron constantes bombardeos de

los treinta y tres cazas Fiat y treinta y cuatro bombarderos disponibles por parte de los sublevados. Un episodio sangriento y uno de los crímenes más horribles cometidos por el bando sublevado.

La desbandada de civiles continuó a lo largo de la carretera hasta que el 14 de febrero llegaron desde Valencia la Sexta Brigada Mixta y parte de la XIII Brigada Internacional, que se establecieron en Albuñol, donde quedó estabilizado el frente hasta que finalizó la contienda en 1939.

***

El Batallón de Quílez, y con él la Compañía de Alberto de la Torre, quedó instalada en una bodega, en espera de ulteriores órdenes.

En la ciudad, el caos era absoluto. Los bombardeos de la aviación y la armada habían provocado grandes daños. A ello había que añadir que los republicanos más exaltados habían hostilizado durante los meses anteriores los barrios más acomodados y provocaron la destrucción parcial de muchas viviendas.

Desde la llegada de las tropas sublevadas se produjo un número elevado de fusilamientos en el cementerio de San Rafael. Una gran fosa común dio cabida a cerca de tres mil personas. En buena parte la responsabilidad era del general Queipo de Llano, que en sus criminales arengas desde la radio, aludía a que los «valientes Regulares» demostrarían a los «rojos cobardes», a los «milicianos maricones» y a sus mujeres lo que era un hombre de verdad. A ello había que sumar los civiles desesperados, víctimas del pánico colectivo, que murieron ametrallados y bombardeados en la carretera de Almería.

—Nos viene bien que nos hayan instalado en esta bodega —comentó el comandante mientras ofrecía tabaco a sus tres capitanes—. Así tenemos a la tropa controlada.

—Dicen que los moros del Cuerpo de Regulares están desbandados y matan a cualquiera sin el menor motivo y andan por ahí violando a las mujeres —comentó Rubio, uno de los capitanes.

—Y lo peor es que el general Queipo, en cierto modo, lo aprueba —agregó el comandante—. Vengo de una reunión con el duque de Sevilla y les ha dicho a los mandos de Regulares que por el momento no hagan nada al respecto.

—Se trata de escarmentar a la población —dijo Alberto—. Yo no es que lo vea bien, pero así es la guerra. Ellos harían lo mismo con nosotros si pudieran.

—Mi comandante, creo que deberíamos montar una guardia armada en la entrada, nos evitamos problemas —sugirió Guerrero, el otro capitán.

—Estoy de acuerdo en eso. ¿Cuál es el teniente más antiguo? —preguntó el comandante.

—Creo que González, de mi Compañía —dijo Alberto.

—Encárgate de avisarle de que entre ya con su sección de guardia. Que lo organice como le venga mejor, pero en la puerta quiero a dos soldados.

—A la orden, mi comandante.

—Otra cosa, Alberto. Tienes que nombrar un pelotón reforzado para que esté a la amanecida de mañana en el cementerio de San Rafael. Con los mosquetones bien engrasados y limpios y abundante munición. Al mando pones a uno de tus subalternos y un sargento o cabo primero.

—A tus órdenes. Supongo que pueden ser voluntarios.

—Eso me da igual. Lo importante es que tengan buena puntería.

—Pues ahora mismo me pongo, mi comandante.

—Venga, luego nos vemos y me informas de cómo va todo.

Alberto se fue hacia la nave donde se encontraba su Compañía. Allí se encontró a sus tres jefes de sección. Los soldados cantaban alborozados. El alférez provisional Riquelme, llevaba en la mano una botella por la mitad y los ojos lo delataban.

—Señores, ¿cómo va la cosa?

—Bien, mi capitán —respondió Riquelme—. La mayoría ha cogido una melopea de cojones. Pero mejor así. ¿Quiere un poco de moscatel?

El capitán aceptó con la cabeza, cogió la botella del alférez y le dio un buen trago.

—De todos modos, les hemos dicho a los sargentos que a partir de ahora prohíban coger vino de las botas —añadió González—. Se repartirá de forma controlada. Porque tan malo es lo poco como lo demasiado.

—Me parece bien, González. Tengo dos misiones para vosotros. La primera es nombrar una sección de guardia. Se encargará de que no salga nadie del Batallón sin autorización de su respectivo capitán, así como del orden interior, cosa que va a ser complicada de mantener con tanto vino moscatel disponible.

—Como servicio de armas que es, supongo que empiezo yo, para

algo soy el subalterno más antiguo de la Compañía —dijo González.

—La cosa es que hay otro servicio de armas y tiene que estar preparado al amanecer.

—¿Otro? Bueno, sea el que sea, me toca a mí —dijo Cuadrado, el otro teniente de la Compañía, que parecía estar menos bebido que los otros dos oficiales.

—Yo había pensado en Riquelme. Le vendrá bien para desfogarse un poco.

—Lo que usted diga, mi capitán —dijo el alférez—. ¿De qué se trata?

—Tienes que formar un pelotón reforzado: doce soldados, dos cabos y un sargento. Antes de que amanezca estaréis en la entrada de cementerio de San Rafael, con los mosquetones bien preparados y engrasados y dos o tres cajas grandes de munición.

El alférez se puso lívido.

—Mi capitán, por Dios se lo digo, pídame lo que sea pero eso no. Una cosa es enfrentarse al enemigo y otra disparar a gente desarmada. No puedo mandar eso.

—¡Los cojones, Riquelme! ¡Aquí se puede todo, coño! Y yo no pido: ordeno, a ver si te enteras.

—Pero los militares no estamos para…

—¡Nos ha jodido! —esta vez fue González el que habló—. Los militares estamos para cumplir las órdenes, joder.

—Y si no, consejo de guerra —añadió Cuadrado.

Riquelme estaba a punto de echarse a llorar. Aquello lo superaba. Era un chico joven; había logrado llegar a pensar que, después de los enfrentamientos en el norte de Córdoba, era un tipo duro. Pero no era así.

—Mi capitán, si no le importa, le cambio el servicio a Riquelme —dijo González—. Que monte él la guardia aquí y yo organizo el cotarro para darles lo suyo a esos rojos de mierda. Cuando los llevan ante un pelotón de fusilamiento por algo será.

—De acuerdo, pero Riquelme, tienes que hacerte a la idea de que en esta puñetera guerra no se puede andar con remilgos. No se te ocurra intentar desobedecer una orden mía nunca más sea la que sea. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán. Se lo prometo.

—No me prometas nada. Solo te advierto que si se te ocurre la más mínima indisciplina, yo mismo me encargo de que te veas en la

otra parte de un pelotón de fusilamiento, o sea, esperando a que te fusilen por insubordinación y cobardía.

***

Hacía algo de frío, pero los soldados temblaban por otros motivos. Estaban en posición de «descanso» con las armas formando pabellones.

El teniente González paseaba impaciente; el sargento Victoriano, un tipo fuerte, más o menos de la misma edad que su jefe de sección, se fumaba un cigarro tras otro, impaciente.

Llegaron cinco camiones, precedidos de un autobús. De este último bajaron unos veinte requetés, un teniente y un sacerdote; de cada una de las cabinas de los camiones se apeó un sargento y de las cajas sendas parejas de soldados con el arma en posición de «prevengan». Todos los vehículos pararon los motores. Se produjo un silencio cortante, negro, profundo.

—El teniente se dirigió al primer camión con la pistola en la mano.

—¡Venga, todo el mundo a tierra! —Se bajaron unos seres silenciosos y cabizbajos; parecían autómatas—. ¡A ver si corremos, que no tenemos todo el día! —gritó el teniente—. ¡Todos ahí, junto a esa pared!

Los dos soldados que se bajaron del camión en primer lugar se encargaron de colocar en fila a aquellos hombres, mediante empellones y culatazos en los costados.

El sacerdote se acercó uno a uno a los pobres desgraciados con una cruz en la mano. La mayoría la besó; algunos miraron hacia otro lado o negaron con la cabeza.

—¡¡Ahí los tienes!! —gritó el teniente de requetés mientras hacía el saludo militar al teniente González.

—¿Cuántos son? —preguntó González.

—Te los coloco de veinte en veinte —respondió el teniente de Requetés.

—De eso nada. Aunque tardemos más, me los pones de diez en diez. Somos catorce mosquetones y no me parece bien tener que usar dos salvas en cada tanda.

—Vale, te quito diez.

El teniente ordenó a los dos soldados que dejaran solo a diez e hizo una señal a González.

—Victoriano, da las órdenes —dijo el teniente.

—A la orden mi teniente. ¡En prevengan… Armas! Prepárense para cargar! ¡Carguen… Armas!

En ese momento, un grito exaltado interrumpió de repente las órdenes del sargento:

—¡Hijos de puta, pagaréis por esto! ¡¡Viva la República!! —nadie contestó.

—¡Victoriano, abrevia, coño! —gritó el teniente.

—¡Apunten… Armas! ¡¡Fue…go!!!

La salva sonó casi como un solo disparo. Los hombres cayeron al suelo, pero uno quedó de pie. Miró a ambos lados y salió corriendo.

—¡¡Me cago en la puta!! ¡Que alguien pare a ese tío, joder!

El hombre corría demasiado rápido, la sorpresa jugó a su favor. González apuntó con su pistola, pero aún no era de día por completo y la oscuridad no le permitió hacer más que un disparo, que se perdió sin dar al huido. El tipo corrió por detrás de los vehículos y desapareció entre las sombras de unos árboles. El teniente de requetés corrió detrás pistola en mano e hizo varios disparos. Regresó enseguida.

—¡Virgen santa! —exclamó.

González se acercó al requeté y lo cogió por el hombro, tras lo cual se lo llevó a un lugar retirado de los demás hombres.

—Oye, camarada, ¿cómo te llamas? —le preguntó en voz baja.

—Goñi.

—Vale, Goñi. Ese rojo se os ha escapado delante de nuestras narices.

—Sí. La verdad es que he tirado casi a bulto. No se veía ni a Dios Santo ni a la Virgen María.

—Ya me imagino. Oye, camarada, una cosita. Tú crees que no, pero sí que le has dado.

—Que no. Que te digo que no. ¡Si lo sabré yo! ¡No le he dado!

—¡Y yo te digo que sí, coño! ¿O es que piensas explicar cómo se nos ha escapado un rojo?

—Ah…. Ya… No… Claro. Le he dado, fijo. Por ahí se ha quedado entre los árboles, pero no nos vamos a entretener en retirar el cadáver.

—¡Exacto! Hay mucha faena y hay que estar a lo que hay que estar.

—Eso.

—Pues, venga, vamos a seguir.

Cada uno se fue a su puesto y cuando ya estaban retirados el uno del otro, González preguntó a gritos:

—¡Oye, Goñi, ¿seguro que te lo has cargado? ¡Al rojo ese, quiero decir!

—¡Seguro! —respondió el de requetés.

—Vale, vale. Espera un momento que ahora seguimos.

González se encaró con el pelotón.

—¡A ver si me entero, coño!: diez para recibir la descarga y catorce para disparar, y resulta que uno sale por patas. Y menos mal que el teniente de requetés se lo ha cargado. ¡¿Qué mierda de tiradores son estos, Victoriano?!

—Mi teniente… —dudó el sargento—. Voy a pasar revista de armas.

El sargento Victoriano revisó las armas con cuidado hasta que se detuvo ante la de uno de los soldados.

—¡Me cago en la puta! ¡Este no ha disparado, mi teniente!

González se fue para el soldado con la pistola en la mano.

—¡¿Se puede saber a qué coño juegas?!

—Mi, mi te.., teniente. No, no sé… Se habrá encasquillado.

—¡¡Los cojones se te han encasquillado!! ¡¡Tienes el arma cargada y no has disparado!!

—Mi teniente, yo no sé…

—¡¡Tú lo que estás es cagado y no has hecho fuego!! Mira, *guripilla*, en la próxima, me voy a poner detrás de ti y como no dispares te vuelo la cabeza. ¿Te has enterado?

—Sí, sí, mi teniente.

—¡Goñi! ¡Manda al paredón a otros diez y a partir de ahora que los tuyos estén preparados por si alguien trata de huir! ¡No estaría de más que apostaras a varios antes de la arboleda!

—¡De acuerdo!

A partir de entonces todo fue bien.

Después de llevarse casi hasta el mediodía disparando una y otra vez, el pelotón de fusilamiento regresó a la bodega donde se encontraba el Batallón. Los soldados iban derrotados por la tensión. Muy serios y callados. Todos pensaban en la muerte, en lo fácil que resulta matar y en que ellos podían ser los próximos en morir. El teniente González iba farfullando y blasfemando en voz baja:

«Puta guerra de los cojones» —murmuraba—.

…

«A saber si esos desgraciados eran culpables de algo».

…

«Y a saber cómo y por qué llegaron a donde llegaron».

…

«Las órdenes son las órdenes... ¡Y un huevo!».

…

«Me cago en la guerra y en su puta madre».

Llegó a la bodega. En la puerta, el Alférez Riquelme, con su correaje de comandante de la guardia y sus zapatos bien lustrados, hablaba con el capitán De la Torre y el teniente Cuadrado.

González se bajó del vehículo y dio indicaciones al sargento Victoriano para que formase el pelotón en el patio interior.

El sargento los formó en hilera de a uno y ordenó girar a la derecha y firmes.

—A la orden, mi teniente, el pelotón esté formado sin novedad.

—Manda descanso.

Después de que el sargento ordenara descanso, González ordenó firmes y se dirigió al capitán.

—¡A la orden, mi capitán —gritó mientras saludaba—. El pelotón está formado y el servicio se ha realizado sin novedad.

—Gracias, González. Manda romper filas.

—Rompan…, ¡filas!

—¿Cómo ha ido eso mi teniente? —preguntó el alférez Riquelme.

—¡De cojones, Riquelme! ¡Ha ido de cojones! ¡Pero la próxima vez vas tú con tu puta madre!

—Hombre, mi teniente…

—Venga, González, hoy no comeremos del rancho que nos traen los de Intendencia —dijo el capitán De la Torre—. Te invito a comer en un restaurante del que me ha hablado el comandante.

—Mi capitán, te lo agradezco, pero no estoy para comer ahora mismo.

—Bueno, pues nos tomamos unas copas y ya luego vemos. Es una

orden.

—De acuerdo, mi capitán. Creo que necesito esas copas.

—Y tú, Cuadrado, te vienes con nosotros. Riquelme, encárgate de que no salga nadie de la tropa. Los sargentos a su aire. Menos el de semana, claro.

—A la orden, mi capitán.

El cabo de Regulares

El restaurante no era nada del otro mundo. El dueño era, o aparentaba ser, un fiel amante de las tropas nacionales.

—Señores, ¡arriba España y viva Franco! Pidan por esa boca lo que deseen, que aquí está Raimundo para servirles como se merecen.

—Muchas gracias, Raimundo. Patriotas como usted es lo que hace falta.

—¿Les apetece tomar unos copazos de coñac del bueno?

—Mejor unos vinos, pero por Dios que no sea moscatel. Estamos de vino dulce hasta las cejas.

—Ahora mismo, les traigo una botellita de tinto que se van a enterar de lo que es bueno, mi capitán.

—Bueno, González, ahora que estamos aquí con toda tranquilidad, cuéntame. ¿Qué te pasa?

—Qué quieres que te cuente mi capitán. Todo bien, pero esto es una puta mierda.

—¿Y eso?

—Mi capitán, hoy he descubierto que una cosa es matar a un enemigo que se te viene encima con la bayoneta calada o que te apunta con un mosquetón y otra matar a gente desarmada, por muy rojos que sean.

—¡Coño, González! Tú siempre has sido considerado como el oficial más duro del Batallón —comentó el teniente Cuadrado.

—No tiene nada que ver lo uno con lo otro. Si hay que fusilar se fusila, pero solo puedo decir que se me ha quedado muy mal cuerpo. Si se me ordena ir mañana y hacer lo mismo, pues lo hago y punto, que para eso estamos. Pero no me puedo sentir bien después de haber gastado más de cinco cargadores en rematar a gente moribunda con mi pistola.

—González, te entiendo —aseguró De la Torre—. Pero piensa que al rematarlos le has evitado más sufrimiento.

—Ya…

—Señores, aquí está ese vinillo —dijo Raimundo, el dueño del local—. De lo mejor, como ustedes se merecen. Y que sepan que la botella va por cuenta de la casa.

Después de una segunda ronda, González se mostró dispuesto a comer algo.

—Así me gusta, hombre —dijo Cuadrado al tiempo que daba unas palmaditas en el hombro a González.

—¡Raimundo!

—Digan los señores.

—¿Qué tienes por ahí para comer?

—¿Les apetece un arroz con conejo?

—Hombre…, si no es gato… Porque no pensarás meternos gato por liebre, como se suele decir, ¿verdad?

—La duda ofende, mi capitán. No le diré que alguno no se haya caído en un momento dado en la cazuela. La cosa está regular y toda carne es bienvenida. Pero con ustedes no se me ocurriría *ni por pienso*. Ahora bien, si no me creen o tienen una duda razonable, tengo ahí chorizo picante, un jamón serrano y unas morcillas de Ronda que quitan el sentido.

—Te vamos a dar un voto de confianza, aunque eso del voto es cosa de rojos —dijo el capitán—. Primero nos vas a poner de esos embutidos y jamones que dices e incluso, si acaso, un poco de buen queso, y luego le vamos a hacer los honores a ese arroz.

—Visto. Tengo un queso de cabra que se van a enterar de lo que es bueno. Ya mismo estoy aquí, señores.

—González, me alegro de que hayas levantado ese ánimo —dijo Cuadrado antes de endosarse la tercera copa.

—Llamadme cursi, pero desde esta mañana no paro de pensar que todos tenemos un límite y que hoy he encontrado el mío.

—¡Coño, González! —exclamó el capitán con una sonrisa—, pareces un filósofo de esos.

—No es eso, mi capitán. A ver si me explico: desde pequeños nos marcan unos límites en lo que podemos o no podemos hacer: para eso está la educación, la religión, la conciencia o el instinto, yo qué sé… Ya sabéis: no robarás, no matarás y todo eso.

—Todas esas cosas son muy relativas —opinó el capitán—. Y ahora lo podemos comprobar mejor que nunca: llega una guerra y todos rebasamos esos límites de los que tú hablas.

—Nos dicen que, al ser una guerra justa, todo vale. Pero no es así. Siempre hay límites. Y no se trata de lo que nos digan, ni de cómo nos hayan educado, sino de los límites morales que tenemos cada uno de nosotros

—¿Y cuáles son esos límites, si se puede saber?

—Para mí, lo de esta mañana. Me pueden poner un cura bendiciendo a esos desgraciados, me pueden decir que es una guerra justa y que tenemos derecho a fusilarlos, pero, para mí, disparar a personas indefensas rebasa mi límite moral. A eso me refería.

El capitán miró a González como si se tratara de un crío de escuela al que hay que enseñar las cosas de la vida.

—Mira, ya que te pones transcendental, te diré que el hombre es un lobo para el hombre. Cuando la supervivencia o los propios intereses están en juego, no hay límites. ¿Qué te crees? ¿Que esos que has fusilado eran hermanitas de la caridad? ¿De verdad te crees que si uno de esos hijos de puta hubiera podido y te hubiera tenido a tiro cuando entrábamos desfilando en Málaga no te habría matado?

—No lo sé, mi capitán. Supongo que más de uno sí. Pero sin juicio ni consejo de guerra, ¿quién me asegura que no he mandado matar esta mañana a muchos inocentes, cuya única culpa era tener una ideología o haber votado a un partido de izquierdas?

—Vamos a ver, ¿cómo se van a hacer tantos miles de juicios? Esto es la guerra, joder. Y aquí no hay límites que valgan. Convéncete.

—Con todos mis respetos mi capitán, te equivocas. Siempre hay límites, salvo para los sicópatas y los asesinos.

—Pero, hombre, si hasta la Iglesia apoya nuestra cruzada. Aquí se trata de derribar a un Gobierno ilegítimo formado por herejes y comunistas sin Dios. ¿Se te han olvidado las iglesias que han quemado y los sacerdotes que han fusilado?

—Ya… Así será, mi capitán. Además ya dije antes que si se me ordena ir todos los días a mandar un puto pelotón de fusilamiento, lo haré sin rechistar. Pero la conciencia…

—¡La conciencia! ¡Ya salió la conciencia! La conciencia es un invento de los débiles para protegerse de los fuertes. Joder, González, la vida es una lucha constante de intereses. Si quieres algo y hay otro que se opone, no hay más remedio que actuar y luchar por lo tuyo. ¿O no?

—Que sí, mi capitán. Lo dejamos ahí. Aunque para mí, el que no piensa más que en él y no cede jamás ante sus intereses, no deja de ser un canalla.

—Entonces, según tú, con mi forma de pensar, soy un canalla.

—Coño, mi capitán, no pongas en mi boca palabras que no he dicho. No pretendo ofenderte. Todo es muy complicado, lo admito. Mira, vamos a tomarnos un café y nos olvidamos de la conversación.

—Será lo mejor, González. Anda, no le des más vueltas.

***

Cuando salieron del restaurante, la ciudad seguía sumida en el caos: niños y mujeres que deambulaban en busca de algo que llevarse a la boca, disparos aislados que no se sabía bien de dónde venían, grupos de personas que regresaban a la ciudad tras saber que las tropas sublevadas habían terminado por cortar el paso en la carretera de Almería tras haber ametrallado a miles de víctimas inocentes, casas destrozadas y muchos soldados del Cuerpo de Regulares que robaban lo que les apetecía sin que nadie se lo impidiera.

Regresaban a la bodega. En silencio. Alberto de la Torre pensaba en las palabras de González. Al pasar por delante de la puerta de una casa, oyeron una voz de alguien que se negaba a hacer algo y un ruido que a Alberto le pareció una bofetada.

Pasaron unos metros de largo y el capitán se paró.

—¿Habéis oído? —preguntó.

—Sí —contestó Cuadrado.

—A saber qué será. Alguien que le da una lección a un rojo de los cojones —supuso González.

—Pues a mí, me parecía que la voz era de un niño —dijo el capitán.

—Esperad un momento —dijo González.

Dio media vuelta y se acercó a la puerta de la vivienda. Cuando llegó, se adentró unos pasos: no se veía muy bien, pero parecía que había dos personas, una más alta que otra.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó González.

Se produjo un breve silencio hasta que alguien contestó:

—Lárgate de aquí o te pego un tiro.

—Soy teniente del Ejército Nacional y no permito órdenes más que de mis superiores. Así que dime de una vez quién eres.

—Cabo Rachid, de Regulares, mi teniente, si es que eres teniente, que eso está por ver.

González se acercó a dos pasos escasos del otro. Lo que vio lo dejó paralizado por un momento. En efecto, era un cabo de Regulares. Tenía el miembro viril fuera del pantalón y un machete en la mano. Un chico de no más de doce años, con el rostro medio tapado por las manos temblaba de miedo.

—¿Qué piensas hacer con ese crío?

—Enseñarle lo que es un hombre. Para que aprenda a no salir de su casa solo con el peligro que hay en las calles.

—Y ese peligro eres tú, ¿no?

—Eso mismo.

El cabo tenía síntomas de haber bebido más de la cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Eres maricón y no te gustan las mujeres, o qué?

—Mira, teniente, a mí no me insultes. Sé lo que hago. Le enseño cosas que no olvidará en su vida. Es por su bien. Además, si se deja llevar, pasará un buen rato, eso lo garantizo.

—Deja al chico en paz y preséntate en tu unidad. Y aquí no ha pasado nada.

—A mí no me mandan más que mis superiores, así que mejor te marchas tú y me dejas tranquilo.

—A ver si te enteras: te estoy dando una orden. ¿Sabes el castigo por insubordinación en tiempo de guerra?

—Antes de que saques la pistola tengo tiempo de clavarte este machete, así que vete ya, cristiano de mierda.

—Está claro que estás borracho como una cuba. Te voy a dar una última oportunidad. Si te…

—Antes de que el teniente terminase la frase, el cabo intentó clavarle el machete en el estómago. González se movió con rapidez y pudo atajar la mayor parte de golpe, tras lo cual le dio un fuerte puñetazo al otro y saltó hacia atrás.

Mientras el cabo trataba de reponerse, sonaron dos disparos que le agujerearon la cabeza y lo derribaron, muerto en el acto. El capitán De la Torre estaba enfundando el arma y todavía González trataba de asimilar lo que había sucedido.

—¿Cómo estás? —preguntó el capitán.

—Creo que tengo un corte a la altura de la cintura. No sé si será profundo o no. Este hijo de puta quería abusar del chaval. Se me ha insubordinado.

—Pues ha pagado el castigo que se merece por insubordinación. Vámonos de aquí.

—Primero vamos a llevar a este chico a su casa, ¿no mi capitán? A ver, chaval, ¿cómo te llamas? —preguntó González.

—Pedro.

—¿Vives cerca de aquí?

—No muy lejos.

—¿Y cómo se te ocurre salir solo con estos cabrones en la calle?

—Yo pensaba que los soldados no eran malos, señor. Salí para ver si encontraba una panadería abierta. Llevamos unos cuantos días sin pan en casa.

—Lo entiendo, pero no lo vuelvas a hacer. Te vamos a acompañar a tu casa y antes vamos a llevarte al sitio donde estamos acuartelados, que no queda lejos. Te vamos a dar pan para unos cuantos días, ¿verdad mi capitán?

—Haz lo que veas. Es cosa tuya, González.

—Pero mi capitán, tú has salvado al chico.

—No digo que no. Pero lo que he hecho, más que nada, ha sido atajar una insubordinación. Si quieres ayudar al chaval, es cosa tuya.

—De acuerdo, mi capitán. Chico, te voy a ayudar, pero me tienes que prometer no salir de casa solo. Ya hablaré con tus padres.

—Se lo prometo. En realidad, tendrá que hablar con mi madre. Mi padre está en el frente y ella se ha quedado sola con mi hermano pequeño.

—¿En el frente? ¿Con los rojos? —preguntó González.

—Yo no sé. No entiendo de rojos ni de amarillos. Lo único que sé es que tenemos hambre y que mamá está muy asustada.

—No te preocupes, chaval. Te daremos comida para unos cuantos días —dijo González poniendo una mano sobre el hombro del chico—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce voy a cumplir.

—Los mismos que tendría ahora mi hijo Albertito —dijo Alberto—. Bueno, y más o menos los mismos que tendrá el canijo.

El capitán Alberto de la Torre se sorprendió a sí mismo al hablar sobre el hijo repudiado al principio, luego olvidado y ahora vivo de nuevo en su cabeza. Sintió una punzada en el estómago.

Por un instante se le pasó por la cabeza que no quería morirse en aquella guerra sin ver a su hijo y conocerlo.

Villanueva del duque

Días después, el comandante Quílez llegó a la bodega con noticias de nuevos cambios en el despliegue del Batallón. Reunió a todos sus oficiales en las oficinas de la bodega que servían de alojamiento para los mandos y de cuartel general del Batallón.

—Señores, se acabó la buena vida. Porque no me negarán que aquí, aparte de cuatro tiros y el desfile triunfante del primer día, no hemos dado ni un palo al agua.

—Al agua no le habremos dado ningún palo, mi comandante, pero la tropa al moscatel de la bodega le ha dado a base de bien —dijo el capitán Rubio—. Eso sí, con el control debido…, más o menos —matizó.

—¡Qué cachondo eres, Rubio! Mira cómo me río —exclamó el comandante Quílez con cara de pocos amigos—. A lo que voy: en un par de días la Unidad de Transportes nos lleva en camiones de nuevo al frente de Córdoba. Parece que se gesta allí una ofensiva en gran escala.

—Aquello no va a ser cosa de desfilar por los pueblos y tomar unos amontillados. El teniente coronel Pérez Salas es duro de roer —opinó el capitán Guerrero.

—Así es. Pero ya veremos quién es más duro. Tengo aquí, en el bolsillo, un recorte de un periódico con unas palabras del general Queipo de Llano acerca de Pérez Salas. —Quílez sacó unos papeles y entre ellos un trozo de periódico doblado—. Aquí lo tengo:

> *Lástima que tan buen jefe como Pérez Salas esté al lado de los rojos. Siento mucho tener que fusilarlo, pero me veré obligado a hacerlo.*

Todos rieron y comentaron aquellas palabras.

—Vamos a dar una buena tunda a ese Pérez y se lo vamos a entregar al general en bandeja —dijo Alberto.

—Ya veremos —dudó el comandante—. Al menos se lo vamos a poner difícil.

***

El Batallón de Quílez se instaló en Peñarroya-Pueblonuevo; había otras unidades sublevadas en Espiel y en Villarta. Desde estas localidades, todas las fuerzas esperaban la orden de iniciar la ofensiva en dirección a Villanueva del Duque, desde la que deberían dirigirse, una vez tomada, hacia Pozoblanco, objetivo principal de la ofensiva.

Las fuerzas gubernamentales que mandaba Pérez Salas, bajo las órdenes del puesto de mando retrasado del general Miaja, estaban formadas por guardias civiles leales al Gobierno de la república, Carabineros, algunas unidades de la Amada, Artillería y milicianos.

El día 6 de marzo se inició el movimiento simultáneo hacia Villanueva del Duque. El Batallón al que pertenecía la Compañía del capitán De la Torre empezó la marcha a las cuatro y media de la mañana, después de desayunar fuerte. Eran treinta kilómetros de distancia y tenían que estar ante el pueblo antes de las doce del mediodía.

La tropa iba en columna de a dos y dejaba amplios intervalos entre personas, Pelotones, Secciones y Compañías. La de Alberto iba en cabeza y el capitán estaba situado en el centro de la columna, para facilitar su comunicación con los jefes de sección.

Los hombres llevaban las cantimploras llenas de agua, los cascos bien sujetos y las cartucheras llenas de granadas de mano y peines de munición.

Alberto de la Torre miró su reloj. «Las siete de la mañana —pensó—. Por los mojones de la carretera, hace un momento hemos hecho cinco kilómetros».

—¡Cabo! —dijo al enlace que llevaba siempre a su lado—. Dile al teniente González que aligeren un poco el paso. Solo un poco.

—¡A la orden, mi capitán.

—Y luego te vas a la tercera sección y le dices al alférez Riquelme que no se me queden atrás. Que mantengan las distancias del principio.

—¡A la orden! —El cabo salió a todo correr hacia la vanguardia de la columna.

A las once y dieciséis minutos llegaron ante Villanueva del Duque. A una distancia aproximada de un kilómetro de las primeras casas, el capitán ordenó que la segunda sección desplegara a la derecha, la primera en el centro y la tercera a la izquierda. Y que todos se mantuvieran cuerpo a tierra. Había que esperar.

La segunda Compañía, al llegar, se desvió a la derecha de la de Alberto; la tercera a la izquierda. El Batallón ocupó un frente de más

de un kilómetro, rodeando la parte sureste del pueblo. A lo lejos se veían llegar a los procedentes de Espiel; los de Villarta quedaban más al este y no eran visibles desde la posición en la que se encontraban los hombres de Alberto de la Torre, que se asentaron en una pequeña arboleda.

Llegó el comandante Quílez con su pequeño cuartel general, formado por dos oficiales, un topógrafo, seis soldados de enlace, dos operadores de heliógrafos, un corneta y el portador del banderín del Batallón.

—Alberto, ¿todo bien?

—Con ganas de entrar en acción, mi comandante.

—¡Bien dicho! —El comandante echó mano a sus prismáticos y observó durante un buen espacio de tiempo los límites del pueblo—. Tienen trincheras, pero no veo que haya movimiento. Supongo que las ocuparán en cuanto pasen los aviones. O cuando nos detecten.

La aviación tiene que estar al llegar. Ya sabes, en cuanto hagan las dos pasadas por el pueblo, entramos a saco. Y que dios nos ayude.

El capitán miró de nuevo su reloj.

—Ya mismo los tenemos aquí.

Pasaron unos minutos.

—Las doce y cinco. No llegan —dijo el comandante con gesto preocupado.

—De repente, se oyó el ruido de la escuadrilla que se acercaba, a media altura, desde el sur. Los aviones pasaron por encima del Batallón y soltaron su carga de bombas. Nada más rebasar el pueblo, dieron media vuelta y regresaron para soltar una segunda tanda.

El bombardeo provocó una gran humareda. En el pueblo comenzaron a sonar las sirenas de alerta.

—Mi comandante, ¿toco para avanzar?

—Todavía no.

La señal para avanzar había sido acordada desde el día anterior: una vez pasaran los aviones de nuevo hacia el sur, todos avanzarían reptando hasta situarse lo más cerca posible del pueblo. No convenía dar la señal con la corneta y con ello avisar del ataque de la Infantería. No pudieron avanzar tanto, pues en unos minutos las trincheras estaban llenas de fuerzas gubernamentales y comenzó el fuego.

No tardó en oírse el ruido inconfundible de los proyectiles procedentes de los obuses de los republicanos.

—Hay que echar mano a los morteros contra las trincheras —dijo el comandante al capitán De la Torre—. Aprovecharemos el follón para dar un salto.

—Cabo, ve al teniente González y dile que utilice las armas pesadas de su sección —ordenó De la Torre.

Mientras el cabo salía a toda velocidad hacia la sección del teniente González, la más próxima al capitán y al comandante, este dio una orden escalofriante al corneta:

—¡Toca a todo el Batallón calar la bayoneta! ¡Y en cuanto veas caer las granadas de los morteros, toca también la contraseña del Batallón y al asalto!

Los morteros de González no estuvieron muy acertados en su puntería, si bien las granadas caían cada vez más próximas a las trincheras, tras las correcciones oportunas. Fue sonar la corneta y los defensores comenzaron a correr hacia el pueblo, tras abandonar la ligera protección que les brindaba el terreno. Los soldados del Batallón de Quílez corrían y gritaban como posesos, tal vez no tanto por la alegría de ver que el enemigo desalojaba la posición como por el miedo de que alguno se quedase para resistir y se tuvieran que jugar la vida a cara o cruz.

Hubo pocos disparos y escasas bajas. Las trincheras estaban vacías.

—¿Qué hacemos, mi comandante?

—Entrar en el pueblo, ¡con dos cojones! Los otros dos batallones deben estar al llegar o habrán llegado ya a sus posiciones. Vamos a ser los primeros en entrar. ¡Corneta, toca avanzar en guerrilla a la primera Compañía.

—O sea, a la mía —dijo de la Torre.

—Eso mismo. Espero que te luzcas. Si ves la cosa complicada no dudes en retirarte. Te reemplazaré con la segunda Compañía.

—Nada más oír el toque, las tres secciones comenzaron a avanzar. No recibían fuego enemigo, lo cual podría ser buena señal para un inexperto pero no dejaba de preocupar a Alberto.

«Estos hijos de puta nos están esperando. ¡Seguro!», pensó.

Se pararon a unos cincuenta metros del pueblo, ante una calle más bien ancha. No había más remedio que cambiar el despliegue a columna de a dos. Mediante señales, el capitán ordenó que fuese la tercera sección la que pasase a vanguardia y las otras dos esperasen. González estaba a unos metros del capitán.

—Mi capitán —dijo en voz baja—, de esta, el Alférez Riquelme o

se cubre de gloria o se cubre de mierda hasta las cejas. Lo tiene jodido.

—La situación viene bien para que se foguee un poco a ver si se le quitan los melindres —comentó el capitán con una sonrisa malévola.

Fue entonces cuando comenzó a llover a cántaros.

—Pues tiene suerte el mamón —dijo González—. Con esta lluvia no se ve un carajo y le puede resultar más fácil. La sección de Riquelme comenzó a recibir fuego nada más entrar en la calle. Los defensores se habían apostados en azoteas y ventanas y la ventaja respecto a los atacantes era manifiesta. Cayeron unos cuantos antes de que el resto tuviera tiempo de resguardarse en los portales.

—¡¡¡Hay que entrar en las casas y azoteas y matar a estos cabrones!!! —gritó Riquelme; la orden se oyó desde la posición del comandante Quílez y el capitán de la Torre.

—¡Vaya!, el alférez provisional los tiene bien puestos… —comentó el comandante con una sonrisa.

Durante más de quince minutos, se oyeron gritos y disparos constantes. La lluvia arreciaba cuando apareció un soldado empapado y con el rostro desencajado.

—Que dice el alférez que la entrada del pueblo está limpia, que puede entrar el resto de la Compañía.

—Corneta, toda en columna de a dos para todo el Batallón —ordenó el comandante.

Justo en esos momentos, llegaron varios soldados de transmisiones, bajo el mando de un sargento, con cable telefónico.

—Mi comandante —dijo el sargento tras cuadrarse y saludar—, este tendido viene de Espiel. Conecta con el coronel Cascajo, que como sabe está al mando directo de la operación y en contacto telefónico en el General Queipo de Llano.

—¡Visto, sargento! ¿Me puedes llevar la línea hasta alguna de las primeras casas y así instalo ahí mi puesto de mando?

—¡Por supuesto, mi comandante!

Una pregunta, sargento: ¿Cuántos kilómetros de cable has tendido desde Espiel hasta aquí?

—Pues treinta y dos carretes de mil metros cada uno, mi comandante.

—¡Sí señor, con dos cojones!

—Y hay otros dos equipos para las otras dos columnas.

—Los de Transmisiones os merecéis una medalla cada día, joder. ¿Y funcionará esto?

—Tiene que funcionar. Es cuestión de hacer los empalmes con cuidado, mi comandante. Y poner algún repetidor, por lo de la posible caída de la señal.

El comandante Quílez se quedó en una casa a la entrada del pueblo. Nada más conectarse el terminal telefónico, giró la manivela y esperó unos segundos.

—¿Quién eres? —preguntaron desde el otro lado del hilo.

—Soy el comandante Quílez, del primer Batallón. ¿Es usted, mi coronel?

Hubo un silencio hasta que una voz temerosa contestó:

—Perdón, mi comandante, soy el cabo Pérez. Ahora mismo llamo al coronel.

En dos minutos se oyó la voz grave y segura de Cascajo.

—¿Qué pasa por ahí, Quílez?

—Sin novedad, mi coronel. Mi columna entra en estos momentos en Villanueva del Duque. Parece que habrá resistencia, pero venceremos a esos rojos de mierda.

—Por supuesto. Voy a comunicárselo a Queipo. En cuanto puedas, me informas de la toma del pueblo, a fin de darte la orden de progresar.

Llegaron sin muchos problemas ante el edificio del ayuntamiento, donde se esperaban una fuerte resistencia. Mientras se intercambiaban disparos de fusil y los morteros bombardeaban la fachada del edificio municipal, se oyó el zumbido de cañones del bando sublevado por encima del pueblo. Estaban efectuando fuego de contrabatería, para obligar a retirarse a la artillería republicana y así dar paso a los infantes para continuar el avance en dirección al siguiente pueblo antes de llegar a Pozoblanco: Villarta.

—Mi capitán, va a resultar difícil desalojar del ayuntamiento a los defensores —dijo González—. ¿Y si continuamos el avance? Al fin y al cabo, nuestro objetivo es Pozoblanco.

—No podemos dejar a estos aquí. Se presentarían en nuestra retaguardia y nos podríamos ver cercados. Además, la orden es tomar el pueblo sí o sí y luego informar a la superioridad.

—Es verdad. No he dicho nada.

Media hora después, llegó la artillería propia. Una Batería de seis cañones de 75 milímetros se asentó a unos doscientos metros del

edificio del ayuntamiento.

Nos ha ordenado el comandante que avancemos para atacar la fachada del ayuntamiento —dijo el capitán de la Batería a Alberto—. La vamos a dejar hecha un Cristo. Van a salir de ahí como ratas.

—Pues cuando quieras. Es todo tuyo.

En ese momento, se oyó un ruido característico: eran cadenas de tanques que machacaban los adoquines de la calle:

—¡Me cago en la puta! ¡Contraataque! —grito el capitán de Artillería.

Por una calle aparecieron cientos de guardias de asalto, carabineros y guardias civiles, que iban delante de los tanques y comenzaron a disparar sobre las tres columnas rebeldes que habían confluido en la plaza del ayuntamiento. El caos fue absoluto: unos huían, otros se echaban cuerpo a tierra y otros trataban de contrarrestar el ataque poniendo rodilla en tierra y disparando a sangre fría. Todos supieron que se imponía una retirada inmediata. Era imposible contrarrestar el fuego enemigo.

De la Torre comprendió que no había tiempo para informar al comandante Quílez, como otros capitanes entendieron que no podían hacer lo propio con sus jefes, instalados en sendos puestos de mando retrasados. En realidad no era necesario insistir en dar órdenes: la mayor parte de los efectivos de las tres columnas ya estaban en franca retirada cuando de algún lugar sonó una corneta con la orden de retirada.

El capitán Alberto de la Torre se resistía a volver la espalda. Por un momento pensó que de todos modos lo iban a matar y prefería dar la cara y morir matando a cuantos enemigos pudiera. Se pasó la pistola a la aino izquierda y sacó el sable con la derecha. Los enemigos más próximos estaban a escasos veinte metros y comenzó a vaciar el cargador. «Si llegan hasta mí y no me han matado, me llevaré a unos cuantos por delante a sablazos», pensó. Vio que alguien apuntaba su arma hacia él y sintió como una quemadura en el hombro.

En aquellos momentos tan críticos, sucedió algo inesperado. Nadie parecía hacerse cerciorado de que los seis cañones seguían en la plaza. El capitán había ordenado maniobrar las piezas para apuntar al enemigo. Los primeros proyectiles pasaron entre los cuerpos de los asaltantes de la plaza destrozando cuerpos y sembrando el desconcierto.

Alberto giró la cabeza hacia los cañones con una sonrisa de triunfo. Los atacantes se habían parado y tenía la oportunidad de salvar la vida y retirarse de forma honrosa.

Justo entonces, cuando se disponía a dirigirse hacia las piezas de Artillería y desde allí coger la calle para salir por donde se debía encontrar el comandante Quílez, sintió que algo lo empujaba con fuerza y lo hacía volar.

Viejos conocidos

El capitán De la Torre se levantó sin ningún problema. Miró alrededor; trataba de averiguar qué o quién lo había empujado con tanta fuerza.

Los soldados enemigos pasaban por su lado, disparando sin parar, pero no se fijaban en él. Soltó un sablazo sobre un guardia civil y este ni se inmutó.

—¿Qué pasa mi teniente? ¿Cómo va eso?

Giró el rostro hacia el lugar de dónde procedía aquella voz. Le resultaba conocida, pero no sabía a quién correspondía.

—Querrás decir capitán.

—¿No me reconoce?

—Si no te acercas un poco… ¡Coño, Periquillo! ¿¡Qué me pasa!? ¡No entiendo nada! Tú estás muerto. ¿Es que yo también…?

—No, ¡qué va! Usted está bien vivito, mi teniente. Bueno, mi capitán, quiero decir.

—Pero ¿cómo es posible que te vea? Esto no puede ser real.

—Le aseguro que es real. Yo estoy aquí con usted ahora mismito.

La plaza se quedó solitaria. No había soldados de ninguno de los dos bandos.

—Mi capitán, ¿se acuerda de las veces que le salve la vida allá en el norte de África?

—Sí que me acuerdo, pero tampoco fue para tanto.

—¿Ah, no? ¡Qué mala memoria tenemos! Si no hubiera sido por mí, llevaría usted unos cuantos años en el otro barrio y yo estaría vivito y coleando. Porque no me habría traicionado con Manuela y yo estaría tan feliz con ella en el pueblo.

—¡Qué quieres que te diga! Vale, cumpliste con tu obligación de defenderme, que para eso eras mi ordenanza.

—¿Y usted? ¿Con qué cumplió? ¿Tenía la obligación de acostarse con Manuela y hacerle un niño? ¿Qué sintió cuando me pegué un tiro por no matarlo a usted?

—La verdad es que me dio mucha pena y me arrepentí de lo que sucedió, Periquillo.

—¡Y un huevo! ¡Usted no sintió nada! ¡A usted le dan igual los

demás! ¡Solo piensa en sí mismo!

—Estoy seguro de que me han herido y esto es una alucinación. Estaré soñando o algo así. En cuanto recupere el conocimiento, si no antes, te habrás esfumado.

¡No tiene ni puta idea, mi capitán! Usted y yo estamos frente a frente y esto es más real que todo lo que ha vivido hasta ahora. Eso sí que es un sueño.

—Vale, ¿y qué quieres de mí? Tú estás muerto y eso ya no tiene remedio.

—Mire, al principio, después de pegarme el tiro con la escopeta, sentí un gran rencor hacia usted y hacia Manuela; ahora me siento en paz. No tengo resentimientos ni nada parecido. Si estoy aquí es para avisarlo de que todos los hechos tienen consecuencias y ahora le va a tocar pagar por las canalladas que ha cometido.

—Reconozco que no me porté bien contigo. Pero eso de que he cometido tantas canalladas…

—Estoy al corriente de sus cosas. Sé que no quiso aceptar al hijo de Manuela. Y que después de que su otro hijo falleciera quiso recuperarlo. Pero no porque lo quisiera sino por orgullo y por hacerle la puñeta a Jacinta. Que, por cierto, hizo muy bien en dejarlo. También sé que dejó que el facineroso que se hacía llamar investigador privado matara al canónigo y que luego lo envió a recoger al niño y matar al vaquero. Y también sé que luego usted mismo le cortó el gaznate al beneficiado. Y todo ¿para qué?: para nada, porque, poco después, su hijo volvió a importarle menos que nada. Usted terminará solo y será un desgraciado. Son las consecuencias. Un canalla se merece vivir como un perro y eso es lo que tendrá a partir de ahora.

—Sigue. Me la trae floja. Sé que me recuperaré y que entonces no te volveré a ver.

—Mire, lo mismo le pido permiso al Jefe para darle la tabarra día sí y día no. Ya verá cómo se le quitan esos humos. Y que conste que no le guardo ningún rencor. Yo solo he venido para darle el aviso de lo que le espera. De momento lo dejo ahí, mi capitán. ¡Hasta más ver!

El soldado Pedro García, ordenanza de Alberto y luego guarda de su cortijo, se dio media vuelta, no sin antes dirigir una sonrisa al capitán. Una sonrisa que emanaba paz y al mismo tiempo denotaba lástima hacia su antiguo jefe.

Se fue andando hacia un extremo de la plaza del ayuntamiento y desapareció por una de las calles que daban a la misma.

Alberto comenzó a andar por la plaza vacía. Sentía una punzada en la cabeza. Era un dolor casi insoportable. Se tocó y no se notó nada; las piernas también le dolían; las sentía pesadas, muy pesadas.

«Estoy cansado, eso es todo. El dolor de cabeza debe ser del ruido de los cañones, estaban muy cerca cuando me caí».

Al llegar a las afueras del pueblo, vio que había tropas propias en las trincheras. El comandante Quílez no aparecía por ninguna parte.

«Parece que hemos tenido que retirarnos. Seguro que en unas horas hacemos un contraataque y lo logramos».

Por fin, algo alejado, vio al teniente González, que daba instrucciones a sus tres sargentos de pelotón.

—¡González!, ¿cómo va eso?

El teniente giró la cabeza hacia él; al parecer, no lo vio. En esos momentos llegaron dos camilleros.

—Mi capitán, ¿está herido?

—Creo que no. Tal vez me he dado un golpe en la cabeza. Me duele. Estoy muy mareado.

—Tenemos que evacuarlo, mi capitán.

—¡De eso nada! Me recuperaré en nada.

—Es el reglamento, mi capitán. Si está mareado tenemos que llevarlo al puesto retrasado para que lo vea un médico. Si está bien, le dejarán regresar en unas horas.

—De acuerdo. Cuanto antes vea al doctor más pronto estaré de vuelta.

Lo echaron sobre una camilla y lo introdujeron en una ambulancia de las que se encontraban en la carretera. El vehículo arrancó.

«Joder, me duelen las piernas de cojones; Y la cabeza no digamos».

—¡Estás bien jodido! ¡Te lo digo yo!

Alberto trataba de averiguar quién le había hecho los comentarios. Debía ser alguien conocido, por la confianza que mostraba al hablarle. No podía ser un subordinado, desde luego.

No se veía nada. La caja de la ambulancia se encontraba en completa oscuridad.

—¡Te está bien empleado, pedazo de cabrón!

***

Lo instalaron en una sala blanca, resplandeciente. Al entrar sintió que le molestaba tanta luz, pero estaba muy cansado como para pedir a los camilleros que las apagaran. Estos lo dejaron sobre una cama y se dieron media vuelta.

Le extrañó ver que llevaban ropajes propios del clero. «¡Coño, tengo visiones! Me debo haber dado un buen golpe en la cabeza; tengo que dormir, a ver si se quita el puñetero dolor».

—Esperamos que se mejore, Alberto —dijo el camillero que parecía de mayor edad. ¿O era sacerdote?—. Porque, si muere en este estado, se va a hacer compañía a Salgado. Y tampoco queremos eso, ¿verdad?

—Claro que no. Aunque eso no está en nuestras manos. El Señor decidirá, aunque con sus antecedentes…

Alberto de la Torre iba a decir algo, pero no le salían las palabras. Estaba aturdido y agotado.

Entró en un profundo sopor. No estaba dormido, pero lo veía y oía todo como entre sueños. Se despertó de golpe. Había oído un ruido. Como el chirrido de una puerta. Miró hacía la entrada de la habitación y vio que alguien acababa de entrar.

Se sentía muy débil, con temblores, más bien convulsiones, y sudoración. Notaba que el corazón le latía a toda velocidad. Parecía que las sienes le iban a estallar.

—Hombre, don Alberto, tenía ganas de verlo. ¿Cómo se encuentra?

—No…, no sé…, creo que no muy bien. —Sentía el rechinar de sus propios dientes y un ruido de fondo, como un golpeteo constante, unido a un zumbido extraño.

—¿No será que estás acojonado?

Tardó en contestar.

—No lo sé. No suelo asustarme con facilidad.

—Pues deberías, hijo de puta. ¿Es que no me reconoces?

—No…

—¡Qué pronto nos olvidamos! Así que ya no te acuerdas de mí… Espera que me acerque.

Cuando el tipo se acercó, Alberto vio aquella cicatriz inconfundible.

—¡Salgado!

—El mismo. ¿Me has echado de menos?

—Al principio sí. Te envié a por mi hijo y no volví a tener noticias de ti.

—Ya.

—¿Cómo es que has venido? No esperaba volverte a ver.

—Tú me has llamado.

—¿Yo? ¿Cuándo ha sido eso? Porque yo no lo recuerdo ni por asomo.

—¡Joder!, yo estaba tan tranquilo y me han enviado a verte. Si no ha sido porque me has llamado tú, no entiendo qué coño hago aquí. Te aseguro que yo no he decidido venir por mi cuenta.

—¿A a qué has venido ahora, si se puede saber?

Me han enviado para que te lleve conmigo.

Salgado se subió en la cama y se sentó sobre las piernas de Alberto. El dolor que sintió era casi insoportable. Luego, acercó el rostro a Alberto. Solo unos centímetros separaban sus bocas cuando el de la cicatriz se echó a reír a grandes carcajadas. El aliento le olía a una mezcla de tierra, podredumbre y azufre. Cogió con las dos manos la cabeza de Alberto y comenzó a apretar sin parar de reír. El aliento de Salgado resultaba frío y de un hedor repugnante.

Alberto soltó un prolongado alarido, tras el cual abrió los ojos. Alguien con una bata blanca le tocaba la cabeza con ambas manos.

—Tranquilo, capitán, está en buenas manos. ¿Cómo se encuentra?

—Muy mal. ¿Qué hacen?

—Solo un reconocimiento de rutina.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital Militar de San Fernando, en Córdoba.

—¿Qué me ha pasado? Tengo un recuerdo vago de haberme caído. Ayer, en Villanueva del Duque.

—¿Ayer? Hace un poco más de tiempo, capitán. Para ser concretos, ayer fue el décimo día desde su ingreso.

—¿Cómo? ¿Diez días? ¡Algo no me cuadra: ayer estaba pegando tiros en Villanueva del Duque.

—No le dé más vueltas a la cabeza. Acaba de dar un gran paso. Por fin ha despertado. Descanse.

—¿Qué me ha pasado? No me acuerdo de nada.

—Recibió un disparo en el hombro y disparos de una ametralladora en ambas piernas. En los muslos. Por suerte no le tocó

los huesos, pero en la parte trasera de los muslos ha perdido masa muscular.

—Vaya, que me he salvado de milagro.

—Eso pensamos. Las balas se la extrajimos no han afectado nada vital. Es posible que durante un tiempo, más o menos prolongado, le falte movilidad en el brazo, pero pensamos que se recuperará. Lo peor ha sido lo de las piernas. Como le digo, las balas se han llevado por detrás parte de la masa muscular de los muslos. Lo mejor es que la circulación llega bien a los pies. No podemos saber hasta qué punto se recuperará, si bien tenemos esperanza de que pueda llegar a andar. Eso solo el tiempo lo dirá.

—¿Y la cabeza? Me duele muchísimo.

—Al parecer, nuestra Artillería disparaba contra los rojos. Un proyectil debió salir mal de la boca del cañón y cayó cerca de usted. Le debió golpear un trozo de metralla, que casi no se le nota a simple vista, si no fuera porque cuando llegó tenía el pelo de esa zona quemado. Pensamos que ese golpe puede haber influido en el tiempo que ha tardado en despertar. Lo importante es que no parece que sea nada grave, aunque con la cabeza nunca se sabe.

—Gracias.

—Eso sí, ahora mismo está muy débil todavía. Vamos a luchar entre todos para que se recupere. Pero usted tiene que ser el primero.

—Así lo haré. Solo una pregunta más. ¿Han venido visitas?

—De familiares no.

—¿No los han avisado?

—Eso no se lo puedo decir. Es cosa de sus superiores.

—¿Entonces, no ha entrado nadie en la habitación?

—Solo las enfermeras y doctores del hospital. Ah, y también los dos sacerdotes que hacen de capellanes. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que he visto al lado de la cama a antiguos conocidos y algunos venían en plan amenazante. No entiendo cómo los dejaron entrar. No sé…, para mí todo fue real. Y aterrador.

—Usted no paraba de hablar en sueños, según las enfermeras. ¿Es bebedor?

—No le diré que no porque le mentiría. Tampoco se piense que no puedo vivir sin una copa. Pero sí, a veces bebo de más.

—Estas cosas son difíciles de diagnosticar. Es probable que, entre el dolor del golpe sufrido en la cabeza y la abstinencia del alcohol, haya tenido alucinaciones. En principio, no es importante. Si no bebe,

en unos días dejará de sufrir esos episodios. También es posible que ya no los tenga.

La visita de González

Alberto de la Torre se recuperaba con mucha lentitud. Todavía, de vez en cuando, oía voces imaginarias que lo amenazaban o decían algo que no entendía, pero no volvió a ver a nadie del pasado.

Llevaba dos meses ingresado cuando le anunciaron la visita del teniente González.

—¿Cómo estamos? —preguntó el teniente tras dar un apretón de manos a Alberto.

—Jodido, González, ¿para qué te voy a decir otra cosa? Los dolores de las piernas son insoportables.

—Ya me han dicho que nuestra Artillería comenzó a hacer fuego directo sobre los rojos y lo pillaron por medio. Pues si te digo lo que pienso, después de los disparos y la metralla que te cayó encima, más que decir que estas jodido deberías decir «jodido, pero contento».

Los dos se rieron de buena gana, aunque a Alberto las risas le costaron más de un «ay» de dolor.

—Más contento estaría si no me viese en esta cama.

—Eso no te lo puedo negar. Otros han escapado peor. Cuadrado recibió un disparo en la cabeza y ya no está con nosotros.

—Vaya, lo siento —Alberto no lo sentía, pero algo tenía que decir.

—Hemos tenido más de treinta bajas en la Compañía y todo para no conseguir nada.

—¿No se tomó Pozoblanco?

—Qué va. Estuvimos tres días luchando en Villanueva. Hasta tres veces ocupamos el ayuntamiento y otras tantas nos tuvimos que retirar. Al final, conseguimos consolidarnos en el pueblo y tomamos también Alcaracejos, en este caso con bastante facilidad. Todo parecía que se ponía de nuestro lado.

—Pero...

—Pero no fue así. No pudimos tomar Pozoblanco. Los rojos recibieron refuerzos cuando parecía que ya abandonaban ese pueblo ante nuestro empuje. El tiempo empeoró eso no nos ayudó. Varios días de lluvia y el fango consecuente hicieron inútiles nuestros esfuerzos. Los milicianos se mostraron más combativos de lo que podíamos suponer. Dicen que en Pozoblanco había un comisario

político, un tal Garfias, que convenció a los tres batallones de milicianos para que no se fueran del pueblo. Cuando los rojos enviaron a la zona una brigada internacional, varios cazas, Artillería y una Compañía de tanques T-26, la balanza se decantó de su lado.

—Total, que nuestro objetivo no se cumplió por lo que cuentas.

—Peor aún. El 24 de marzo los rojos iniciaron una contraofensiva. Nadie se lo esperaba entre las fuerzas nacionales.

—Nos cogieron por sorpresa.

—Los nuestros estaban agotados y ellos tenían tropas de refresco. Queipo ordenó la retirada general, tras intensos combates en Alcaracejos. El día 31 de marzo tuvimos que abandonar de Villanueva del Duque y regresamos a Peñarroya-Pueblonuevo.

—Y nos quedamos como al principio.

—Exacto, pero no sin antes tener que afrontar brutales ataques de los rojos. Hasta hace poco no sabíamos si podríamos conservar la línea del frente que dominábamos antes de avanzar hacia Villanueva del Duque. Muchos muertos para nada.

—Siento habérmelo perdido. Aunque, dados los resultados…

—Por cierto, dentro de lo malo, te traigo una buena noticia.

—¿Han descubierto la forma de que mis piernas se queden como antes?

—Ja, ja, ja. No es tan buena. Va a salir en el Diario Oficial tu ascenso a comandante. Y parece que también la concesión de una Cruz al Mérito Militar con distintivo Rojo.

—Lo del ascenso no te puedo negar que me alegra; lo de la cruz también, si bien no creo que sirva para recuperarme de las heridas. Mejor me hubiera quedado con mis piernas en condiciones sin necesidad de ascensos ni cruces.

—Bueno, ya te puedo llamar mi comandante.

—No creo que tengas muchas ocasiones para hacerlo. Me temo que mi recuperación va para largo.

—Venga, ánimo, ya verás cómo no es para tanto.

—A ver… No lo creo. ¡Ojalá!

González miró las piernas vendadas de Alberto y no pudo evitar un escalofrío al pensar en qué estado se debían encontrar cuando se las quitaban para hacerle las curas necesarias.

—Mi comandante, traigo aquí una petaca de coñac que pesa demasiado y vamos a tener que vaciar. ¿Echamos unos tragos?

—No sé… con los medicamentos que me dan y en mi estado,

creo que no debería.

—¡Paparruchas! Somos soldados, coño. ¿Qué sabrán los doctores de lo bien que sienta un buen trago cuando te tienes que enfrentar a un rebaño de hijos de puta?

—Tienes razón. Trae aquí esa petaca, que no lo pruebo desde que entré en este hospital de los cojones.

Después de varios tragos, González derivó la conversación; pensó que lo mejor era no hablar más de la guerra. Era difícil, pues la contienda, por desgracia era la parte fundamental de la vida de todos los españoles en aquellos años aciagos.

—Mi comandante, ¿cómo va la cosa con las enfermeras? Ya te habrás tirado a alguna, ¿no?

—Me suena raro eso de «mi comandante», González. Estás hecho un cachondo de cuidado. Como para pensar en las enfermeras estoy yo ahora.

—Hombre, supongo que habrá alguna que esté más que potable. Siempre puedes decirle que estás muy malito y que te eche una mano a donde tú sabes.

—Anda, dame la petaca esa que le voy a dar otro tiento.

—La verdad es que la cosa de la jodienda está difícil, no te lo voy a negar. Pero siempre se puede solventar. Mira, yo en Málaga, por ejemplo, tuve mis cosillas.

—¡Venga ya! ¡Menos lobos! Si no nos separábamos casi nunca.

—Pues tuve una medio novia, aunque no te lo creas.

—Eso mismo: no me lo creo.

—¿Te acuerdas del niño que estuvo a punto de forzar el cabo de Regulares?

—Sí, claro.

—Pues me empeñé en ayudar al crío. Le llevaba comida a su casa y hasta le di a la madre algún dinero. El padre estaba en el frente. Un miliciano de mierda, pero eso a mí no me impedía ayudar al pobre chico.

—Ni beneficiarte a la madre, supongo.

—No fue cosa mía. No pretendí en ningún momento aprovecharme de la situación. Pero ella es una mujer diferente a todas las que he conocido hasta ahora. Lo reconozco, me enamoré de ella y pasó lo que tenía que pasar.

—¡Qué cabrón! Ya podías haber hablado con ella y que me hubiese buscado una amiga. Llevo meses a dos velas.

—La verdad es que no se trató solo de aliviarse, ya me entiendes. Surgió un afecto entre ella y yo. Creo que ella también estaba enamorada de mí.

—No me vengas con rollos. Te la beneficiaste y a otra cosa mariposa.

—Que no, mi comandante, que fue algo más. De hecho, me han dado un mes de permiso y me voy a Málaga. Quiero proponerle que se venga conmigo a la zona nacional. Ya sé que ahora, con la contienda, no puedo ofrecerle mucho, pero estoy dispuesto a casarme con ella. Si acepta, claro.

—González, definitivamente, se te ha ido la chaveta. Vamos a ver, ¿no quedamos en que ella está casada? ¿Cómo coño se va a casar contigo, si se puede saber?

—Fácil: está casada por lo civil, no por la Iglesia. Y eso, para nosotros, es como si no estuviera casada.

—Pero, vamos a ver, González, ¿estás unos cuantos días en Málaga, follando con una mujer, y ya te ves casado con ella?

—Solo sé que estoy enamorado y creo que ella me corresponde. Quiero pasar este mes con ella y ver qué sucede. Si la cosa no marcha, dentro de treinta días estaré en donde me manden mis jefes y santas pascuas.

—¡Enamorado! Siempre me ha hecho gracia esa palabrita. Joder, el macho busca a la hembra y ya está. Es ley natural y puro instinto, lo demás es disfrazar la realidad.

—Pero creí que tenías un hijo. Y de ello deduje que estabas casado, mi comandante.

—Casado estoy, pero mi mujer ha hecho mutis por el foro. Vamos, que llevo años sin verla porque se fue con sus padres. Me casé porque me venía bien para coger unas tierras cercanas a las mías. Pero a mí me gustan todas las mujeres y nunca he estado cogido por eso que tú llamas enamorarse.

—¿Y el hijo?

El rostro de Alberto cambió de repente.

—Tuve uno con mi mujer y falleció en un accidente. También tengo otro al que casi no he visto en mi vida. Bueno, le puedes quitar el «casi». Ilegítimo.

—Vaya. Pues no me cambio por ti. Prefiero estar engañado que no solo.

—Eso es discutible. Pero no te voy a mandar a la mierda ya que el coñac está más que bueno.

—En fin, ya que hablamos del chico y del cabo de Regulares, me gustaría preguntarte una cosa.

—Joder, González, ya me estás tocando un poco los cojones. Anda, dispara lo que sea.

—Me dijiste que disparaste al de Regulares porque se había insubordinado.

—Eso mismo.

—Pero a mí me dio la impresión de que había algo más. Y ahora caigo en que, al tener un hijo, podría ser que cuando defendiste al chico estuvieras pensando en el tuyo.

—Si te respondo con franqueza, no lo sé. Te confieso que después de disparar a aquel cabrón me acordé de mi hijo. De mis dos hijos, para ser más exacto. Aunque supongo que lo que de verdad me hizo matar a aquel moro de mierda es que me acordé de los cabrones rifeños que nos perseguían en Annual y degollaban a todos los que se rendían y se presentaban sin armas.

—¿Te acuerdas que te dije un día, cuando me mandaste fusilar a aquellos desgraciados, que había llegado a mi límite?

—Sí que me acuerdo.

—Pues tal vez cuando mataste al moro de Málaga, habías llegado al tuyo.

—No te entiendo muy bien, pero puede que tengas razón.

—No pudiste soportar que un moro de mierda abusara de un niño.

—¡Joder! ¡No lo sé! Venga, dame esa puta petaca que la termino. Estoy un poco cansado. Llevaba semanas sin hablar tanto.

—Bueno, mi comandante, te dejo. Dentro de tres horas tengo que coger un tren para Málaga. Si quieres, te veo a la vuelta si es que sigues aquí. Si no es así, te prometo que volveremos a vernos.

—De acuerdo, González. ¿Sabes una cosa? Creo que en toda mi vida solo he sentido cierto afecto por una persona, aparte de la familia. Un soldado que se portó muy bien conmigo. Un tipo fiel al que traicioné. No es que lo sienta demasiado, pero algo me queda aquí dentro. No sé si llamarlo arrepentimiento. Creo con firmeza que cada uno tiene que vivir su vida y los demás que se busquen la suya. No sigo más porque me parece que me estoy enrollando. Lo que te quería decir es que me he dado cuenta de que también siento ese afecto por ti. Pero no te fíes, no soy una persona recomendable.

—Venga ya, mi comandante. No exageres. Ya sabes que también yo siento afecto por ti. Si no, no estaría aquí ni te contaría mis cosas.

—Tal vez sea tu franqueza lo que más me gusta de ti, González. Venga, dame un abrazo, pero con cuidado que tengo un dolor en el hombro de mil demonios. Y te tomo la palabra: ya me contarás en qué queda lo de la malagueña.

Aquella noche fue horrible: Alberto tuvo visita de todos sus «viejos amigos».

Vuelta al cortijo

Alberto no volvió a saber nunca más de González, pues abandonó el hospital de Córdoba a mediados de mayo de 1937, antes de que el teniente finalizara su permiso en Málaga y lo pudiese visitar junto con la que sería su esposa y los dos hijos de esta.

Antes de ser dado de alta, recibió una visita del comandante Quílez, que fue a verlo con el fin de darle ciertas noticias que no resultarían alentadoras en absoluto.

—Me alegro de saludarte, Alberto. No te veo tan mal como pensaba, la verdad —fue el saludo de Quílez.

—Estoy hecho una mierda. Los médicos dudan de que pueda volver a andar, la cabeza me da unos dolores inaguantables de vez en cuando y el brazo derecho no hay cojones de levantarlo más de un palmo. Ya me dirás si estoy mal o no.

Alberto había perdido en el hospital una de las pocas virtudes que podían ser reconocidas en él: la simpatía, aunque esta no pasara de ser un subterfugio formal para atraerse a los demás. Ahora, el profundo malestar por encontrarse herido y medio tullido y el dolor de las heridas lo hacían un hombre desagradable y taciturno en extremo.

—Vengo a saludarte y, sobre todo, a comunicarte que, de momento, te van a dar un par de meses de baja en tu domicilio. Luego, pasarás un tribunal médico y si no te has repuesto, causarás baja en el Ejército como militar en activo y pasarás al Cuerpo de Mutilados.

—¡Me cago en mi estampa! ¡Un puto lisiado! ¡Eso es lo que soy! ¡Cuerpo de Mutilados!

—Hombre, Alberto, si se mira bien, has tenido suerte. Mira el pobre Cuadrado: criando malvas. Y de tu Compañía murieron unos cuantos.

—Joder, Quílez, tal vez hubiera sido mejor estar muerto que vivir el resto de mis días con unas piernas que no me sostienen.

—No digas eso, hombre. Además, nunca se sabe. Tal vez con el tiempo…

—¡No me toques los cojones!

—En fin, es lo que hay. Dentro de dos meses te presentas en el

hospital y a ver cómo sigues.

—¿Cómo voy a seguir, joder? ¡Anda, ya has cumplido! Vete a hacer puñetas y déjame tranquilo.

—Vale, hombre. Entiendo que estés enfadado por todo. Pero que conste en acta que yo no tengo la culpa de que te hayan jodido.

—Vale, no me hagas caso. Oye, quería preguntarte algo. ¿Mi familia sabe algo?

—Sí. Seguro. Averiguamos el número de teléfono de tu hermano y yo mismo se lo conté.

—Es que por aquí no se han pasado. Puedo entender que no hayan venido, pero ni una llamada por teléfono me parece demasiado.

***

Cuando llegó la ambulancia militar al Lentiscal no había nadie esperándolo. En el cortijo no había teléfono y Alberto no quiso llamar a su madre o a su hermano, ya que no se habían interesado por él cuando supieron de sus heridas.

Lo bajaron sentado en la silla de ruedas y tuvieron que llevarla en alto para subir las escaleras. Llamaron a la puerta y salió Juana, la criada siempre fiel. Al verlo en la silla de ruedas, comenzó a llorar de forma desgarradora.

—¡¿Qué le han hecho esos desalmados, don Alberto?! —decía entre llantos.

—Gracias doy de estar vivo, Juana. Me han dejado bien lisiado. —Juana recrudecía sus llantos desconsolados—. Mira a ver si me puedes avisar al capataz, anda.

—Ahora mismo voy. Estará en su casa —dijo Juana sin parar de llorar.

Los dos soldados metieron la silla de ruedas en la casa.

—Mi comandante, si no necesita nada más, nos vamos.

—Nada. Gracias por todo.

—Ya sabe: en dos meses justos estaremos aquí de nuevo para llevarlo a Córdoba. Bueno, nosotros u otros compañeros.

Salieron, subieron a la ambulancia y se marcharon, ante la mirada de Alberto que los observaba a través de una de las ventanas que daban al salón.

En unos minutos, apareció Felipe, todo acalorado y nervioso.

—Don Alberto, no lo esperábamos —dijo el capataz mientras inclinaba un poco el tronco hacia adelante—. Y menos en silla de ruedas. ¿Qué le ha pasado?

—Felipe, no tengo ganas de hablar de eso ahora. Varias heridas y todas muy jodidas.

—Lo siento mucho. Ya verá cómo se repone en nada.

—¡Los cojones me voy a reponer, Felipe! ¡Los cojones! Estoy muy cansado y no tengo ganas ahora de hablar. Solo preguntarte cómo va todo. Pero no te enrolles. Ya mañana me informas con más tranquilidad. Si algo me sobra, es tiempo.

—Va todo bien, don Alberto. Podría ir mejor, pero no va mal.

—¡Joder! No me has aclarado nada, ¡coño! ¿Va bien, va mal o va regular?

—Bien… Va bien.

—Vale, ya me contarás los detalles. Ahora otra cosa: ¿cómo es que no sabíais nada de lo que ha ocurrido?

—Pues eso, don Alberto. Que no sabíamos nada porque nadie nos ha dicho nada.

—¿No se ha pasado mi hermano para contarte lo que me ha pasado en el frente?

—Don Alberto, ¿se acuerda de que me encomendó que no dejara a su madre o a su hermano meter las narices por aquí? Lo digo sin intención de ofender.

—Claro que me acuerdo.

—Pues eso: que, al principio, su hermano empezó a venir y a querer darme consejos sobre cómo llevar el cortijo. Yo le daba largas, pero empezó a meterse con que la administración no iba bien y debía ser él quien se encargase a falta de usted, que si el dinero no debía manejarlo yo, que para eso estaba él, como hermano suyo que es… Cosas de esas, ya me entiende.

—¡Vaya tela! Ni se acordaban de pasar por casa a tomar un café y cuando me largo se quieren entrometer en todo.

—Sin querer ofender, don Alberto, así sucedió al principio. Tuve que pararle los pies a su hermano y un día terminé, por así decirlo, por echarlo del cortijo con cajas destempladas.

—Pues me parece muy bien, Felipe. No te voy a reprochar que lo mandaras a tomar por el culo, puesto que cumpliste con lo que te encomendé.

—La cuestión es que, cuando se iba, me dijo que no volvería a

pisar esto aunque se cayera el mundo. Así que no me extraña que, si han sabido algo sobre sus heridas, no me hayan dicho nada.

—¡Qué les den! Mi madre nunca ha ejercido como tal conmigo y mi hermano, unas veces sí y otras no tanto.

Juana, que había estado presente durante el diálogo entre Alberto y Felipe, volvió a sollozar, con sonido de pañuelo incluido, lo cual dio lugar a Alberto para percatarse de que continuaba allí.

—Anda, Juana, di a alguna de las criadas que busque por ahí una botellita de coñac de ese bueno que tengo guardado en el mueble que tú sabes.

—Ay, don Alberto, eso no puede ser! —respondió la mujer, acompañando las palabras con más llantos y gimoteos.

—¡No me jodas, Felipe! ¿No te habrás bebido mi coñac?

—No ha sido eso, don Alberto —replicó la criada. Quería decir que no puedo decirle eso a nadie del servicio porque la única que queda aquí soy yo —nuevas lágrimas—. Petra se fue. De todos modos, con la casa vacía, conmigo ha sido más que suficiente.

—Juana, qué susto me has dado. Anda, ve tú y tráeme ese coñac. Y tú, Felipe, si quieres tomarte un copazo conmigo, te quedas. Y si no hasta mañana, que ya tendremos tiempo de hablar de todo.

—Me quedo, me quedo, don Alberto.

***

Felipe, el capataz del Lentiscal, era un hombre sumiso, fiel y honrado. No tenía la menor idea de cómo se administraba una finca, pero trabajó duro para que el cortijo de Alberto no se viniera abajo. De todos modos, aunque lo hubiera hecho mal, no habría tenido tiempo de causar grandes daños a la economía de su patrón, puesto que este solo estuvo fuera unos meses. A la mañana siguiente, volvieron a hablar ambos y Alberto quedó satisfecho de sus explicaciones.

—Esto es de la venta de leche y hortalizas —explicó al tiempo que entregaba un abultado sobre a Alberto—. Como siempre, he mandado cada día un carro al mercado.

—De acuerdo.

—También me he permitido vender un par de terneros. Por cierto, he mandado a dos braceros a que ayuden con las vacas. El que sustituyó a Fernando, no es capaz de llevarlo solo.

—¡Coño, Felipe, no me nombres a ese cabronazo!

—Usted perdone. Este sobre es de la venta de los terneros. Y los jornales están pagados, incluida mi paga.

—Muy bien. A partir de ahora ya me encargo yo de todo. Tendrás que venir todas las mañanas a verme. Con estas putas piernas no me puedo mover de la casa. Tengo dos encargos que hacerte para ya.

Lo que usted diga, don Alberto.

—El primero es que te vas a buscar unos albañiles que hagan una rampa para subir desde el patio a la casa. No tengo ganas de pasarme la puta vida metido entre las paredes de la casa.

—Visto. ¿Y el otro encargo?

—Hay que poner teléfono en la casa.

—Hombre, don Alberto, el pueblo está a varios kilómetros y tender cable va a ser un pastón, si es que se puede.

—¡No me jodas, Felipe! En Los Pedroches tendíamos kilómetros de cable telefónico e iba de puta madre. Tu haz los tramites y ya está.

—Lo mismo hay que ir a las oficinas de Cádiz para que la cosa sea más rápida.

—Ve donde te salga de los cojones, pero no tardes.

—Si le parece bien, mañana mismo cojo el coche y me acerco.

***

Justo el día que se cumplían dos meses de regreso de Alberto, llegó la misma ambulancia militar que lo trajo en mayo. Desde entonces no había salido del Lentiscal.

Nada más llegar al hospital, varios médicos lo reconocieron a fondo.

—Mi comandante, las heridas de las piernas están cicatrizando bien —le comentó un traumatólogo—. Me imagino que, como le indicamos, se cambió de vendas a diario durante los primeros quince días y luego ha procurado tener las piernas al aire libre.

—Sí, pero la parte trasera de los muslos me duele demasiado. Es insoportable: no puedo dejar de apoyar esa zona en la silla de ruedas y estar sentado es un infierno.

—Poco a poco debe ir a mejor. Le voy a recetar unos analgésicos. Pero tenga cuidado: no debe mezclarlos con alcohol.

—¡Coño! ¡Si el alcohol es lo único que me hace olvidar un poco el dolor!

—Pues tiene que elegir: o alcohol o pastillas.

—De acuerdo. Otra cosa: ¿podré dejar algún día esta puta silla de ruedas?

—Eso no se lo puedo contestar. De momento, no. Usted mismo comprobará, poco a poco, si se puede mantener en pie. Se necesita tiempo. Todo depende de…

—¡No me toque los cojones ni me venga con rodeos! ¿Podré algún día mandar a la mierda a la puta silla de ruedas? ¿Sí o no?

—A mí no me hable así, mi comandante. Le voy a responder hasta lo que yo sé. Y si no le sirve, búsquese un médico particular que lo aguante. Le he dicho que no le puedo contestar porque es la verdad. Todo es muy relativo. En Medicina no todo es dos más dos igual a cuatro. Pero, si me habla de probabilidades le diré que lo más probable es que nunca pueda dejar la silla de ruedas, salvo para pequeños desplazamientos dentro de su casa. Pero, le repito, nunca se puede saber con seguridad.

Tres días después, Alberto, se encontraba de regreso. Le habían comunicado que causaba baja temporal en el servicio activo y que después de un año se determinaría su situación definitiva. Venía malhumorado, hundido y abatido, lo cual, viniendo de alguien como él, aconsejaba a cualquiera estar a su lado el menor tiempo posible.

Madre no hay más que una

Había transcurrido más de un año desde que Alberto regresó al Lentiscal. Ya formaba parte del Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria y el hecho de haber sido ascendido a teniente coronel y tener una paga más que aceptable no había sido suficiente como para paliar sus dolores continuos y su desánimo.

Meses antes, la primera llamada que efectuó cuando tuvo instalado el teléfono en la casa, fue a su hermano.

—¿Qué pasa, Pepe? ¿No me reconoces por la voz?

—Perdone, pero no caigo ahora mismo.

—Claro, como que te has olvidado de que tienes un hermano. Ya veo…

—Ah, eres tú…

—Sí, soy Alberto. ¿Cómo habéis tenido tú y mamá la poca vergüenza de ni siquiera preguntar por mí? Estoy casi inútil, en una silla de ruedas, han estado a punto de matarme en el frente y ni un mínimo interés. De mamá lo entiendo. Nunca le he importado un pito y no comprendo el porqué. Pero tú…

—Alberto, no sabía nada de ti… ¿Dónde estás?

—Mira, hermano, te puedes ir a la mierda. Estoy en el Lentiscal. ¡¿Cómo que no sabías nada?! Os avisaron de que estaba herido grave en el hospital de Córdoba y no os habéis dignado a ir a verme ni os habéis interesados por saber qué me había pasado. Te lo repito: de mamá lo entiendo, pero tú…

—Hombre, Alberto, mamá está mayor y no se entera de la mitad de las cosas. Se le va la cabeza. Cada día un poco más. Chochea, la pobre.

—Podías habérmelo dicho. Vamos, digo yo. Y tú, ¿qué excusas me pones?

—¿Qué quieres que te diga? Tuve varios encontronazos con el capataz y decidí no volver por el cortijo.

—Qué tendrá eso que ver con acordarte de que tienes un hermano. Mira, hasta aquí hemos llegado. No quiero saber más de ti. A partir de ahora, tú por tu camino y yo por el mío.

—Hombre, Alberto, tal vez no he estado…

—Alberto no oyó más: colgó el teléfono con un golpe que casi rompe el aparato. Juana estaba a unos metros.

—Juana, tráeme un copazo de coñac. Mejor trae la botella, anda.

—Don Alberto, con las medicinas…

—¡A la mierda las medicinas! Tú trae para acá el coñac.

***

El teléfono se convirtió en un objeto de adorno. Alberto no tenía a quien llamar. Un día, después de meses sin sonar, el timbre llenó la casa por completo. Aquella llamada traía una sorpresa de la que Alberto no se recuperaría durante el resto de su vida.

Se puso, Juana. Estuvo hablando un buen rato. Sus palabras parecían mostrar inquietud y vacilación.

—¿Cómo dice? ¡Dios mío!

—…

—Ya, ya. Pero no sé si seré capaz.

—…

—¡Ay, Dios mío. Esto no puede salir bien! Le paso con don Alberto. Un momento.

—¿Qué pasa, Juana? Te veo muy nerviosa.

—Ay, don Alberto, póngase usted. Es su hermano.

—Dile que no quiero hablar con él.

—Es muy grave, don Alberto. Tiene que cogerlo.

Alberto cogió el teléfono de mala gana.

—¿Qué coño quieres?

—Es sobre mamá.

—¿Qué pasa con mamá?

—Ha fallecido.

—Vale, pues lo siento. ¿Qué quieres? ¿Qué vaya a sepelio? ¿O que colabore en los gastos del entierro?

—Mira, no quiero nada. Ya me encargaré yo. Pero hay algo que tienes que saber. Algo muy importante.

—¿Qué coño tengo que saber? ¿Qué te quedas con el dinero que heredó mamá de sus padres?

—¡Tú siempre tan mezquino! No es eso ni es cosa que se deba hablar por teléfono. Debería decírtelo en persona.

—Pues aquí no vienes; y yo no pienso ir a verte. En todo caso, ya iré al entierro de mamá, si tengo fuerzas.

—Cuando sepas lo que te tengo que decir no creo que vengas. ¿Ni en estos momentos puedes ser un poco amable?

—¿Amable? ¿Y qué habéis sido vosotros conmigo? La amabilidad y el afecto en persona, ¿no?

—Mira quién va a hablar. Siempre has sido un hombre despreciable y nunca cambiarás.

—No sé si cambiaré o no. No quiero hablar contigo y punto. Te lo dije: ¡no quiero saber nada de ti!

—Pues, en ese caso, pregúntale a Juana. Ella tiene mucho que ver con lo que te iba a decir. Y lo sabe todo igual que yo ¡Hasta nunca!

Esta vez fue José el que colgó.

Alberto se quedó con el teléfono en la mano, dudando sobre qué hacer con él. La cabeza le daba vueltas. ¿Qué era tan importante para contárselo justo cuando su madre había fallecido?

Juana se encontraba a unos metros. Su rostro mostraba un terror que a Alberto se le antojó inexplicable. Se retorcía las manos y gimoteaba. Alberto supuso que era por la pena que le había causado la muerte de su madre. O tal vez porque no le gustaba oír las palabras tan duras que había lanzado a su hermano José.

—Juana, ¿qué te pasa?

—Don Alberto, yo…

—Venga, mujer, que bastante enfadado estoy ya. Dime. ¿Qué es lo que sabes y me tienes que decir?

—No puedo… Es demasiado para mí. Se lo debía haber dicho su hermano. Yo no puedo.

Juana se sentó en un butacón al lado de Alberto. Temblaba y gemía, presa de un estado de ansiedad que resultaba del todo inusual en ella, siempre tan calmada.

—Bueno, trae coñac y no tengas prisa. Ya me lo contarás.

Juana trajo una botella con dos copas.

—Don Alberto, ¿le importa si me echo un poco de esto? A lo mejor me ayuda.

—Échate lo que quieras. Y siéntate ahí, anda.

Alberto se bebió el contenido de un trago y se sirvió más; Juana bebió un trago de la suya y se puso a toser sin parar.

—Don Alberto, si no le importa, me voy a hacer una tila y vengo.

—Haz lo que quieras, Juana, pero deja la botella cerca, que la pueda coger.

Juana regresó con un vaso humeante en la mano. Se sentó en la butaca y echó un par de tragos.

—¿Se acuerda usted cuando le contaba cuentos de niño?

—Sí, Juana. Claro que me acuerdo. Es de los pocos recuerdos alegres que me quedan de entonces. Me encantaban. No me explico de dónde sacabas tantas historias.

—Unas me las había contado mi madre y otras me las inventaba yo.

—Ya. ¿Y qué pasa, que me vas a contar ahora un cuento para dormirme?

—Más o menos… Solo que este cuento es real y no un invento.

—¿En serio que me vas a contar un cuento? Y luego, ¿qué va a ser? ¿Una nana? Venga, ya, Juana, que estoy muy mayorcito y jodido para escuchar historias. Bastante historia tengo con mis putas piernas y mis dolores de cabeza. Y el brazo, ya ves: tengo que coger la copa con la mano izquierda porque la derecha no la levanto como no sea pasando un dolor de mil diablos.

—Pues este cuento se lo tengo que contar. Y no es cosa de críos sino algo mucho más serio.

—Pues venga, cuenta lo que sea antes de que me arrepienta y te mande a hacer puñetas.

—Vale… Había una vez una chica muy joven. Solo tenía catorce años. Trabajaba en la casa de un señor muy rico y guapo. El señor estaba casado y tenía un hijo. Fue buena o mala suerte, pero resultó que el señor se obsesionó con la niña. Ella era demasiado joven e inocente, pero se enamoró del señorito. Se enamoró para toda la vida, fíjese usted, don Alberto. Para toda la vida…

—El cuento parece interesante, pero resulta un poco empalagoso y dulzón. Parece una novela romántica.

—No entiendo de novelas, don Alberto. El asunto fue que la chica se quedó embarazada y tuvo un hijo. El escándalo fue muy grande. La señora estuvo a punto de irse de la casa, pero también estaba muy enamorada del señor. Este le propuso que se quedaran con el niño como si fuera de los dos.

—Oye, Juana, si lo que quieres es recordarme lo mío con Manuela y el canijo, no me parece que sea el mejor momento.

—No, don Alberto, esta historia es muy diferente. Usted no quiso al niño y perdió de vista a Manuela para siempre.

—¡Joder! Ten cuidado con lo que hablas. No te pases, Manuela.

—Mire, voy a abreviar porque me están entrando otra vez los nervios. Se lo voy a soltar y usted verá.

—¡Pues eso, coño: abrevia que ya me cansan los cuentecitos! No sé a dónde quieres ir a parar.

—Como le decía, el señor y la señora acordaron quedarse con el chico como si fuera de los dos. Hablaron con la niña y esta aceptó. Con solo una condición: que la dejaran estar cerca del niño toda la vida.

A Alberto se le cayó la copa de la mano.

—¿¡Pero qué cojones es esto, Juana!? ¡¿Qué clase de historia me estás contando?! ¡¡¿Qué me quieres decir con todo esto?!!

—Don Alberto, ya le dije… Es una historia real… La niña de catorce años se quedó en la casa. Sufría mucho al ver que para el niño no era más que una criada como otra cualquiera. Ella lo amaba como su madre que era, pero no podía hacer nada para mostrárselo. La habrían echado de la casa. Además, la señora mostraba muy poco afecto hacia el niño y nunca lo abrazaba. Pasados los años, la chica, ya una mujer, le dijo a los señores que no podía aguantar más sin decirle al niño que ella era la madre. Los señores amenazaron con echarla y la conformaron diciéndole que cuando ellos fallecieran podría decirle a su hijo que ella era su verdadera madre. Porque, sabe usted, madre no hay más que una.

Alberto se quedó sin palabras. Los efectos de las copas que se acababa de tomar no le impedían ser consciente de que aquella historia se refería a él y a Juana. Sintió rabia. ¿El hijo de una criada? ¡Eso no podía ser! ¡Su padre había hecho lo mismo que él con Manuela, pero había tenido la decencia de aceptar al niño y arreglar las cosas a su manera.

—Pero…, pero…, ¿por qué me cuentas todo eso, Juana? No estoy para tonterías ni para bromas. ¿Cómo se te ocurre venirme ahora con esas paparruchas de niños y madres?

—Le cuento la verdad, don Alberto. Y no sabe cuánto deseaba y cuánto temía al mismo tiempo que llegara este día.

—Y el padre, ¿de quién estaba enamorado?, ¿de la señora o de la criada? —acertó a preguntar Alberto.

—No lo sé. Puede que de las dos. De cada una de forma diferente. Solo sé que a la criada no la dejó de amar, aunque siempre

con el aparente desconocimiento de la señora. Y la criada siempre quiso al señor. Siempre hasta el día de hoy.

***

Si las balas de Villanueva del Duque hundieron a Alberto en el plano físico, la revelación de la maternidad de Juana lo dejaron muy tocado en el aspecto moral.

Desde aquel día, su mente era un torbellino de ideas contradictorias. La mayor parte del tiempo, odiaba ser consciente de que era hijo de una criada, él que siempre había despreciado a los que no tenían su clase. Pero en algunas ocasiones, era consciente de que el amor de aquella mujer siempre había estado presente en su vida.

A veces, se sentía un ser despreciable. Y se preguntaba cuánto de culpa tenía el desapego, casi desprecio, que había mostrado hacia él su falsa madre. Su egoísmo no le permitía casi nunca reconocer que sus faltas eran suyas y que no servía justificarse en seres ajenos. Pero a veces meditaba sobre cómo habría sido su vida y sus acciones si hubiera sabido que Juana era su madre desde siempre y hubiera notado su amor de verdadera madre.

Las dudas no se despejaban nunca, pues las disolvía en alcohol, en aquel coñac que tanto le gustaba. O que tanto odiaba a veces.

No trataba bien a Juana. Como si ella fuera la culpable de su carácter, su egoísmo y su condición. Pero, en el fondo, sabía que ella no era responsable de nada, ni siquiera de haberlo tenido. A veces, la sentía cerca. Más cerca que a nadie y sentía ganas de abrazarla. Se le pasaba pronto: dos o tres copas de coñac y ya no había que dar vueltas a las cosas. Si seguía así —pensaba a veces— se iba a volver loco.

Y todo ello, mezclado con la impotencia física, el convencerse cada día de que nunca podría sostenerse en pie y que los dolores de cabeza no se le iban a pasar, le hacían recordar las palabras de Perico cuando se le apareció, no sabía si en el hospital de Córdoba o en Villanueva del Duque. Aquella aparición estaba viva en su memoria como si hubiera sido un hecho real:

«Un canalla se merece vivir como un perro y eso es lo que tendrá a partir de ahora».

Eso le dijo Perico, lo recordaba muy bien. Pero él no era un canalla. Era un superviviente.

«Se trataba de mí o de los demás, joder —pensaba Alberto—. Todo lo que he hecho no ha sido más que defenderme —se engañaba—. No soy un canalla. No señor, no lo soy.».

Solo

Año 1946

Hacía varios años que había finalizado la guerra civil. El Lentiscal era como una prisión para Alberto. Su estado físico no mejoraba. Juana actuaba como si nunca le hubiera revelado su condición. Alberto no quería saber nada sobre el asunto. Si alguna vez se le escapaba a la pobre mujer alguna alusión a su condición, él la cortaba de inmediato. Era como si hubiera decidido interponer un muro infranqueable que impedía que la verdad entrase en su interior.

Casi nunca había sido objeto de caricias o abrazos y no los necesitaba. Por su parte, Juana había pasado tantos años sin poder hacer algún gesto que la delatara como madre de Alberto, que no le costó aceptar la situación. Ella amaba a Alberto por encima de todo y eso se traducía en desvelos y preocupaciones a falta de contacto físico.

A veces, intentaba que Alberto se propusiera en serio hacer ejercicio para fortalecer sus debilitadas piernas, pero él no resistía el dolor ni tenía ganas de perseverar.

—Don Alberto, si usted quisiera podría andar. Hoy un pasito, mañana dos…

—Que no, Juana, que no. No me insistas más. Es inútil. Después sería peor cuando comprobase que es imposible.

—Pero…

—Ni peros ni peras. Déjame en paz.

Igual sucedía con el coñac.

—Don Alberto, no debería beber tanto. Lo que tiene que hacer es salir de esta casa y tomar el aire. Váyase a ver las labores de los trabajadores o a la vaquería.

—¡Joder, Juana, pareces tonta! Si no bebo, ¿en qué coño voy a pasar esta puta vida que me ha tocado? ¿En jugar al futbol? ¿No ves que es lo único que me evade de esta mierda de vida que me ha tocado?

Un día, Juana creyó encontrar una solución:

—Don Alberto, ¿por qué no le pide al capataz que traiga un caballo y se da una vuelta por el cortijo? Lo mismo le engaña y las cosas no van tan bien como dice.

—Ya me gustaría, pero con estas piernas, me tira el caballo antes

de salir del patio.

—Siempre se las podría atar al caballo, ¿no?

—¡Oye, al final no vas a ser tan tonta! Pues mira, ve a ver al capataz y dile que venga.

—A partir de aquel día, Alberto se paseaba por el cortijo con un caballo. Cuando regresaba a la casa lo tenían que bajar entre dos braceros y llevarlo hasta la silla. Le dolían las piernas casi para saltarle las lágrimas, pero regresaba satisfecho.

***

Las salidas a caballo de Alberto dieron paso a un cambio que sería fatal para el capataz y también para el patrón.

Alberto necesitaba descargar su ira contra alguien. Con Juana se portaba como lo haría cualquier señor hacia su criada, al menos en las formas. Pero, en el fondo, a su manera, se puede decir que casi la respetaba. A veces le hablaba de forma despectiva, pero nunca lo hacía de modo violento o brusco en exceso.

La relación con Felipe, el capataz siempre había sido relativamente agradable, lo cual era más mérito del capataz que suyo, puesto que nunca le llevaba la contraria y se desvivía por cumplir lo mejor posible. A partir de las salidas con el caballo, Alberto empezó a creerse que, aun lisiado como estaba, tenía capacidad de sobra para llevar el cortijo en las mejores condiciones. Felipe no se merecía tener que escuchar a cada momento los insultos y sentir los malos modos de Alberto, efecto de su impotencia y su dolor, y sobre todo de su cada vez peor carácter.

Una mañana, mientras cabalgaban, la relación entre patrón y capataz terminó por saltar por los aires.

—Oye, Felipe, ¿cómo puede ser que en la vaquería tengamos a tres hombres cuando el maldito Fernando lo llevaba él solo?

—Fernando era un trabajador de los que quedan pocos. Con menos de tres, ahora mismo, no se da abasto. Además, ahora tenemos algo más de ganado que antes, don Alberto.

—¿Un trabajador de los que no quedan? ¡Fernando, era un sinvergüenza al que tuve que echar!

—En lo de sinvergüenza llevará usted razón, don Alberto, pero trabajadores como él quedan pocos si es que los hay.

—¡No me lleves la contraria, coño! ¿O no te acuerdas que se llevó a mi hijo y a Manuela?

—Don Alberto, prefiero que no sigamos hablando de eso.

—¡¡Aquí hablamos de lo que me sale de los cojones!! ¿O es que no es verdad lo que te digo?

—Fernando no se llevó a su hijo. Usted le puso a Manuela a elegir entre quedarse aquí sin el niño o irse. Y ella se fue. El vaquero lo único que hizo fue acompañarla.

—¡¡Me cago en la hostia, Felipe!! ¿¡¡Tú también te vas a poner en mi contra!!? Joder, el vaquero de los cojones secuestró a mi hijo, así que no me hables más de él que me enervo.

—Don Alberto, ya no aguanto más. Prefiero que nos vayamos para la casa y dejemos esta conversación.

—¿Cómo que no aguantas más? ¡A mí me respetas un poco!

—Y lo respeto. Más de lo que se merece. Así que no me tire de la lengua.

Alberto acercó su caballo al del capataz y le dio un puñetazo en el lateral de la cara que casi lo tira al suelo.

—¡¡Hijo de la gran puta!! Te has aprovechado de mí, contándome milongas de que todo va bien, y tienes el cortijo hecho una mierda. ¡A saber con cuánto dinero que has quedado a mi costa!

—Mire, don Alberto, hasta aquí hemos llegado. Me voy ahora mismo del cortijo. Que sepa que se va a quedar solo. Vamos, se puede decir que ya lo está.

—¿Que te vas? ¡Y una mierda! ¡Te irás cuando a mí me dé la gana! Y perdona por el puñetazo, pero te lo has ganado.

Felipe llegó a su límite.

—Mira, pedazo de cabrón, me voy cuando quiero. ¿Quién coño te has creído que eres? Tu padre valía mi veces más que tú. Él me rogó que me quedara cuando te hicieras cargo. Tu padre era un caballero. Un tipo duro, pero un hombre con la verdad por delante. No abandonó a su hijo como lo hiciste tú con el tuyo. Ni dejó abandonada a la mujer a la que dejó embarazada. Ni obligó nunca a nadie a mentir como hiciste tú conmigo y con los braceros para que jurásemos que el vaquero había secuestrado a tu hijo. Luego te olvidaste de él, como corresponde a una alimaña como tú, que no sabe lo que es tener sentimientos.

Lo que más desestabilizó a Alberto fue el hecho que Felipe conociera su historia.

—¿Cómo sabes eso de mi padre?

—Porque cuando estaba muy mal y no le faltaba mucho para

fallecer me lo contó. Te vas a quedar más solo que la una. Y si Juana no te deja es por lo que es. Pero no te mereces sus desvelos. Lo dicho, cabrón: ¡Ahí te quedas! Y cuando no tengas a nadie a quien maltratar, te pegas un tiro como hizo el pobre Pedro por tu culpa.

Venganza fallida

Poco después de la marcha de Felipe, Alberto recibió una llamada telefónica.

—¿Don Alberto de la Torre?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy el juez de instrucción José Moral.

—Creo que no nos conocemos.

—No, no. No nos conocemos. Verá, soy sucesor de un amigo suyo, que llevó un caso de secuestro de su hijo, al cual habían registrado de modo irregular.

—Ah, ya. ¿Cómo me ha localizado el teléfono?

—Por la guía telefónica, claro.

—Claro, claro. No estoy acostumbrado a estos *aparatejos* y casi nadie me llama.

—Bien, la cuestión es que tendríamos que hablar del asunto relativo a aquella causa. No es nada por lo que se tenga que preocupar. Lo habitual es citarlo para que acuda a declarar al respecto. Pero, como su amigo el juez anterior me habló de su caso y también es amigo mío, he preferido avisarlo antes por teléfono.

—¿Tengo que ir al juzgado? Verá, es que estoy impedido. La guerra, ya me entiende. Puedo ir en silla de ruedas, pero la cuestión es que no salgo del cortijo desde que me dieron de baja del Ejército.

—Eso se podría solucionar si es usted tan amable de invitarme a su casa. Yo iré con un escribiente y lo arreglamos sin problema.

—¿Pero ha ocurrido algo?

—Digamos que es pura rutina. Nada por lo que tenga que preocuparse.

—Bien, pues por supuesto que lo invito a mi casa. ¡Faltaría más! Y muy agradecido. Si le digo la verdad, cada vez estoy más aislado. Nadie quiere estar al lado de un tullido.

—No diga usted eso, por Dios. Para mí será un honor visitarlo en esta ocasión por motivos de trabajo y en cuando usted lo desee como amigo, por supuesto.

—¿Le parece bien el próximo lunes?

—De acuerdo. Sí, me viene bien. Puedo estar allí a las diez de la mañana, si le viene bien.

—¿Y por qué no antes de comer? Podría invitarlo.

—No sé, tal vez no es lo más apropiado. No se trata de una visita de cortesía, si no de un asunto judicial.

—Llevo meses sin recibir una visita. Estaría encantado de invitarlo a comer. Eso que no va a impedir que usted cumpla con su trabajo, supongo.

—De acuerdo, don Alberto. Nos vemos el próximo lunes.

***

Alberto aceptó a regañadientes asearse y afeitarse para la ocasión, así como ponerse un traje.

—Don Alberto, usted es un hombre con clase. No puede estar tan descuidado.

—No Juana, lo que soy es una piltrafa de hombre, con estas piernas y este brazo.

—Porque no quiere esforzarse. Si hiciera ejercicio, seguro que terminaba por andar y mover más ese brazo. Y si bebiera menos…

—¡Anda ya! ¡No me vengas con sermones! Lo de hacer ejercicio y demás para recuperarme un poco, no creo que sirva de mucho. Pero, lo de beber… ¿Sabes qué pasaría si dejara de beber? ¿Lo sabes?

—Que sería usted otro hombre.

—No. Lo que pasaría es que volverían todos los fantasmas de hace años a recriminarme por mis cosas y a decirme tonterías. Si te digo la verdad, me da terror pensar en que eso suceda. Así que mejor sigo bebiendo y me olvido de mi mala suerte.

—Esos fantasmas se le aparecerían durante unos días y luego se irían. Seguro que sería así.

—Vamos a dejarlo. A lo mejor un día de estos te hago caso, pero no te hagas muchas ilusiones.

Llegó el lunes. Alberto estaba intrigado al pensar qué podía ser lo que tenía que aclararle o preguntarle el juez acerca del asunto de su hijo y de Manuela. Y eso a pesar de que el interés por recuperar al niño había desaparecido hacía mucho tiempo.

Juana había preparado una comida excelente y el juez no paró de alabar los platos. Durante el tiempo que estuvieron en la mesa, Alberto habló del cortijo y de la guerra, mientras que el juez parecía

escucharlo encantado. Juana estaba todo el rato pendiente de que no faltase de nada.

—¿Y la familia? —preguntó el juez cuando estaban en los postres.

—¿Cómo dice? Don Alberto, me ha contado cómo va el cortijo, pero me ha extrañado un poco que no me hable de su familia.

—En realidad es corta. Mis padres fallecieron y solo me queda un hermano. Es médico y se dedica a su profesión. Nos vemos poco.

—Ya, y aparte del hijo que le quitaron, ¿no tiene otros?

—No. Uno falleció en un desgraciado accidente. Con seis años.

—¡Vaya, lo siento! Un hijo nunca debería fallecer antes que sus padres. Yo estoy casado y tengo tres hijos. Por cierto, tenía entendido que usted estaba casado.

—Técnicamente, así es. Pero mi mujer no vive conmigo.

—¿Y eso?

—Ya ve, circunstancias de la vida. Ella no se hacía a vivir en el campo y terminó por irse con sus padres. Yo soy un caballero y respeté su deseo. Además, ahora, como estoy, mejor así. Le evito sufrimientos inútiles, ¿no le parece?

—No sé qué decirle. La obligación de una esposa es estar junto al marido. Ya lo dicen los sacerdotes en la celebración de las bodas: en la salud y en la enfermedad y todo eso.

—Ya… En fin, ¿quiere que nos sentemos más cómodos y nos tomemos una copa? No aguanto más el dolor en los muslos con esta silla.

—Por supuesto. Usted manda. ¿Le ayudo a subirse a la silla de ruedas?

—No será necesario. Voy a intentar ir por mis pasos, si no le importa.

A Alberto le pudo el orgullo: no quería que el juez lo viera como un pobre inválido que no podía valerse por sí mismo. Su decisión preocupó a Juana, que siempre se encargaba de acercarle la silla de ruedas y lo ayudaba a acomodarse.

Alberto se levantó con mucha dificultad, mientras Juana le aproximaba la silla de ruedas. Dio dos pasos, casi arrastrando las piernas, se giró con una mueca de dolor y se sentó. Hubiera gritado y blasfemado hasta quedar ronco si no estuviera la visita delante; pero se aguantó.

—Bien, poco a poco lo conseguiré. ¿Nos acercamos a aquellos

butacones? Yo me quedaré en la silla de ruedas de los cojones… Perdone, se me ha escapado un exabrupto.

—No se preocupe por eso. Es usted un hombre con gran tesón, por lo que veo.

—Era, don José, era. Ahora cada vez estoy más hundido y abandonado.

—Ánimo, hombre. Usted es un héroe de guerra. Y si ha sido capaz de afrontar mil dificultades en campaña, ahora esto será pan comido.

—Ojalá fuera tan sencillo. ¿Le apetece una copa?

—¿Podría ser un café solo?

—Claro que sí. Juana, trae un café solo y a mí me sirves un carajillo cargadito. Es para los dolores, ¿sabe usted? —dijo al juez.

—Ya, ya.

—En fin, cuando quiera, dígame cuál es el motivo de su visita. La verdad es que me tiene bastante intrigado.

—Como hablamos por teléfono, hace unos años usted denunció a un tal Fernando Roa por haber secuestrado a su hijo. Este hijo, según consta en la causa que se abrió y que está archivada en el juzgado, lo era también de una señorita llamada Manuela Gutiérrez, si no recuerdo mal, y fue tenido fuera de su matrimonio. A rasgos generales, es así, ¿no?

—Sí señor. Así fue.

—Usted no recuperó a su hijo porque el tipo no pudo ser encontrado, a pesar de que fue declarado prófugo y condenado. Las sentencia condenatoria se basó en la declaración jurada de cinco personas, a saber, el capataz del cortijo, Felipe Yáñez, si no recuerdo mal, y cuatro braceros, cuyos nombres creo recordar también aunque considero que no es necesario que se los repita ahora.

—Exacto. Tiene usted muy buena memoria.

—Voy a lo importante. El capataz ha estado hace unos días en mi juzgado. Se ha presentado de modo voluntario para declarar que lo que juró en su momento fue falso y que Manuela se fue con su hijo porque usted no deseaba reconocer al niño. Además, añadió que más tarde, cuando falleció su hijo legítimo en accidente por caída de un caballo, fue cuando le surgió a usted el deseo de recuperar a su hijo ilegítimo y urdió un plan con testigos falsos incluidos. Como es lógico, él fue uno de esos testigos falsos, que, además, aseguró que fueron pagados por usted para mentir.

—¡Qué cabrón! Perdone de nuevo, es que esto me saca de mis

casillas. Lo que ha sucedido es que eché a Felipe del cortijo hace poco. Era un inútil y encima, en los últimos tiempos, intentaba aprovecharse de mi estado. Averigüé que me robaba dinero y que me engañaba con los beneficios del cortijo. Está claro que se ha querido vengar.

Juana lo oía todo y se retorcía las manos. Siempre se había negado a pensar que su hijo era un canalla. Desde que era un crío, cada vez que hacía una barrabasada, lo atribuía a la ausencia de cariño procedente de su falsa madre. Pero, ahora, después de tantas acciones incalificables e innobles, cada vez le resultaba más difícil justificar a Alberto.

—Es posible que se trate de eso, don Alberto. Sin embargo hay cosas que no me cuadran, aunque estoy seguro de que tendrá una explicación razonable. Por eso quería hablar con usted.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Por ejemplo, si el capataz juró hace años una cosa y ahora ha jurado la contraria, está claro que una de las dos veces ha cometido perjurio.

—Sí, claro. No entiendo qué es lo que no cuadra.

—No cuadra que alguien venga después de tantos años a mentir para buscarse entrar en prisión, aunque sea con el atenuante de arrepentimiento.

—Yo lo tengo claro: es ahora cuando miente.

—Es que el perjurio por el asunto de la paternidad no resulta muy grave, pero el referente al secuestro lleva consigo una condena apreciable.

—Yo lo que deseaba era recuperar a mi hijo. A mí lo del secuestro me daba igual. Como usted sabe mejor que yo, los testigos dieron sus testimonios por separado. Y según tengo entendido todos declararon que Fernando había secuestrado al niño.

—Así consta en el expediente. La cosa es que sus declaraciones son, como quien dice, iguales como gotas de agua. Como si alguien les hubiera hecho memorizar qué tenían que decir.

—¿No insinuará que yo aleccioné a los testigos?

—En absoluto. Es lo que ha declarado Felipe Yáñez.

—¿Qué necesidad tenía yo de involucrar a Fernando el vaquero en todo esto? Con que hubieran dicho que el niño era mío porque se lo habían oído decir a la madre, hubiera sido suficiente.

—Salvo que usted estuviera en contra de que ese Fernando se llevara a Manuela y lo hiciera por venganza. Es lo que dice su antiguo capataz en la nueva declaración.

—Don José, ¿me cree usted tan retorcido como para eso? Mire, estoy seguro de que Felipe ha testificado ahora en contra de lo que dijo en su momento por venganza al haberlo echado del cortijo. No hay más.

—Supongo que es lo más razonable. Creo que todo quedaría aclarado si hubiera un nuevo testigo que ratificara lo que se declaró entonces y desmintiera la declaración actual de Felipe Yáñez.

—No sé si esto será posible. Han pasado…, ¿cuántos? A ver…, diecisiete años si no cuento mal.

—Casi.

—Espere. Juana, mi criada, aquí presente, estaba entonces en el cortijo. Creo que ella podría actuar como testigo.

Juana se sobresaltó, aunque hizo grandes esfuerzos para que no se le notara.

—Ya. Pero podría ser aleccionada por usted, como, según el capataz, lo fueron los testigos de entonces.

—Podemos hacer una cosa: tómele testimonio ahora, sin que yo hable con ella. Pueden salir a otra habitación o yo trasladarme a mi dormitorio.

—Podría ser una solución. Luego, Juana tendría que venir al juzgado a ratificar la declaración. Bajo juramento, claro.

—Puede usted preguntar a cualquiera de los braceros del cortijo. Juana es incapaz de mentir.

—Juana, todo depende de usted. ¿Desea declarar? Nadie la puede obligar, pero, una vez decida hacerlo, tiene que recordar que está bajo juramento y si miente ante la ley comete un delito.

—Me da un poco de miedo. Podría equivocarme.

—Usted solo tendrá que decir la verdad.

Juana se vio ante el dilema más complicado de su vida: si decía la verdad, dejaba a su hijo en una situación muy delicada; si mentía, su hijo saldría bien parado, pero el antiguo capataz terminaría en la cárcel sin ser culpable de nada. Se impuso su condición de madre.

—Sí, señor. Pregunte usted y yo le diré la verdad.

Juana mintió y se odió a sí misma por ello. Pero no pudo hacer otra cosa.

Ya estaba muerto

Finales de 1949

Felipe Yáñez había soñado cientos de veces con regresar. Ya no era el mismo hombre que cuando se fue del Lentiscal. Había pasado demasiada hambre y, sobre todo, había soportado demasiadas vejaciones en la cárcel como para ser el mismo. Más de tres años de prisión habían sido tiempo suficiente para convertirlo en un hombre capaz de matar si era necesario para no aguantar el maltrato de los que siempre se creen más fuertes y con derecho a abusar, en el sentido más literal, de los demás.

Llevaba una idea muy clara: acabar con la sabandija que le había arruinado la vida. No tendría la menor piedad. Bajo ninguna circunstancia.

Saltó la verja y avanzó por el camino que llevaba a la casa en la que vivieron Pedro y Manuela. Cuando llegó cerca de la entrada de aquella casa, ahora abandonada y más deteriorada que nunca, volvió la mirada. Le parecía estar viendo cómo el vaquero se marchaba con Manuela y el pequeño. «Cuántas cosas me habría ahorrado si el chico se hubiera quedado aquí», pensó por un instante.

Giró a la izquierda y siguió el camino que llevaba a la casa grande. Cuando llegó al patio, tuvo la sensación de que no había trabajadores. ¿Se habrían largado y dejado abandonada a aquella rata con cara de humano? Le daba igual, pero era lo que se merecía.

Subió las escaleras, con calma, sin prisa ninguna. Quería saborear aquellos momentos, previos a lo que tantas veces había soñado hacer.

Llamó.

Nadie abría.

Pasó un buen rato y sintió que la mirilla se descorría.

La puerta se abrió y apareció Juana.

Estaba algo más vieja, pero no tanto como se esperaba. Eso sí, tenía ojeras y cara de amargura. Los ojos tristes.

—Hola, Juana. ¿Cómo estás?

Parecía que venía a hacer una visita de cortesía, pero Juana no se engañaba. Los ojos de Felipe daban temor.

—Bien… ¿Qué quieres?

—De momento, pasar. No te lo pido: voy a pasar, quieras o no.

—¿Y si llamo a los trabajadores para que te vayas?

—Ve si quieres a por ellos, yo mientras voy a entrar.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento, nada. A menos hasta que tú regreses con los trabajadores, si es que queda alguno en este puto cortijo.

—¿Y si cierro la puerta?

—¡La echo abajo! ¡Como sea! —Felipe empujó a Juana y entró—. ¿Dónde está ese desalmado?

—Por favor… Espera aquí y le digo que venga.

—No tardes o lo busco por toda la casa. Tengo prisa por acabar.

Juana regresó enseguida, empujando la silla de ruedas de Alberto. Nada más verlo, Felipe se percató de que debía estar muy enfermo. Su aspecto era lamentable, con las barbas descuidadas de días y la cara abotagada. Los ojos tenían un brillo extraño. Felipe sacó una pistola del abrigo andrajoso que llevaba puesto y apuntó en dirección a Alberto.

—¿Qué pasa, Felipe? ¿Alguna novedad con los braceros? —preguntó Alberto—. O es que ya se han largado todos esos hijos de puta.

Felipe miró a Juana, indeciso.

—No está bien. Ya lo ves.

—¡Que no estoy bien, dice! Sí que lo estoy. Bien jodido, se entiende. —Empezó a reír hasta que la risa se convirtió en una tos seca e insistente.

—No vengo a hablarte de los braceros. No te hagas el loco.

—Ya lo sé, hombre. Te he dicho que estoy bien jodido, no que se me haya ido la chaveta. Ya sé a lo que vienes.

—A matarte, cabrón. A eso vengo. Por todo el mal que me has hecho a mí y a tanta gente.

Quitó el seguro de la pistola y volvió a apuntar hacia la cabeza de Alberto.

Juana lo interrumpió, nerviosa.

—¡Felipe, por Dios, mira cómo está! Por favor, tú no eres así.

—¿Que no soy cómo?

—No eres un asesino. Don Alberto tiene sus cosas, no se puede negar. Ni siquiera yo lo niego. Pero seguro que si hubiera sabido que te ibas a tirar tanto tiempo en la cárcel…

—¿Juana te llama «Don Alberto»? —lo dijo con acento sarcástico—. Eres un pedazo de cabrón. Siempre lo has sido. ¿Acaso no sabes que esta es tu madre?

—Claro que lo sé. ¿Y qué? Anda, dispara de una puta vez. ¿O es que no tienes huevos?

—¿Cómo permites que te siga poniendo el «don» por delante?

—Soy yo la que prefiero llamarlo así —dijo Juana—. Al fin y al cabo, es un señor y me cuesta quitarme la costumbre.

—Y él no ha hecho al respecto, ¿me equivoco?

—Pues no —replicó Alberto—. No he hecho nada. Y es más, a ti te importa un carajo cómo me llame Juana y lo que yo le permita o no le permita. Si has venido a matarme, cuanto antes mejor.

—Tranquilo, hombre. No corras tanto. Te veo con muchas ganas de que te pegue un tiro.

—Pues claro. Me harás un gran favor. He dejado de beber. Me ha costado lo que no te puedes imaginar. Me han visitado todos aquellos a los que hice daño por uno u otro motivo. Me han acosado todos los bichos que existen en este mundo y en el infierno. Y, ahora, cuando, ya no bebo, viene un puto doctor y me dice que tengo el corazón y el hígado hechos una mierda y que cualquier día de estos la casco. Que me queda muy poco tiempo de vida. Eso me ha dicho. Así que si me despachas ahora me vas a hacer un gran favor.

—Venía a por ti, Alberto. Y también a por tu madre. Juana sé que tú fuiste la que declaraste e hiciste que me metieran en prisión. No me lo hubiera imaginado. Tú eras una buena persona, siempre lo fuiste.

—Y tú también, Felipe. Y mira ahora. Siento mucho lo que has pasado, pero tenía que elegir entre mi hijo y tú. Compréndelo.

—¿Lo que he pasado? No tienes ni idea, Juana. Hambre, vejaciones de guardias y presos, abusos de todo tipo, todo eso y mucho más he pasado. Y todo porque una alimaña con aspecto humano me hizo declarar una falsedad para que un inocente como el vaquero pasara por secuestrador.

—No te engañes, no fue por eso. Fue porque te quisiste vengar de mí cuando te eché del cortijo. No es que quisieras decir la verdad después de tantos años; es que me querías hundir. Pues mira, ya estoy hundido sin necesidad de tus artimañas. No soporto más estos dolores.

—Si vas a disparar, mátame a mí también, Felipe. No me quedan fuerzas ni razones para seguir viviendo —dijo Juana, abatida.

Felipe apuntó de nuevo hacia Alberto. Este sonreía. Parecía feliz

con la situación. Juana estaba en silencio, con la cabeza gacha.

—No te voy a matar. Voy a dejarte morir como lo que eres: un mal bicho herido de muerte por sus propios excesos. Estaba dispuesto a matarte y huir al extranjero. Y si me cazaban, con darme un tiro en la cabeza todo arreglado, porque a la cárcel no vuelvo. Celebraré el día que me entere que te has ido al otro barrio. Y arreglaré mi vida. Adiós, Juana.

Guardó la pistola, se dio media vuelta y salió. En el patio, un par de trabajadores cruzaban en dirección a los almacenes. No pudo evitar preguntarles.

—Buenos días. Hace unos años trabajé aquí. ¿Sois muchos braceros ahora?

—Unos cuantos. Creo que en total diez.

—¿Y el capataz? Lo digo porque al patrón no lo veo con fuerzas para llevar el cortijo.

—Juana, la criada, se encarga de darnos faena. Se porta bien.

—La criada. ¡Vaya!

—Sí, la criada. Lo hace bien.

—¿Hay algunos de los antiguos?

—Juana los echó a todos. Bueno, a los que no se fueron antes porque no había quien soportase al patrón, según tengo entendido.

—Pues muchas gracias. Que os vaya bien.

«Qué gran mujer y qué hijo más perro tuvo la pobre —pensó Felipe Yáñez mientras descendía en dirección a la antigua casa del guarda y hacia la salida del cortijo—. Me queda un buen rato de andar. A ver a dónde coño me voy ahora, sin trabajo y sin dinero».

Una carta inesperada

Año 1950

Habían pasado más de diez años desde que la República española había sucumbido ante las fuerzas del general Franco, que había instaurado una dictadura militar cuyo principal objetivo inicial fue acabar con todos los opositores, verdaderos o supuestos, y evitar entrar en la guerra que comenzaba a asolar Europa y tendría unas consecuencias terribles en términos de muertes y crímenes detestables.

Una vez finalizada la Guerra Mundial y sometida Alemania, el régimen de Franco sufrió un duro bloqueo por parte de las democracias occidentales que se tradujo en fuertes necesidades para sobrevivir en el día a día. La achicoria en vez del café, el gasógeno en vez de la gasolina, formaban parte del periodo del régimen franquista conocido como «La Autarquía», una pretensión de que un país destinado a ser imperio se bastaba a sí mismo para tener todo lo necesario.

En Argentina, mientras tanto, Fernando Roa había prosperado tanto que era ya considerado como uno de los hombres más ricos de la provincia de Santa Fe. La supuesta autosuficiencia del régimen de Franco era insostenible. El hambre y las cartillas de racionamiento demostraban que el país no podía sobrevivir sin el apoyo exterior. Y ese apoyo, lo consiguió Franco, a partir de 1946, gracias a la Argentina del presidente Juan Domingo Perón. El trigo y la carne comenzaron a entrar en España y paliaron en buena parte las malas condiciones.

Y en ese juego entró Fernando Roa de lleno, que en unos pocos años consiguió exportar una cantidad muy elevada de carne a su país de origen. La Comisaria de Abastecimientos y Transportes española hizo rico al antiguo vaquero. De hecho, el mismo comisario general español tenía una gran confianza y una relación comercial con Fernando que se podría calificar como excelente.

Manuela seguía siendo aún una mujer guapa y aquellos tiempos en los que no sabía expresarse con propiedad habían pasado. Tuvo mucho que ver con este cambio la continua relación con personas de cierto nivel intelectual y el propio interés que puso ella en aprender de todo.

Félix, el hijo de Alberto, había cursado los estudios de derecho en la Universidad Nacional del Litoral y ya era un abogado distinguido

por sus clientes, con bufete en Rosario, a pocos kilómetros de la hacienda de Fernando.

Alberto y sus fechorías habían quedado casi en el olvido para la familia. Hacía tiempo que se había interrumpido la correspondencia con el beneficiado Lebrón, y Fernando se temía que podía ser debido a alguna circunstancia desafortunada.

Fue entonces cuando recibieron una carta inesperada, que sirvió para ponerlos al corriente de la vida de Alberto y de cuestiones relacionadas con Félix y que, por tanto, les concernían en gran medida.

La carta procedía de Felipe Yáñez, el antiguo capataz del Lentiscal. En ella, contaba a Fernando y Manuela todo lo que había sucedido en el Lentiscal desde que se fueron:

El otro hijo de Alberto había tenido la desgracia de fallecer en un accidente al caer de un caballo el día de su sexto cumpleaños. Jacinta había abandonado a Alberto y este se fue obsesionando día a día en hacerse con el niño de Manuela, cuando nunca lo había deseado.

Por eso denunció el caso y justificó la ausencia del niño haciendo constar que había sido secuestrado por Fernando. Felipe lamentaba que él mismo y cuatro peones del cortijo juraron en falso ante el juez que fueron testigos del secuestro y que Fernando se había llevado al niño a la fuerza, tras amenazar a todos con una pistola. Ante la duda del Juez acerca de que Fernando pudiera ser el verdadero padre y que por ese motivo se llevó al niño, todos los testigos alegaron, con una falsedad más, que era imposible porque Fernando había estado fuera varios meses. Se llevó a cabo un juicio y se dictaminó que Alberto era el padre del pequeño y que Fernando debería comparecer ante la justicia como imputado por secuestro. Mientras no lo hiciera, sería considerado prófugo. Luego lo condenaron y, si se presentaba en España, iría a la cárcel.

Felipe se reconocía también culpable de haber sugerido a Alberto los servicios de un detective para averiguar dónde se encontraba su hijo ilegítimo. No obstante, aseguraba en la carta que no sabía que se trataba de un criminal sin escrúpulos, un sicario dispuesto a todo, y que se enteró de ello cuando Alberto se lo contó tras visitar al canónigo y ordenar matarlo, una vez descubierto el domicilio de Fernando, Manuela y su hijo.

También le dijo que iba a enviar al detective a traerse al niño y matar a Fernando. Al principio, trató de evitarlo. Buscó las cartas y tomó nota de la dirección. A punto estuvo de enviar una carta avisando a Fernando y Manuela, pero no lo hizo por dos razones: la primera, porque pensó que la misiva llegaría tarde; la segunda, porque

tuvo miedo de que Alberto se enterase y lo matase a él también.

A pesar de sus remordimientos por no haber hecho lo debido, el capataz siguió su vida normal en el Lentiscal, siempre obedeciendo a ciegas las órdenes del patrón. Pero todo cambió —según relataba en la carta— cuando Alberto y Felipe tuvieron una fuerte discusión y el último decidió dejar el puesto de capataz del cortijo. Fue poco después cuando intentó rectificar su declaración ante el juez para exculpar a Fernando, pero esto le costó más de tres años de cárcel. Al salir, estuvo a punto de matar a Alberto, pero supo que le quedaba poco tiempo de vida y prefirió dejarlo sufrir.

Les escribía para pedirles perdón y también para hablarles acerca de un asunto que le parecía tenía su importancia: si el niño de Alberto seguía constando como su hijo legítimo, era el heredero de todos sus bienes. Pero si no se presentaba en el momento del fallecimiento, el hermano de Alberto se quedaría con todo. Por ese motivo, se ofrecía a avisarles en cuanto se produjera el óbito.

Fernando se quedó con la carta entre las manos; Manuela lo miró sin saber qué decir.

—Muchas de las cosas que vienen en la carta nos confirman lo que nos dijo el asesino que nos envió Alberto.

—Así que está a punto de morir —dijo Manuela—. Y Félix es el heredero.

—Félix no necesita nada de un padre que nunca ejerció como tal. Me tiene a mí y no le faltará nada en la vida. De hecho, creo que mi fortuna es mucho mayor que la de Alberto. No lo creo; estoy seguro.

—Pero tiene derecho a quedarse con el Lentiscal —dijo Manuela.

—Ya veremos qué hacemos. No sé qué decirte ahora mismo.

—Félix es ya un hombre y tiene derecho a saber toda la verdad y a decidir por sí mismo —opinó Manuela.

—Llevas toda la razón. Hablaremos con él y que decida.

Regreso a España

Se lo contaron todo a Félix, desde su nacimiento hasta su marcha a Argentina, sin olvidarse de la visita del sicario.

—¡Vaya historia! Voy a tardar en asimilar todo esto. Yo solo sé que mi padre eres tú. No tengo el menor interés en saber nada de ese hombre.

—Sí, hijo. Pero está muy mal y sus bienes te corresponden.

—No es mi padre y no quiero nada de él.

—Lo que tú decidas será lo que hagamos, hijo —dijo Fernando—. No obstante, quería comentaros algo. Si en España las cosas están mal, en lo que se refiere a la política, aquí tampoco van bien que se diga. Sin embargo, en el aspecto económico, a nuestra familia le ha venido muy bien el hecho de que Perón haya ejercido durante estos últimos años de salvador de Franco. He vendido miles de reses congeladas a la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes española. Esto puede durar algún tiempo más. Sin embargo, va a ir cada vez a menos.

—¿Por qué lo crees así, papá?

—Veréis, las que se llaman democracias occidentales, han tenido bloqueado al régimen de Franco desde que acabó la guerra civil. No en vano, es el último vestigio del fascismo en Europa. Un vestigio muy original, pues presume más de católico que el mismo papa de Roma, por decirlo de alguna manera. La cuestión es que los Estados Unidos están cambiando su visión acerca del régimen de Franco. Ahora, lo que interesa es frenar al comunismo. Y Franco puede ser un gran aliado en ese aspecto.

—¿Y eso en qué se traduce, papá?

—En que los Estados Unidos van a acabar con el bloqueo a España y Franco no va a necesitar a Perón. Si seguimos aquí, continuaremos exportando carne, pero cada vez menos. Y como no me gusta ni el dictador de aquí ni el de allí, puestos a elegir país, prefiero que nos volvamos a vivir a España.

—Y el Lentiscal podría ser una buena excusa para mudarnos.

—No te puedo negar que no me vendría mal continuar con el negocio de la carne desde España. Menos gastos de transporte y más beneficios. El Lentiscal tiene enormes posibilidades para dedicarse solo al ganado vacuno.

—Papá, si es por ayudar en el negocio, no te puedo decir que no.

—Hay otra cosa —dijo Manuela—. Por culpa de aquel canalla, se mató el hombre al que yo creía querer, aunque luego vino tu padre y supe lo que era el amor de verdad. Y por su culpa, me vi sola con un niño. Si no hubiera sido por tu padre, no sé qué habría sido de nosotros. Quiero decir que para mí sería un triunfo que tú tomases posesión de aquello. No por venganza ni por humillar a nadie, sino porque, de alguna manera, sería recuperar lo que siempre te debió pertenecer. Igual no me explico bien, pero es lo que siento.

—En ese caso, no hay más que hablar.

—Solo hay un problema —dijo Fernando—. Como te hemos contado, estoy buscado por la justicia por haberte secuestrado.

—¡Qué injustas son las cosas a veces!

—Se me ocurre una idea. Voy a hablar por teléfono con uno de mis principales contactos en la Comisaría General de Abastecimientos. Después de tantos negocios juntos, creo que tenemos cierta amistad y confianza y puedo permitirme pedirle ayuda o asesoramiento. Él puede averiguar el estado judicial de lo mío.

—En cualquier caso, papá, supongo que necesitas tiempo para vender esto o traspasarlo a alguien. Y luego está el viaje y demás.

—Sí. Hoy mismo llamo a José Luis. Si no puedo ir a España por mi condena por secuestro, no hemos dicho nada.

***

Fernando llamó a su contacto y este le prometió informarse sobre el estado en que se encontraba su problema con la justicia española.

En unos días le devolvió la llamada.

—Dime, José Luis.

—Todo aclarado, Fernando. Tenías cinco años de prisión. Pero resulta que la condena se produjo hace casi veintiocho años.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hace mucho tiempo que prescribió. No tienes nada que temer de la justicia española. Así que puedes venir a España cuando quieras.

—No sabes qué alegría me das.

—Pues me alegro, hombre. Por cierto, ¿piensas dedicarte al ganado en nuestro país o te retiras?

—Si puedo seguiré, es lo que más me gusta. Y cincuenta y ocho

años no son suficientes para sentarme en un sofá a ver cómo llueve.

—Pues, en ese caso, espero que sigamos haciendo negocios.

—Por supuesto. Y espero que nos conozcamos en persona.

—Eso dalo por hecho, Fernando. Venga, un abrazo. Ya me contarás.

En un plazo muy corto de tiempo, Fernando vendió sus propiedades en Argentina, menos la hacienda, que la arrendó a Juanito, el fiel trabajador que tanto había velado por la seguridad de Félix de pequeño y se había mostrado más tarde como un buen elemento en el negocio de la cría y venta de reses.

***

En el otoño del año 1951, Fernando, Manuela y su hijo Félix, desembarcaban en el puerto de Cádiz.

Los tres tuvieron que secarse la humedad que corría por sus ojos. A Félix le habían hablado sus padres tanto de España que sentía que regresaba a su verdadero hogar.

En el muelle, para su sorpresa, los esperaba José Luis, el contacto de Fernando en la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. No se conocían, pero José Luis creyó reconocerlo porque era el único pasajero que vio con barba y sabía que Fernando la tenía.

—¿Fernando Roa?

—Sí. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con José Luis Rechi. —Se dieron un fuerte abrazo—. Amigo mío, no he podido resistir la tentación de venir a recibirlo.

—Pues es todo un detalle de su parte.

—¿Tienen alojamiento?

—Sí. Tenemos reservas en el parador.

—Pues las anulan. Se vienen a mi casa.

—Hombre, José Luis, eso sería abusar por nuestra parte.

—De eso nada. Supongo que se comprará una casa en breve, ¿no?

—En primer lugar, si no te importa, vamos a tutearnos. Y a la pregunta que me haces, la respuesta es que sí. Aunque todavía no sabemos dónde ni cuándo.

—Lo de tutearnos me parece lo más apropiado, Fernando. Mira, el parador está muy bien. Pero en mi casa podemos hablar de

negocios. Además, puedo ayudaros en la compra de vuestra casa y en lo que necesitéis.

—No puedo declinar un ofrecimiento tan amable como el tuyo, acepto.

—Por cierto, tal como me pediste en la última llamada antes de salir para acá, me informé del estado de salud de Alberto de la Torre. Está en las últimas, pero todavía vive. Es lo que sé.

—Bueno, yo voy a mis cosas. Aunque te confieso que me entran ganas de ir a verlo antes de que se vaya al infierno y decirle cuatro cosas. Si no lo hago es por Manuela y por mi hijo. Aunque si ellos me lo pidieran, lo haría sin dudar.

—Después de todo lo que me has contado sobre ese fulano, te entiendo a la perfección.

***

—Papá, he encontrado trabajo en un bufete.

—Muy bien, hijo. Cuando nos establezcamos definitivamente, te ayudaré a montar tu propio bufete.

—¿Sabes algo de ese hombre?

—Está muy mal, pero aún vive. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, papá..., a veces pienso en él y me da lástima. A veces me pregunto si no debería verlo antes de que…

—Hijo, ese tipo no se merece nada. Pero si lo deseas, yo te acompañaré. Le podemos preguntar a tu madre.

Manuela hablaba con la mujer de José Luis cuando Fernando fue a buscarla. La llevó con Félix y le preguntó si quería ver a Alberto.

—No puedo —respondió ella—. Me hizo tanto daño que no quiero verlo ahora que está moribundo y tener lástima de él. No se lo merece. Pero si queréis ir vosotros, no os voy a decir nada en contra.

—Papá lo dice por mí. Sé que es una persona mezquina y que os hizo daño. Pero siento algo que me hace desear verlo antes de que se muera. Ni yo mismo lo entiendo con exactitud, pero es así.

El encuentro

José Luis les prestó su coche. En poco más de una hora, llegaron ante la entrada del Lentiscal.

Tras abrir la cancela, el conductor arrancó mientras Fernando contemplaba la casa que había justo enfrente, abandonada por completo. Al llegar a su altura, le indicó al chofer que parase un momento.

—Ahí naciste tú, Félix.

—Ah.

—Parece que nadie ha vuelto a ocupar la casa desde que tu madre y yo nos fuimos contigo. ¡Cuántos recuerdos!

—Vamos, papá. A lo mejor arreglamos esta casa cuando esto sea mío. Aunque no sé todavía si en realidad lo quiero o no. Lo hago porque os vendrá bien tanto a ti como a mamá, por distintos motivos.

El camino estaba bien asfaltado. A ambos lados se sucedían setos de adelfas con flores de diversos colores, granados en flor y romero, aparte de dos hileras de palmeras.

—Ya llegamos —dijo Fernando en un susurro; estaba algo nervioso.

El patio parecía más abandonado que cuando Fernando y Manuela se fueron. Había adoquines sueltos por todas partes. El campo estaba seco, lo cual era normal, dada la época del año.

Bajaron y llamaron a la puerta.

Les abrió una señora con el pelo blanco y el rostro triste. Ella achicó los ojos, como si la luz del sol le impidiera ver con claridad, solo que el sol no estaba en posición de molestarle la vista. De pronto dio un grito de sorpresa.

—¿Eres tú? ¡No me lo puedo creer! ¿De verdad eres tú? ¿El vaquero?

—Sí, soy yo. Soy Fernando.

—Ven aquí a mis brazos. ¡Qué alegría me has dado! Porque no vendrás a hacerle daño a don Alberto, ¿verdad? Tú no tienes esa condición.

—No. Sé cómo se encuentra y no pretendo nada que pueda molestarlo. Vengo porque este joven ha querido verlo.

—¿Y quién es este joven, si se puede saber?

Juana tuvo un pálpito. El chico era rubio y alto. Fuerte, como su Alberto de joven. «No puede ser; no es posible», pensó.

—Es mi hijo.

—¡Ay, Dios mío, no me digas que es él!

—Sí que lo es.

Juana se echó a llorar.

—Supongo que queréis ver a don Alberto, ¿no? —preguntó mientras trataba de secarse las lágrimas.

—Sí, señora. No vamos a venir aquí desde tan lejos para no verlo —dijo Félix con gesto amable.

—Pasad, pasad, está en la biblioteca, escribiendo. Sentaos ahí. No le digáis quiénes sois de sopetón. Tiene el corazón delicado y no sé cómo podría afectarle.

—De acuerdo, Juana. No te preocupes.

Alberto estaba muy delgado. Tenía los ojos amarillentos. La cara, bien rasurada, estaba iluminada por una sonrisa en la que se mezclaban el dolor y la paz interior. Una paz que nunca le había observado Fernando cuando trabajaba en el Lentiscal.

—Buenas tardes, señores. Hace siglos que no tengo una visita. ¿Qué se les ha perdido por aquí? Les advierto que… —Miró con fijeza a Fernando—. Un momento, no me digas que eres el vaquero.

—Lo soy. Soy Fernando Roa.

—¡Hombre, me alegra verte!

—¿En serio te alegras?

—¡Pues claro! No sabía si estabas vivo o muerto. Es algo que hay que hablar con tranquilidad. Supongo que no te apetecerá.

—Puedes hablar lo que gustes, por mi parte no hay problema.

—Envié a alguien a buscarte las cosquillas. Voy a ser sincero. A matarte y a traerme a mi hijo.

—Y no regresó.

—Exacto. Nunca supe más de él.

—Estuvo a punto de lograrlo. Pero un trabajador de mi hacienda lo mató antes. Lo que no logro comprender es por qué tenías interés en acabar con mi vida.

—Tenía mis motivos. Supongo que equivocados. Llámalo orgullo. O prepotencia. Me resultaba intolerable que me hubieses plantado cara y te hubieses llevado a Manuela. No porque no pudiera vivir sin

ella, sino porque se hizo lo que tú decidiste y no lo que yo deseaba. Por otra parte, siempre podías intentar recuperar al chico. Ahora sé que hice mal.

—Un poco tarde, ¿no te parece? Y Manuela, ¿También ordenaste que la matase aquel tipo?

—Casi peor: le dije que hiciese lo que creyera más conveniente.

—Un auténtico hijo de puta. Eso es lo que eres.

—Ahora estoy escribiendo cosas sobre mi vida pasada, ¿sabes? Me entretengo. A medida que avanzo, me doy cuenta de que he sido un hijo de…, bueno, me callo lo que iba a decir porque, por si no lo sabes, te diré que estás delante de mi madre y no procede decir cosas que no son verdad, porque esta mujer es una santa.

Por un momento, Fernando pensó que Alberto deliraba o se había vuelto loco.

—Tu madre no está aquí; la que está es Juana, la criada.

—Pues eso. Claro, es que no sabes que Juana es mi madre. Es una historia muy parecida a la mía con Manuela, solo que mi padre fue mil veces más caballero y honrado que yo.

—Eso sí que te lo puedo certificar. Pero Juana… —la miró con gesto interrogante.

—Soy su madre, es verdad. Me quedé como criada en la casa para no separarme de él. Y aquí sigo, a su lado.

—Como los matrimonios —dijo Alberto risueño—: hasta que la muerte nos separe, que me temo va a ser pronto.

—Me quedo de piedra —dijo Fernando—. Jamás lo pude imaginar.

—Fíjate cómo es la cosa, Fernando. Ahora que estoy más para allá que para acá, descubro que hay una persona que sí me ha querido de verdad y sin condiciones. A mí, con lo cabronazo que he sido siempre. ¡Qué cosas tiene la vida!

—Desde luego. Si ha aguantado a tu lado estos años, mucho te debe querer.

—Llevas razón: no se puede negar que siempre ha sido difícil aguantarme. El egoísmo no es buen consejero, ahora lo sé. Mirad si la vida es rara que antes lo quería todo para mí y no consentía que nadie me hiciera sombra. Y ahora, con escribir mis cosas y salir por la tarde al porche con mi madre ya estoy feliz, ¿verdad, madre? —Juana asintió con cierto orgullo mezclado con una tristeza infinita—. ¿Queréis tomar algo en el porche? Estaba a punto de salir. Me gusta mirar los montes del fondo con esos maravillosos tonos de verde y

marrón, y respirar el aire lleno de olor a campo.

—Como quieras.

—¿Voy y os hago un café?

—De acuerdo, madre.

Alberto no había dejado de mirar a Félix desde el primer momento. Este había notado que al observarlo parecía tener un brillo extraño en los ojos. Se preguntaba si era una señal de desprecio o de ternura. Pensó que debía tratarse de lo primero: aquel hombre no era capaz de amar, bien lo había comprendido por lo que le habían contado sus padres.

—¿Y este joven? —preguntó, por fin, Alberto.

—Quería conocerte —dijo Félix—. Para eso hemos venido.

Fernando creyó ver dos lágrimas incipientes en los ojos de Alberto. Este tosió un poco y sacó un pañuelo, con el que se sonó la nariz.

—Acércate. Me recuerdas a mí cuando tenía menos años y más mala leche. Ven aquí, hombre, que no estoy muy bien de la vista.

Cuando Alberto vio a Félix de cerca, sonrió. Era una sonrisa triste y apagada, con visos de una ternura que parecía impropia de él.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte! ¡No te lo puedes imaginar!

—No nos conocemos… —dijo Félix, algo confundido; esperaba una reacción diferente.

—No nos habíamos visto antes, que no es lo mismo. Pero no hace falta ser un lince para saber quién eres.

—¿Ah, no?

—Eres mi hijo. El hijo de Manuela. Vamos, que yo soy tu padre. Te pareces mucho a mí. Espero que solo sea en el físico y no en lo demás, porque si no es así estamos aviados.

—Usted no es mi padre. Mi padre es Fernando Roa.

—No lo dudo. Y seguro que ha sido un padre mil veces mejor que lo hubiera sido yo. Sin embargo, la ley dice que eres mi hijo. No te preocupes, que sé cuál es mi papel. Te agradezco que hayas querido conocerme y nada más. No te has perdido mucho. —Juana llegó con los cafés—. No pretendo recuperar nada. No me lo merezco. Pero de verdad que me alegra que hayas venido. ¿Cómo te llamas?

—Félix.

—Bonito nombre.

—Como el canónigo que mató tu sicario con tu aprobación —dijo Fernando—. Un beneficiado de la catedral de Cádiz me contó sus sospechas en varias cartas. Estoy seguro de que acertaba.

—Pues sí: estaba en lo cierto. Y eso me llevó a tener que matar a ese beneficiado. Una cosa trae a la otra y me fui enredando. Una insensatez más. Igual, si me denunciáis, paso estos días que me quedan en chirona. Pero ya me da igual.

—Allá tú con tus crímenes —dijo Fernando—. No se me había ocurrido que hubieras matado al beneficiado, aunque, ahora que lo dices, no me sorprende. De todos modos, no te veo en condiciones de pasar un minuto en una cárcel.

—Lo de la muerte del canónigo supongo que te lo contaría el hombre que envié a por el chico. Él fue el autor, aunque no niego que yo se lo ordené.

—No supimos nada sobre aquel crimen por el sicario que nos enviaste; fue Felipe Yáñez el que me confirmó que tú estabas detrás de la muerte del canónigo.

—El capataz. Otro al que jodí bien. Por mi culpa se tiró unos cuantos años en prisión. Vino a matarme y todo. Pero no tenía madera de asesino. En fin, que no he dado ni una a derechas. A ver qué pasa cuando me vaya al sitio ese que dicen que hay: el patio de los callados. ¿Sabéis?, Juana, o sea mi madre, me convenció para que hablara con un cura. Le conté todas mis cosas y él me aseguró que tengo un buen sitio guardado en el otro barrio. No me lo creo mucho, pero me gustaría no encontrarme con Salgado.

—El que mandaste para que nos matara —dijo Fernando.

—¡Ese mismo! Oye, madre, está bueno este café.

—Me alegro de que te guste. Le he puesto mucha azúcar y bien cargadito.

—Gracias, madre. Félix, que se me ocurre una cosa. Querría pedirte tan solo un favor.

—Diga.

Tienes aquí a tu padre, o sea a Fernando, y tienes tu madre. A Manuela. Me supongo que no habrá querido venir porque sería demasiado para ella. Y lo entiendo. Pero, me gustaría que no negaras a tu abuela. Ahora se va a quedar más sola que la una y un nieto le alegraría la vida. Aquí donde la ves, tiene sesenta y cuatro años. Le vendría muy bien un nieto que la quiera y se ocupe de ella.

—No se preocupe. No le faltaré de nada. Se lo prometo.

—Hijo, ¿te importaría que te diera un beso? —preguntó, tímida,

Juana.

—Claro que sí, señora. Puede darme todos los besos que quiera. Y cuente conmigo a partir de ahora para lo que desee.

Juana abrazó a Félix y se sintió feliz al pensar que, cuando le faltara su hijo, no se quedaría sola.

Alberto sonreía. Falleció unos meses después sin volver a ver a su hijo.

Juana, su madre, aseguraba años después que había muerto en paz y que durante sus últimos años había sido más feliz que en todo el resto de su vida.

Epílogo

Navidades de 2003

A punto de cumplir los ochenta años, Félix Roa era aún un hombre ágil y fuerte. Había dirigido su bufete de abogado en Cádiz hasta los setenta años y a partir de entonces lo había dejado en manos de Ana, que había seguido su carrera de abogado. El otro hijo, Fernando, era bioquímico y trabajaba en el Reino Unido. Venía a ver a su padre con cierta frecuencia, acompañado, por supuesto, de su esposa inglesa y sus dos hijas.

Félix ya no tenía ascendientes, pues todos habían fallecido. La abuela Juana se quedó en el Lentiscal cuando murió su hijo Alberto, con Fernando y Manuela, hasta que falleció en 1970.

Fernando convirtió el Lentiscal en una explotación moderna y de gran nivel, y continuó haciendo negocios con la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes hasta que esta dejó de funcionar en 1981. Un año después, falleció, con ochenta y nueve años. Manuela dejó este mundo diez años más tarde.

Una vez faltaron sus padres, Félix decidió vender la mayor parte de la inmensa propiedad y se quedó con un cuadrado de unas diez hectáreas que mantuvo el mismo nombre y convirtió en una finca de recreo de ensueño. Contrató una empresa de jardinería y paisajismo y llenó la finca de caminos rodeados de setos, plazas con fuentes y asientos de hierro forjado, merenderos, pérgolas, flores y árboles. No faltaban una enorme y bien cuidada piscina climatizada y un campo de tenis.

Por otra parte, remodeló la casa principal, y el patio de acceso, bajo cuyo suelo hizo construir un garaje subterráneo, con capacidad para una veintena de vehículos, y un amplio sótano-bodega, con una gran mesa y sillas rústicas, adornado con útiles de los que se habían usado en el Lentiscal en la época de Alberto de la Torre. Una gran mesa de gruesa madera permitía celebrar reuniones familiares.

Una vez acondicionado todo a su gusto, se fue a vivir al nuevo Lentiscal durante los meses de verano y algo más, pues solía trasladarse desde su casa de la capital sobre el mes de mayo y a veces no regresaba hasta pasadas las navidades.

Con cinco jardineros permanentes y un par de cocineros se apañaba a la perfección. Cuando necesitaba servicios especiales,

llamaba a la empresa de jardinería o contrataba un catering.

Tenía todo lo que necesitaba para ser feliz, pues sus dos hijos y sus cuatro nietos hubieran sido suficientes para lograrlo, sin necesidad de nada más de carácter material. Solo había una tristeza que no conseguía superar. Carmen, su mujer, había fallecido demasiado joven.

***

Ana Roa llegó con su marido y sus dos hijos al Lentiscal casi a la hora de comer. Félix la esperaba sentado en el porche. Nada más verse, se cubrieron de besos y abrazos.

—¡Hola, hija! ¿Cómo estáis? ¿A ver esos peques? ¡Por Dios, qué mayores estáis! ¿Qué pasa, Alfredo?

—Todo bien —contestó el yerno, dando la mano a Félix.

—Vamos a pasar unas navidades estupendas —dijo Félix—. Tu hermano llega pasado mañana al aeropuerto de Sevilla. Habrá que ir a recogerlo.

—Claro, papá, como todos los años.

—La comida está preparada —dijo Félix.

—¡Qué bien! —exclamó Ana—. Niños, a lavaros las manos, que ya mismo comemos.

Alfredito y Anita corrieron hacia el cuarto de baño más próximo, dando gritos y porfiando por llegar antes que el otro.

***

Por la tarde, se reunieron en la biblioteca. El mobiliario era nuevo. Pero en lo que respecta a los libros, salvo unos cuantos cientos añadidos por Félix, todos eran ediciones antiguas y, con toda probabilidad, de gran valor.

Félix había hecho café y lo estaban tomando en cómodos butacones mientras los nietos —de ocho y cinco años— pintarrajeaban colores sobre folios en blanco.

—Voy a coger unos cuantos libros para llevármelos a casa, papá —dijo Ana—. Los de la otra vez los tengo en el coche y los pongo luego en su sitio.

—Claro que sí, hija. Coge los que quieras.

Ana soltó la taza y se puso a leer lomos y sacar libros para

hojearlos. La biblioteca tenía miles de libros y cualquier búsqueda se tenía que basar en el puro azar. Ni temas ni orden alfabético. Como mucho, a veces, estaban alineados por colores o por tamaños.

—Voy a mirar más arriba —dijo Ana al cabo de un rato; Félix hablaba con su yerno de cosas intranscendentes—. La parte de abajo la tengo más que vista.

Colocó la escalera de madera, del mismo color que los estantes, y se subió. Cuando sacó un libro bastante grande, se le cayó encima un pequeño volumen y fue a parar al suelo. Era pequeño y de color marrón. Ana miró hacia el libro y no vio ninguna letra. Se bajó y lo cogió. Miró el interior y se llevó una gran sorpresa.

—¡Papá! ¡Esto no es un libro; es un diario!

—¿Cómo dices?

—¡El diario de Alberto de la Torre! Eso pone en la primera página —dijo mientras lo hojeaba con interés—: «Diario de Alberto de la Torre. Marzo de 1948» —leyó.

—¡Vaya! Ahora que lo dices, creo que la única vez que lo vi dijo que estaba tomando notas sobre su vida o algo así.

—Sí, papá. Así es —dijo Ana, que no paraba de repasar páginas hacia delante y hacia atrás—. Habla hasta de la guerra de África y de la Guerra Civil.

—Tuvo una vida muy intensa, según tengo entendido.

—Una pregunta, papá. Nunca he sabido con exactitud, cómo fue que no tienes sus apellidos y, sin embargo, heredaste el Lentiscal.

—Si quieres, te lo cuanto ahora. Los niños están ahí abstraídos con sus pinturas y creo que nos dejarán hablar.

—A mí también me gustaría saber esa historia —aclaró Alfredo, el yerno.

—Pues os la cuento. Cuando vine con mis padres, desde Argentina, yo figuraba como hijo legítimo de Alberto de la Torre, a pesar de que siempre había usado el apellido de mi padre, Fernando Roa. Alberto estaba muy enfermo y se daba por sentado que, como único descendiente, yo heredaría el Lentiscal. Acepté ir a verlo y recibir la herencia en su momento por mis padres. Para mi madre, la abuela Manuela, era como un triunfo, pues suponía el reconocimiento de mis derechos ante un hombre que no se había dignado a reconocerme hasta que falleció su otro hijo en un accidente. Tu abuelo Fernando también pensaba que ver a Alberto sería como una especie de venganza, aunque luego, una vez lo visitamos, sus ideas cambiaron.

»Como os he contado algunas veces, nunca volví a ver a ese

hombre. Cuando falleció, unos meses más tarde de nuestra visita aquí, al Lentiscal, fui citado por un notario. Pensaba que era para la lectura del testamento, pero no era así. Mi padre verdadero, el abuelo Fernando, también había sido citado.

La comunicación del notario era muy distinta a la que esperábamos. Alberto hacía constar que no era mi padre biológico —cosa que era incierta, puesto que sí lo era— y que mi verdadero padre era Fernando Roa. Que por celos y orgullo mal entendido, lo denunció y se buscó testigos falsos que jurasen que el chico, o sea yo, era suyo.

»La lectura del notario añadía que, al no ser su hijo, yo no tenía derecho a heredar el cortijo, pero que Alberto hacía constar que había llegado a un acuerdo conmigo mediante el cual yo se lo compraba por cierta cantidad. Dado que no se había formalizado el contrato por escrito sino de modo verbal, añadía que los testigos de dicho acuerdo eran mi padre, Fernando Roa y una antigua criada a su servicio llamada Juana Roldán. Y que en el acuerdo venía incluida la obligación por mi parte de mantener a dicha criada mientras viviera.

»Aquello era incierto, pero yo y mi padre lo ratificamos ante el notario, pues entendimos que la última voluntad de Alberto rectificaba en parte su comportamiento y que lo hacía con esa intención.

—Parece claro que ese hombre, al final de sus días, quiso que siguiera figurando como tu padre el que en realidad lo fue siempre, porque te crio y se ocupó de ti en todo momento —dijo Alfredo.

—Al hacerlo, dejabas de ser su heredero, pero él no quería que perdieras lo que te pertenece —dijo Ana—. Así que te lo cedió en vida.

—Exacto. Al final se portó como un padre de verdad. Lo que nunca fue para mí. Había otra cosa que tal vez nunca te he explicado, Ana. Tú eras muy pequeña cuando falleció la abuela Juana. No la llamábamos abuela porque era mayor; es que era mi abuela. Aquella criada era la madre de Alberto de la Torre. Por eso me encomendaba en aquella acta notarial que la cuidara mientras viviera.

—Nunca me imaginé que fuera mi bisabuela, papá —dijo Ana—. Yo era muy pequeña y tengo un vago recuerdo de ella. Eso sí, no se me olvida que siempre estaba dándome besos.

—Sí, era muy cariñosa con todos. Tú tendrías cuatro años cuando falleció —dijo Félix.

Ana hojeaba el diario.

—Papá, ¿te importaría que me lo llevase a casa? La próxima vez te lo devuelvo. Me parece muy interesante.

—Como veas. Los diarios suelen ser escritos para uno mismo.

Pero ¿quién sabe? Igual lo dejó ahí, sobre esos libros, para que alguien lo leyera.

—Mira lo que pone en la segunda página escrita.

Le pasó el diario a su padre y este leyó:

> *«No voy a justificar los actos innobles que llevé a cabo a lo largo de mi vida. Es imposible. Pero voy a escribir este diario porque tal vez pueda encontrar una explicación».*

—Me da la impresión de que se arrepintió de sus maldades algo tarde, papá.

—Tal vez nunca sea tarde para arrepentirse, Ana.

***

Un mes después, Ana se encontraba sentada en su pequeño despacho. Casi había terminado de leer el diario de Alberto de la Torre.

La parte final rebosaba un arrepentimiento no exento de paz, más que resignación. Se detuvo a leer una entrada del finales de octubre de 1951. Quedaban pocas páginas escritas:

> *Ayer estuvieron en la casa Fernando el vaquero y mi hijo. Se llama Félix. Es curioso que se llame así por el canónigo que no dudé en dejar que Salgado asesinara. Pero está bien: tiene el nombre que le eligieron Fernando y Manuela, que son sus padres verdaderos.*
>
> *Me pregunto qué habría sido de Félix si hubiera conseguido traérmelo al cortijo cuando estaba en Argentina y me alegro infinito de no haberlo logrado. Con un padre como yo, habría sido un indeseable.*
>
> *No sé…, creo que la conducta de los padres influye en lo que llegan a ser sus hijos. O puede que no, tal vez se nace como un canalla y no se puede hacer nada al respecto. En cualquier caso, la falta de afecto no es buena para hacer personas cabales. Y yo no tuve demasiado cariño de pequeño, por más que mi padre me concediera siempre todos mis caprichos.*
>
> *La que se suponía que era mi madre siempre sintió hacia mí una repulsa que ahora entiendo. Demasiado tuvo con aguantar tener a su lado a un niño que sabía que no era su*

hijo, sino de una criada.

Ojalá Juana me hubiera sacado de este lugar y llevado con ella. Tal vez habría encontrado a un buen hombre y me hubieran criado como Fernando y Manuela a Félix, haciendo de mi un hombre de bien.

En fin, ya poco puedo hacer, salvo reconocer que Fernando se merece ser el verdadero padre de Félix, pues lo ha hecho mil veces mejor que pudiera haberlo hecho yo. Pero mi hijo no debe perder la propiedad del Lentiscal. Mañana llamaré a un notario para ver cómo se puede arreglar.

Ana cerró el diario. Ya le quedaba poco para terminarlo y conocía a la perfección la historia de Alberto: un canalla que a causa de su gran egoísmo había tirado su vida por tierra. Un hombre que al final de sus días, asumía lo que había sido y pretendía rectificar en parte sus errores, aun inconsciente de que la mayoría de ellos eran de efectos irreversibles.

Cogió el teléfono y marcó los números del de su padre.

—Papá, soy Ana. ¿Cómo estás?

—¡Hola, hija! Estoy bien. A ver si os pasáis algún fin de semana a verme. Tu hermano está lejos, pero a ti te tengo casi al lado.

—Claro que sí, papá. Te prometo que el próximo fin de semana nos acercamos.

—Estupendo. A ver si es verdad.

—Papá, he leído el diario de…, tú sabes…, Alberto de la Torre. Lo he leído y releído. ¿Sabes una cosa?

—Cuando tú me la digas, seguro que la sabré.

—Da para escribir una novela. Y me gustaría escribirla, si a ti no te importa.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo escribes tú?

—Desde nunca. Lo sabes. Pero podría ser la primera.

—Yo no tengo que darte permiso para nada. Lo que tú decidas estará bien hecho, hija.

—Es que después de leer el diario, me queda la sensación de que el límite que separa la maldad de la bondad, o el egoísmo de la generosidad es tan fino, que si ese hombre hubiera tenido más afecto de pequeño, por ejemplo, su vida podría haber sido muy diferente a la que fue.

—Tú eres la que ha leído ese diario. Escribe la novela y procura

ser objetiva. Tal vez yo pueda ayudarte si te cuento lo que recuerdo de mis padres y lo que pasaron a causa de él.

—¡Estupendo, papá! ¡Cuento contigo entonces!

—De acuerdo. Y así tengo una excusa para que vengáis a verme con más frecuencia, que estás hecha una descastada.

—Venga, besitos.

—Eso, hija, muchos besos; y a los peques más.

***

Aquel mismo día, por la tarde, Ana se sentó delante del ordenador portátil. Abrió el procesador de textos y se quedó mirando el cursor parpadeante durante un buen rato.

Los niños veían dibujos animados en la televisión y Alfredo estaba dormitando en el sofá.

Tras unos minutos de reflexión, comenzó a escribir:

La perra vida de un canalla.

Otoño de 1951

El automóvil era de los que no se veían muchos: un flamante Mercedes-Benz de color rojo. Dos hombres iban sentados en la parte delantera. Uno de ellos, el que conducía, era joven, con la tez y el pelo de color claro y los ojos grises. A su lado iba un hombre algo mayor, de aspecto impecable, con su traje y su barba cana y bien cuidada.

…

Breve nota del autor

Estimado lector.

Esta novela, relata en lo esencial hechos ficticios, por lo que ni sus personajes principales ni sus historias tienen la menor correlación con hechos reales.

No obstante, se encuentra enmarcada en un periodo histórico concreto, del cual he incluido, con la mayor precisión posible, tres momentos: el desastre de Annual, la toma de Málaga y la batalla de Pozoblanco. La forma parte de la Guerra del Rif (1911-1927) y las otras dos se desarrollaron entre el sexto y noveno mes posterior al comienzo de la Guerra Civil Española (1936-1939).

En estos casos, algunos de los personajes de ficción, como son el teniente Alberto de la Torre, el comandante Riquelme, el teniente González y el soldado Pedro García, se relacionan e interactúan con personajes históricos, más o menos conocidos, como son el comandante Julio Benítez, el comandante Juan Velázquez, el general Queipo de Llano o el teniente coronel Pérez Salas. Pienso que el hecho de haber incluido sendas notas relativas estos últimos te puede servir para entender que se trata de personajes reales.

No he tratado de verter, al menos de modo consciente, mis ideas relativas a ambos conflictos ni juzgar a los personajes históricos que participaron en ellos. No obstante, he intentado ser lo más objetivo posible.

Para terminar esta breve nota, solo decirte que mi mayor satisfacción sería conocer de algún modo hasta qué punto te ha gustado esta novela que acabas de leer. Para ello no conozco otro modo que pedirte que la valores con toda sinceridad al final de su lectura, bien en tu lector Kindle, bien en la página de Amazon correspondiente. Ni que decir tiene que cualquier crítica constructiva será bien recibida por mi parte.

Agradecimientos

Debo mi mayor agradecimiento a varios escritores de gran talla, tanto literaria como humana:

A Marta Martín Girón y a Marcos Nieto Pallarés:

Vuestro apoyo no me ha faltado ni un solo instante desde que comencé a escribir. Además, siempre he contado con vuestro mayor reconocimiento hacia mis letras. Ambos llegaréis muy lejos como excelentes escritores que sois. Me habéis dado numerosas pruebas de amistad y apoyo. Os merecéis lo mejor y lo conseguiréis.

Marcos, te quedo muy agradecido por haberte prestado a diseñar la portada de esta novela, y más todavía por haberlo hecho por propia iniciativa y teniendo tanto trabajo por delante, como excelente e incansable escritor que eres.

Marta, además de tantas razones para estarte agradecido, añado el que hayas leído esta novela antes de publicarse y por tu excelente revisión de tantas erratas.

A Gonzalo Fernández:

Siempre has estado ahí, apoyándome y dándome ánimos. Y siempre me has indicado lo bueno y lo menos bueno de mis novelas, con la lealtad y sinceridad que caracteriza a los amigos de verdad.

A Mónica Gómez Pedreira:

Muchas gracias por tu desvelo en ayudar a tantos compañeros escritores, entre los que me incluyo. Y también, cómo no, por tus pertinentes indicaciones al leer como lector cero esta novela.

A Pilar González Álvarez

Muchas gracias por las correcciones a esta novela y por tu constante ayuda. Eres un ejemplo de solidaridad hacia muchos escritores independientes.

Estimados lectores:

Gracias por confiar en mí como escritor. Creo con toda sinceridad que habría dejado de escribir hace tiempo si no hubiera sido por el ánimo que me ha transmitido comprobar que seguís

leyendo y valorando mis obras.

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR PUBLICADAS EN AMAZON

Indomable. El condenado del Rif.

Fermín Salvochea, un republicano federal condenado a cadena perpetua en 1874, recorre los presidios del Rif.

El condenado recuerda durante los años de prisión los acontecimientos que protagonizó entre 1868 y 1873: su participación en el pronunciamiento contra la reina Isabel II, la insurrección de las Barricadas, el levantamiento republicano en la sierra de Cádiz y la guerra cantonal.

Estos recuerdos y numerosas lecturas efectuadas durante el tiempo de su condena, lo transforman en un anarquista convencido, ideología que nunca abandonará.

En 1882, se niega a aceptar una amnistía del rey Alfonso XII. Pero pocos meses después se fuga del peñón de Vélez, regresando a Cádiz en 1886.

Siguiendo con rigor los datos históricos documentados sobre esta etapa del protagonista, el autor relata los hechos en forma de novela, dando a conocer su carácter, su coherencia personal y su metamorfosis política.

La guarida del raposo.

Mi nombre es José Raposo. Siendo un crío me fui a guardar cabras con Perico el Cojo. Luego, trabajé como jornalero en el cortijo de los Gálvez. Hasta que los dos hijos pequeños del patrón violaron a mi hermana Juana.

Ellos pagaron su culpa y yo la mía: Los maté y a mí me condenaron a cadena perpetua. Fueron años terribles. Ahora que lo pienso, no bebía para olvidarme de todo, sino para acabar con aquella pesadilla.

Un día, apareció por el penal una persona excepcional que me hizo ver que yo podía ser un buen hombre. Comprendí que para ser alguien como los demás tenía que huir de allí. Cuando lo hice, supe que mi hermana había tenido un hijo y que la familia de los violadores se lo quitó a la fuerza. Me encontré con la niña que había jugado conmigo de pequeño, y me asombré al comprobar que ya era una mujer.

Y me escondí en una guarida, como hacen los animales que llevan por nombre mi apellido. Los carabineros siguen mi rastro; los Gálvez han mandado a Publio Cano, un cazador de recompensas, para que me mate. Pero también tengo amigos que me ayudan,

No me voy a dejar coger. Si salgo de mi escondrijo, será con los pies por delante o como un hombre libre.

Pero eso es imposible... ¿O no?

El tribunal Negro.

Tras la expulsión de todos los religiosos de los conventos de Cádiz, en agosto de 1835, aparece un hombre atado a una silla y azotado junto a la catedral. Lleva un sambenito y una coroza.

Todo parece indicar que alguien ha creado un tribunal eclesiástico clandestino. Días después, el azotado aparece colgado en su casa. «El Tribunal Negro» ha dejado una nota que augura más muertes.

¿Existe en realidad ese tribunal? ¿Quién lo ha organizado? ¿Por qué? Son preguntas que el jefe de Policía Melitón Rechi y su agente Cándido Molina, junto a su amigo el beneficiado de la catedral José Lebrón, se hacen sin obtener respuesta, porque cada vez que parecen acercarse a la verdad esta se les escapa entre las manos.

Y el Tribunal Negro puede volver a matar.

El presagio de los buitres.

Historia novelada sobre la Segunda Guerra Celtibérica, también conocida como Primera Guerra de Numancia. Los belos, titos y arévacos —tres importantes tribus celtíberas— se enfrentan a Roma en una guerra en la que unos luchan guiados por la avaricia y el ansia de gloria y los otros por su libertad y supervivencia como pueblo.

Personajes principales:

- Caciro, un anciano adivino de la ciudad de Segeda, que se debate entre las viejas y arraigadas creencias y el cultivo de la razón. Apoya la guerra contra Roma, pues la interpretación del vuelo de los buitres le augura una gran victoria. Muy pronto se arrepentirá.
- Caro, jefe de los belos de la ciudad de Segeda; un genio militar capaz de sorprender a la misma Roma.
- Liteno, jefe de los arévacos de Numancia; tan valeroso como prudente.
- Quinto Fulvio Nobilior, cónsul de Roma; engreído, inexperto y autoritario.
- Marco Claudio Marcelo, cónsul de Roma; gran militar con excelentes dotes para lograr la paz.

Al resguardo de la noche.

Año 1929.

El carabinero Guerrero y su compañero Hermida son miembros de la Compañía de Carabineros de Celanova, bajo las órdenes del capitán Ferreiro, en la provincia de Orense (España). Se dedican a combatir el tráfico de tabaco y otros productos que entran de forma ilegal desde Portugal.

Pero algo mucho más grave los va a tener ocupados durante un tiempo: Cabanillas, un antiguo contrabandista capturado por Guerrero dieciséis años antes y liberado recientemente de prisión, con la ayuda de Acevedo, capitán de un buque mercante portugués, se dispone a traer un alijo de opio desde la India e introducirlo en España por Orense. Una forma de enriquecerse y al mismo tiempo intentar vengarse de su captor.

¿Lo conseguirá?

Herejes y Conversos.

Una novela diferente con un tema original y atrayente.

Una reflexión sobre la búsqueda de la verdad, la intolerancia religiosa y sus consecuencias.

La historia de los esfuerzos de William Harris Rule y James Lyon por establecer y consolidar una misión metodista en Cádiz en 1837 y de las dificultades con que se encontraron.

Una novela que enfrenta dos posiciones distintas de entender la vida y muestra los conflictos que siempre se han dado a la hora de aceptar otras formas de pensamiento y prácticas religiosas distintas de las propias.

La redención de los malditos.

Continuación de *La Guarida del raposo*, con la que forma una bilogía. Un pícaro se convierte en asesino y termina por redimirse de todos sus errores.

La senda del mal conduce al abismo, pero cualquier suceso inesperado puede cambiar el destino.

Publio Cano, un pícaro metido a cazador de recompensas, viaja a América tras timar a un señorito de Jerez de la Frontera que le había encargado matar al hombre que asesinó a sus hermanos.

Durante el viaje y su posterior estancia durante un año en Uruguay, el protagonista de esta historia pasa por vivencias encontradas, que comienzan con un asesinato, continúan con su metamorfosis completa debida a una mujer de la que se enamora y parecen finalizar cuando una sorprendente revelación lo lleva de vuelta a España.

Una vez allí, un incidente sangriento terminará de redimir a Publio de sus errores anteriores.

Los crímenes de La Mano Negra.

Basada en hechos históricos

El 14 de junio de 1884 fueron ejecutados por medio del garrote vil, en la plaza del Mercado Jerez de la Frontera, siete hombres condenados por haber cometido uno de los crímenes más graves de una supuesta sociedad secreta anarquista conocida como La Mano Negra.

Este hecho tuvo lugar durante una severa campaña de intimidación, terror y represión contra una huelga de braceros hambrientos y analfabetos que luchaban ante la condena de su propia miseria.

La ejecución de aquellos pobres desgraciados fue utilizada como castigo ejemplar contra el creciente movimiento obrero, después de un juicio que se ha supuesto plagado de inquietantes pruebas prefabricadas y descaradas manipulaciones.

¿Existió la Mano Negra?

¿Se trató de una invención del poder instituido para acabar con la influencia de organizaciones de la izquierda más radical sobre el campesinado Andaluz?

Rastro mortal.

Año 1974. El inspector Horacio Ventura, un abogado joven que ha querido ser policía antes de formar parte del bufete de su acaudalado padre, sigue el rastro de un asesino que ha acabado con la vida de varias personas en un club de alterne de la Carretera Nacional Cuarta, camino de Andalucía.

Lo acompaña el agente Juan Pérez, un veterano de la División Azul, demasiado proclive a repartir bofetadas en contra de la opinión del inspector, y Laura Kobler, una prostituta del club, que se salvó de milagro de morir a manos del asesino.

Nadie lo sabe, pero Laura es más que una testigo, pues, en realidad, su búsqueda esconde un deseo de recuperar las huellas de un pasado ya lejano. Conoce al asesino desde mucho tiempo antes y quiere saber a través de él acerca de ciertos acontecimientos familiares que tiene enterrados en la memoria.

Entre Ventura y Laura surge una extraña relación, mezcla de atracción y rechazo, que no se sabe en qué podrá terminar. El inspector, por otro lado, odia los métodos del agente, aunque tal vez termine admitiendo que, en algunas ocasiones, pueden ser necesarios. En definitiva, los roces entre los tres seguidores del rastro del criminal serán constantes, pero, al mismo tiempo, su amistad y unión se irán haciendo cada vez más fuertes.

¿Conseguirán capturar al asesino? ¿Qué terrible secreto puede descubrir Laura si lo hacen?

Revancha mortal

Segunda parte de *Inspector Ventura*

Francisco García Menacho, el asesino que han capturado el inspector Horacio Ventura y el agente Juan Pérez, se escapa de la prisión donde se encuentra en espera del juicio que lo debe condenar por sus múltiples asesinatos.

Pocos días más tarde de su huida, se sabe que ha vuelto a matar en la localidad de El Aaiún, en el Sahara Español, y que un sargento de la Policía Territorial lo ha abatido tras una persecución y el consiguiente intercambio de disparos.

Ventura y su compañero se trasladan en avión a la ciudad africana con la misión de reconocer el cadáver. Un mero trámite en apariencia, que se verá alterado por toda una serie de acontecimientos tan cruentos como inesperados.

[1] El comandante Julio Benítez Benítez, con solo 42 años, falleció en la acción de Igueriben, por la que recibió la Cruz Laureada de San Fernando a título póstumo.
[2] Juan Velázquez y Gil de Arana (Córdoba, 17 de agosto de 1875 – Sidi Dris, 25 de agosto de 1921), ingresó en agosto de 1895 en la Academia de Infantería. En 1917 ascendió a comandante y regresó de Marruecos a la Península, volviendo al norte de África al ser destinado en 1919 al Regimiento de Melilla nº 49. El 4 de junio de 1921 se hizo cargo de la posición de Sidi Dris, por cuya defensa sería condecorado a título póstumo con la Cruz Laureada de San Fernando.

[3] El golpe argentino de 1930 fue el primero de una serie de golpes de Estado que interrumpieron los mandatos constitucionales hasta el año 1983.
[4] Gonzalo Queipo de Llano y Sierra, (Tordesillas, 5 de febrero de 1875 – Sevilla 9 de marzo de 1951) fue un teniente general del arma de Caballería, célebre por su participación en la Guerra Civil Española y en especial por la represión que llevó a cabo en los inicios de dicha contienda.
[5] Ciriaco Cascajo Ruiz (Luque, 1878 – Córdoba 1953) fue un militar español, destacado por su participación en la sublevación de 1936 en la ciudad y provincia de Córdoba, y también por la represión posterior que emprendió sobre el territorio.
Ingresó en la Academia de Artillería en el año 1895. Fue un militar africanista, cuando se produjo el golpe de Estado que dio lugar a la Guerra Civil era coronel, comandante militar de Córdoba y estaba al mando del Regimiento de Artillería Pesada n.º 1.
[6] Joaquín Pérez Salas (Sevilla, 1886-Murcia, 4 de agosto de 1939) fue un militar de Artillería español que destacó por su intervención en la Guerra Civil, especialmente por la victoria obtenida durante la batalla de Pozoblanco y su presencia en el llamado Frente de Córdoba.

Como opinión personal del autor de esta novela, constatar que resulta

«curioso» que este artillero, que no quiso participar en la rebelión militar del 18 de julio de 1936, fuese fusilado poco después de finalizada la contienda justamente por el delito de «rebelión militar».

[7] Guillermo Cabanellas de Torres, no afecto al bando nacional, a pesar de ser hijo del general de Caballería sublevado Miguel Cabanellas Ferrer, en su libro *La guerra de los mil días*, dice sobre La represión de Cascajo en Córdoba:

«Era hábil y sanguinario en la represión, pero tímido, vacilante y falto de condiciones para la guerra (…). Desde la primera hora sumerge a Córdoba en un baño de sangre que habría de durar largos días e interminables noches. El suyo es un raro problema de clínica mental».

[8] De José Eduardo Villalba Rubio (Toledo 1882 – Madrid 1960), se sabe que era partidario del alzamiento militar contra la república, pero, por razones desconocidas, no se adhirió a él en el último momento. De hecho, fue arrestado por el Gobierno republicano nada más abandonar Málaga y no fue excarcelado hasta febrero de 1939, cuando se le designó como comandante militar de Gerona. Huyó a Francia de inmediato y regresó a España en 1950, donde fue juzgado, condenado y posteriormente indultado, al concurrir en su persona «clara desafección al bando rojo, que el procesado auxilió en momentos críticos a personas afines a la Causa Nacional y que había manifestado en numerosas ocasiones que no compartía las ideas predominantes en la zona de nuestra Patria que estuvo bajo la dominación roja», según la sentencia del Consejo de Guerra, reconociéndosele el grado de coronel en la reserva con los estipendios correspondientes.